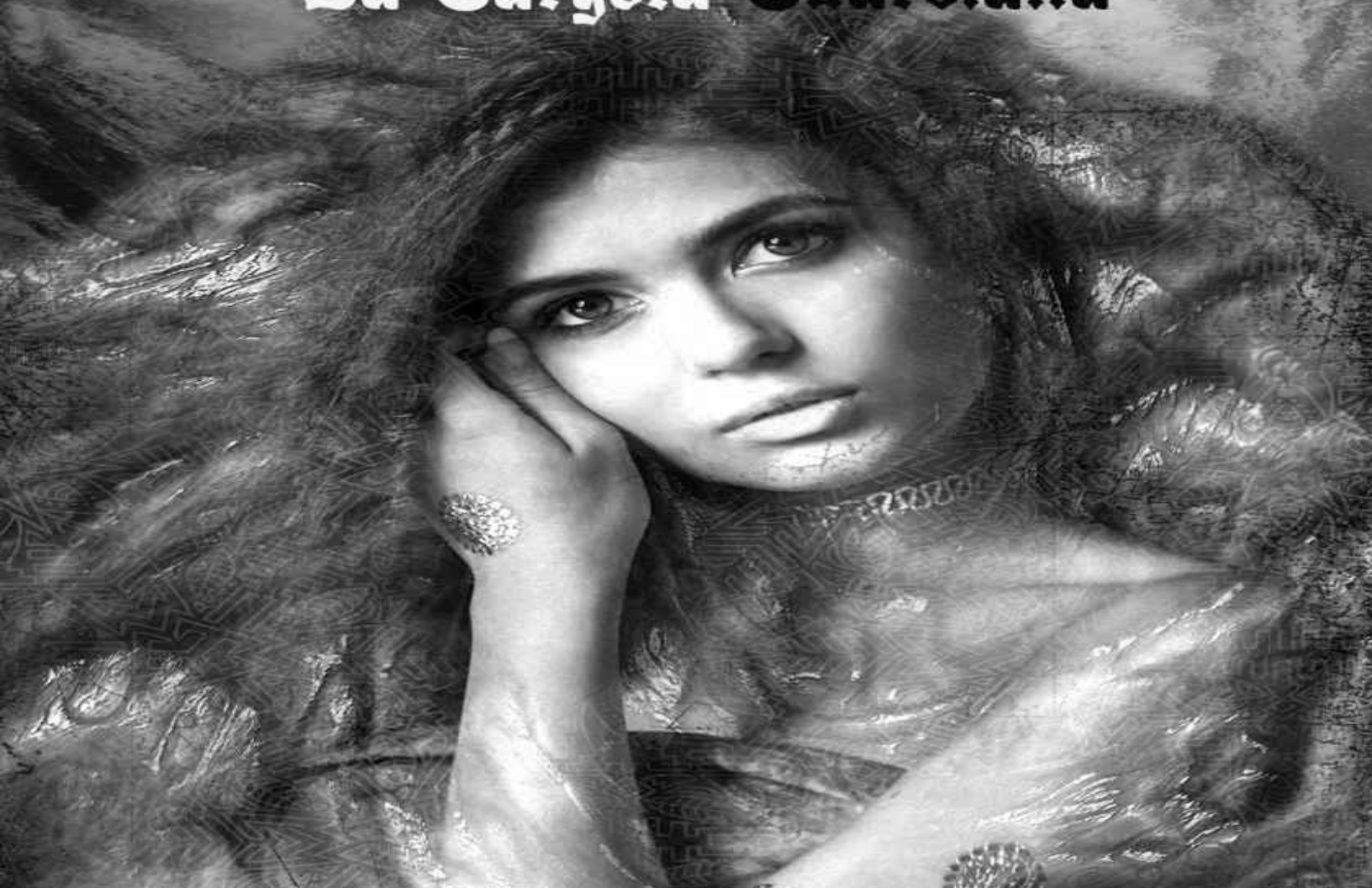


Jess Dharma



NAGGA

La Gárgola Guardiana



NAGA LA GÁRGOLA GUARDIANA

JESS DHARMA

Título: Naga la gárgola guardiana.

© Autor: Jess Dharma

© 2018

Diseño de portada Laura Larios

ISBN: 9781717968760

Primera edición agosto 2018

Impreso por Amazon

Reservados los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso previo de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

Quiero dedicar este libro a Fernando Camacho por siempre leer todo lo que escribo sin protestar. A todos mis compañeros de letras que siempre tienen un momento para darme ánimo, o compartir mis novelas o leerme. Y varios amigos y familiares que me han ayudado en la revisión de esta novela, Alita Camacho, Ester Fernández, mis tías Ro y Merchi, mis primas Devora y Bárbara, a Rafi y a mis amigas Elena y Paloma. No lo habría conseguido sin vosotros, os quiero.

PRÓLOGO

Ella no había sido madre así que no sabía lo que eran los dolores de un parto, pero debería ser algo muy parecido a lo que sentía en ese momento, ya que la destrozaba desde dentro; notaba como roían sus entrañas. Su cabeza parecía que le iba a estallar, la golpeaba un continuo martilleo y la presión tras los ojos era insoportable. Tenía las fosas nasales y la boca totalmente secas, lo que provocaba que, cada vez que intentaba tomar una bocanada de aire le ardieran como si estuvieran en carne viva. Sus labios agrietados por la falta de humedad se resquebrajaban aún más con cada movimiento y no podía hacer nada para remediarlo, ni si quiera pensaba con claridad a causa del sufrimiento.

El cuello estaba tan tenso que parecía que con solo un suave golpecito se partiría en dos. Siempre acumulaba toda la tensión en esta zona, y en ese momento parecía tenerla multiplicada por mil. El pecho subía y bajaba con dificultad, el dolor la paralizaba, tenía miedo de respirar un poco más fuerte, más de lo debido y no poder soportarlo. El corazón latía a mil por hora dando la sensación de que saldría despedido en cualquier momento. Sus piernas y brazos se estaban literalmente rompiendo en mil pedazos, los huesos parecían de mantequilla, quebrándose un poco a cada segundo que pasaba y la piel se estiraba para poder acoger lo nuevo que se estaba formando dentro de ella.

Sentía mucho frío tumbada sobre ese suelo de mármol, pero a la vez estaba segura de que la fiebre corroía todo su cuerpo y una capa de sudor perlaba cada retal de su blanquecina piel. Estaba desorientada, ¿qué le pasaba?, ¿por qué a ella?, quería preguntarle a Sárilan, que le sujetaba la cabeza entre sus piernas intentando aliviar algo del dolor que sufría. Lo intentó, pero no podía articular palabra, la voz no le salía de la garganta. Tuvo miedo de hacerle daño a ella o a los bebés cuando su cuerpo empezó a convulsionar violentamente, pero solo consiguió implorarlo con la mirada que se marchara, cuando el tormento que padecía se lo permitió.

¿Dónde estaba su hermano? Cómo le extrañaba en aquel momento. Él sabría qué hacer, siempre la ayudaba. Rezó para que llegara pronto y pusiera fin a todo este calvario, o de lo contrario que cayera inconsciente para dejar de sentir, pero ninguna de las dos llegó.

La locura se estaba instalando en ella, todo aquel sufrimiento que no la abandonaba le quitaba la poca cordura que le quedaba. No sabía si habían pasado horas o días, le daba igual, solo quería morir para que todo aquello llegara a su fin. Seguía sin poder moverse mientras su cuerpo seguía transformándose.

Cuando pareció que el dolor amainaba se quedó inconsciente y dio a Dios gracias porque no

podía soportarlo más.

CAPÍTULO I

Después de todo el derramamiento de sangre de ese día, todos necesitaban unas merecidas vacaciones.

Marius volvía de la muerte, se había convertido en un muerto en vida durante todos los meses que había estado alejado de su familia. Se marchó de casa meses atrás destrozado, por el sentimiento de culpa tras haber perdido a la mujer que amaba. Ahora, que por fin la había recuperado, solo quería disfrutar de ella el mayor tiempo posible. Es algo de lo que nunca se cansaría, de amar a ese pequeño demonio. Tenía pensado no abandonar la habitación por lo menos en un mes.

Su hermano de armas, Axel, solo llevaba unas horas separado de su mujer y ya deseaba tenerla entre sus brazos y demostrarle cuánto la había echado de menos, a ella y a los mellizos. No veía el momento de que nacieran y que se durmieran mientras los acunaba. Ahora que Marius había vuelto, su familia por fin estaría al completo.

Cormand y Silas también se habían ganado un merecido descanso. Aunque eran los más despegados de todos ellos, no dudaban en entregar la vida por su familia, aunque esta no fuera de sangre.

Akiles, Rey de las gárgolas de Grecia, estaba ansioso de estrechar a su hermana pequeña entre sus brazos y ver que estaba bien. Cada vez que se encontraban tan cerca de la muerte y pensaba en poder perderla... se volvía loco. Desde que fallecieron sus padres, años atrás a manos de los raptos, no sabía qué haría si algo le sucediese. Por ese motivo era tan sobreprotector con ella, aunque sabía que la estaba privando de muchas cosas y que ella en ocasiones sufría... pero lo hacía por su bien, y cuando creciera, lo entendería. Era su única familia de sangre, y por ella sería capaz de bajar al mismísimo infierno para arrancarla de las garras de Hades, si con eso la pudiera recuperar.

El sol ya despuntaba cuando aparcaron el Knight XV blindado frente a la casa, un coche perfecto para una noche de guerra como la que habían vivido. Uno a uno fueron bajando del vehículo, y aunque eran tan distintos en ese momento, todos tenían algo en común, el cansancio que se marcaba en sus rostros.

Akiles fue el primero en cruzar el umbral con los ojos brillantes de emoción esperando encontrarse con su hermana y con Sárilan, que saldrían a recibirlos en cuanto oyeran el motor.

Seguramente no habrían podido pegar ojo en toda la noche, esperando que su familia volviera ileso a casa.

Le sorprendió que ninguna de las dos estuviera allí. La preocupación empezó a crecer en él. «No, no les podía haber pasado nada, seguramente se habían quedado dormidas de tanto esperar» pensó Akiles un poco alterado.

Intentó tranquilizarse en vano. Los nervios de los últimos días habían hecho mella en todos ellos. Caminó rápidamente hacia el salón, esperando encontrarlas en los sillones dormidas; el resto le seguía de cerca, también algo confusos y preocupados. Cuando llegó a la entrada, su cuerpo se quedó petrificado y Axel chocó contra él, pues éste no había visto que se detenía hasta que fue muy tarde. Iba bromeando sobre algo con Marius, ya que intentaba que su amigo no se fijara en que su mujer no estaba recibiendo.

—Hermano ¿qué haces ahí en medio? Quiero ir a abrazar a mi mujer. Luego, si quieres, te abrazaré a ti —bromeó Axel abrazando a Akiles por detrás.

Pero Akiles no contestó. Axel dudó que realmente le estuviera escuchando, su amigo iba perdiendo el color por segundos. Axel al ver que no reaccionaba y preocupado de que le hubiera pasado algo a las mujeres, le empujó y entró en el salón como si de un miura se tratará.

—¡Dios mío! ¿Qué demonios...? —Axel no creía lo que veían sus ojos.

Al oír esto y ver su expresión, el resto entraron corriendo en la estancia y se quedaron todos igual de paralizados. Sárilan estaba en el suelo con una Scailar inconsciente en su regazo. La hermana pequeña de Akiles, tal y como la habían conocido se había marchado. Ahora, en su lugar había una Naga. Sárilan derramaba lágrimas por sus blancas mejillas, Axel reaccionó al ver a su mujer en aquel estado y saliendo de su estupefacción fue a abrazarla para darle consuelo.

—No te preocupes mi amor, ya pasó, estamos todos aquí contigo —Le acariciaba el pelo mientras besaba por todo su rostro.

—No sé qué le ha pasado... ha sufrido tanto... El dolor la estaba destrozando, no podía ni gritar, pero yo, se lo veía en su rostro y en cómo se convulsionaba su cuerpo —Su marido la estrechó más fuertemente, intentando absorber algo de su miedo y dolor—. Yo no podía hacer nada para ayudarla, nada. Cuando todo terminó, pensé que por fin, descansaba. Estaba inconsciente y yo pude respirar cuando la toqué y localicé su débil pulso. Pero luego... se transformó... —Señaló su cuerpo que se veía tan hermoso, a la vez que mortífero.

Sus piernas habían desaparecido y habían sido reemplazadas por una hermosa cola de escamas verdes y doradas, que culminaba bajo su ombligo donde ahora tenía una pequeña armadura plateada con joyas incrustadas, dejando su vientre plano al aire. Sus turgentes pechos estaban

protegidos con una armadura decorada igual que la inferior. Sus largos cabellos rubios y rizados ahora estaban reposando sobre sus brazos, y dos trenzas enmarcaban su bello rostro. Su cabeza tenía una corona de plata con una piedra morada y en sus manos reposaban dos espadas Thega, las espadas hindús del sacrificio, pero lo que más llamaba la atención de ella era el aura floral que emanaba de su cuerpo.

—Lo que has vivido es la transformación que los de nuestra especie sufrimos para convertirnos en guerreros del ejército de las gárgolas. Scailar ahora es una Naga —dijo Marius abrazando a su mujer por la espalda, que admiraba maravillada el cambio de Scailar.

—¡Gracias a Dios! Pensé que se moría hasta que la vi cambiar —Se enjuagó las lágrimas—. ¿Qué es una Naga?

—Sárilan, una Naga es un semidiós, mitad mujer, mitad serpiente. Las Nagas tienen un gran encanto, cualidad que las hace muy poderosas sin necesidad de recurrir a la violencia. Son enormemente inteligentes, sabias y pacientes. Prueba de ello es que son capaces de pasar horas inmóviles vigilando a un enemigo. Además, descansan en un estado semiconsciente por lo que difícilmente pueden ser sorprendidas. Poseen magia, aunque prefieren no usarla. Existen tres tipos de Nagas; Scailar es una guardiana y menos mal... son de naturaleza noble, por lo que suele avisar a los intrusos e incluso los entierran después de la batalla. Son capaces de escupir veneno y matar con él, aunque también pueden usar la mordedura y la constricción —le explicó Axel a su esposa —Si hubiera sido una Naga espíritu estaríamos bien jodidos, esas son perversas y atacan sin miramientos a cualquier persona, aunque sea un ser querido... además paralizan con la mirada, así que tenemos que dar gracias por ello.

—Me has dejado de piedra, ¿cómo sabes tanto sobre esto? —dijo Sárilan sorprendida.

—Desde que era niño me ha gustado la mitología y he leído mucho sobre ello, tengo trescientos años, imagina todo lo que me ha dado tiempo a aprender —Su mujer le sonrió encantada.

—Bueno, parece que son buenas noticias. ¿Por qué tenéis todos esos caretos entonces? —los miró uno a uno—. Tendréis una gran guerrera a vuestro lado.

—El problema es que nunca ha existido una mujer guerrera en las filas de las gárgolas... —Fue Akiles quien dijo lo que nadie quería pronunciar en alto—. Es señal de que algo muy malo se avecina —Y se agachó junto a su hermana para abrazarla.

CAPÍTULO II

Se dispuso a subir los escalones de mármol del templo donde vivían él y su hermana y que se dividía en dos plantas; abajo estaban los salones, la cocina, y la zona de entrenamiento, donde ellos se esforzaban en mejorar el combate cuerpo a cuerpo y donde entrenaban con las armas. A él le gustaba la espada, y aunque era muy bueno con el arco, era su hermana quien lo utilizaba, ella era mucho más diestra con el arco que él, de hecho, se la conocía por ser la diosa de la caza. Mientras subía los escalones se percató de que era tan silencioso que no parecía dejar huella en los blancos peldaños. Miró su reflejo en las paredes blancas a juego. En aquel templo todo era tan impoluto que daba miedo poder manchar algo. A él le gustaban los colores más vivos, si por él fuera todo estaría decorado con rojo, azul y verde, pero su madre prefería el blanco y él haría cualquier cosa por complacerla. Aunque siendo sinceros, su baño y dormitorio tenían los suelos de mármol negro.

Empezó a subir de dos en dos los escalones, su hermana no había bajado a desayunar y tuvo que excusarla ante su madre diciendo que le dolía la cabeza, siempre se cubrían mutuamente. Estaba seguro de que esta vez, ella estaba con algún amante, aunque era conocida como la diosa de la virginidad... Con un poco de suerte habría terminado con ese infeliz, y ella le acompañaría de caza, ese día estaba repleto de energía y necesitaba desfogarse.

Los dos tenían un talento especial para la caza desde que nacieron, les fue dado ese don, entre otros, como la belleza, la fuerza, la velocidad... eran hijos de Zeus, así que disponían de muchas habilidades heredadas de su padre. También por parte de su madre Leto, la diosa de la noche, que les permitía pasar desapercibidos cuando el sol caía, algo muy ventajoso, sobre todo, en la lucha. Hera, la mujer de su padre, al enterarse de la infidelidad de éste, les hizo la vida imposible a ambos, de tal modo que su padre creó la isla de Delos, “la brillante”, para que pudiera dar a luz a sus hijos. Zeus les dispuso un templo con todo tipo de lujos y comodidades para que nunca les faltara de nada. Es lo mínimo que podía hacer y allí estarían a salvo de Hera siempre que no salieran de la isla, cosa que intentaban cumplir, casi siempre...

Su hermana y él se aburrían a menudo de estar allí confinados, eran dioses y querían explorar mundo, era muy injusto ser esclavos por los errores de su padre. Intentaban hacer las escapadas de uno en uno, para que el otro pudiera inventarse algo para justificar su ausencia ante su madre, si se hubiera enterado de sus peripecias hubiera muerto del disgusto.

Ella daba todo por sus hijos, y no soportaría perderlos. Apolo y su hermana tenían una

conexión especial, no como los gemelos mortales, ellos podían sentirse en cualquier parte del planeta y en cualquier plano de la existencia.

Le gustaba sentir el frío de la piedra bajo su mano, mientras subía pensaba «¿porque pondrían tantos escalones?» Debido a su fortaleza no solía cansarse y si sucedía recuperaba rápidamente el aliento, pero lo veía una pérdida de tiempo, la verdad.

Llegó al segundo piso y siguió el largo pasillo caminando sobre una mullida alfombra de delicadas flores de color crema y paredes decoradas con cuadros de dioses en gloriosas batallas. La habitación de su hermana estaba al final del pasillo, seguro que la había elegido para mantener su intimidad. Llamó suavemente con los nudillos sobre la puerta de madera, más para advertir de su presencia que para pedir permiso. «Me gustaría saber cómo el servicio podía mantener aquello tan blanco», pensó mientras esperaba respuesta. Después de unos segundos abrió la puerta sin ninguna delicadeza.

—Vamos hermanita se acabó el retozar, he tenido que mentir a madre de nuevo porque otra vez estas con algún pobre hombre dejándole seco —Su hermana para variar le ignoraba—. Más te vale que te tapes el culo porque voy a entrar —dijo desde el recibidor de la habitación donde había un bonito sofá color azul celeste con cojines a juego y una mesa. Se preguntó si su hermana haría esperar a sus amantes allí, le diría que tenía que ponerles una televisión o mejor una videoconsola, amaba ese invento de los humanos, era un crack matando zombis—. ¿Sabes? Como diosa de la virginidad ¡dejas mucho que desear...! Estoy pensando en darme una vuelta entre los mortales y contarles de tus artes amatorias para que dejen de hacerte ofrendas por tal don que perdiste hace tanto —se burló Apolo mientras reía, intento darle unos segundos de intimidad, pero al no oír ningún ruido decidió entrar, seguro que se habían dormido. Le encantaba meterse con su hermana pequeña, aunque solo fuese unos minutos.

Accedió a través de la puerta sin miramientos, si estaban desnudos peor para ellos. Pero no fue su desnudez lo que le dejó paralizado. La habitación de su hermana que siempre estaba totalmente ordenada se encontraba patas arriba.

Las cortinas blancas plisadas habían sido rajadas y arrancadas de los grandes ventanales dejando entrar todo el sol de la mañana. Se tuvo que tapar el rostro para seguir inspeccionando. El tocador donde su hermana se cepillaba su largo y negro pelo había sido volcado y todos sus peines de plata y piedras preciosas estaban esparcidos y rotos por la estancia.

La mesa de cristal situada sobre la alfombra de oso polar, la habían hecho añicos y el sofá blanco estaba rajado completamente. El caballete donde su hermana pintaba sus bellos cuadros al óleo estaba partido en mil astillas.

Pero lo que más le alarmó, más que ver como habían destrozado todo aquello sin que se hubieran enterado, era que el aire olía a sangre, en vez de a sexo como esperaba que olería. Buscó a su hermana con el corazón martilleando ruidosamente en sus oídos. Miró sobre la cama con miedo a encontrarla allí desangrada, pero no estaba sobre el amasijo de mantas y sábanas rotas. Justo al lado del lecho había un reguero de sangre que desaparecía hacia el lado derecho de la habitación. Lanzó una plegaria a los dioses para que su hermana no fuera la dueña de toda aquella sangre.

Se acercó despacio temiendo que estuviera muerta detrás de aquella cama sobre el suelo frío. Sin poder respirar miró y soltó el aire de golpe al ver que era un hombre desnudo el que estaba allí. Su cuerpo empezaba a mostrar los hematomas donde había sido golpeado, que por lo que se podía apreciar, era en casi todo el cuerpo. Tenía la ceja y el labio partido, el ojo tan hinchado que dudaba que lo pudiera abrir de nuevo. Parecía que toda la sangre que había visto venía de una herida en su costado, posiblemente le habían apuñalado. Le tocó el cuello y aún tenía pulso, débil, pero tenía. Aquel mortal era el único que podía decirle dónde estaba su hermana. Le golpeó en el rostro, lamentaba tener que hacerlo sabiendo que le quedaban minutos de vida, pero por su hermana haría realmente cualquier cosa. El hombre gimió en respuesta.

—¡Despierta! ¡Tú despierta ahora mismo! —dijo Apolo zarandeándolo bruscamente.

—Artemisa... —No podía casi hablar, la sangre bullía cuando hablaba por la boca.

—Bien al menos puedes hablar, ¿dónde está mi hermana Artemisa? ¿Quién hizo esto? —dijo intentando no perder la poca paciencia que le quedaba en ese momento.

—El... el toro —dijo el hombre moribundo con un tono apenas audible. Se veía que estaba sufriendo sobremanera.

—¿Toro? ¡Habla mortal, necesito encontrar a mi hermana! —gritó y le zarandeó para que siguiera hablando.

—Se la llevó el minotauro —dijo y con esas palabras murió en sus brazos. Sabía que había sido muy duro con él, pero el miedo a no encontrarla, le había hecho perder los nervios.

Así que el minotauro se había atrevido a entrar en la isla y llevarse a su hermana. En la isla sólo podían entrar los que fueran invitados y nadie más, así lo había decretado su padre para mantenerlos a salvo. Algo muy malo estaba ocurriendo, si el minotauro había podido atravesar las defensas mágicas y llevarse a su hermana. Tenía que advertir a su madre, no fuera a ser que intentaran también atraparla a ella. Una vez que se asegurara de que su madre estuviese bien, tendría que partir hacia el laberinto del minotauro y traer a su hermana sana y salva. Aunque la preocupación crecía en su interior, no podía sentirla y eso nunca le había ocurrido en la vida.

Tenía que estar viva, se negaba a pensar lo contrario.

Fue en busca de su madre, sabía dónde encontrarla, seguro que estaba en su lugar favorito de la casa, los jardines. Le gustaba sentarse sobre la verde hierba justo debajo de una mimosa que adornaba todo el jardín con sus flores amarillas, que no desaparecían en todo el año. Bajo la mimosa podías sentir como te inundaban todos los olores de la naturaleza. Cuando eran niños les encantaba sentarse junto a ella mientras les leía sobre valientes héroes que derrotaban a los malos para salvar a bellas damas. Tenía un don para contar historias y una voz melodiosa que les hacía introducirse en las aventuras de los cuentos.

Se acercó en silencio y vio como narraba una historia para un grupo de niños de la isla, a ella no le importaba el origen o posición social de los pequeños, todo eran iguales para ella. En sus rostros se veía la emoción, deseando conocer lo que ocurriría a continuación, aguardaban esperanzados y con miedo a que el héroe del cuento no pudiera matar al dragón.

Ella se retiró un rizo negro de su cincelado rostro, aquel cabello que habían heredado sus hijos tan suave y brillante. Era realmente hermosa y en ese momento se dio cuenta de que no aparentaba un par de años más que él; ventajas de ser una diosa. Sonreía a los niños sin parar de leer, mientras les relataba como el héroe había salido vencedor.

Daría cualquier cosa en el mundo por no tener que borrar aquella sonrisa de su cara. Ella había luchado con uñas y dientes por la seguridad de sus hijos y se merecía ser feliz más que ninguna otra persona que conociera.

Esperaría a que terminara la historia, total solo le quedaban un par de minutos, se sabía aquella historia de memoria, era una de sus favoritas. Se sentó a escucharla en unos bancos de piedra bajo la sombra que le ofrecía un sauce llorón.

Ella detectó su presencia y levantó unos segundos la mirada del desgastado libro, le dedicó una gran sonrisa antes de continuar. Adoraba a los niños, y estaba deseosa de que algún día le dieran nietos, cosa que él sabía que no pasaría.

—Y fueron felices para siempre.

Siempre decía esa frase al terminar un libro, seguro que era más de su propia cosecha a que estuviera escrita en todos ellos.

Los niños desbordantes de felicidad abrazaron y besaron a su madre antes de salir corriendo camino de sus respectivas casas. Las madres se quedaban tranquilas de que sus hijos fueran a oír sus cuentos, la isla era un lugar seguro, al menos lo había sido hasta aquel momento.

Su madre se acercó junto a él sin dejar de sonreír, era la mujer más risueña que conocía, si algún día se enamorará le gustaría que su mujer también sonriera siempre.

—Hijo mío, ¿echabas de menos mis cuentos? —dijo mientras le daba un abrazo y se sentó junto a él en el frío banco.

—Eso siempre madre —Cogió la cálida mano de ella entre las suyas.

—Tienes los mismos ojos de tu padre, preciosos y únicos con ese color azul eléctrico —dijo Leto mirándole con el amor que solo una madre posee con sus hijos.

Su madre siempre había querido a Zeus y le seguía extrañando aún después de tanto tiempo, pero todo el mundo sabía que, aunque era un libertino, jamás dejaría a Hera.

—¿Cómo estás madre? —ignoró su comentario ya que odiaba hablar de su padre, por llamarlo de algún modo.

—Bien mi vida, pero algo me dice que no has venido para preguntarme eso, a estas horas sueles estar cazando con tu hermana o ideando alguna gamberrada —él retiró la mirada—. ¿Y Artemisa? ¿Está bien? —preguntó su madre al detectar que algo no iba bien, las madres saben ese tipo de cosas con solo mirar a sus hijos. Aferró su mano aún más fuerte esperando una respuesta.

No sabía muy bien como decirle aquello... pero si algo le había enseñado la vida es que las malas noticias mejor darlas sin paños calientes.

—Madre, Artemisa ha sido secuestrada de sus aposentos —dijo Apolo mientras veía como las siempre sonrojadas mejillas de su madre perdían el color de forma inmediata.

—No, no puede ser. Nadie puede entrar en la isla sin invitación. Tiene que ser un error —dijo ella elevando la voz con cada palabra que pronunciaba y aferrándose fuertemente a sus manos esperando que le dijera que todo era una tonta equivocación.

—El minotauro de Creta se la ha llevado, me lo ha confirmado un criado que lo vio —mintió para salvaguardar el honor de su hermana—. No te puedo decir cómo ha conseguido burlar la seguridad mágica de la isla, pero sí te puedo prometer que traeré sana y salva a mi hermana de nuevo a casa —prometió Apolo a su madre que estaba desencajada con la noticia y él no sabía otra manera de consolarla más que trayéndola de vuelta.

—No, no puedo exponerte al peligro, ¿y si te pierdo a ti también? No podría soportarlo, déjame que hable con mi hermana, quizá ella pueda encontrarla —dijo la diosa rápidamente mientras, su mente daba vueltas pensando cualquier otra solución que no fuera exponer a su otro hijo al peligro.

Su madre tenía miedo de que abandonara la isla, y no era un miedo infundado, fuera de aquella extensión de tierra estaban totalmente expuestos. El día de su nacimiento, Hera, una diosa despechada, prometió que, si en algún momento abandonaban la isla, ella misma mataría a los

hermanos y de esa forma castigaría a su esposo infiel y a su amante.

—Madre habla con Laya yo voy a ir preparando a nuestro ejército, no voy a dejar sola a mi hermana, no puedo ni pensar en lo que le estarán haciendo en este momento —Su madre solo pudo asentir mientras las lágrimas rodaban por sus pálidas mejillas.

CAPÍTULO III

—Laya por favor siéntate. ¿Te puedo ofrecer algo de beber? —Ofreció Akiles esperando educadamente a que ella tomara asiento en el cómodo sofá de cuero negro de su despacho.

—Muchas gracias, estoy bien —Le sonrió a través de sus pelirrojos rizos y con unos grandes ojos verdes.

—A ti por venir —contestó Akiles sentándose en frente de ella en un sillón idéntico, pero este individual.

—Es un placer atender a mis hijos siempre que me necesitan, pero por favor dejemos de lado las formalidades y cuéntame qué es lo que te preocupa. ¿Es Amanda? ¿Se está adaptando bien a su nueva vida? —preguntó la diosa, que mientras hablaba acariciaba distraídamente el brazo del sofá.

—Sí, Amanda está muy bien, es muy feliz junto a Marius, pensé que sería más difícil que se acostumbrara a vivir con una familia de gárgolas, siendo enemigos por naturaleza, pero parece que conserva más humanidad de la que pensábamos —respondió Akiles sonriendo, aunque no era una sonrisa del todo sincera, su rostro denotaba preocupación.

—No sabes lo feliz que me hace escuchar eso, hoy en día es muy difícil encontrar el amor verdadero, y tiene mucha suerte de haber encontrado una familia como vosotros. ¿Entonces qué es lo que te preocupa? —interrogó Laya mientras se sentaba en el filo del sofá para escuchar atentamente qué es lo que tenía a una de sus gárgolas tan inquieto.

—Te he llamado por Scailar —Esperó detectar algún gesto en su rostro que delatara que ya sabía que había sufrido la transformación.

—¿Qué le ocurre a tu hermana? ¿Se encuentra bien? —Su tono afable cambió por el de preocupación.

—La verdad, es que no sabría decirte —musitó pensativo.

—Vamos Akiles, suéltalo ya, aunque penséis lo contrario los dioses no somos omnipotentes y no lo sabemos todo. Si algo tenemos prohibido nosotros es interferir en el libre albedrío de los demás.

Akiles por fin respiró hondo ante esa noticia, la idea de que la diosa de las gárgolas hubiera condenado a su hermana a esa existencia lo estaba matando.

—Laya, mi hermana ha pasado, la transición —Ante esa confesión ella abrió aún más sus

grandes ojos.

—Eso no es posible... —pronunció confundida por la información recibida. Se acercó aún más y tomó sus manos, aun intentando asimilar la noticia.

—Lo sé, no parece real, pero lo es. La noche que regresamos con Amanda a casa, la encontramos inconsciente tras el cambio. El dolor que sufrió la terminó dejando exhausta — Mientras le contaba lo ocurrido enrollaba un mechón de su cabello rubio, casi blanco, en su mano. mientras su mirada estaba perdida recordando el momento en que la halló en ese estado y su corazón casi deja de latir por la impresión.

—Es la primera vez que ocurre en la historia desde que os creé. Aunque es algo realmente excepcional y maravilloso que las mujeres de la especie se puedan unir a vosotros en la lucha, pero sobre todo que se puedan defender cuando los raptos vienen a por ellas. Sabes lo difícil que es perpetuar la especie cuando vuestros enemigos tienen debilidad por las hembras y no paran de asesinarlas.

Se levantó y se sentó en la mesa auxiliar de madera oscura justo al lado de él y cogió su mano para tranquilizarle.

—Sé que tienes razón, aunque odie la idea de que mi hermana tenga que luchar y la puedan herir, o matar. Pero no es lo peor Laya... Scailar es una Naga —anunció dejando claro que para él no era una bendición.

—¡Qué interesante! —Parecía una niña cuando se emocionaba con algo—. Una semidiosa, eso realmente me ha sorprendido más que lo otro —Viendo que a él no le entusiasmaba la idea reaccionó—. Akiles sé que temes que a tu hermana le pueda pasar algo, puedo verlo en tu semblante y sentirlo en tu voz. Pero te diré una cosa, si la naturaleza ha evolucionado hacia esto, es porque Scailar está destinada para algo más grande que ni tú ni yo sabemos.

Realmente no le gustaba, él quería mantenerla como siempre en una burbuja de cristal, la sola idea de perderla le ponía enfermo.

—Solo quiero protegerla, si algo le pasara me moriría —Exteriorizó sus miedos.

—Te entiendo perfectamente, somos de los que daríamos cualquier cosa por la gente que amamos, pero si quieres protegerla de verdad, tienes que enseñarle a luchar, a controlar sus nuevos poderes, tiene que ser la mejor en lo que hace y solo de esa manera la podrás salvar.

—Gracias Laya —Aunque le costaba aceptar esa idea sabía que la diosa tenía razón.

—Akiles, una cosa más. Recuerda que si tú estás asustado ella lo está más, quizá ya no recuerdes lo que es el cambio, pero te deja totalmente perdido, con las hormonas disparadas, y

con unos poderes y una fuerza que no sabes canalizar, ni manejar —le recordó la diosa para que no se dejará llevar por los nervios y tuviera paciencia con su hermana pequeña.

Ella tenía toda la razón y él solo pensaba en ponerla a salvo, seguramente estaba aún más aterrorizada que él. Tenía que hacerla la mejor guerrera. Él asintió mirando el rostro de la diosa que era.

—Sé que tienes razón y aunque odie el solo hecho de pensar que tenga que luchar y exponerse a peligros, lo haré para que si yo no estoy cerca, tenga la oportunidad de defenderse. Gracias por todo —agradeció él dándole un último apretón a las delicadas manos de ella que eran suaves y cálidas.

—Gracias a ti Akiles —se quedó callada, estaba escuchando algo que solo ella oía, mientras clavaba su verde mirada más allá de él, como si no existiera nadie más que ella en aquella habitación—. Lo siento, debo irme problemas familiares, pero recuerda que si me necesitáis solo me tenéis que llamar.

Esa llamada le sorprendió. Conocía muy poco a la diosa, no imaginaba que tuviera familia.

—Laya si nos necesitas sabes dónde encontrarnos.

—Gracias Akiles.

Y con una luz dorada desapareció de su lado y su mano se quedó fría sin el calor de la suya.

Leto estaba nerviosa, caminaba de un lado a otro, desesperada en la habitación del trono. Allí recibía a la gente de la aldea para darles consejos y tramitar todo tipo de conflictos. A ella le gustaría recibirles en el salón de la casa y ofrecerles un té o una bebida, pero la burocracia era así y tenía que dar buen ejemplo a sus hijos.

Aquella sala era grande, quizá demasiado para su gusto, prefería los espacios pequeños y acogedores. El suelo y las paredes eran de brillante mármol, le gustaba mantener las líneas arquitectónicas de los templos griegos. Las paredes eran blancas, mientras que los suelos eran de un color azul cielo, un tono que le transmitía mucha paz cuando perdía su mirada en él, menos ese día, que no encontraba consuelo en eso, ni en cualquier otra cosa. Grandes columnas blancas sostenían los amplios techos decorados con héroes en sus mejores batallas y los grandes ventanales permitían que entrara a raudales la luz del sol bañándolo todo.

Realmente Zeus había pensado en todo, hasta en el clima. Nunca hacía malo en la isla y eso le agradaba sobremanera, los días lluviosos la entristecían.

«¿Por qué tarda tanto mi hermana?» pensó con impaciencia. Seguramente estaría liada con algún tema importante, la espera la estaba matando. «¿De qué me sirve ser una diosa si no puedo proteger ni a mis hijos en mi propia casa?» se lamentaba Leto. Esa era la mayor impotencia que podría sentir una madre. Sus hijos eran la mayor bendición que pudo recibir en su vida, de eso nunca se podría arrepentir, pero sí de haber estado con Zeus, un hombre casado. Al principio era reticente a mantener esa relación, y llegó a pensar que nunca lo haría, pero él, realmente, no paró hasta que la consiguió, era todo un conquistador y, por aquello había condenado a sus hijos para toda la eternidad. Ella entendía a Hera, de verdad que lo hacía. Enterarte de que el hombre al que amas te es infiel, seguramente sea lo más humillante y doloroso del mundo, pero los hijos no tenían culpa de los errores de sus padres.

Y lo sabía de primera mano, porque, aunque intentara negarlo hasta la saciedad, amaba a Zeus, se le había metido en el corazón y no conseguía sacarlo de allí de ninguna manera, mientras él seguía conquistando a jóvenes que terminaban cayendo en sus redes sin el menor remordimiento. Ella se odiaba por amarlo, pero en el corazón por desgracia no se manda.

Laya apareció a tiempo de que su hermana no hiciera un surco en el suelo de tanto paseo. Leto tenía el rostro pálido, llevaba su cabello negro en un moño del que se habían escapado varios mechones y caían distraídamente por su rostro.

Algo muy malo había tenido que pasar para que su hermana se encontrara en ese estado. Se acercó rápidamente hacia ella y sin saber aún el motivo de su preocupación la abrazó para consolarla. Amaba a su hermana sobre todas las cosas, y a sus sobrinos, haría cualquier cosa por no verla sufrir, era la pequeña de las dos y su misión era protegerla, algo que intentó cuando se enteró de que Zeus la pretendía, pero no lo consiguió, poco escuchamos cuando el corazón es el que nos guía, y ahora estaba exiliada en esa isla para toda la eternidad debido a su error.

—ἀδελφή ¿Qué te ocurre? Tienes muy mala cara —Entre ella se llamaban ἀδελφή que significa hermana en su idioma natal, el griego antiguo.

Ella tiró de su mano dirigiéndose hacia las sillas del trono y se sentaron antes de comenzar a contarle todo lo ocurrido.

—ἀδελφή gracias por venir —Se veía que luchaba por no derramar lágrimas y por lo que podía ver, no era la primera vez que lloraba ese día, tenía los ojos rojos e hinchados.

—Siempre estaré contigo cuando me necesites, ya lo sabes. ¿Qué ha pasado? Sabes que no puedo leer la mente —Intentó hacerla sonreír, pero solo consiguió que se pusiera a llorar.

—Es Artemisa, la han secuestrado de sus propios aposentos —Laya se llevó una mano a la boca al recibir aquella noticia que hacía que ella misma tuviera ganas de estallar en llanto, aunque

necesitaba ser fuerte por su pequeña hermana—. El minotauro ha conseguido entrar aquí, en mi casa y se la ha llevado. Tengo tanto miedo de lo que le pueda suceder... la podrían estar torturando o algo peor, y si Hera descubre que no está dentro de la protección de la isla la matara.

—No te preocupes, la encontraré, te lo juro —prometió Laya contundentemente intentando infundir tranquilidad a su hermana, para que el miedo que la recorría el cuerpo no la delatara. Cogió a su hermana y la acunó junto a su pecho mientras esta lloraba sin consuelo.

—Tu sobrino Apolo quiere salir a buscarla, no aceptará un no por respuesta, pero tengo tanto miedo Laya y ¿si los pierdo a los dos? No podría soportarlo. No creo que pueda, aunque solo pierda a uno —El hipo por el llanto cortaba sus palabras, y el nudo que sentía en la garganta amenazaba con ahogarla.

—No vas a perder a ninguno de eso me encargo yo, para eso soy su tía y madrina —Le prometió mientras se mordía fuertemente la cara interna de la mejilla, intentando no ponerse a llorar, si Leto veía que ella se derrumbaba no habría manera de que creyera en sus palabras.

—*ἀδελφή* no puedo expresar la impotencia que siento, el no poder salir a buscar a mi hija me está matando. Siempre te he dicho que entiendo a Hera perfectamente, pero maldecirme a no poder abandonar la isla es el más cruel de los castigos cuando la vida de uno de tus hijos está en peligro. Aunque si no he podido salvarlos ni aquí... —confesó y en sus palabras se notaba como la culpa le atormentaba. Daría su propia vida si con ello asegurara la vida de sus hijos.

—No pienses eso ni en broma, algún día me vengaré de esa perra por lo que le ha hecho a mi familia, eso te lo puedo prometer, aquí el único culpable de lo sucedido es su maridito y ¿le hace algo? No, él sigue haciendo de las suyas mientras a vosotros os ha condenado de por vida —maldijo mientras la pena había sido sustituida por la rabia que ahora hervía en sus palabras.

—Bueno, de nada nos sirve pensar en eso ahora, tenemos que encontrar a Artemisa —recalcó Leto, su hermana tenía razón en cada una de sus palabras, aunque no podía evitar tener sentimientos contradictorios, por una parte, amaba a Zeus y por otro lado le odiaba por permitir que sus hijos sufrieran algún daño sin su protección—. ¿Qué vas a hacer? —preguntó mientras se secaba las lágrimas intentando recomponerse.

—Voy a intentar localizar su ubicación actual y mandaré a las gárgolas a buscarla. Así Apolo no abandonará la isla, si alguien la puede traer de vuelta a casa son ellos —manifestó Laya convencida.

—Gracias *ἀδελφή* —La besó mientras le acariciaba sus rojos rizos.

—Eso sí, no dejes que Apolo abandone la isla —suplicó antes de irse.

—Lo intentaré... sabes que es tan terco como su padre —Le escocía que le mencionara a ese

desgraciado. En lo único que su sobrino se parecía a su padre era en los ojos.

—Volveré tan pronto como me sea posible para contarte —La abrazó levemente antes de marcharse, no tenía tiempo que perder.

CAPÍTULO IV

Los días siguientes a la transformación fueron realmente extraños. Después de ese fatídico día no había vuelto a sentir dolor, ni siquiera cuando el cambio llegaba sin avisarla, pero por algún motivo, ya no se sentía plenamente ella. Ya no era esa chica delicada que amaba la cocina, pintar, o preparar lujosas fiestas y comprar bonitos vestidos. Ahora se sentía fuerte, con mucha energía, y lo que antes le parecía imprescindible en su vida, ahora carecía de sentido, pero lo que más notaba ahora era lo perdida que se sentía con su nueva situación. Nunca había existido nadie como ella, ¿era un bicho raro? Su hermano le había dicho que hablaría con la diosa Laya, que no se preocupara. Pero todos intentaban protegerla y animarla, la trataban como aquella niña a la que había que proteger hasta del aire. Pero esa «niña» había muerto el día en que se convirtió en guerrera. Ella quería aprender a luchar lo sentía dentro de ella, lo necesitaba, su nuevo ser se lo pedía a gritos, tenía que dar más de ella. La estaban ayudando a entrenar, pero eran demasiado delicados con ella, como si fuera de cristal y se fuera a romper. Ella los había visto luchar desde que tenía uso de razón, y ellos no tenían piedad nunca en una batalla, con ella se portaban de manera diferente y maldecía por ello.

La única que realmente la trataba como una guerrera era su cuñada, Amanda, que por ser una Raptora había perdido mucha de la delicadeza humana, así que la veía como lo que era, una más del ejército y le estaría eternamente agradecida por ello. Había decidido que si ellos no pretendían enseñarle a luchar de verdad ella les obligaría, no tendría ninguna piedad, era la única manera de que la tomaran en serio, aunque sabía que la culpa de todo aquello la tenía su hermano, a saber con qué les había amenazado si tocaban a su hermanita pequeña.

Esa mañana, entrenaría con Amanda después del desayuno, así que estaba contenta, cosa que pasaba poco a menudo desde que cambió; el dolor se había llevado la mayoría de sus sonrisas, había perdido por el camino a aquella chica risueña que solía ser.

Se puso un pantalón de chándal y una camiseta ajustada que la acompañara en sus movimientos sin engancharse con nada. Amanda le explicó que la ropa pegada al cuerpo era importante a la hora de luchar. Ella se había acostumbrado al cuero desde que era una Raptora y la verdad es que era una auténtica máquina luchando.

Aunque para ella últimamente la ropa era lo de menos, perdía la mayoría en los entrenamientos, cada vez que perdía los nervios, se transformaba involuntariamente y adiós ropa. Esperaba controlar eso dentro de poco, o no ganaría para fondo de armario, aunque a su familia el dinero era algo que no les preocupaba.

Bajó al comedor donde todos se reunían a desayunar alrededor de una mesa de madera de caoba. La felicidad volvía a existir en la casa desde que Amanda y Marius habían regresado.

Estaban todos sentados entorno a la mesa, Amanda y Sárilan hablaban entre risas mientras se acariciaba el abultado vientre, y Marius y Axel se tiraban las pullas que tanto les gustaban, eran como niños grandes, mientras, Silas y Cormand estaban en su mundo como siempre. Al que no veía por ningún sitio era a su hermano, cosa rara, ya que la tradición de empezar el día juntos era idea de él.

—¿Dónde está el jefe? —preguntó mientras se sentaba entre Amanda y Silas y tomaba un sorbo de café humeante.

—Laya ha venido a hablar con él, llevaba días queriendo hablar con ella —explicó Axel mientras acariciaba el vientre abultado de su mujer.

—¿Qué le dirá? —Temía que, si la diosa le decía algo que alarmara a Akiles, le prohibiera luchar.

—Siempre tan curiosa ¿sabes que la curiosidad mató al gato? —Marius miraba a Axel riéndose mientras este le tiró un trozo de pan que le dio de lleno en su frente. Daba gusto verlos como siempre, después de tantos problemas por los que habían pasado.

Siguieron desayunando intentando mantener charlas banales, como si nada pasara, aunque tenían bastantes cosas en la cabeza últimamente; la transformación de Scailar, la marca de la bruja sobre los bebés de Sárilan, el regreso de Amanda a casa después de que todos pensaran que la habían perdido, y sobre todo que era una Raptora, el enemigo por naturaleza de las gárgolas. Una locura total...

—¿Habéis encontrado a la bruja? —preguntó Scailar. Esa pregunta hizo que las bromas pararan de forma súbita.

—¡Scailar! —La regañó Axel.

—No pasa nada cariño es normal que se preocupe, son sus sobrinos. No, no sabemos nada. Nadie la ha vuelto a ver desde aquel día. Tenemos gente buscándola por todos sitios, pero es como si se la hubiera tragado la tierra —se abrazó la barriga de forma protectora—. Por otro lado, los médicos dicen que todo está bien que no tenemos de qué preocuparnos —Sonrió a Scailar y ella le devolvió la sonrisa.

—La encontraremos, todo se arreglará Sari ya lo verás —le dijo mientras jugaba con el tenedor en la comida, no tenía mucho apetito esperando las noticias de su hermano—. ¿Vamos a entrenar? —preguntó ansiosa, la energía desmedida que tenía últimamente la ponía nerviosa y eso le ayudaría a olvidar por un rato esa mente inquieta que amenazaba con volverla loca.

—¿Quieres que te patee tu bonito culo? —preguntó Amanda riéndose. Todos estallaron en carcajadas cuando ella puso los ojos en blanco en respuesta—. Le he pedido a Marius que nos acompañe hoy, él es muy hábil con los cuchillos, así aprenderás a usarlos y a defenderte con ellos, te vendrá bien, ya que vienes con espadas de serie —dijo Amanda riendo por su propio chiste.

—Estoy impaciente —le informó y era la verdad, cuanto antes aprendiera, antes podría acompañar a su familia en la lucha.

Se fueron los tres hacia la planta de abajo, donde tenían situado el gimnasio, en lugar del típico sótano.

La planta era totalmente diáfana, excepto una habitación, donde tenían un baño con una ducha y unas taquillas plateadas donde guardaban la ropa de deporte. Las paredes, y las columnas estaban acolchadas para evitar que alguno se descalabrara mientras luchaban. Se caracterizaban por ser bastante brutos.

Tenían zonas diferenciadas, la zona de musculación, donde había varias máquinas para ejercitarse, cintas para correr, bicicletas, etc. Y en otra parte, había un gran tatami de color rojo con el dibujo de una gárgola negra en el centro. Y allí es donde hoy practicarían.

La luz de la sala era totalmente artificial, no disponían de ventanas allí abajo, era importante no tener distracciones durante la lucha. Marius encendió una gran cadena de música y seleccionó a Guns N' Roses para ese día, «el entrenamiento será cañero hoy» pensó.

Se quitó la sudadera preparándose para la lucha. Olía a aire fresco, la ventilación era muy importante donde un grupo de cinco hombres y ahora dos mujeres terminaban sudando a raudales, si no el olor a humanidad sería insoportable.

Marius la esperaba en el centro del tatami, llevaba un pantalón de chándal gris, sin camiseta y descalzo, y en sus manos llevaba dos dagas, con el filo negro y la empuñadura roja, sus favoritas. Le hizo un gesto con la mano invitándola a entrar en el tatami. Se descalzó para unirse a él, Amanda se acercó totalmente vestida de cuero, y con sus cortos rizos rubios revoloteando libres por su frente.

—Quería usar cuchillos de plástico... pero le he explicado que eso no te ayuda, así que utilizará sus dagas. Ten cuidado por que cortan huesos como si fueran mantequilla y sobre todo, patéale el culo para que luego le tenga que consolar —Puso un fingido puchero y las dos rieron.

Le entregó dos espadas Thega como las que tenía cuando se transformaba, eran alargadas y brillantes, y tremendamente afiladas y peligrosas. Le hizo un gesto de asentimiento y se dirigió hacia su compañero de entrenamiento.

Se puso justo enfrente de él, cerca, lo suficiente para que no la cogiera por sorpresa si la

atacaba, eso lo había aprendido bien, a base de los golpes recibidos de Amanda en los primeros entrenamientos.

—¿Preparada? —preguntó él, desafiándola con la mirada, Marius era un gran guerrero y sabía que podía aprender mucho de él.

—Siempre —respondió Scailar deseando empezar la lucha.

Sin más palabras él empezó a girar y ella hizo lo mismo, «nunca dejar que el enemigo te ataque por la espalda» se repetía para ella misma. Veía la duda en los ojos de Marius, no sabía si atacarla, no quería dañarla, como todos, y eso la enfureció y fue a por él, con la espada derecha levantada frente a ella. Marius que era un experimentado luchador vio la trayectoria que tomaría su ataque y antes de que la espada le hiciera un feo corte en el estómago la esquivó girando sobre sí mismo y alejándose.

—Luchas con rabia, y eso no es bueno, delataras tus movimientos frente al enemigo. Tu cara tiene que ser una máscara de inexpresividad —informó mientras volvía a girar alrededor de ella.

—Claro que tengo rabia, sobre todo porque veo en tu cara que no me quieres atacar. ¡Así nunca aprenderé! —gritó enfadada, en cuanto se despistara le iba a cortar un poquito para que le entraran ganas de luchar de verdad.

—¡Atácala! —La voz de su hermano resonó desde la oscuridad de la entrada. Y tenía que admitir que, aunque aparentemente parecía un jovencito inocente la voz que acababa de oír le ponía los pelos de punta. Sabía que su hermano era un gran guerrero, pero nunca se había dirigido así a ella.

—Akiles... —advirtió Marius que no tenía ganas de dañar a la hermana pequeña de su jefe, él la consideraba de su familia y no quería que Akiles luego le pusiera la cara morada en represalia.

—¡Perfecto! Entonces sal del tatami, lo haré yo —Scailar no daba crédito, su hermano se había negado a enseñarle desde que había sufrido la transición. Y sabía que tenía amenazados con dar una paliza al que la dañara en los entrenamientos, o algo aun peor. Amanda era la única que le daban igual las amenazas, ella era ahora más temeraria.

Marius obedeció y le hizo un asentimiento de cabeza al Rey de las gárgolas de Grecia cuando este pasó por su lado. Iba vestido con un pantalón de cuero negro, el torso musculoso al descubierto, y su largo y lacio cabello trenzado en su espalda. En su mano derecha llevaba una gran espada, Scailar juraría que era casi tan grande como ella.

—A partir de hoy no tendrán piedad contigo, ni yo tampoco —Sin terminar la frase ni darle ninguna explicación del porqué de ese cambio de actitud, se abalanzó con todas sus fuerzas hacia ella espada en mano.

A Scailar la dejó de piedra aquella situación, pero sobre todo le cogió por sorpresa el ataque, dio una voltereta hacia atrás para esquivarlo y por suerte su hermano falló, si no ahora posiblemente estaría partida por la mitad.

—Serás la mejor luchando, y no voy a parar hasta que lo seas, me he dado cuenta de que es la única manera en la que te puedo proteger —Ella asintió con lágrimas que picaban tras de sus ojos. Su hermano por fin confiaba en ella. Haría que estuviera orgulloso.

Lanzó una de sus espadas a las piernas de Akiles y con la otra intentó cortar su pecho desnudo, él dio un salto para esquivar el ataque en las piernas y la espada dirigida hacia su pecho la paró con su propia espada.

Cuando aterrizó de nuevo en el suelo atacó con su espada y los dos se enzarzaron en una lucha donde el metal sonaba con cada impacto, intentaba derribarle sin mucho éxito. Su hermano era muy fuerte, tenía que desarmarle, así que soltó una de las espadas y le pegó un puñetazo en la mandíbula que hizo eco en las paredes de aquella habitación. Él la miró sorprendido a la par que contento, porque ella le golpease tan fuerte, aunque convencido de que aún le quedaba mucho por aprender.

—Eso se lo enseñé yo —comentó Amanda orgullosa pavoneándose y su hombre le hizo una mueca en respuesta.

Ya no solo usaban las espadas también habían empezado a usar patadas. Akiles le pegó una patada lateral tan fuerte en las costillas que perdió el aire unos segundos soltando las espadas para sujetarse la zona afectada.

—¡Nunca sueltes tu espada! —advirtió mientras le ponía la espada en su fino cuello—. Si fueras un Raptor estarías muerta ahora mismo. Sin ofender, Amanda.

—Tranquilo, es la verdad. Pero hay que reconocer que lo ha hecho muy bien, es buena esquivando y golpeando fuerte.

—Sí, pero no es suficiente —No sabía por qué, pero ese comentario le dolió, y la rabia fluyó a través de ella como un río.

En unos segundos, donde había estado aquella mujer tan parecida a Akiles, ahora había una bella Naga, siseando a través de sus colmillos y volvía a tener dos espadas en sus manos. Su hermano reflejaba el asombro en sus ojos azules, nunca se acostumbraría a verla así. Era hermosa a la par que mortífera, aunque aún tuviera mucho que aprender. Ella se fue directa hacia él y con un grito de guerra intentó cortarle la cabeza con ambas espadas, si él no se hubiera agachado podría haber acabado con su vida, era la manera de matar a las gárgolas.

Cuando se transformaba, la ira la cegaba, aún no era capaz de controlarse y eso la podría jugar una mala pasada en la lucha. Lanzó un ataque que casi la hace doblarse, mientras paraba con ambas espadas, la de su hermano, y eso la hizo enfurecer aún más.

Empujó hasta que consiguió separarle lo suficiente y le dio un puñetazo en el pecho que le hizo salir del tatami e impactar sobre la pared haciéndola crujir.

—¡Eso ha tenido que doler! Los muros tienen una anchura de casi un metro de hormigón y revestidos con acero, Akiles va a tener una jaqueca terrible esta noche — observó Marius impresionado por los poderes de aquella mujer a la que trataban como una niña, pero la verdad es que golpeaba como toda una guerrera.

Akiles sacudió la cabeza varias veces para aclararse la mente tras el golpe, y se puso en pie con algo de dificultad.

—Muy bien Scailar, así quiero que golpees, otra vez —animó Akiles poniéndose en guardia para seguir con el combate y ella siseo en respuesta.

Caminó hacia ella, esta vez desarmado. Probarían un cuerpo a cuerpo, aunque su espalda había sufrido un golpe de los grandes, ella era muy fuerte y eso le gratificó, si conseguía entrenarla bien sería imparabile y no tendría que estar siempre preocupado por su seguridad.

Ella tiró las armas también contra el suelo acolchado del tatami y cuando fue a darle con su larga cola una voz ronca les interrumpió.

—Eso tendrá que esperar. Akiles, Laya reclama tu presencia y parece urgente, nunca había visto a la diosa alterada, algo muy malo ha tenido que suceder —explicó Cormand sin expresión en su rostro, ese hombre era como un pozo negro que no mostraba nunca sus emociones.

—En seguida voy —Cormand asintió y se marchó, era realmente parco en palabras.

Scailar salió de su transformación cuando vio la cara de preocupación de su hermano. Eso había amansado a la bestia que vivía en su interior.

—Lo has hecho muy bien Scai. Mañana seguiremos, ahora tomaos un merecido descanso.

Su hermana, ya en forma humana, y como dios la trajo al mundo se dirigió hacia su hermano y le abrazó en agradecimiento por lo que le había concedido. Que confiara en ella y la tomara en serio era el mejor de los regalos que la podía hacer. Él la beso en la frente antes de marcharse.

Se fue directo a su despacho no sin antes coger una toalla negra del baño del gimnasio, no tenía

tiempo para ducharse, pero al menos se quitaría el sudor para recibir a la diosa. No llevaba mucha ropa, pero no creía que ella se fuera a asustar ya que era la creadora de todos ellos.

Entró y la vio mirando por la ventana, el sol bañaba sus pelirrojos cabellos, con el reflejo del sol parecían más naranjas que rojos al contrario que Marius que parecía que la sangre había sido vertida sobre su pelo. Cuando le oyó entrar se giró, la preocupación se reflejaba en aquellos expresivos ojos verdes.

—Hola Laya, ¿qué ocurre? —Esta vez no se enredó en formalismos, había ocurrido algo, lo sabía, solo hacía falta mirarla a los ojos para saber que algo no andaba bien, esa mujer siempre tenía una sonrisa en su rostro, incluso en los peores momentos, y ahora en su cara no había ningún atisbo de ella.

La diosa caminó por el despacho con la majestuosidad, que sólo una reina posee, sus cabellos color fuego semi recogidos resbalaban por su espalda semidesnuda a causa del peplo que era descubierto por detrás. Tomó asiento en el sofá de cuero y cruzando las piernas esperó pacientemente a que Akiles la acompañara y él hizo lo propio.

—Akiles siento molestarte, pero necesito tu ayuda. No puedo recurrir a nadie más que a vosotros —expresó mordisqueándose elegantemente una uña.

—Claro, lo que desees ya lo sabes, te debemos muchísimo.

—No sé si sabrás que soy hermana de Leto, así como tía de Apolo y Artemisa —él asintió—. Ellos tres viven en una isla que Zeus les regaló y de donde, siempre que no salgan, estarán seguros de la ira de Hera —Sé quedó pensando en lo que odiaba a esa mujer.

—No sabía que erais familia, pero sí conozco la historia de la maldición que Hera le impuso a tu hermana y sobrinos. Por favor, prosigue.

—No sé muy bien cómo, pero han conseguido abrir una brecha en la protección de la isla, mi sobrino no se lo ha contado a su madre, pero sé que mataron a un mortal que estaba con mi sobrina en ese momento y se la llevaron después de destrozar toda la habitación y estoy segura de que no se dejó coger fácilmente, es una luchadora.

—¿Tenemos alguna pista de donde está? —Ahora era él el que se tomó la libertad de sentarse junto a ella y tomar su mano para darle apoyo.

—El mortal antes de morir le dijo a mi sobrino Apolo que se la había llevado el minotauro, al laberinto de Creta donde él habita.

—¿Y qué le llevaría a ese ser a secuestrar a tu sobrina? ¿Con qué fin? —Intentaba recopilar toda la información posible.

—En un principio pensé que había sido Hera, ¿quién más querría dañar a mi familia? Son buena gente que tratan con amor y respeto a los demás. Pero fui al Olimpo y ella estaba allí tan campante con sus tonterías de siempre. Así que no sé lo que ha impulsado a ese ser a llevársela. Quizá quieren un rescate, o tener a la diosa de la virginidad, con esos seres nunca se sabe... — masculló perdida en sus pensamientos intentando discernir sobre el motivo del secuestro.

—No te preocupes, nosotros iremos a buscarla y te la traeremos a casa.

—He convocado a los mejores guerreros de todo el mundo para que vayáis juntos, no quiero que nadie sufra daño alguno, excepto claro el que se la ha llevado —confesó la diosa y en su voz se podía entrever que si querían hacer sufrir a su secuestrador antes de acabar con su vida por ella no había problema, es más estaría feliz con ello.

—Perfecto, solo tengo una pregunta más y espero no parecer indiscreto con ella. ¿Su padre al ser el Dios de dioses no querrá ocuparse personalmente de este asunto? —La mano que sostenía estaba fría, seguramente debido al estado de nervios que tenía. Intentó pasarle algo de su calor frotándola y a ella no pareció incomodarle el contacto.

—Su padre no movería un dedo, aunque pudiera Akiles. Nunca se hizo cargo de sus hijos, son solo otros bastardos de tantos que tiene, de todas formas, todos los dioses tenemos unos límites, incluso él. Hera le perdonó la infidelidad, pero no puede ayudar a sus hijos fuera de la isla —Le explicó dejando patente el odio que sentía hacia el padre de sus sobrinos—. Apolo quiere ir por su cuenta a buscar a su hermana, y de verdad que lo entiendo, pero en cuanto ponga un pie fuera de su hogar será rastreado por Hera y todos sus monstruos no descansaran hasta matarlo —

Él asintió comprendiendo perfectamente la situación que le planteaba, casi todo el mundo conocía la fama de aquel dios que iba engatusando y embarazando mujeres por donde pasaba y sobre su mujer la que se volvía loca cada vez que se enteraba de otro escarceo de su marido.

—No te preocupes la sacaremos de allí y la protegeremos hasta que llegue a casa. Y te doy mi palabra de que el minotauro sufrirá por lo que ha hecho — advirtió Akiles, la venganza se reflejaba en sus facciones.

—Tenéis que ser rápidos, Artemisa también está en peligro de muerte cada segundo que pase fuera de la protección de la isla —recalcó haciendo hincapié, no quería que por un error pudiera pasar algo que no pudieran deshacer.

—Saldremos de forma inmediata, déjame que informe a mis hombres —anunció poniéndose de pie y ya pensando en las armas que necesitaría y en el plan para rescatar a Artemisa, era todo un líder.

—Os enviaré allí esta noche, para que tengáis tiempo de prepararos, en el plano donde se

encuentran los dioses y los monstruos mitológicos será de día cuando lleguéis. El resto de Reyes se reunirán con vosotros en el laberinto ya les he convocado —dijo Laya para que supieran que no estarían solos.

—Estaremos preparados.

—Gracias Akiles, es muy importante para mí la familia. Bueno que te voy a decir a ti sobre eso, sé que tú me entiendes —Y claro que lo entendía pensar en perder a uno de los suyos le atormentaba muchas noches y le quitaba el sueño.

—Claro que sí, estate tranquila o al menos todo lo que puedas —Besó su mano antes de despedirse para ir a preparar todo.

—Gracias —Agradeció Laya antes de darle un abrazo sin importarle su estado de desnudez, ese abrazo era más por ella misma que por agradecerle su entrega.

Se marchó a la vez que él abandonaba la habitación. Ahora a hablar con Scailar, lidiar con su hermana le daba más miedo que el minotauro del laberinto...

CAPÍTULO V

—¿Están los hombres listos? —Apolo había entrado en la armería dónde muchos de sus guerreros estaban preparando las armas. Estaba nervioso, pero intentaba parecer calmado frente a los soldados.

—Hola Apolo, yo también me alegro de verte —dijo irónicamente Molok haciéndole un guiño.

Cuando era tan solo un bebé su tía Laya se lo había traído a su madre para que se hiciera cargo de él. Sus padres habían muerto y pensó en su madre para que le criara, ya que le encantaban los niños y no conocía a nadie que le pudiera dar más amor que ella. Su madre aceptó gustosa. En esa época ellos tenían dos años así que crecieron juntos y realmente era como un hermano más.

—Perdona, ando muy nervioso. He oído a mi madre hablar con Laya, no ha conseguido encontrar a Artemisa así que les ha pedido a los ejércitos de las gárgolas que la vayan a buscar.

—Y conociéndote cómo te conozco seguro que no te vas a sentar tranquilamente a esperar noticias —insinuó el rubio de ojos dorados sabiendo de antemano la respuesta mientras seguía afilando su espada.

—Pues, aunque realmente confío en el criterio de nuestra tía, no me voy a quedar esperando a que la encuentren. No soy de los que se quedan esperando —cogió su arco y flechas con lo que era realmente bueno y por supuesto la espada que siempre lo acompañaba a todos los sitios.

—Estoy contigo, pero sabes que madre se disgustará mucho con esa decisión —para Molok ellos también eran como su familia, y Leto como una madre. Le había tratado exactamente como a otro de sus hijos, nunca hizo una diferencia entre sus hijos biológicos y él y jamás podría agradecerle de forma suficiente por eso.

—Lo sé, pero ¿qué hacemos? ¿Esperamos que nos traigan a Artemisa en una caja de pino? —preguntó Apolo levantando la voz más de lo que pretendía, su hermano no tenía culpa de nada y le conocía lo suficiente como para saber que estaba sufriendo tanto como él, aunque no lo mostrara abiertamente.

—Vale, vale —Levantó las manos a modo de rendición.

Sabía que si le decía todo eso era porque era la verdad, a su madre posiblemente le ahogara la preocupación cuando supiera que había zarpado junto a Molok, pero él pensaba que el fin justificaba los medios, si conseguía traer a su hermana sana y salva le perdonaría cualquier cosa, o eso esperaba.

—Vamos al barco —Ordenó a todos los hombres deseosos de una pelea, allí en la isla no solían tener muchos altercados, nada que no se arreglase con un par de días en los calabozos.

Los soldados empezaron a cargar las provisiones y armas en el Trirreme, todo lo que pudieran necesitar, ya que desconocían el tiempo que estarían fuera. Hasta había un cocinero en el navío de guerra.

El Trirreme donde viajarían tenía tres órdenes de remo de unos cincuenta metros de eslora, tenía gran capacidad y era totalmente de madera recubierta por una resina para aislarla y que no entrara agua.

Los hombres se turnaban para remar y había unos pocos camarotes en la parte inferior de la nave, una pequeña cocina, y un comedor donde se reunían a comer o a planear estrategias.

Se dirigió a la rampa de madera que le daba acceso al barco casi a la altura de la proa. Cuando una mano le cogió del brazo para detenerlo. «¡Mierda!» reconocería el olor a rosas de su madre en cualquier sitio, pensaba que se podrían marchar antes de que se enterara, pero aquella mujer tenía ojos en todas partes. Sentía miedo de girarse y enfrentarse a la mujer que le había regalado la vida, vería el dolor en esos ojos negros que siempre brillaban con alegría y ahora estarían apagados como una noche sin luna.

—Hijo, mírame. —Le conocía perfectamente, su voz sonaba quebrada por haber estado llorando durante horas, y cansada.

Se giró y tal y como había imaginado su madre era un amasijo de nervios y desesperación.

—Dime madre —Sabía perfectamente lo que le iba a decir, pero no recularía.

—No puedes irte, tu tía ya lo ha arreglado, sus ejércitos buscarán a tu hermana y la traerán sana y salva a casa —«O al menos eso quería creer ella», pensó Apolo.

—Lo siento madre, sé que esto te hace daño, pero iré a buscar a mi hermana te guste o no. Lo tengo todo listo y voy a zarpar —En sus ojos vio que ella sabía que se iría, pero no sería buena madre si se rindiera sin luchar.

—Por favor... —La voz se le rompía con cada sílaba.

—Está decidido, te quiero madre. Reza por nosotros —soltó suavemente la mano de su madre, que aun sujetaba su brazo.

—Apolo, morirás si abandonas la isla —Ya no ocultaba las lágrimas que bajaban calientes por sus frías mejillas.

—Y lo haré gustoso si con eso consigo que Artemisa regrese a casa —La besó en la mejilla mojada antes de irse rápidamente, le destrozaba por dentro verla así.

—Te quiero hijo mío, que nunca se te olvide —Le gritó cuando vio que había perdido a sus dos hijos.

—Izad las velas y levad el ancla —exclamó sin ser capaz de mirar a su progenitora.

Akiles había pedido a toda su familia que se reunieran en su despacho, allí disponía una mesa de madera grande donde hacían los planes de ataque o defensa los guerreros. Esa noche era por un motivo muy distinto. Todos estaban allí, Sárilan sentada junto a Axel le sostenía la mano, a su lado Silas presidía una punta de la mesa, perdido en sus pensamientos para variar. Luego estaban Marius y Amanda, Cormand, y justo a su lado la pequeña Scailar, él cerraba la mesa.

—Esta noche os he reunido porque la diosa Laya ha pedido nuestra ayuda —la sorpresa se reflejaba en la cara de los asistentes—. Su sobrina Artemisa ha sido secuestrada, no saben cómo pero el minotauro ha conseguido saltarse las defensas de la isla donde viven protegidos y se la llevó de sus aposentos.

—Ya echaba de menos una buena lucha —dijo Cormand sin mirar a ningún sitio en concreto.

—Esta misma noche la diosa nos transportará hasta Creta, todos los ejércitos de gárgolas del mundo mandaran emisarios a esta misión. Corre un grave peligro, aparte de que no sabemos para que la quiere el minotauro, Hera ha prometido que si ella o su hermano abandonaban la isla les daría caza y los mataría.

—¡Vamos a armarnos! —decretó su hermana entusiasmada por salir a su primera misión y nada menos que para la diosa, era una gran ocasión.

—No Scailar, tú no vienes —pronunció Akiles y esperó que llegara la tormenta.

—¿Cómo has dicho? —Levantó la barbilla desafiándole. No podía decir lo que ella pensaba que estaba diciendo, ¿dejarla fuera de aquello?

—No estás preparada, esto no es un entrenamiento es una batalla real.

—Soy buena luchando y lo sabes, no me dejas ir porque siempre me tienes metida en una maldita burbuja para protegerme, pero óyeme bien, ya no soy una niña, soy una mujer y soy una guerrera, aunque eso no te guste —Todos los que allí estaban miraban con la boca abierta la fuerza de la nueva Scailar, realmente había fuego en su interior. Muy lejos quedaba ya aquella jovencita que acataba las órdenes de su hermano sin cuestionarlo.

—Sí, eres buena pero no la mejor, y tus repentinas transformaciones según tu estado de humor nos podría costar la vida a alguno de nosotros, ¿eso es lo que quieres? —Sabía que le estaba haciendo daño, pero no iría con ellos, por encima de su cadáver—. Dices que eres una mujer, pero yo solo veo una niña malcriada que antepone sus caprichos a la seguridad de todo el ejército.

—Te odio —gritó y dando un puñetazo que astilló la mesa de madera salió disparada hacia su habitación.

No quería acabar así con ella, quizá nunca la volviera a ver y que le odiara le destrozaba por dentro, pero más le destrozaría si estuviera muerta. A veces había que tomar duras decisiones, ese era su cometido y sabía que había tomado la mejor.

—Te has pasado —observó Marius que siempre era el mediador en todos los problemas.

—Haré lo que sea necesario para protegerla, incluso la encadenaría al sótano si fuera necesario, y no estoy de humor, así que no tenses más la cuerda, hermano —Akiles normalmente tenía un humor jovial así que verle en aquel estado era sinónimo de problemas.

—Vale, vale —dijo Marius sabiendo que en ese momento no podían enzarzarse en una discusión tonta cuando tenía problemas más gordos a los que enfrentarse.

—Cormand, Silas, preparad las cosas, nos vamos —Los dos asintieron sin pronunciar palabra, típico en ellos, pero se les veía contentos por tener que luchar.

—¿Y nosotros? —preguntó Amanda con los ojos como platos, cómo se les ocurría negarle ir a una guerra, su especialidad.

—Amanda, sé que te encanta luchar, pero necesito que ahora hagas algo más importante, y es cuidar a mi hermana para que no haga ninguna tontería. Y Axel debe quedarse cerca de su mujer, no sabemos si la bruja volverá a intentar dañar a sus hijos. Así que por favor...

—Vale —sabía que no le había gustado la idea, por su gesto torcido y lo blancos que tenía los nudillos mientras apretaba los bordes de la mesa. ¿Es qué todos se habían propuesto romperle la mesa?

—¿Todos de acuerdo? —preguntó para que nadie hiciera una tontería.

—Sí —fueron contestando todos.

—Bien preparaos salimos en media hora.

Ahora que era adulto si pudiera elegir un poder sin duda sería el de teletransportarse como su tía Laya, de ser así podría estar ahora mismo liberando a su hermana, pero como no le había sido otorgado tendrían que remar hasta allí como simples mortales. Él era el dios de la luz y el sol, por lo que en las horas diurnas adquiría más fuerza y era casi inmortal, a no ser que le mataran con un arma celestial.

Le fue concedido el don de arco, era prácticamente imparable cuando luchaba con ese arma y por último tenía cierto poder de curación, dones maravillosos menos en ese momento que no le quitaban la ansiedad por llegar a su destino.

Había hablado con los soldados y se habían embarcado camino de Creta tardarían un día al menos si los vientos y el mar eran favorables y esperaba que su tío Poseidón le echara una mano con eso y le diera la protección en los mares que lo iba a necesitar.

No iban demasiados hombres ya que no quería dejar a su madre desprotegida frente a la arpía de Hera que aprovecharía cualquier momento para matarla. Él mismo manejaba el timón del barco mientras sus hombres se ocupaban del resto de las tareas del navío. Todos ellos se habían vestido como mortales para la misión no es que le incomodara luchar en peplo, pero quería que pasaran lo máximo desapercibidos. Él había optado por un pantalón de cuero negro que se ajustaba perfectamente a sus musculosas piernas. El ser un dios ayudaba a tener una buena constitución, o al menos a la mayoría porque Dionisio tenía una tripa que casi no le dejaba acercarse a la mesa a tomarse el vino. En cambio, a él le gustaba trabajar duro y mantenerse fuerte. Eso le hacía sentirse bien.

Una camiseta blanca ajustada marcaba su cincelado torso y contrastaba perfectamente con su piel morena. Y botas de motero eran el uniforme que llevaba para luchar. Su arma normalmente era el arco, pero esta vez también llevaba cuchillos y una espada atada a la cintura, una que su hermana hizo forjar para él y con la que mataría al que había osado a poner una mano encima de ella.

—Señor llegaremos al amanecer. Se nota que su tío está de buen humor, los mares están de nuestro lado —informó el hombre encargado de las navegaciones, era todo un experto.

—Perfecto estoy ansioso —Tanto que si no llevara el timón estaría dando vueltas como un loco por el barco y desquiciando a sus hombres.

Ya estaban preparados y armados hasta los dientes esperando la llegada de Laya, les había dicho que a las nueve llegaría y les mandaría directos al laberinto del minotauro en Creta. El resto

de hermanos guerreros de otros puntos del mundo habían sido enviados antes así que llegarían más o menos todos a la vez.

Era una misión distinta, pero iban orgullosos a ella, ya que la diosa había hecho tanto por ellos que darían la vida sin dudar.

Todos se habían reunido en el salón para verlos partir cada uno con una cara distinta Axel no podía evitar tener la preocupación marcada en el rostro por su mujer y sus hijos, Sárilan padecía cada vez que se iban a una batalla por si alguno volvía herido.

Amanda sin duda enfadada por no poder acompañar y hacer un poco de pupita, Marius de amor hacia su mujer y sus hermanos siempre queriendo ayudar en la batalla, pero sabiendo que ese era su lugar en esa misión. Y Scailar, no había aparecido, seguramente estaba en su cuarto planeando ciento y una manera de matarlo, mejor así, sabía que le costaría mucho despedirse de ella. Si volvía de aquella misión la compensaría por todo lo que le había dicho, se prometió.

Una luz dorada anaranjada anunció la llegada de la diosa. Aunque la hubieran visto antes no dejaba de deslumbrarle con su hermosura. Su larga cabellera pelirroja caía en cascada de rizos en su espalda y recogía un par de ellos en lo alto de su coronilla. Un color que hacía contraste con su piel de porcelana, que no tenía ni una sola imperfección en conjunto todo ello con su rostro de muñeca.

—Hijos míos, si estáis listos, es hora de marchar. Mi sobrino no ha hecho caso a su madre y ha partido en barco para Creta, llegará al amanecer esperemos que Artemisa a esa hora ya esté a salvo. En cuanto Hera descubra que está fuera de Delos mandará todo tipo de ataques contra él.

—Pues no perdamos tiempo cuanto antes vayamos antes volveremos —decretó Akiles e intentó sonreír a la diosa sin mucho éxito, el ambiente era triste, de despedida en aquel momento.

—Vamos — secundó Silas y Cormand asintió.

—Protege el fuerte por mí, hermano —le pidió a Axel.

—Con mi vida, ya lo sabes —Se cogieron del antebrazo en señal de despedida. Los que partían se acercaron a Laya que les ofrecía su pequeña y graciosa mano. Akiles puso la mano sobre la de ella que era suave y aterciopelada como siempre había imaginado. Sus compañeros le imitaron y tras un destello se habían ido.

Todos se quedaron con una mala sensación en la boca del estómago, pero no sabían explicar exactamente por qué.

Estaban en su sala de reuniones y al segundo siguiente todo a su alrededor había cambiado. Ahora se encontraban en una gran explanada, la parte más cercana a donde estaban era toda arenosa y seca, pero si alejaban un poco la vista se veía que la vegetación iba en aumento, primero algo de hierba en el suelo y más adelante ya se podían ver árboles, arbustos y alguna que otra flor. Pudo comprobar que para ver la copa de los árboles tenía que elevar la mirada tan alto que le dolía el cuello, eran de un verde intenso, oscuro. ¿Qué tipo de clima podía tener aquel lugar para que esa tierra fuera tan diferente según el lado al que miraras? La diosa los dejó y partió, tenía aun que recoger guerreros, así que los tres avanzaron un poco mientras la arena les manchaba las botas negras y el polvo que se levantaba a su paso se metía por sus ojos y fosas nasales.

—Odio el polvo, si me gustara viviría en el desierto —gruñó Silas poniéndose la mano en forma de visera para intentar que no le entrara mucho.

—Lo sé hermano, pero dentro de un rato estaremos en zona de hierba y adiós polvo —Le dijo Akiles intentando paliar el mal humor de su amigo.

No pareció convencerle mucho la idea, pero siguió caminando con su semblante de asesino a sueldo. La verdad es que no recordaba haberle visto sonreír nunca.

Tras caminar unos cuantos metros a buen paso encontraron un camino de piedra, «tiene que ser ese el camino que nos dijo Laya que tomáramos» pensó. Era un suelo pedregoso que te hacía andar con dificultad, pero mejor eso al polvo que hacía difícil hasta la respiración. Apretó aún más el paso, cuanto antes terminara con aquello antes podría volver a casa con su familia.

Según avanzaban y se acercaban a la zona verde la humedad del ambiente se empezó a hacer palpable en su nariz y en su ropa que se les iba pegando más a la piel, hacía calor, pero un calor pegajoso, como diría Silas era odioso aquel sitio. Le pareció ver entre los árboles al fondo el gran laberinto, si su vista no le fallaba y lo dudaba ya que tenía una excelente visión, estaba construido en piedra maciza, y las paredes eran tan altas que la posibilidad de escalar una de ellas en caso de tener que escapar sería prácticamente imposible.

El cielo estaba despejado y era tan azul como el mar que rodeaba Creta. Laya había tenido razón y allí era de día, aunque se habían ido de casa de noche. Esto de estar en un plano de existencia paralelo era raro y mira que él amaba viajar.

Cuando se adentraron en la zona más poblada de vegetación tuvieron que abrirse camino espada en mano, estaba claro que no pasaba mucha gente por allí y los matorrales crecían a su antojo. ¿Serían los primeros en llegar? ¿O la diosa simplemente les había ido dejando por toda la isla? Todo era posible, estaba muy nerviosa, pero desde luego podría jurar que eran los primeros. Según se acercaban a lo que era el laberinto empezaron a divisar gente, al principio en la lejanía

solo parecían hormigas, luego formas borrosas y poco a poco fueron cogiendo forma.

—Si me llegas a decir que íbamos de paseo me habría puesto las zapatillas de tracking —Se burló Cormand.

—¡Oh de verdad! Os quejáis como unas niñas. Mi hermana se habría quejado menos que vosotros —y cuando vio la cara de burla de aquellos dos rompió a reír.

—Pues tú eres como Rapunzel con esos pelos que me llevas, córtate el pelo —y le tiró un pañuelo sudado que llevaba puesto en la cabeza. Akiles lo esquivó hábilmente, contento de que sus hombres bromearan, no lo hacían a menudo y era bueno antes de la batalla aliviaba las tensiones.

—Envidioso —y le guiñó un ojo—. Vamos o al final empezarán la fiesta sin nosotros.

—Sin nosotros nunca hay fiesta —Cormand hizo una mueca chulesca y siguió caminando.

Cuando ya empezó a distinguir gente vio que conocía a muchos de ellos, pero estaba seguro de que los que no conocía también eran fieros guerreros.

Unos limpiando armas, otros afilando cuchillos y espadas, pero lo que todos tenían en común era la tensión, algunos morirían hoy. Le gustaría tener el pensamiento de los guerreros vikingos, ellos tenían la firme creencia de que si morían en batalla irían al Valhalla a beber junto a los dioses por lo que siempre iban contentos a la lucha. Y él, aunque le gustaba una buena pelea, y había nacido para ello prefería volver a casa de una pieza a poder ser.

Ninguna de las gárgolas solía mediar en temas divinos, ellos eran creados para proteger a los humanos de los raptores, pero como no interceder por Laya, la madre y creadora de todos los allí reunidos. No vio a Ivar, seguramente andaba liado con el tema del asesino que le asediaba y había mandado emisarios en su lugar.

—¿Estáis listos para un poco de diversión? —preguntó a sus hombres antes de unirse al resto del ejército.

—Por supuesto —confirmó Silas.

—Eso ni se pregunta —replicó Cormand.

Llegaron y saludaron a viejos amigos de combate, cuando vives tantos años como ellos terminas peleando en muchas guerras y forzando muchas alianzas. También había alguna mirada hostil algo normal en la eternidad sin duda.

—Bueno hermanos hoy estamos aquí para ayudar a Laya, nuestra madre y protectora —Lexodu hablaba desde lo alto de una piedra llamando la atención del resto. Era el más anciano de las gárgolas, ya tenía el pelo cano, pero aún luchaba junto a sus hombres y realmente era respetado y

venerado. No había guerrero igual que él incluso con sus años, todos de pequeños deseaban ser como aquel hombre—. Como siempre les digo a mis hijos y hermanos, en la lucha cuidaros los unos a los otros y salid victoriosos, pero sobre todo ¡volved con vida! ¡Qué Laya esté con nosotros y nos guíe en la oscuridad!

—¡Qué Laya esté con nosotros! —El grito de guerra de las gárgolas resonó en todos los árboles y las piedras del laberinto en el que se iban a adentrar.

En ese momento apareció Laya llevando a otro grupo de guerreros, juraría que era los de España, muy fieros y temibles, aunque no los conocía en persona había muchas leyendas, sin duda eran asesinos sin piedad.

—Oye ¿y por qué a nosotros no nos trajo hasta aquí? Hemos comido polvo todo el camino — protestó Silas de nuevo y él le dio un codazo en las costillas en reprimenda.

—Hijos míos disculpad el retraso, ahora mismo no puedo acompañaros, pero no dudéis en llamarme y acudiré al instante si me necesitáis. Como sabéis tengo que proteger a mis dos sobrinos, y mientras sé que Artemisa la dejó en buenas manos tengo que velar por Apolo.

—Ve Laya, cualquier cosa te avisaremos, y serás la primera que sepa que hemos recuperado a tu sobrina —prometió Lexodu solemnemente.

Y con una última y sincera sonrisa desapareció con su luz dorada.

—Todos los reyes de los ejércitos venid delante conmigo, somos los responsables de estos hombres e iremos frente a ellos para protegerlos —Eso es lo que hacía tan honorable a aquel hombre.

Todos fueron formando a su lado para presidir la marcha. Él se puso a la derecha del anciano, Cormand y Silas le seguían justo detrás. Hicieron una fila perfecta y armados hasta los dientes se adentraron por la gigantesca puerta de piedra que sospechosamente estaba abierta, el minotauro sabía que llegaban, pero eso no importaba, venían a por la diosa y lo matarían para recuperarla.

Andaba al ritmo de Lexodu que había sido un gran amigo de su padre. Se adentraron en el laberinto, por dentro estaba muy oscuro apenas lo alumbraban unas cuantas antorchas, no había ventanas y como había sospechado estaba hecho con piedras macizas. El pasillo por el que tenían que andar no era muy grande y teniendo en cuenta el tamaño de los machos gárgola más todavía. Por lo que tuvieron que cambiar la estrategia y andar de dos en dos, el anciano le dijo que el iría a su lado y para Akiles era todo un honor. Aceleraron el paso, pero no tan rápido como para poder caer en alguna trampa oculta en toda aquella oscuridad. El olor allí adentro era rancio, olía a cerrado y a humedad, seguramente el toro no se molestaba en ventilar aquello mucho. Sabía que el camino no sería fácil y la primera sorpresa no se hizo esperar mucho.

—¡Al suelo! —gritó Akiles y a la mayoría le dio tiempo a hacerlo, pero no a todos. Y las lanzas que salieron de algún hueco en la roca les atravesaron de lleno, menos mal que eso no mataría a uno de su especie, pero sabía que debía doler a rabiar por los gritos que pegaron.

Siguieron avanzando, pero bajaron la marcha ya que tenían que ser previsores para no caer de lleno en la próxima trampa que encontrarán. Él estaba seguro de que no sería la última. Con la poca luz que tenían tampoco podían ver mucho más allá que unos metros delante de ellos.

Le daba la sensación de que el pasillo que seguían no era recto y estaban descendiendo, el calor empezaba a ser sofocante, notaba perlas de sudor en su frente y en su espalda desnuda bajo el chaleco de cuero. Lexodu paró la marcha de forma abrupta levantando una mano.

—Esperad ahí hay una esquina, miraré —dijo el hombre a la vez que desenfundaba su espada corta para ver el camino al que se iban a incorporar.

—No mi señor iré yo —y sin tiempo de negación uno de sus hombres que le precedían se adelantó.

Le dejaron pasar y se acercó a la esquina mirando cuidadosamente para ver el pasillo al que iban a girar, pero al hacerlo se apoyó en la pared y un mecanismo se activó dejando caer desde el pasillo una gran hacha que decapitó instantáneamente a la gárgola. Eso sí los mataba... fue tan rápida que él no se pudo apartar ni ellos alejarle ya que estaba unos metros por delante.

—¡Mierda...! —dijo Lexodu—. No toquéis las paredes y mirad cada paso que deis, esto está plagado de trampas y no pienso perder más hombres. Tenéis que buscar piedras distintas del resto, quizá solo sea una pequeña diferencia, pero lo veréis. Akiles y yo iremos mirando, pero tened mucho cuidado.

Fueron observando y esquivando cada piedra que notaron distinta al resto, a veces era el tamaño, a veces se notaba un casi imperceptible cambio de color.

Pero, aunque quisieran protegerlos de todo aquello, de vez en cuando se activaba alguna trampa y algún compañero caía en el camino.

El calor se estaba volviendo insostenible sentía que le faltaba el aire al respirar, el toro no era tan tonto como pensaba, si les tenía agobiados por el calor no pensarían tanto en las trampas.

Se aflojó un poco el chaleco que llevaba, el sudor resbalaba por su frente y empapada su cuero cabelludo donde reposaba su pelo trenzado. Tenía que admitir que con las altas temperaturas el cuero no iba bien, pero era lo mejor para la lucha ya que se amoldaba a su cuerpo como una segunda piel.

Parecía que estaban llegando al mismísimo infierno. Desde detrás de la fila se empezó a oír

gritos de los guerreros y el estruendo que hacían sus armas al luchar, algo les estaba atacando desde atrás. El ruido de cuerpos al ser arrastrados hacia la oscuridad estaba haciendo eco por todo aquel pasillo de la muerte. Cuando se giró vio como habían ido apagando las antorchas. Uno a uno fue desapareciendo por más que blandían sus espadas, dagas, látigos y otras muchas armas.

Y lo peor de todo es que no llegaba a ver qué enemigo les estaba atacando, pero de algo sí que estaba seguro, no era el minotauro, si fuera él le vería por su descomunal tamaño. Era otra cosa algo que acechaba en la oscuridad y se estaba llevando a sus hermanos, algo realmente peligroso si era capaz de derrotar a aquellos guerreros.

Se abrió paso entre los pocos que quedaban, entre jadeos por el calor y la adrenalina corriendo por sus venas cuando por fin lo tuvo en su punto de vista.

—¡Mierda! —fue lo último que pudo decir antes de ser engullido junto a Lexodu hacia la oscuridad.

—Scailar tienes que esquivar el golpe —explicó Marius mientras intentaba no golpearla de nuevo.

—¿En serio? ¡Pensé qué estaba aquí para hacer de diana! —Amanda se rio ante su lengua mordaz. Marius puso los ojos en blanco.

—Sé que el cambio revoluciona tu cuerpo y eres todo un arsenal de hormonas andante, pero si no aprendes a defenderte te harán daño y luego tu hermano nos lo hará a nosotros —Ahora fue ella la que puso los ojos en blanco. ¡Es que nadie entendía que hacía lo que podía! Hasta hace unos días su mayor preocupación era organizar cenas y bailes. Y aunque ahora era más rápida y fuerte no era tan sencillo esquivar golpes de guerreros curtidos en la batalla.

—Mi hermano es un capullo, así que tú no lo seas ¿vale? —El resentimiento hacia su hermano era aún latente, pero sabía que ellos dos no tenían nada que ver—. Venga vamos otra vez.

Hoy tocaba el entrenamiento de ataque en grupo, le intentaban enseñar qué hacer si se encontraba rodeada de enemigos, cómo tenía defenderse, el uno contra uno ya más o menos lo tenía controlado, pero cuando eran más perdía la concentración y alguno terminaba tocándola.

Estaban sobre el tatami, y el sudor ya empezaba a mojar la colchoneta. Marius venía por delante con su pantalón de deporte y sin camiseta que cubriera su marcado torso donde se veía el rastro de los colmillos de su mujer. «¿Qué tipo de cosas harían en la intimidad? Mejor no pensarlo» se dijo. Se acercaba despacio calculando por donde atacarla, mirándola e intentando

intimidarla, lo entendía los raptos harían lo mismo y seguramente no tan delicadamente. Amanda vino por detrás, pero ella fue el factor sorpresa, no lo hizo despacio, si no que corrió y saltó sobre ella, Scailar se agachó y Amanda pasó por encima cayendo a cuatro patas enseñando los colmillos. Se tomaba los entrenamientos muy en serio, Scailar se preparó para enfrentarla de nuevo. Sin tregua se lanzó a por ella y la tiró contra el tatami. Amanda intentaba clavarle los dientes, la bloqueaba con las manos mientras se retorció debajo de su cuerpo para quitársela de encima.

—Amanda para, no la vayas a morder sin querer —Marius hablaba muy en serio el veneno que tenían los raptos en los colmillos era muy peligroso para las gárgolas, las dejaba inmovilizada durante horas, menos a él, por alguna razón divina el veneno de su mujer no le afectaba, y daban gracias por ello.

—Tiene que saber defenderse de amenazas reales, no esos estúpidos juegos que le hacéis vosotros, no es una muñeca, es una guerrera, a ver si espabiláis ya. Si le muerdo se tendrá que aguantar unas cuantas horas paralizada —Siseó entre dientes. Marius fue a acercarse, pero las dos le miraron con cara de pocos amigos.

—Estoy bien —afirmó Scailar con la voz entrecortada por el esfuerzo, dios como quería a su media hermana, era la única que la entendía. Veía venir cada vez más cerca las dentelladas. No podría pararla mucho más, los brazos con la que conseguía mantenerla lejos de su cuello estaban ya temblando por el esfuerzo, las gotas de sudor empezaban a resbalar libremente por su cara.

—¡Hazlo, saca tu rabia!, tienes que hacerlo o te morderé, tienes que luchar ¡ahora!

—¡Ya lo hago! —gritó Scailar pensando que perdería ese combate y le tocaría estar unas cuantas horas paralizada como castigo. Y lo aceptaba.

—¡Mentira! Mi gato lucha más fieramente que tú —Y consiguió por fin doblegar sus brazos y caer sobre ella con sus colmillos descubiertos, pero cuando iban a penetrar en su fina piel un golpe la impulso a través de todo el tatami y cayó de espaldas haciéndole daño en los riñones.

Se incorporó un poco para ver qué había pasado y allí estaba Scailar erguida y convertida en una Naga majestuosa echando fuego por los ojos. La cola golpeaba el suelo con impaciencia esperando que Amanda se levantara, a lo que esta le sonrió encantada de la vida.

—Bien ahora empieza el juego de verdad —gritó levantándose y relamiéndose los colmillos.

—¡Chicas...! —advirtió Marius que veía que el tema se iba a poner realmente feo.

—¡Cállate! —sisearon al unísono.

Ver a aquellas «mujeres» luchar era todo un espectáculo para la vista, Marius tenía que

reconocerlo. Se sentó en una pared lejos del tatami para no perderselo.

Su mujer era fuerte y rápida, una depredadora nata, pero Scailar, aunque aún no sabía controlar sus poderes era toda una guerrera, ya no solo por como esquivaba o lanzaba golpes cuando estaba en forma de gárgola, sino que cuando Amanda la provocaba le lanzaba magia que ni ella sabía que poseía.

Después de aquello el gimnasio necesitaría una buena reforma, pero eso no importaba ahora, lo que importaba era como estaba luchando. Todos ellos la trataban con delicadeza, su pequeña raptora era la única que estaba dispuesta a tratarla como un rival de verdad, seguramente porque ya no poseía esa parte de humanidad, ¿o sí? y sabía que necesitaba ser capaz de usar sus poderes para sobrevivir. Ella había tenido que aprender sola ya que fue transformada a raptora y abandonada por Hades, quizá por eso pensara que Scailar tenía que aprender de verdad.

En ese momento Scailar utilizó la fuerza de su cola de serpiente y empotró a Amanda contra la pared de piedra gris que hizo temblar hasta donde tenía él apoyada la espalda, seguro que esta noche aquellas dos tendrían unos buenos moratones.

Amanda estaba dispuesta a sacar todo lo que hubiera dentro de Scailar, porque gritó mientras sus manos se convertían en cuchillas, ella nunca las usaba para la luchar por que el dolor que sentía al sacarlas era tan intenso que prefería prescindir de ellas. Y con unas cuchillas ensangrentadas y el dolor reflejado en sus ojos se fue hacia Scailar, intentando golpear su abdomen que era la única parte que no llevaba armadura cuando estaba transformada y la llegó a arañar.

Estuvo a punto de levantarse para detenerlas, pero Scailar devolvió el ataque con una descarga mágica que lanzó a Amanda a través del tatami, menos mal que cayó justo en el borde, si no eso habría dolido mucho.

Pero como buena guerrera que era salió corriendo de nuevo y de un salto se colgó en su espalda ahogándola y tratando de nuevo clavarle los dientes. Su presa la agarró de los antebrazos para separar las afiladas cuchillas que le estaban haciendo cortes bastante feos en el cuello, aparte de dejarla sin aire. De su cuerpo empezó a brotar una luz azul muy clara, él empezó a preocuparse ninguno sabía el alcance que sus poderes.

—¡Ahhhh! —gritó Amanda y soltó sus brazos, la luz se había convertido en una descarga eléctrica que había traspasado su cuerpo, pensaba que olía hasta algo a pollo quemado—. Oye eso ha sido muy bueno me ha gustado.

—¡Ahora soy como Tormenta de los X—Men! —dijo Scailar mientras ambas reían y Marius maldecía por el susto que le habían dado, malditas maniacas.

—Entonces por ahora tenemos la fuerza, velocidad, las bolas de energía que golpean y el rayo eléctrico, eres toda una pasada. De mayor quiero ser como tú —Scailar se sonrojó— ¿Nos tomamos una cerveza? creo que nos la hemos ganado.

—Claro me apetece mucho, estoy sudando, solo dame unos segundos a ver si consigo volver a mi forma humana —Estaba cogiendo el gusto a la cerveza con su cuñada, antes nunca le había gustado, pero ahora se reían hablando de chicos y metiéndose con Marius, que estaban descubriendo que tenía una paciencia infinita.

—En eso te ayuda mejor Marius ya sabes que yo sé sacar a la bestia, pero no guardarla mientras, voy a quitarme el sudor —Y guiñándole un ojo a su hombre, el que aún estaba recuperando el color, se fue.

—¿Me ayudas? —le imploró.

—Siempre, hermana pequeña —afirmo tiernamente Marius llegando cerca de ella—. Ven vamos a sentarnos —Ella se sentó alargando su larga cola.

—Gracias, por todo lo que hacéis por ayudarme —admitió Scailar de corazón era muy importante para ella que estuvieran junto a ella desde el cambio.

—No me des las gracias eres mi hermana, siempre estaré contigo. Te voy a enseñar como relajarte lo suficiente para volver a tu ser, es una parte muy importante del entrenamiento ya que si alguna vez te pasa y no estamos contigo tendrás que hacerlo sola ¿vale?

—Sí —Aunque esperaba nunca verse sola en una batalla, las gárgolas cuando patrullaban lo hacían de dos en dos.

—Vale pues cerraremos los ojos. Ahora respiraremos tranquilamente por la nariz concentrándonos en la respiración sin pensar en nada más. Si ves que te cuesta puedes ir contando las respiraciones y así tu mente no divagará en otras cosas —le hizo caso y empezó a contar mientras inspiraba y espiraba concentrándose en lo que hacía—. Ahora vamos a pensar en un lugar que sea solo nuestro piensa en un sitio que te haga feliz, donde te veas rebosante de felicidad, y tranquila, muy tranquila —Empezó a dar forma en su imaginación un lugar tranquilo, era una casa en mitad de una pradera verde, todo ello estaba rodeado por un lago en calma, ella estaba sentada en medio de la verde hierba, y podía sentir la paz y la felicidad que ese lugar le otorgaba. Sentía como se relajaba, ojalá se pudiera quedar en ese lugar para siempre—. Ahora piensa en la gente que te gustaría que estuviera en ese sitio contigo —comenzó a imaginar uno a uno todos los miembros de su familia, junto a ella ahora dentro de la acogedora casa en esa bonita imagen.

Estaban preparando una cena familiar junto a una chimenea que daba un toque cálido al lugar.

Todos se encontraban felices, allí no tendrían que pensar en los ataques de los raptores, no tenían problemas, solo había risas y amor entre ellos.

—Este es tu lugar especial Scailar cada vez que sientas que no puede más, y que necesitas recuperar la calma perdida tienes que venir a este lugar, cuando necesites evadirte de todo, o simplemente volver a tu forma humana vendrás a este lugar donde puedes ser tú misma y totalmente feliz. Ahora poco a poco ve abriendo los ojos —. Y así lo hizo con pereza y pena de tener que salir de aquel sitio tan maravilloso, pero contenta de haberlo encontrado y sabiendo que siempre podría volver.

Cuando por fin aclaró sus ojos somnolientos, miró su cuerpo que volvía a estar en forma humana. Solo había un problema... volvía a estar desnuda, pero Marius, que siempre pensaba en todo, estaba frente a ella esperándola con ropa en la mano.

—Muchas gracias —dijo y le beso en la mejilla—. Oye ¿tú no serás profesor de yoga en tus ratos libres? —preguntó Scailar riendo por lo que se le había ocurrido.

—No, pero hice mucho yoga en una vida pasada, mejora la elasticidad —Omitió la parte en la que les obligaban a hacerlo para ser más elásticos a la hora de complacer a sus amas sexuales—. Vamos a por esa cerveza o Amanda nos dejará sin ninguna.

—¡Cómo la conoces! —Los dos rieron.

—Marius, no aguantas nada bebiendo hasta Scailar bebe ya más que tú —Se burló Amanda de Marius mientras le retaba a tomar otra cerveza.

—Pequeña si me retas luego te daré tu castigo y lo sabes —Le dio una palmada en el trasero mientras iba dirección a la nevera a por otras tres bien frías. Los tres rieron de buena gana cuando ella le respondió lanzándole un mordisco que no le llegó a alcanzar.

Se habían duchado y ahora estaban cómodamente tomando unas cervezas y comiendo algo en el salón de la casa. Mientras, Axel y Sárilan se daban un baño relajante.

Alguien les debería decir a esos dos que en esa etapa del embarazo no se podía estar todo el día al lío... pero bueno ellos disfrutaban al máximo el uno del otro.

—Me da a mí que Scailar nos va a ganar a todos en muchas cosas en muy poco tiempo —dijo Marius sonriendo mientras su mujer brindaba con Scailar.

—Brindo por eso, y porque encuentre un hombre a su altura, si no le arrancaré el cuello con mis propias manos —amenazó Amanda y Scailar no lo dudaba en absoluto, aquella raptora haría

cualquier cosa por la gente a la que quería.

—Gracias Amanda, pero yo me veo más bien sola, te imaginas a Akiles si un día le traigo a un novio a casa— todos se miraron y rompieron en carcajadas— Quizá deberías presentarme a algún raptor y así ya le rematamos del todo.

—Se le pondría el pelo más blanco de lo que lo tiene —se burló Marius que ya le caían lágrimas de la risa.

—¿Hay conventos para gárgolas? Yo creo que me metería en uno si existiera... pero de cabeza o quizá me comprase gatos, la solterona gárgola de los gatos —La cerveza ya se le había subido a la cabeza le dolía la tripa de tanto reír.

—Nos tenemos que ir de marcha en cuanto Sárilan dé a luz, nos iremos las tres ya verás que hombres hay por ahí afuera —dijo Amanda guiñando un ojo.

—De eso nada, saldremos todos —protestó Marius celoso mientras las miraba levantaba una ceja para dejar clara su postura y las chicas rieron de nuevo.

—¿Qué tal chicos? ¿Hay una para mí? —preguntó Axel que venía algo taciturno.

—Claro hermano siéntate con nosotros, ¿estás bien? ¿y Sari? —preguntó el pelirrojo.

—Sí se ha dormido después del baño, tiene que descansar —Abrió una cerveza y se sentó junto a Scailar.

—Pues tomate una con nosotros o una cuantas, no sé si te dará tiempo a alcanzarnos antes de que alguno caiga redondo. Nos estamos riendo mucho, me duele la tripa de tanto reír —le contó Scailar brindando con él.

—¿Y de que habláis? —preguntó Axel sonriendo, estaba agradecido por la familia que tenía, les quería muchísimo.

—De la cara que pondrá Akiles el día que Scailar traiga un novio a casa —Axel rompió a reír en cuanto se imaginó a Akiles blanco apretando los puños y pensando en cien maneras de matar al novio de su hermana.

—¿Sabéis que nos encargaría matarlo no?, no le salvaría ni Laya —Las carcajadas resonaban por toda la estancia.

—¡Cómo lo sabes! —secundó Marius dándole una palmada en la espalda ya que le había entrado tos de reírse.

—Por cierto, hablando de Akiles ya debería de haber mandado un mensaje diciendo que están bien o dándonos alguna noticia, ¿no? No hemos sabido nada —Todos se miraron no habían

querido pararse mucho a pensar sobre el tema, aunque estaban preocupados por cómo estaría marchando la misión a la que habían partido.

—¿Y qué piensas que deberíamos hacer? Quizá solo se ha alargado un poco el tema, a saber, cómo es el laberinto ese, quizá estén perdidos... —explicó Marius intentando restarle importancia al asunto, si se volvían locos de preocupación no conseguirían nada más que pasarlo mal.

—Llevan a los mejores guerreros y exploradores —afirmó Axel y todos se quedaron en silencio pensando sobre aquello— Yo creo que podemos esperar a mañana si vemos que no hemos recibido noticias hablaremos con Laya, pero vamos pienso igual, que solo se han retrasado —intentó no preocupar más a los presentes—. ¿Os parece bien? —Todos asintieron.

—Bueno creo que se me ha subido un poco la cerveza a la cabeza, me voy a la cama —se excusó Scailar disculpándose por abandonar a su compañera de borracheras.

—¡Oh! te estás rajando, me dejas mal delante de Marius con quién le voy a chincar ahora — exclamó Amanda y le hizo un puchero que embaucaría al más incrédulo.

—Mañana toca entrenamiento otra vez y hoy ha sido un día duro, y ha sido por tu culpa rubita —Cogió su cara de corazón y le dio un beso sonoro en las mejillas.

—Anda descansa blandita que mañana te daré lo tuyo —contestó Amanda que iba de dura, pero ella sabía que le encantaban todos esos cariñitos.

—Y vosotros.

Fue hacia la habitación pensando, algo había pasado, lo intuía. Desde el momento que su hermano se había marchado notaba que algo no iba bien. No podía compartir con los demás lo que sentía, quizá no la creerían o quizá, aunque la creyeran si resultaba que había pasado no la dejarían ir con ellos. Si algo sabía a ciencia cierta es que, si a su hermano le había ocurrido algo, ella iba a ir en su ayuda le pesara a quien le pesara. No permitiría que la dejaran más al margen, ahora era una guerrera y se lo demostraría.

Entró en su habitación, le parecía el cuarto de otra chica. Todos esos colores pastel que adornaban las paredes, y las cortinas claras... parecía que había pasado un siglo desde que decoró aquella habitación. Lo único que había cambiado es la ropa de cama, ahora prefería colores oscuros, el azul eléctrico era lo que la revestía ahora. Pero esperaba que cuando no estuviera tan ocupada aprendiendo a luchar cambiaría la decoración completa. Decidió cambiarse de ropa, el pijama corto que llevaba no le parecía lo más adecuado.

Se fue hacia el armario y cogió un vaquero de azul lavado a la piedra, con pequeños rotos, una camiseta de cuero negra regalo de Amanda, que tenía donde poder guardar dagas en los costados y unas botas con un poco de tacón cuadrado. No quería invocar a la diosa en pijama no sería de

buen gusto.

Se fue hacia el ventanal que iba desde el techo hasta casi el suelo y miro hacia la bonita luna que en ese momento estaba llena, y pensó en Laya tan querida por todos ellos, y le pidió que por favor la ayudara.

—Laya por favor necesito que me ayudes. Sé que nunca antes hemos hablado, pero es muy importante. Necesito saber si mi hermano está bien.

La luz anaranjada inundo la habitación donde se encontraba, esperaba que no la vieran los demás, rezo por ello. La bella diosa apareció sentada a los pies de su cama.

—Hola hija mía, tenía tantas ganas de conocerte... tu hermano me ha hablado mucho sobre ti —le ofreció la mano de blanco porcelana para que se sentara junto a ella en la cama— Ven cuéntame.

Scailar se acercó y le cogió la cálida mano mientras se sentaba con ella. Tenía un tacto tan suave, aterciopelado y sintió vergüenza de las asperezas que le estaban saliendo a ella en las suyas por el uso de las armas. Estar cerca de ella le transmitía paz y calmaba sus temores.

—Diosa, siento tanto importunarla, pero tengo la sensación de que mi hermano no está bien —Bajo la mirada mostrándole respeto.

—Scailar cariño mírame, todos vosotros sois mis hijos, y me podéis llamar siempre que me necesitéis —Le levanto la cara con la otra mano.

—Gracias —le sonrió esperando ansiosa la respuesta a su pregunta, mientras rezaba una plegaría por dentro para que todos se encontraran bien.

—Verás algo pasó en el laberinto, no puedo darte muchos detalles, hay ciertas cosas en las que ni los dioses podemos interceder, te puedo decir que está vivo, pero le han secuestrado y necesita tu ayuda.

—¿Mi ayuda? Si aún no controlo mis poderes, ni mi fuerza...—dijo dándose cuenta de que todo ese arrojó que quería mostrar frente a los demás no era tal, también sentía miedo, de no estar a la altura o de causar algún daño a alguien con sus poderes descontrolados.

—No te subestimes Scailar, el don que te ha sido otorgado es muy grande, harás grandes cosas, nunca lo dudes —la consoló la diosa acariciando la rubia melena de la joven que parecía un perrito temblando junto a ella.

—¿Puedo ir a por mi hermano entonces? —pregunto Scailar agradecida por los gestos de ternura que tenía la diosa con todos ellos.

—Sí, pero no puedes ir sola, ¿los guerreros te acompañaran? —indagó Laya como le diría una madre a sus pequeños.

—¡No! —quizá la respuesta fue demasiado agresiva— Lo siento, si les digo lo que ha ocurrido no me dejaran ir, piensan que aun soy una niña, y Laya de verdad que tengo que buscar a mi hermano... Antes de irse le dije que le odiaba... si él muere pensando eso, no me lo perdonaré en la vida.

—Entiendo —la diosa estuvo pensativa unos minutos, a Scailar le daban ganas de zarandearla, pero sabía que no podía hacer eso, era la única que le podía ayudar en ese momento— De acuerdo, haremos una cosa, te voy a mandar al laberinto, allí está mi sobrino, él te ayudara en tu búsqueda ya que él está buscando a mi sobrina y aunque no lo sé con seguridad, me da que los tienen las mismas personas, o seres más bien —Sentía miedo, pero haría lo que fuera necesario por recuperar a Akiles y al resto de su familia.

—Bien lo que sea necesario. Dame un segundo que coja una mochila con armas y ropa.

—Una cosa más Scailar, vas a viajar a otro plano, los dioses y los monstruos mitológicos no vivimos en este plano para no alterar el libre albedrío de los humanos. Sí que es verdad que en el camino encontraréis humanos que conocen de nuestra existencia y han decidido vivir allí, quiero que lo sepas porque no es lo mismo estar en este plano en la otra punta del planeta que estar allí, solo te puede traer y llevar un dios que tenga el poder de hacerlo, y créeme somos muy pocos los que podemos. Si no fuera por eso yo misma estaría luchando para encontrar a mi sobrina, pero Zeus me lo tiene prohibido, digamos que soy como Caronte en el inframundo, pero yo de los vivos.

—Vale, lo entiendo, no pasa nada, no tengo miedo —mintió, estaba muerta de miedo, de ir a un plano desconocido, de que a la hora de luchar no fuera lo suficientemente buena para salvar a su hermano o a saber que más cosas le podrían suceder en el viaje, pero lo haría costara lo que costara.

Mientras que Scailar cogía algunas cosas, ropa, unas dagas, no quería ir muy cargada lo que entrara en una mochila, la diosa siguió hablando.

—Scailar quiero contarte algo sobre mi sobrino antes de llevarte junto a él —Scailar dejo de guardar ropa y la miro, ya la estaba asustando—. No te quiero asustar, solo quiero que sepas que mi sobrino no es el hombre más fácil del mundo.

—¿En qué sentido? —preguntó Scailar curiosa mientras levantaba una ceja.

—Es bastante cabezón, intentará llevar la voz cantante, y bueno es algo mujeriego —ella puso los ojos como platos—. Discúlpame no quiero decir que contigo se vaya a comportar así, es

buena persona y tiene un corazón que no le entra en el pecho, además estoy segura de que tú le sabrás llevar de maravilla.

—Bueno lo de mujeriego no me preocupa ya que ahora mismo no tengo tiempo para eso, y lo de que es duro de mollera tranquila tengo cinco hermanos y una casa llena de testosterona —La verdad es que si le preocupaba un poco lo que le dijo la diosa, pero bueno ahora mismo tenía otras prioridades.

—En eso tienes razón, juntos tenéis muchas posibilidades de conseguirlo, además estoy segura de que tú lo sabrás tratar. ¿Sabes quiénes son mis sobrinos no?

—No, lo siento, no estuve en la reunión que convocó mi hermano —dijo Scailar mientras la examinaba.

—Mis sobrinos son los mellizos Apolo y Artemisa —confesó la diosa esperando la reacción de la chica.

—La diosa de la virginidad, y ¿él es el dios del arte y la caza no? —confesó asombrada de que fueran familia.

—Y de la belleza —confirmó la diosa sonriendo.

«Me parece que Laya está tramando algo o ¿serán solo imaginaciones mías?» pensó.

—Bueno eso es lo que menos me interesa para recuperar a mi hermano, sí es verdad lo que dicen sobre lo bueno que es con el arco tendremos alguna oportunidad —dijo Scailar quitándole importancia al asunto.

—Lo haréis muy bien estoy segura, ¿Lista? —preguntó la diosa mientras Scailar pensaba que ojalá su hermano tuviera la misma fe en ella.

—Sí —miró una vez más su habitación pensando si conseguiría regresar. Y la preocupación crecía dentro de ella cuando pensó en el susto que se llevaría su familia cuando se dieran cuenta de que había desaparecido.

Cogió su mano y desaparecieron las dos.

Apolo y sus soldados desembarcaron después del amanecer como habían pronosticado. El laberinto no quedaba lejos de donde habían atracado el barco. Unos pocos kilómetros andando. Iban ligeros de equipaje, lo imprescindible y las armas.

Si todo salía bien dentro de unas horas estarían en el viaje de vuelta a casa con su hermana

sana y salva. Y haría cualquier cosa para que eso sucediera.

Emprendieron el camino hacia el laberinto y como el sol aun no calentaba, el ambiente aún era un poco frío y húmedo a causa del mar. Iban a paso rápido y firme, eran hombres sin miedo a morir dirigiéndose a la batalla. Nadie hablaba, todos iban concentrados en lo que se tendrían que enfrentar. El minotauro sin duda era un ser peligroso, al cual alimentaban cada nueve años con siete vírgenes para mantenerlo contento y que no atacara al resto de dioses. Pero eso terminaría hoy, no habría más sacrificios para aquella bestia mitad humana mitad toro.

Llegaron a la entrada del gran laberinto de piedra y Apolo que iba en cabeza de sus hombres se detuvo.

—Tened cuidado dentro del laberinto, es sabido que muchos son los hombres que han entrado, pero pocos los que han podido salir para contarlo. Hay muchas trampas, mirad por donde pisáis, qué tocáis, a saber qué tipo de trucos han usado los dioses en este laberinto. Y sobre todo si encontramos al minotauro recordad que es mío. Le mataré con mis propias manos por atreverse a tocar a mi hermana.

—¡Sí señor! —gritaron sus hombres.

Entraron en el laberinto Apolo en cabeza junto a su mejor amigo Molok, seguido de cerca por sus hombres, cada uno de los cuales daría gustosa la vida por él. Avanzaron por el pasillo de piedra iluminado tan solo por antorchas mirando a cada paso que daban por si veían alguna trampa escondida. No se demoró mucho en llegar, vieron unas flechas clavadas en una de las paredes.

—¡Alguien ha activado las trampas! —explicó más para sí mismo que para los demás.

—Hay huellas y son recientes mi señor —informó uno de los soldados mientras tocaba el polvo dejado por unas botas sobre las losas—. Eran muchos los que pasaron por aquí, y son recientes están aun perfectamente delineadas.

—Es posible que sean las gárgolas que mando mi tía, si ella los teletransportó seguramente llegaron antes.

Siguieron el camino que se abría frente a ellos, era un pasillo de piedra que solo tenía una dirección. Los dos últimos soldados andaban de espaldas cubriendo el flanco trasero no querían sorpresas, aunque por donde habían entrado había una pared, no descartaban que pudiera haber pasadizos secretos y que les atacaran a traición. Tras unos metros andando bajo la pobre luz de ese ataúd de piedra, Apolo gritó.

—¡Alto! —Todos respondieron al instante la buena coordinación en una batalla era esencial.

Se acercó él solo donde terminaba el pasillo para hacer un giro. Y vio que había el cuerpo de un hombre decapitado. Toco la sangre del cuello y se llevó los dedos mojados a la nariz. Gárgolas, seguro que su tía les había traído hace un rato, y ese pobre desgraciado no había visto la trampa que le dio de lleno.

—Como pensábamos las gárgolas son los que han pasado por aquí antes. Tenemos que ir con cuidado, sí los encontramos por sorpresa esperemos que no piensen que somos enemigos.

—Descuide —respondió un soldado.

Siguieron avanzando hasta el centro del laberinto y encontrando más cuerpos a su paso, lo que habían hecho allí era toda una carnicería, su tía los había llevado a una muerte segura.

No era muy amigo de las gárgolas, aunque su hermana sí tenía amantes que lo eran. No entendía por qué su tía los quería tanto... según les contó su tía los padres de Molok murieron en una pelea entre raptos y gárgolas, por eso se había quedado huérfano. Y aunque él no les tenía rencor porque decía que ellas no tenían la culpa, bastante buen trabajo hacían, pero él no podía evitar sentir cierto resquemor hacía la raza.

Pero sí que tenía que admitir que habían activado muchas trampas y eso les había facilitado mucho el camino. Quizá hubieran fallado en su misión, si su hermana estuviera liberada ya le habrían avisado, y no escuchaba signos de lucha motivados por que aun estuvieran allí. Prosiguieron y por fin llegaron a su destino tras andar varios kilómetros por unos túneles que era interminables y parecían volverte loco.

El centro del laberinto era una gran sala con un trono gigante y un fuego en el medio de la sala dentro de un círculo de piedras. Las paredes tenían antorchas iguales que las que se habían cruzado por el camino, el estado del sitio era realmente lamentable, una autentica pocilga. Estaba todo lleno de huesos esparcidos por todas partes, trozos de ropa desgarrada, sangre seca sobre el suelo y paredes, seguramente de las víctimas que ingería. A parte de eso era una sala cubierta de mugre y piedra. El aire era rancio y no tenía ninguna ventana ni forma de ventilación.

Los soldados se dividieron por todo el lugar, mirando en todos los rincones con sombras, esperando ver donde se encontraba el monstruo o la diosa Artemisa. Las antorchas apenas iluminaban el sitio donde estaban colocadas y el fuego daba un poco más de luz en el centro de la estancia, pero no en el resto.

—¡Sal maldito monstruo!, vengo por mi hermana —rugió Apolo gritando para que la bestia le escuchara desde cualquier rincón.

Se colocó en el centro de la estancia justo al lado de la hoguera, mientras el resto de hombres se distribuían por todos los puntos de la sala, sabían que esa lucha era de él, pero lo que no sabían

era si había más enemigos escondidos en alguna parte, si las gárgolas no estaban allí es que alguien estaba colaborando con la bestia.

Los ecos de unos pasos se oyeron desde lejos. Eran golpes fuertes contra la piedra, de animal, de pezuña arañando el suelo. El minotauro ya venía y estaba listo para recibirle.

Un monstruo salió de las sombras de la pared de enfrente de Apolo, posiblemente hubiera una habitación secreta, quizá allí guardaba a su hermana. Se moría de ganas por ir y ver que se encontraba bien, pero primero le mataría. Lo que se acercaba era mitad hombre, mitad toro. Era tan grande que mediría más de dos metros y medio de altura, y la anchura de sus espaldas superaba notablemente a Apolo y a cualquier humano o dios.

Tenía unas grandes pezuñas negras en vez de pies y unos afilados cuernos en la cabeza. Los llevaba manchados de sangre seca, seguramente le gustaba perseguir a sus víctimas para luego insertarlas en ellos. Su color de piel era de un color entre negro y rojo. Apolo juraría que ese olor pestilente venía desde él y eso que se encontraba a varios metros aún.

Buscaba sus puntos débiles mientras lo observaba, no era rápido eso seguro, pero sí fuerte, estaba lleno de músculos, tendría que tener cuidado con las investidas de los cuernos y sobre todo con el hacha de un metro de larga que llevaba entre sus humanas manos. Poderes mágicos no tenía ninguno, así que eso era una ventaja.

—¿Dónde está mi hermana, monstruo? y, ¿qué has hecho con todas las gárgolas? —escupió sus palabras.

—Tu hermana no está aquí, me la quería quedar para jugar... aparte de que no me la han querido dejar, digamos que no era de las que me gustan, no tiene la blanda carne de una virgen... —puso especial entonación en esas palabras. ¿Cómo se atrevía? le haría pagar por ello—. Los otros tampoco están aquí, y si te refieres a los que han caído por el camino, eso les pasa por tocar en sitios que no deben. Nadie les invito a venir, ni a vosotros tampoco —Tenía un tono gutural que te helaba los huesos.

—Hablando de invitaciones, ¿cómo pudiste entrar en la isla? Nadie entra sin que se le invite —Le miraba fijamente a los ojos negros y vacíos del animal.

—No sabes a lo que te enfrentas ¿Verdad? —se burló el toro y rompió a reír, se parecía más al rebuznar de un burro que a una risa. No iba a dejar que le sacara de quicio, si iba de misterioso él le sacaría sus secretos.

—Por qué no vienes aquí y hablamos de mi hermana —Le alentó mientras desfundaba su arco y colocaba una flecha forjada en acero rojo. Se puso en posición de ataque antes de que el toro pestañeara dos veces.

—¡Será un placer! —gruño el toro mientras empezó a acercarse a paso firme hacia el que osaba a desafiarle, las pezuñas hacían un sonido atronador a cada paso.

—¡Vamos no tengo todo el día! Conozco a uno que se murió esperando a un toro grandote y feo como tú —El minotauro resopló fuertemente por su hocico en respuesta a la provocación.

—Vas a morir seas un dios o no. Me lo han prohibido, pero correré el riesgo. Y luego me comeré tu blanda carne —amenazó ya casi encima de Apolo.

—¡Oh! Cuanto lo siento, pero yo no tengo nada blando, torito ven y te lo enseñaré enseguida.

El minotauro embistió con la cornamenta con toda su rabia hacia el dios, pero como no era todo lo rápido que debiera, Apolo le esquivó girando hacia la derecha con una gracia majestuosa aprovechando para lanzarle una flecha que no le llegó a atravesar del todo el brazo derecho. Su piel era dura como la piedra y el filo de la punta no atravesó su piel completamente y menos sus músculos. Con eso no había contado. Tendría que buscar otra manera de matar al monstruo.

—¿Crees que con tus flechas me vas a hacer daño? —la risa gutural del animal tronó en los oídos de los soldados— Apolo, de verdad pensabas que una simple flecha me mataría. Siento decirte que me has subestimado. Y eso te costará la vida.

—No te preocupes torito, no necesito una flecha para matarte —Y sonrió desafiándole de nuevo mientras se lanzaba a golpearle.

Golpeó rápidamente las costillas del animal, tan rápido que el minotauro no conseguía ver de dónde le venían los golpes, y aunque el toro tenía una piel especial y muy dura, Apolo era un dios y tenía una fuerza sobre humana. El toro intentó esquivarlo girando ya que no conseguía detectar desde que punto le atacaba.

En uno de los giros golpeó a Apolo con tal fuerza que le lanzó contra una columna de la estancia justo al lado del fuego, con el impacto todo el techo de la habitación retumbó.

El dolor que le atravesó fue por toda su columna vertebral bajando hasta sus pies. Pero no le derrotaría. Se retiró un mechón negro que le había caído sobre sus ojos y se levantó luchando contra el fuerte dolor que sentía, tenía que acabar con el toro.

—¿Eso es todo lo que tienes bichito? —se burló poniéndose en pie. Y miro la sala buscando algún plan para acabar con él.

—Ven y te enseñaré todo lo que tengo dios —alentó el toro arañando el suelo con las pezuñas a punto de embestir de nuevo.

A Apolo se le ocurrió algo y le echo una sonrisa de lado desafiándolo para que viniera a por

él. El toro antes de salir hacia él miró al resto de soldados para ver si estaban esperando atacar en masa, pero parecían totalmente al margen de la lucha. Así que se fue directamente a por el dios, le clavaría los cuernos en su corazón divino. Agachó la cabeza mientras corría hacia él, pero sin despegar la vista de su objetivo, Apolo le miraba tranquilo, sin moverse, y cuando ya estaba a punto de embestirle sacó algo de detrás de su espalda y rápidamente sin darle tiempo a parar su ataque, enroscó un látigo grueso alrededor del cuello del animal, a la vez que se deslizaba por debajo de las patas del toro haciendo que este cayera de boca contra el suelo. El golpe le dejó desconcertado durante unos segundos el tiempo suficiente para apretar la soga alrededor de su amplio cuello. Los músculos de sus brazos crecían por la presión ejercida.

Una vez que tuvo al toro bien agarrado por el cuello empezó a tirar de él, era mucho más grande que él, pero él era muy fuerte. El animal empezó a forcejear para conseguir soltarse, pero a más tiraba más le apretaba la soga en su cuello.

Apolo le llevó a rastras junto a la hoguera del suelo, las gotas de sudor resbalaban por su pecho y su rostro, se veía que se estaba ahogando con la soga y no le daría tregua para que se escapara, con un fuerte tirón metió su cabeza lo suficientemente cerca del fuego para que el calor encendiera su piel, si antes olía mal ahora era realmente insoportable, después de eso tendría que meter la nariz en amoníaco puro.

—Ahora que ya estamos aquí más cómodos junto al fuego, en un ambiente más romántico, me vas a contar donde está mi hermana y el resto de gárgolas que no están muertas esparcidas por toda la chabola esta que tienes.

—Grrrruuuuu... no te diré nada... —gruñó el minotauro. Apolo acercó más la cabeza a la hoguera hasta que el hocico se empezó a quemar. A ver si así le disuadía.

—Respuesta incorrecta amigo, o me dices donde está mi hermana o haré brochetas de toro para todos mis hombres, que va siendo ya la hora de comer —amenazó ahogando más aun a su presa.

—¡Te matarán por esto! —gritó el animal a causa de la rabia y del dolor que estaba padeciendo.

—Bueno se tendrán que poner a la cola para eso, soy un hombre muy popular —Bajó otra vez a su presa mientras se le quemaba el cuello y parte de la cara lo único que evitaba que hiciera una barbacoa con él es que tenía que saber dónde buscar a su hermana.

—Las Arpías. Los tienen las Arpías. ¡Sácame de aquí ya! —Intentó forcejear sin éxito, a más se movía más se quemaba.

—¿Y por qué querrían las Arpías a mi hermana? ¡Responde! —Estaba empezando a perder la poca paciencia que le quedaba.

—Tu hermana ha tenido muchos amantes y ha enfadado a muchas diosas y mortales, es una casquivana como tu madre —Eso fue lo que necesitó para que el cable negro se cruzara con el rojo y perdiera el poco autocontrol que tenía en esa situación. Poniendo un pie sobre la espalda del minotauro estiro tanto de su látigo que pensó que se partiría, pero no fue así aguantó hasta que separó la cabeza del cuerpo llenándose entero de la sangre del animal. Nadie insultaba a su madre ni a su hermana.

—Tenemos que irnos a las Islas Estrofas a por mi hermana, parece que alguna diosa celosa ha mandado a mi hermana con las Arpías y espero que no sea la que me imagino o me las va a pagar que ya me tiene muy harto —decretó pensando en la zorra de Hera.

CAPÍTULO VI

En un segundo estaba en su dormitorio con la diosa a su lado y el siguiente estaba... ¡cayendo! ¡por todos los dioses! ¿No la había podido dejar en suelo firme? caía tan rápido que no le dio tiempo a ver si caería sobre algo punzante y terminaría ahí su viaje, pero cuando llegó al suelo se dio cuenta de que no había aterrizado sobre algo, si no sobre alguien.

—¡Pero qué demonios! —protestó el hombre que había derribado debajo de ella.

—Lo siento, lo siento de verdad, no era mi intención —Notaba como el color subía rápidamente por sus mejillas y más cuando miro a su alrededor y vio un montón de hombres armados mirando la escena intentando no reírse.

—Al final la diosa no pudo esperar y me tiró a las Arpías encima literalmente —manifestó levantando una ceja y enfatizando cada palabra

—¿Arpía? —¿qué decía ese hombre de bellos cabellos azabache y ojos de color azul eléctrico?, nunca había visto ningunos de ese color, eran impresionantes... paró en seco sus pensamientos «espera un momento, ¿eso de Arpía iba por ella?»— ¡¿Perdona?!

—¿Qué parte no has entendido? ¡Nos mandan una Arpía y poco lista encima! —Se dio cuenta de que seguía encima de ese hombre que se puso la mano en forma de visera para taparse los ojos del sol que le impactaba de lleno.

Se levantó de forma inmediata con la poca dignidad que le quedaba después de ese aterrizaje tan poco afortunado y delante de toda esa gente... Cuando pensó en lo que dijo ese hombre su cara cambio del rojo vergüenza al rojo irá y haciendo acopio de la autoestima que le quedaba, irguió la cabeza para mirarle desde arriba antes de contestar al payaso que tenía delante, antes de que todos esos hombres rompieran en carcajadas.

—Más te vale que controles esa lengua en mi presencia o te la arrancaré. Quizá no era la frase más acertada rodeada de tanto hombre armado y musculoso, pero no permitiría que la humillaran, además la bestia dentro de ella estaba gritando por salir.

Apolo la miró por primera vez desde que aterrizo literalmente encima, desde luego se había confundido, aquella mujer no era ninguna Arpía.

Era alta, mucho para ser mujer, quizá un metro setenta y cinco. Con el vaquero que llevaba azul claro se le marcaban unas muy largas y contorneadas piernas que terminaban en unas caderas generosas. Su cintura era estrecha, pero no demasiado, y su escote era... tenía que haberla dejado

más rato encima de él para notar ese pecho. Pero lo que más le llamaba la atención era la cara que tenía era alargada pero perfectamente estructurada, con pómulos altos que ahora estaban sonrojados, seguramente por su culpa. La nariz era respingona y graciosa y tenía unos preciosos ojos azules verdosos claros que parecían con el sol azulados. Dos trenzas caían sobre su femenino rostro, y el resto de su rubia melena y ondulada caía a través de su espalda. Un momento, le parecía a él o ¿le estaba mirando con cara de asesina? Sabía que tenía que parar, pero ponía una cara preciosa cuando se enfadaba. Así que decidió seguir provocándola.

—¡Ohh! Chicos ¿Habéis oído? la dama me arrancará la lengua, espero que utilices esos carnosos labios para hacerlo. La verdad es que me tienes temblando de miedo, estoy por volver ahora mismo al Olimpo corriendo. Me meteré bajo las faldas de mi madre —se burló mientras se ponía de pie. He hizo un gesto de temblor. Era más alto que aquella mujer, aunque no tanto como para tener que agacharse mucho para besarla.

—Mira payaso prepotente, para lo único que usaría esta boca es para escupirte, ¿te ha quedado claro? No tengo tiempo que perder contigo —y le despachó con un gesto de la mano. Él la miro anonadado.

Nunca en su vida una mujer le había tratado así y eso le atraía y excitaba por igual. se giró hacia los hombres que ahora reían a carcajadas de ver a su jefe insultado por una mujer en vez de a sus pies.

—Quizá me podéis ayudar, estoy buscando a un hombre rubio, pelo largo, fuerte. ¿Le habéis visto? Va con dos hombres más, muy callados y con cara de mala leche —Hizo gestos para explicarles cómo eran.

—¿Es tu marido? —preguntó Apolo sin pensar, ni que a él le importará si tenía o no cónyuge.

—¡Y a ti que te importa! —dijo torciendo la boca— ¡Señor porque yo lo valgo! Como el anuncio del champú.

—¿Cómo me has llamado? —Le divertía ese pique con ella, pero a la vez no daba crédito, le estaba poniendo a caldo en un momentito.

—No sabía que te tenía que hacer un croquis... además de chulo, tontito, lo tienes todo hijo. ¡Atento! No he conocido a nadie tan creído como tú en mi vida y mira que he conocido hombres mucho más hermosos, que se lo deberían creer más que tú —Apolo pensaba que se le saldrían los ojos de las cuencas, menuda lengua viperina tenía esa jovencita.

Las mujeres normalmente le halagaban para que compartiera el lecho con ellas, no le insultaban y humillaban y menos delante de sus hombres.

—¡No me conoces! —Se defendió ofendido, era él el que se sentía atacado.

—¡No, pero conozco muchos como tú! Y si me dejas en paz, por favor que tengo cosas mucho más importantes que hablar de tu ego masculino.

Estaba deseando ponerla sobre sus rodillas y darle una buena azotaina por tratarle de esa manera sin conocerle, pero él era un caballero, no bajaría a su nivel, su madre le había educado mejor que eso. Así que tomo aire antes de contestar.

—¿El hombre al que buscas está por aquí? —Ella se giró para quedar de nuevo frente aquel hombre que tanto la irritaba. Puso los ojos tan en blanco que casi le dan vueltas dentro de las cuencas, armándose de paciencia antes de contestar. La verdad es que no sabía que podía decir tantas cosas horribles, no la habían educado así, pero ese hombre era un prepotente que la había insultado cuando ella había caído encima de él y encima sin querer.

Los hombres que acompañaban al moreno se intentaban girar para no volver a desternillarse de risa sin mucho éxito, se oían las risitas por doquier.

—¿Qué parte no has entendido de lo que te he explicado musculitos?

—Mira guapa te estás pasando, te estoy intentando ayudar, pero vamos que si no quieres aquí te quedas. Suerte en tu búsqueda.

Se tuvo que morder la lengua para no soltarle otra cosa mordaz, tenía razón estaba sola y necesitaba ayuda para encontrar a su hermano o al sobrino de la diosa. Le necesitaba para salvar a su familia.

—Vale, tregua —levantó las manos en señal de rendición—. Fueron enviados aquí junto con muchos otros soldados, es un ejército de gárgolas. Una diosa nos pidió ayuda para encontrar a su sobrina que por lo visto la ha secuestrado un minotauro, mi hermano ya tendría que haber vuelto, pero no sé nada de él. Así que he venido a buscarlo —Sabía que podía hablar del tema con seguridad ya que la diosa le había explicado que en ese plano o eran seres mágicos o simpatizantes. Estaba hablando tan rápido por los nervios que era difícil seguirla.

—¿Eres una gárgola? —Antes de dejarla contestar hizo un chasquido de desagrado con la lengua.

—¿Tienes algún problema con eso? porque yo lo valgo —Ves ella no tenía la culpa, él era insoportable.

—No, no para nada —Omitió la parte de que no le agradaban el tema ya estaba bastante caldeadito—. Simplemente no me suelo relacionar mucho con ellas, pero a mi hermana le gustan.

—Tiene buen gusto entonces —Él levantó una ceja. Esa mujer tenía un genio de mil demonios, le encantaría meterla dentro de su cama hasta que se le bajaran los humos.

—¿Has venido tú sola? —Aquella mujer tenía mucho valor o estaba realmente loca. Quizá ambas.

—¿Las mujeres no puede viajar solas? —respondió ella mordazmente sin dejar de mirar esos ojos con ese color tan poco usual que no sabía por qué, pero le hacía latir el corazón con fuerza.

—Sí, claro que sí, pero es raro que una mujer venga sola a buscar a su hermano sabiendo que quizá tuviera que enfrentarse a un minotauro, ¿no crees?

—No, yo no lo veo así, seguramente lucho mejor que tú —se jactó ella lanzándole otra pulla, pues que se preparara, él no se iba a quedar atrás.

Los hombres se fueron alejando un poco de la zona, la conversación estaba subiendo el tono por momentos. Y algo les decía que entre esos dos se iba a desatar la tormenta, no querían que les salpicara.

—Bueno una mujer gárgola no tiene poderes, así que créeme cuando te digo que soy mejor que tú, al final las mujeres no servís para ir a la guerra, solamente en caso de ir a curar las heridas o calentar la comida o la cama de los guerreros —soltó Apolo de forma despectiva mientras la miraba con los brazos en jarra y sacando pecho. Si no la hubiera enfadado de esa manera quizá le vería hasta gracioso.

Sabía que había dado en el clavo porque le miró con la promesa de hacerle daño en la mirada, si hubiera tenido una espada en la mano seguramente le habría ensartado como una banderilla.

Ella no podía creer lo que acababa de escuchar, no tuvo tiempo de pensarlo dos veces, antes de darse cuenta perdió el autocontrol que tenía. Sintió como sus piernas temblaban mientras se fueron convirtiendo en una majestuosa cola de serpiente, las escamas azules y verdes resplandecieron bajo el sol, deslumbrando a varios de los soldados allí presentes. La armadura apareció en su cintura, en el pecho y en forma de diadema en su cabeza. Las espadas aparecieron frías en sus manos, cosa que le alivio ya que ella ardía por dentro.

Los colmillos le arañaban sobre la lengua, se morían por agujerear al hombre que tenía frente a ella y se pavoneaba como un pavo real. Siseó y dio un grito de guerra. Todos los hombres estaban absortos mirando en lo que se había transformado. Era mortífera a la par que hermosa hasta puntos inimaginables.

No podía creer lo que veían sus ojos, aquella mujer que le estaba sacando las tripas, se había convertido en una Naga si antes era hermosa, ahora lo era más, le tenía totalmente hipnotizado.

—¿Por qué no vienes? Así podré mostrarte lo que sabe hacer una hembra gárgola —incitó ella mientras arrojó una descarga eléctrica al suelo junto a los pies de él. Menos mal que falló no controlaba muy bien la magia.

—Mi tía nunca me dijo que existiera una mujer gárgola guerrera, pero tengo que reconocer que eres impresionante y que preferiría tenerte a mi lado en la guerra que en contra —admitió Apolo y lo decía de corazón.

Parecía sincero pensó Scailar mientras le miraba ladeando la cabeza.

—¿Tu tía? ¿No será Laya?

—Sí soy el hermano gemelo de Artemisa. Creo que te ha mandado aquí a buscarme ¿no? Y mira me has encontrado, has caído justo encima —dijo haciendo que Scailar sonriera, aunque no quisiera, ella quería estar enfadada con él—. Y tranquila no tendrás que matar al minotauro ya lo hicimos nosotros —Ella abrió mucho los ojos con sorpresa y sin querer abrió la boca y enseñó sus colmillos, Apolo no entendió por qué, pero eso le produjo automáticamente una erección.

Le marcó la dirección donde tenía la cabeza cortada del toro. Ella repto con elegancia hasta allí para contemplarlo. Vio como la cabeza decapitada del gran animal reposaba manchando toda la hierba de sangre tan oscura que parecía negra.

—¿Entonces? Ya deberían haber regresado a casa y no ha sido así —Se negaba a pensar lo peor. Seguro que había una explicación lógica para aquello, el porque su hermano no estaba junto al resto de esos hombres en ese momento.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Apolo ignorando su pregunta. Podía haber sido sarcástica pero ahora no era el momento de seguir con aquel enfrentamiento, no tenía ganas.

—Scailar —Se mordió el labio inferior.

—Cuando hemos estado en el laberinto, y camino al centro donde habitaba el minotauro mis hombres y yo encontramos varios hombres gárgola muertos —el corazón de ella martillo tan fuerte que Apolo podía oírlo desde su posición. Estaba muy oscuro, pero por la descripción que nos has dado, creo que no era ninguno de ellos —Ella se abrazó el estómago y respiro varias veces seguidas intentando no hiperventilar.

—¿Entonces dónde están? No entiendo nada.

—Antes de matar a la bestia conseguí sacarle información, me dijo que las Arpías se habían llevado a mi hermana y a las gárgolas que quedaban —Pensó que a aquella muchacha le iba a dar un ataque de nervios, era muy típico en las mujeres. Estaba hiperventilando mientras miraba al suelo.

—¿Entonces a qué estamos esperando? —preguntó Scailar mientras reptaba dirección al mar.

—¡Scailar espera! —Ella se giró y le miro con los ojos azules verdosos repletos de pestañas largas y redondeadas estaban llenos de determinación—. ¿Vas a ir así? —Ella se miró de arriba

abajo no se acordaba de que iba en forma de Naga debido a los nervios.

—¡Mierda! Perdonadme necesito unos minutos —No recordaba donde había aprendido tantos tacos, pero se estaba luciendo.

—Sin problema —contestó él divertido, esa chica le parecía graciosa, decidida, pero sobre todo era refrescante para un hombre que había conocido a muchas mujeres.

Se fue directa hacia donde había caído su mochila, y se escondió tras unos árboles. A Apolo le picaba la curiosidad así que se acercó de forma sigilosa, gracias a ser tan buen cazador. La observó lo suficientemente lejos para que ella no se percatara de su presencia. Lo que vio le hizo sonreír de oreja a oreja, «¿esa mujer estaba meditando para volver a su forma humana?» la verdad no sabía por qué le parecía raro, seguro que tenía que meditar mucho, estaba fatal de los nervios. Con esa idea fue hacia sus hombres para preparar el viaje.

CAPÍTULO VII

—Venga perezosa nos tenemos que ir a entrenar, ¿cómo puedes dormir tanto? Pareces un oso hibernando —Amanda gritó en la puerta de Scailar antes de entrar sin llamar. Ya habían pasado las diez y no había bajado a desayunar, o la resaca era muy fuerte o estaba holgazana ese mañana.

Estaba todo oscuro en la habitación y se fue directa a la ventana a descorrer las cortinas, si no se despertaba por las buenas, ella la despertaría por las malas, así ya la iba motivando para la lucha de después. Seguro que tenía resaca por las cervezas, si es que esas gárgolas eran muy blanditas, ella cuando era humana aguantaba más que ellas.

—¡Vamos, levanta o te cogeré del pie y te arrastrare hasta el tatami! —se giró para encontrar una cama intacta, «¿habría pasado la noche con un hombre? ¡Ni de coña! Se lo habría contado» Puso los ojos redondos como platos— ¡Cómo te hayas ido a luchar sin mi te voy a patear el culo, pero ahora te lo digo de verdad! —gritó por si estaba en el baño.

Se fue al baño y nada, ahí no había nadie, así que se dirigió al pasillo, se plantó en todo el medio y gritó a pleno pulmón.

—¡Chicossssss! —El grito de la Raptora resonó por toda la mansión en cada rincón y en cada habitación.

Marius fue el que primero en llegar, miro a su alrededor buscando algún enemigo que pudiera haber burlado la seguridad de la casa. Seguidamente llegó Axel con una espada y sin camisa seguramente le había pillado atendiendo sus quehaceres maritales.

—Aunque seas mi cuñada te daré una buena tunda si me has sacado de la cama por una tontería. Con ese grito parecía que se estaba quemando la casa, mujer.

—Pues más o menos —le desafió con la mirada a ver si era capaz de cumplir esa amenaza. Adoraba al marido de su hermana, pero ella nunca despreciaba una buena pelea. Como veía que la miraba con una ceja levantada, se estaba enfadando de verdad y eso en cierto modo la divertía, pero no tensaría más la cuerda—. Vale, vale, os he llamado porque cuando vine a buscar a Scailar para entrenar no la he encontrado en su habitación y tampoco la hemos visto en el desayuno.

—¡Por dios Amanda! qué susto nos has dado, habrá salido a dar una vuelta para quitarse la resaca, estará por los jardines —increpó Marius respirando hondo por fin después de los últimos minutos aguantando la respiración. Su hembra le iba a matar de un susto un día de estos.

—¿Así qué creéis que lo sabéis todo verdad? ¿Porque sois hombres o porque sois gárgolas?

Ilustradme —Se cruzó de brazos apoyando la barbilla en una de sus manos y mirándonos atentamente con cara inocente.

Axel miro a Marius como diciendo «a tu mujer se le va la pinza, no hay quien la entienda» y su amigo que sabía leer perfectamente sus miradas se encogió de hombros en respuesta.

—Cuéntanos Amanda ¿qué sabes que nosotros desconocemos? —Sabía que pagaría su comentario jocoso por su mujer más tarde en la habitación, pero lo haría gustoso.

—¡Gracias por fin algo de cordura! —exclamó alzando las manos y respirando exasperada. En el cuarto de Scailar huele a esa diosa vuestra, esa que te devolvió a la vida.

—Laya se llama Laya y le debemos mucho Amanda —Marius se llevó las manos a las sienes si la diosa los estaba oyendo la atravesaría con un rayo de forma ipso facto por esa falta de respeto.

—Lo sé, pero si no me acordaba del nombre ¿qué quieres que haga? —le hizo una especie de puchero, que Marius no se creyó en absoluto y a Axel se le escapó una sonrisa viendo que por fin su hermano había probado de su propia medicina con las mujeres.

—Bueno centrémonos, Axel eres un felino por favor busca el olor de Laya, si lo confirmamos y se ha llevado a Scailar estamos metidos en un problema muy gordo...

Amanda le estaba asesinando en ese momento con su mirada con los brazos en jarra por desconfiar en su desarrollado olfato, mientras Axel intentaba sin éxito entrar en la habitación sin reírse dejando la espada apoyada en la pared.

Marius puso los ojos en blanco nunca entendería a las mujeres y eso que fue entrenado casi toda su vida para ese fin.

Su mujer realmente no era una mujer normal quizá por eso la amaba más que a su propia vida. Le ofreció que pasará delante de él y ella lo hizo, pero no sin antes mirarlo de reojo prometiéndole todo tipo de torturas de alcoba. Cosa que él deseaba.

Cuando se encontraron con Axel este estaba olisqueando la habitación como el felino que era, la gran pantera que llevaba dentro era muy poderosa. Después de unos segundos rastreando por el cuarto se giró hacia ellos.

—Tiene razón, han estado aquí las dos, pero ya hace horas de ello. No ha dormido aquí —informó Axel y se cruzó de brazos marcando los músculos de su torso.

—Eso no es bueno... ¿dónde se la habrá llevado? Akiles nos matará por esto, la teníamos que vigilar, era nuestra responsabilidad.

—Ella ya es una mujer Marius, es una guerrera y de las más poderosas que he visto nunca —La defendió Amanda que no entendía que la quisieran enjaular como a un pajarito, esa mujer tenía

que vivir alguna aventura fuera de esas cuatro paredes.

—Sí, pero no olvides que sin saber utilizar sus poderes y habilidades también de las más peligrosas, para ella misma y para todos los demás que la rodean —Amanda chasqueó la lengua a su hombre, no estaba de acuerdo con él.

—Bueno ¿qué hacemos? —Les interrumpió Axel antes de que esos dos se enzarzaron en una discusión que terminará con ellos dos sobre el tocador de Scailar fornicando como animales.

Marius rompió el contacto visual con Amanda, el deseo ya se palpaba en el ambiente.

—Lo primero es convocar a Laya, necesitamos encontrar a Scailar y traerla a casa. Y de paso saber si Akiles y los demás están bien.

—Amanda tú te quedarás con Sárilan puede dar a luz en cualquier momento —decretó Axel preocupado por su mujer y pequeños, la verdad es que deseaba estar presente en el alumbramiento, pero no podía permitir que a sus hermanos les pasara algo nunca se lo perdonaría.

—Ni los sueños cuñado, tú tienes que estar con mi hermana y yo iré con mi hombre, si Scailar se ha metido en algún lío, no me perdería una buena pelea por nada del mundo —Axel iba a protestar cuando Amanda prosiguió—.

Tienes que cuidar de mis sobrinos, además Marius es el único que me puede alimentar... ¿quieres que sólo tenga a mano a mi hermana o sobrinos cuando me dé un ataque de hambre? —Axel trago saliva ¿una Raptora hambrienta con su mujer e hijos...? Amanda adoraba a su hermana, pero era un riesgo que no correría, aunque dudaba que les hiciera daño, mejor no jugar con eso.

—Vale —dijo Axel aceptando entre dientes. La preocupación por todas las posibles cosas que podían estar pasando no paraban de dar vueltas en su cabeza.

—Pues si estamos ya todos de acuerdo deberíamos llamarla y que nos diga qué ha ocurrido —proclamó Marius y los demás asistieron.

—Laya nuestra bondadosa diosa, te necesitamos, por favor acude a nuestra llamada —Axel como el responsable al mando en ese momento fue el que la invocó.

Tras unos segundos la luz que anunciaba la llegada de la diosa se hizo en la habitación y esa paz que acompañaba a su presencia, hasta Amanda parecía más relajada. La preocupación sustituía la sonrisa que siempre adornaba su cara. Se les hacía raro verla en ese estado, pero era totalmente comprensible debido a todo lo que estaba pasando.

—Hijos míos últimamente paso mucho tiempo en esta casa —dijo mientras esbozaba una triste sonrisa que no llegaba a sus ojos. Se dejó caer sobre la silla del tocador de Scailar, estaba pálida, más de lo normal y parecía exhausta.

—Sentimos importunarla mi señora, no la llamaríamos si no fuera importante —Axel agachó la mirada mientras la hablaba en señal de respeto.

—Axel no es necesario todo este tipo de formalidades ya lo sabes —Cuando levanto la mirada estaba a su lado mirándole con esos ojos que parecían leer dentro de tu alma.

—Sí lo siento —Ella sonrió le gustaría que la vieran más como una amiga que como una diosa, pero suponía que por más siglos que pasarán eso no cambiaría.

—Cuéntame, ¿qué os preocupa?

—No sabemos nada de Akiles y nuestros hermanos. Y Scailar no está aquí desde hace horas... —La Preocupación apareció unos segundos en su rostro antes de recomponerse de nuevo, en esa a imagen de ternura eterna, pero duro lo suficiente para que los tres se miraran con aflicción.

—Es verdad, las gárgolas tuvieron problemas en el laberinto del Minotauro... varios cayeron en la batalla —Marius se puso pálido con la noticia— Tranquilos ninguno de los caídos era de los vuestros. Pero siento decir que han desaparecido —Volvieron a quedarse sin respiración, aquella inmortal los iba a matar con tanta incertidumbre.

—¿Quién los tiene? —Fue Amanda la que habló. La diosa la sonrió. Esa mujer le gustaba porque no utilizaba toda esa sutileza que utilizaban sus hijos era directa y clara con lo que quería.

—Ese es el problema, que no lo sé. Algún tipo de poder los tiene ocultos a ellos y a mi sobrina.

—¿Y Scailar? —Amanda levantó la voz notablemente. Aún era neófita y le costaba controlar sus a veces desbordantes emociones, si fuera otro dios en vez de la madre de ellos posiblemente les despellejarían vivos por alguna de sus impertinencias.

—No te preocupes hijo mío, me gusta tu mujer, es intensa y natural, es una persona que habla a través de sus emociones —Marius relajó un poco todos los músculos tensos de su espalda. Y Amanda le sonrió enseñándole los colmillos. Como diciéndole «Chúpate esa»

—¿Y bien? —Volvió al ataque. La diosa rompió en carcajadas.

—Me vendría bien una mujer como tú en el Olimpo Amanda, los dioses irían más firmes y no con toda esa pedantería que tienen algunos, les podrías asustar un poquito —dijo la diosa con una mirada de pilla como si planeara a aquellos a los que les daría un escarmiento si la raptora le ayudara.

—Bueno lo veremos cuando esto termine, no me importaría patear algunos culos divinos, eso sí, yo duermo con mi hombre —La carcajada de la diosa fue audible por todos los sitios, le encantaba esa mujer, no conocía a nadie que la hablara de aquella manera, ni si quiera su hermana

o sobrinos, era de las personas más divertidas que conocía. Mientras que Axel y Marius no sabían dónde meterse.

—Trato hecho. Ahora responderé a vuestra segunda pregunta siempre y cuando prometáis tener la mente abierta y no enfadaros con Scailar —Axel y Marius se miraron y sabían que con esas palabras ya se auguraba que algo malo había pasado si pensaba que se podían enfadar.

Marius se mesó el cabello rojo que ya empezaba a crecer de nuevo en su cabeza y Axel cerró las manos en puños contando dentro de su mente para relajarse.

—No podemos prometer que no nos enfadaremos Laya, pero prometo al menos intentarlo —se sinceró Axel no queriendo mentir a la diosa, se conocía y la paciencia no era una de sus especialidades.

—Por mí no te preocupes solo me enfadaría si se le ha ocurrido ir a luchar sin mí —explicó Amanda dando su razonamiento como si fuera lo más lógico del mundo. En ese momento la diosa miró al techo y todos supieron que Scailar estaba metida en algún lío.

—Scailar me convocó ayer preocupada por el estado de Akiles y de los demás al no obtener respuesta, cuando le conté lo que sabía me pidió ir a buscarle. Le dije que os avisara, pero pensó que si os lo decía no la dejaríais ir —les contó la diosa y los dos hombres se miraron y habían perdido totalmente el color de sus normalmente morenos cuerpos.

—Tenía razón si hubiera sabido lo ocurrido ella no iría, no está lista para entrar en combate. Es más, si la tuviera ahora delante le daría unos cuantos azotes —dijo Axel pensando que se los daría de todas formas en cuanto la tuviera delante.

—Pues yo estoy orgullosa de ella, es una mujer que debe tomar sus propias decisiones, y el ir a buscar a los chicos dice mucho de ella —dijo Amanda orgullosa de su amiga.

—Si dice que es una niña con las hormonas revolucionadas y que no piensa antes de actuar. Como te tengo que decir que ya no es que le hagan daño, es que puede matar a alguien sin querer con esos poderes que tiene —le explicó Marius en un tono más duro de lo que Amanda le gustaba así que le miro de arriba abajo torciendo el gesto.

—Bueno yo creo que deberíais darle un voto de confianza. Creo que le vendrá bien la experiencia y le hará madurar si es que realmente le hace falta como comentáis.

—¿Se ha ido sola? A saber dónde está, si no sabe luchar, la van a hacer papilla—dijo Marius pensando en todas las posibles amenazas y le daba vértigo solo de pensarlo.

—No os preocupéis está con mi sobrino Apolo, él la protegerá, nunca dejaría que le pasara nada —les informó la diosa intentando dar algo de tranquilidad a aquella familia que últimamente

tenía tantos disgustos en su vida.

—No se lo tome a mal madre, pero ¿quién protegerá a su sobrino de Scailar? —preguntó Axel. Ahora era la diosa la que le miraba con los ojos muy abiertos.

—¿A qué te refieres?

—Es una neófita, no controla sus poderes y es muy peligrosa. Como una adolescente con las hormonas a punto de estallar cada cinco minutos —la diosa rio ante la comparación que hizo ese hombre moreno tan grande.

—Ya nos preocuparemos de eso cuando llegue el momento, la verdad es que esto va a ser más entretenido de lo que esperaba. No os preocupéis estará bien con Apolo os lo prometo —y les sonrió.

Marius respiró varias veces para no perder los estribos delante de la diosa mientras Amanda estaba la mar de feliz porque le había dicho que estaba con un hombre y qué hombre, por cierto, decían las leyendas que Apolo era uno de los dioses más atractivos de la mitología, quizá con él conociera el amor. Axel se adelantó a su hermano para evitar conflictos.

—No dudamos de su gran criterio, pero nos sentiríamos mejor si Amanda y Marius fueran con ellos a buscar a nuestros hermanos, siempre que te parezca bien claro —opinó Axel y rezaba porque así fuera. Todos estarían más tranquilos de aquella manera.

Amanda ya se relamía pensando en las batallas venideras. Y tenía ganas de correr a su cuarto a coger todas las armas que tenía escondidas en su tocador, donde otras tenían maquillaje ella tenía armas muy afiladas.

—Bueno si insistís, dicen que a más mejor, y siempre la ayuda es buena. Preparaos os mandaré en unas horas allí —Todos asistieron.

Abrió los ojos un poco desorientada no había dormido nada en las últimas veinticuatro horas. Se desperezó mientras miraba a su alrededor. El sitio estaba hecho todo de madera, como el resto del barco, no tenía muchas cosas, un pequeño catre, una mesa con una silla y una pequeña ventana circular por donde entraban los rayos del sol. Era suficiente para su fin, descansar antes de llegar a su destino. No sabía muy bien a que se iban a enfrentar, y tenía que reconocer que estaba muerta de miedo. Una cosa es entrenar con tu familia y otra muy distinta enfrentarte a monstruos reales, pero alguna vez tendría que ser la primera.

Aunque esperaba que cuando eso hubiera ocurrido tener a la gente que amaba a su lado, no con un capullo petulante que la sacaba de quicio y que la había llamado Arpía sin conocerla. Le hubiera gustado darle una buena patada en el culo, por muy dios que fuera, y guapo, la verdad es que nunca había visto a un hombre tan atractivo, ni tan insoportable. Solo rezaba para que se mantuviera lejos de ella el mayor tiempo posible, cuando se enfadaba le era casi imposible no convertirse y dejar salir a la bestia.

Salió del camarote en busca del insoportable... quería saber cuándo tardarían en llegar a su destino, tenía ganas de ver a su hermano, sabía que estaba bien, tenía que estarlo, algo dentro de ella le decía que seguía vivo. Y por otra parte el estómago le empezaba a rugir, la noche anterior sólo tomo unas cervezas y no cenó nada después del entrenamiento. Aunque el mar le revolvía el estómago.

No entendía por qué en ese plano no usaban coches, se habían quedado en la Grecia antigua estancados, y ella odiaba el agua, le daba miedo desde que de pequeña se cayó en el estanque de su casa y por poco se ahogó. Así que la situación mejoraba por momentos. Tenía que buscar algo para comer, ojalá hubiera pensado en eso y hubiera llevado unas provisiones, pero con los nervios y las prisas no lo había pensado.

Fuera del camarote pudo ver algunas puertas como la suya cerradas, seguramente fueran camarotes también. Siguió caminando por aquel pasillo que crujía bajo sus pies buscando unas escaleras que la llevarán a respirar un aire menos viciado. Las encontró al final del pasillo en una especie de almacén donde guardaban barriles de madera, cuerdas y otros artilugios que no sabía para que servían.

Subió las escaleras y se encontró un cielo abierto y soleado, las vistas eran algo que te dejaba sin palabras, aun teniendo miedo de estar rodeada de tanta agua. La mayoría de los hombres de Apolo dormían por todos los sitios de la cubierta encogidos sobre ellos mismos para darse algo de calor, eso sí con su espada como compañera de alcoba. No llevaba reloj y desde que cruzó a ese plano el móvil estaba muerto, pero imaginaba que habría amanecido hace poco. Buscó a

Apolo, pero no le veía. No debería ser difícil de encontrar ya que sus hombres iban uniformados de guerreros antiguos con unas faldas bastante provocativas, pensó ahora que no estaba en medio de la tensión de pensar que su hermano de estaba enfrentando a un minotauro.

Y Apolo había decidido llevar ropa de la época actual en vez de un peplo como lo hacía su tía la diosa Laya.

—¡Chhhhis! Bonita, Chhhhis —No podía ser cierto o su mente le estaba jugando una mala pasada o ¿la habían llamado como a un perro?

Se giró llameando con la mirada y los brazos en jarra prometiendo un castigo inimaginable por ese trato, pero ¿qué se había creído?

—¿Tengo pinta de perro para que me llames así? «¡chico!» —Apolo al timón del barco la miro atónito entrecerrando los ojos como si no comprendiera lo que decía y luego rompió a reír.

—Bueno, ahora que lo dices... quizá uno de esos pequeños de ojos saltones, un chihuahua de esos que tienen tan mal genio —No podía parar de reír mientras a ella le salía humo por las orejas, si no se controlaba saldría la bestia, y a saber los daños que causaría al barco, tenía que relajarse para poner en su sitio a ese chulito no necesitaba a su Naga.

—Pues ahora que me fijo más en ti tú también tienes un aire a perro, pero tú serías más como un San Bernardo —dijo lo primero que se le ocurrió, le venían mil cosas a la cabeza para contestarle y la gran mayoría le haría dudar que fuera una señorita.

—¿Sí? ¿Y eso por qué? —seguía riendo ante el enfado de la muchacha, no sabía por qué, pero hacerla enfadar le encantaba, las mujeres que conocía no se les ocurría ni si quiera levantarle la voz y aquella fierecilla estaba gritándole, en el mar, en medio de la nada, a bordo de su barco y rodeada de todo su ejército. O tenía mucho valor o estaba más loca de lo que pensaba.

—Porque eres grande, baboso y tonto como ellos —Él la miro asombrado de nuevo mientras ella se alejaba enfadada. ¿Le había llamado baboso y tonto a él? ¿De verdad? La daría su merecido y lo que se merecía eran unos azotes por lo menos. Aunque la sonrisa no se le borraba de la cara, era una fierecilla que le encantaría domar.

—¡Chihuahua, un chihuahua! —Scailar iba hablando sola, con los puños apretados, tanto que se clavaba las uñas en las palmas. No quería parecer una loca y despertar a todos aquellos hombres que posiblemente en breve tendrían que luchar y necesitaban todas sus fuerzas. Pero de algo estaba segura, se lo haría pagar nadie se había atrevido nunca a reírse así de ella.

Encontró otra puerta al final de cubierta. Entró y descubrió que era la cocina, allí había un hombre entrado en años con bigote y canosos cabellos, tenía las mejillas sonrojadas. La miró con unos ojos grandes y redondos tras unas gafas y a Scailar le recordó tanto a su abuelo. Aunque le

había perdido cuando era muy pequeña aún le se acordaba claramente, como la sentaba en sus rodillas y le contaba maravillosas historias. Ese hombre parecía una persona entrañable, de esas que te dan ganas de abrazar.

—Hola pequeña, ¿estás bien? Pareces alterada, ¿puedo ayudarte en algo? —Su voz era suave y cantarina.

—Bueno tu jefe es un poco capullo —se llevó una mano a la boca cuando se dio cuenta de lo que había salido de ella—. Disculpe mi lenguaje. No me han educado para hablar así —se sentía abochornada su madre siempre les enseñó que se tenía que tener respeto a las personas mayores, últimamente su vocabulario se estaba ampliando y no de la manera correcta exactamente.

El hombre se rio a gusto mientras su abultada barriga subía y bajaba al ritmo de la risa.

—Es la primera vez que una fémica me dice algo así de Apolo. Le conozco desde que nació y desde las parteras hasta ahora todo han sido halagos para ese niño de negros cabellos y ojos eléctricos —Scailar le miraba como si el anciano hubiera perdido un tornillo o algo.

¿Cómo las mujeres iban a halagar a un hombre salido de las cavernas? Alguien tan pagado de sí mismo. No lo podía creer, lo raro es que no hubiese un grupo en Facebook de mujeres que quisieran apalearle por insoportable.

—No podemos hablar del mismo hombre, el Apolo que yo conozco es la persona más descarada e insoportable que he visto, si no le necesitara para localizar a mi hermano le estrujaría como a una oliva —El anciano volvió a reír a mandíbula batiente. Y ella se tapó la boca, se veía venir que el dulce anciano la lavaría la boca con jabón.

—Te creo, si tú lo dices será verdad, pero déjame que te diga que los amores reñidos son los más queridos. Ya es hora de que aquel niño se enamore y siente la cabeza y que mejor que con una mujercita tan hermosa como tú —dijo el hombre mientras le sonreía ladeando la cabeza y abriendo esos ojos aún más.

—¿Amor? Amor con ese, ese... —no sabía ya ni como describirle— con todos mis respetos, pero antes prefiero hacerme el harakiri que aguantar a alguien así de por vida —decretó asintiendo para sí misma, aunque el hombre no parecía muy convencido de lo que decía.

—Bueno pequeña los deseos de los dioses son insospechados, así que dejémoslo en sus manos. ¿Te apetece ayudarme? Estoy preparando el desayuno para todos, seguro que tienes hambre —Y ahora que el hombre lo decía y se puso a mirar todo aquel manjar que preparaba y el olor a pan las tripas rugieron en respuesta y empezó a salivar como una loca.

—Sí tengo mucha, y me encantaría ayudarte la cocina me relaja mucho. En casa suelo cocinar para mi familia, bueno antes al menos lo hacía —le contó y se lavó las manos para participar en la elaboración del desayuno.

—Perfecto entonces, me gusta mucho tener compañía. Me llamo Milton encantado de conocer a la mujer más encantadora del barco —le sonrió llenando aquellas sonrosadas mejillas y la miró con dulzura mientras sus anteojos caían suavemente por el puente de su nariz. Parecía tan feliz de que estuviera allí con él.

—El placer es mío, me llamo Scailar —apretó suavemente sus manos regordetas que estaban llenas de harina con la que preparaba el pan del desayuno. Y él le devolvió encantado el gesto afectuoso.

—¿Y qué te gustaría hacer? —le pregunto mientras volvía a amasar el pan.

Se quedó absorta mirando a aquel hombre, ojalá Akiles le pudiera ver, era la viva imagen de Edward su abuelo.

—Pues sé cocinar casi de todo, suelo cocinar para mi familia, somos muchos y te aseguro que son unos glotones. ¿Qué te gustaría hiciera?

—Mira estaba haciendo pan para que podamos comer tostadas, también tenemos fruta fresca y leche, Café.

—Podría hacer un pastel si quieres, para los más golosos.

—Me parece más que perfecto —El anciano siguió amasando mientras tarareaba una canción. Seguro que no era necesario el pastel, había preparado muchísima comida para el desayuno, pero él estaba feliz de su compañía y ella de estar con alguien que no fuera un auténtico estúpido.

Quizá se había pasado un poco con aquella chica, pero no estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria. Las mujeres hacían siempre lo que él pedía, no, mejor dicho, se anticipaban a sus deseos. Y aquella pequeña muchacha le sacaba de quicio y le contradecía. Había sido un poco duro, tenía que reconocerlo, él tenía una madre y una hermana y sabía que a la mujer había que tratarlas como las diosas que eran, al menos la mayoría. Eso son los valores que su madre le había inculcado. Pero dios... era tan descarada y le sacaba de sus casillas a la vez que le atraía sobre manera.

Hacía rato que se había marchado y había desaparecido tras la puerta de la cocina y no había salido. Se acercaría para ver que estuviera bien, era la única mujer del barco su madre les

arrancaría la piel a tiras si no demostraba la educación que ella le había enseñado. Se encaminó decidido hacia la cocina, alguno de sus hombres que ya despertaban le miraban somnolientos. Cuando llegó se detuvo pensando en tocar con los nudillos, pero «¡qué demonios! ¡Él era el jefe allí!»

La imagen que se encontró le dejó sin habla, la chica estaba ayudando a Milton en la cocina y los dos canturreaban felices una canción. Se había llenado la cara de harina y tenía un aire inocente que la hacía parecer aún más hermosa de lo que era.

Meneó la cabeza de lado a lado. Como decía su hermana siempre «sus hormonas le metían siempre en demasiados problemas»

—Milton amigo ¿cómo va el desayuno? —Los dos cocineros pararon su trabajo y le miraron como dos niños que han sido sorprendidos haciendo alguna travesura. No le habían oído entrar.

—Buenos días Apolo hijo, ya casi está. ¿Cómo has amanecido hoy? —preguntó el anciano mirando al dios con el cariño en la mirada que tendría un padre hacia su hijo. Realmente ese hombre era adorable.

Apolo iba a contestar a ese hombre que quería como a un padre cuando la fierecilla le asaltó.

—¡Estará cuando tenga que estar! —exclamó ella desafiándole con la mirada, que se había creído que tenía a todo el mundo a sus pies. Apolo de poco se ahogó con las palabras de Scailar, ¿ahora qué bicho le había picado? solo había intentado ser amable y le daba en la frente con sus palabras, pero él le bajaría los humos de eso estaba seguro.

—Ya veo señorita, ¿estás haciendo el desayuno tú también? Veo que por fin has encontrado tú lugar en el barco —Scailar no daba crédito a lo que estaba oyendo, le estaba insinuando que tenía que estar en la cocina por ser mujer. Agarró un cuchillo con la mano izquierda que tenía por debajo de la rudimentaria encimera de madera, pero el anciano de sonrojadas mejillas que la vio le sostuvo la mano para que se calmara.

Solo por él y lo que le recordaba a su querido abuelo decidió no saltar por encima de la encimera y desafiarse a un combate a muerte. Enseñarle que ella era una guerrera, no su sirvienta. Pero sí que estaba segura de algo, se vengaría y sabía cómo lo haría, se iba a arrepentir de cada una de sus palabras.

—Sí, estoy muy contenta de haber encontrado a Milton y de disfrutar de su compañía, el cocinar hace que se me pasen las horas más rápido hacia nuestro destino. Y ahora si nos disculpas tenemos que seguir si quieres que tú y tus hombres podáis desayunar antes de que llegue la hora de comer.

—Por supuesto —Esa contestación le dejó más helado que un cubo de agua fría, por un

momento había visto todo el tipo de atrocidades que le quería hacer reflejadas en los ojos de aquella muchacha, pero se había controlado.

Seguramente por Milton. Le había dado una lección de modales desde luego, él le había dicho algo por lo que su hermana le habría metido sanguijuelas en la cama mientras dormía, en la entrepierna para ser más exactos. Y ella había demostrado estar por encima de él desde luego se merecía una disculpa. Cuando la viera a solas hablaría con ella.

Con un gesto de la cabeza se despidió de ellos y marchó a comprobar otras cosas.

—Muy bien muchacha, lo has hecho fenomenal. No dejes que el señor te provoque —Le guiñó un ojo cómplice. No sabía por qué ese hombre se pensaba que ella quería al engreído más que para darle una somanta de palos. Pero bueno no le llevaría la contraria. Hay que respetar a los mayores.

—No sé de qué me hablas —fingió ella y se fue a sacar el pastel del horno que inundó toda la cocina con el olor a tarta de manzana.

—Yo veo claramente un futuro para vosotros dos—y señaló la puerta por donde se había marchado Apolo momentos antes.

—¡Antes comería ratas vivas! Es insoportable. No me gusta, ni si quiera me cae bien —Le miraba como si de repente se hubiera vuelto majareta el anciano.

—Bueno algún día me darás la razón ya lo verás —comentó Milton y siguió ultimando el desayuno.

—Sí alguna vez hago eso, por favor sácame los ojos —informó Scailar y los dos se echaron a reír con ganas.

—¿Por qué no vas sirviendo el pastel y el café antes de que se enfríen? Ahora llevo yo las tostadas.

—Si no te importa sacarlo tú, me gustaría preparar un zumo de uva receta de mi abuela, les dará muchas vitaminas al señor para la lucha que nos espera —Le sonrió mientras se disponía a licuar las uvas.

—Muy buena idea señorita, seguro que aprecia mucho tu gesto.

—Sí, estoy segura de que lo hará.

El comedor del barco era bastante más lujoso de lo que era la cocina. El dios disponía una

mesa alargada donde se sentaban todos sus hombres charlando tranquilamente de sus cosas, y eso le gustaba le recordaba a su casa a la hora de desayunar. Apolo no hacía distinción de clases sentándose en otra aparte. Seguro que si por él fuera ella comería en la cocina, en su sitio... pero ella haría que se le quitaran las ganas de volver a insinuar que tenía que estar en la cocina o cualquier otro sitio machista.

Ayudó al amable anciano a llevar el desayuno en unas bandejas con ruedas, y no era para menos llevaban todo un arsenal de comida, pero no sabía por qué le sorprendía los hombres que tenía en casa comían como osos hambrientos. Los soldados charlaban alegremente, contando anécdotas de batallas pasadas. Se había criado entre hombres, pero los consideraba su familia. Aquellos entre los que se encontraba ahora mismo eran perfectos desconocidos por lo que se sentía algo incomoda. Incluso pillaba de vez en cuando a alguno que otro echándole miradas lascivas. Pero no dejaría que eso la amedrentara. Vio que el anciano tomaba asiento una vez que terminó de colocar el desayuno en la mesa y el zumo delante de Apolo. Rastreó con la mirada toda la mesa buscando algún sitio libre hasta comprobar que el único que quedaba era junto el odioso Dios, la verdad es que se le estaba quitando hasta el apetito y eso que hace unos minutos se habría podido comer ella sola una vaca.

—Chica, ¿Vas comer de pie? —preguntó Apolo llamándola a gritos desde la otra punta del salón.

—¿Chica, chica? Ya le daría yo chica —Murmuró por lo bajo.

—¿Qué dices? No te he oído —preguntó Apolo.

—Nada, nada, que ya voy —Puso la mejor sonrisa que pudo y se encaminó hacia el sitio libre, respirando varias veces para no decirle un par de cosas nada más llegar.

—¿Estás bien? Estás muy roja —dijo él sin perder aquella sonrisa de superioridad.

—Sí, por supuesto. Algo acalorada por la cocina, eso es todo —Se contuvo para no mandarle al Olimpo, por ejemplo.

Se sentó dando por zanjado el tema y se sirvió una taza de humeante café, dejando que el olor le inundara las fosas nasales. Aspiro varias veces, pocos olores le parecían tan reconfortantes. Apolo la miraba con curiosidad de reojo para evitar que le pillara.

Ya se sentía algo mejor, vio como el Dios hablaba con el hombre a su izquierda, si no recordaba mal era su capitán. Un hombre de dorados cabellos y fieros ojos color miel. Así que se sintió más relajada, cogió una gran tostada recién horneada, le untó mantequilla y le puso arándanos frescos. La mordió y degustó la mezcla de sabores en su paladar, así que se animó a seguir, parecía que el apetito había vuelto. Desde la transformación su hambre había aumentado al

doble, el desgaste de energía era mucho mayor que antes y eso le hacía comer más. Lo que también se había acentuado mucho tras el cambio fue el oído, se había vuelto mucho más sensible.

Por ejemplo, ahora, aún rodeada de todos aquellos hombres que conversaban tan animadamente de temas variados, la mayoría con tonos de voz muy elevados no hizo que no detectara un leve rugido justo a su lado. Se quedó quieta, estaba masticando un bocado de tostada y paró a medias para escuchar más atentamente. Cuando el sonido volvió, era como si un pequeño león emitiera un quejido, se giró para ver que provenía directamente de Apolo. Estaba inmóvil como una estatua y su tez tenía el mismo color que de mármol blanquecino. Con su brazo izquierdo se sujetaba firmemente el vientre. Sus ojos destacaban en su rostro pareciendo que iban a salir de un momento a otro disparados. No pudo más, le dio tal ataque de risa que el trozo de tostada que tenía en la boca a medio masticar salió volando directo e impacto contra la frente del capitán del ejército que en ese momento estaba mirando atónito toda la escena. Y entonces Apolo se percató de algo.

—¡Tú! ¿Qué me has hecho maldita bru...? —Otro rugido no le dejó terminar la frase, esta vez le hizo doblarse sobre sí mismo.

—Discúlpame, es que siempre te veo con esa cara tan estirada que pensé que tenías un grave problema de estreñimiento —confesó con cara de falso arrepentimiento, mientras las lágrimas provocadas a causa del ataque de risa resbalaban por sus mejillas —Es zumo de uva con linaza, prometo pasarte la receta —Los hombres sentados a la mesa hacían acopio de todos sus esfuerzos para no reírse, pero fue una causa perdida, estallaron en carcajadas tras las últimas palabras de ella. Lo que solo acrecentó la ira del Dios.

—¡Mujer pagarás por esto! —Fue lo último que dijo antes de tener que salir corriendo.

Tardo horas en poder abandonar el baño de su camarote, pero gracias a su madre que le enseñó a ver siempre el lado bueno de las cosas, tuvo mucho tiempo para pensar en muchísimas maneras de vengarse de esa muchacha que le había dejado en ridículo delante de todos sus hombres. Estaba totalmente deshidratado tumbado sobre su lecho intentando recuperarse del mareo que tenía. Menos mal que al ser un Dios se recuperaría antes de lo previsto, no tardarían mucho en llegar a su destino y tendría que luchar. No sabía si esa mujer se merecía unos azotes o unos latigazos, no se había sentido tan humillado en su vida. Pero algo sí sabía es que se lo haría pagar llegado el momento. Llamaron a la puerta. «¡Oh no! Esperaba que no fuera uno de sus hombres con ganas de reírse un rato más»

—¿Sí?

—Soy Molok —Era su capitán, si de algo estaba seguro es que su capitán nunca osaría reírse de él.

—Adelante —Entró su mejor guerrero con su fiero y salvaje semblante. Los cabellos rubios dorados caían con gracia por los lados de su masculino rostro.

—¿Cómo estás? —preguntó pasando y sentándose en una silla de cuero frente a su cama.

—Muy bien.

—Mientes fatal, ese tono aceituno de tu piel te delata —Hizo una mueca en respuesta. Solo le sacaba un par de años así que las bromas entre ellos eran bastante a menudo.

—Ha sido al verte, ya sabes que me baja las defensas —Su medio hermano le pegó una suave patada en el pie.

—Mentiroso... Tienes que reconocer que la mujer tiene pelotas —Notó como la ira volvía a subir por su garganta como la bilis.

—Lo que no tiene es cerebro, ni mucha educación diría yo. Si no fuera hijo de nuestra madre yo mismo le daría unos latigazos, aunque no descarto unos buenos azotes —dijo el dios cabreado y Molok rio por su enfado.

—Por favor avísame quiero ver eso, seguro que se postra ella misma voluntariamente para que lo hagas —Molok reía a mandíbula batiente delante de él imaginando a la jovencita si se le ocurría decirle que le quería dar unos azotes. Le prendería fuego al barco y a Apolo dentro.

—¿Y qué harías tú listillo? Tendría que verte si una mujer te sacará tanto de tus casillas que te dieran ganas de estrangularla con tus propias manos. No puedo permitir esto, es tan frustrante, ninguna mujer se ha comportado nunca así conmigo —confesó Apolo imitando que ahogaba al aire con las manos.

—¿Así cómo? —preguntó divertido.

—Pues como ella —Su voz sonaba irritada.

—Vamos, ¿te refieres a qué es la única mujer en tu vida que no ha besado el suelo por donde tú pisas? —levantó una ceja y le miró atentamente— O una que te desafía porque no las has conseguido tener babeando por ti como a las demás.

—Pues se podría decir así —afirmó con la boca pequeña, no le gustaba admitir que era eso lo que tanto le molestaba.

—Bueno pues alguna vez tendría que ser la primera, ¿no crees? Además pienso que te va a venir muy bien —dijo Molok contento de que por fin su hermano hubiera conseguido un desafío en una mujer.

—¡Oh! déjame en paz, ya tengo bastante con un grano en el culo, no quiero dos —exclamó haciéndole un gesto poco cortés con la mano—. ¿Qué quieres?

—Era para decirte que te vayas preparando en un rato llegaremos a tierra —Le guiñó un ojo a su casi hermano y se marchó.

—Niña, pero ¿qué has hecho? —Le preguntó el anciano de rostro angelical.

—Lo siento de verdad, pero es que me saca de quicio. Tenía que darle su merecido y bajarle los humos —admitió Scailar intentando hacerle entender que se arrepentía, aunque lo merecía.

—Sé que Apolo a veces es un poco... Dios al fin y al cabo mi niña. Pero le has dejado en ridículo delante de sus hombres. Él te ha ofrecido su barco, un techo, cobijo, alimento y su protección y a cambio tú le has humillado. ¿Crees que eso es una manera de pagarlo, aunque a veces te desespere un poco? —la regañó el anciano de pelo canoso mientras apretaba sus manos.

Y ella que lo miraba a sus cálidos ojos solo podía ver a su abuelo. Los dos tenían el poder de hacer sentir mal al mismísimo Papa. Y lo peor y le costaba admitirlo es que tenía toda la razón. Se merecía un escarmiento, pero delante de su ejército había sido demasiado, eso hacía polvo el ego masculino. Si se le ocurriera hacerle eso a uno de sus hermanos le darían azotes hasta que no se pudiera sentar en una semana por lo menos.

—Tienes razón, no he recibido esa educación, si mi hermano se enterará se avergonzará de mí. Le pediré disculpas ahora mismo e intentare remediar mi ofensa —admitió agachando la cabeza como cuando era niña y la regañaban por alguna diablura que hubiera hecho.

—Muy bien cariño —y la abrazó sintiéndose orgulloso de ella—. Y que sepas que cuando vengas de la batalla te tocará fregar los platos por lo que has hecho.

—Sí abuelo —los dos rieron antes de que ella saliera despedida a buscar al Dios para disculparse.

Iba caminando por la cubierta mirando para ver si veía a Apolo, pero no lo detectaba por ninguna parte, ¿seguiría en el baño? Quizá se había pasado con la dosis. Si era verdad que le había echado más de la recomendada, pero teniendo en cuenta que era un dios no podía correr riesgos a que no le hiciera efecto. Paseó por el barco sin rumbo pensando en lo que había hecho. No sabía que la pasaba, ella no era así, su carácter era dulce y bondadoso, pero desde la transformación se sentía tan diferente. Sus hermanos decían que era como un subidón hormonal. Sería muy fácil echarle la culpa a eso, pero la verdad es que nunca había conocido a nadie que la

desquiciara tanto.

Ese hombre era todo lo que odiaba, era prepotente, chulo, se creía mejor que nadie por ser un dios, se atrevía a llamarla mujer... como algo despectivo. Sus hermanos a veces eran pesados, o le chinchaban con cualquier cosa, pero nunca la habían llevado a ese extremo. Era algo nuevo y perturbador, no quería comportarse así pero cuando él hacía una de las suyas ella perdía los papeles.

Tenía que meditar sobre cómo controlar esos ataques de ira que le daban. Pero bueno no se podía echar la culpa solo a ella, él era merecedor de mucha también la trataba como una niña, y ella ya no era una niña. Si se había embarcado con él era para ir a la guerra y buscar a su hermano. Así que se merecía un respeto.

Recordó las palabras de Milton el anciano «te ha dado refugio, alimento, protección» y en eso la verdad es que tenía razón.

Había huido de casa en mitad de la noche así que no contaba con refuerzos para encontrar a Akiles y los demás. Necesitaba al dios y a su ejército, así que intentaría comportarse lo mejor que pudiera a no ser que se mereciera una reprimenda. Chasqueó la lengua. Solo pensar en él ya le ponía de mal humor.

Hablando del rey de roma. Le vio apoyado en la proa del barco observando la inmensidad del mar. Y se acercó despacio esperaba que no la tirara por la borda en cuanto la viera.

—¿Apolo? —le llamó con voz suave a unos cuantos pasos de él para prevenir.

—Dime —La miró y por un momento notó el enfado de él en aquellos ojos tan azules metalizados. Hizo que se le pusiera la piel de la espalda de gallina. Pero rápidamente cambió el semblante y volvió a mirar el mar.

—Siento lo ocurrido, me he pasado —Intentó no escupir las palabras que, aunque sabía que merecía una disculpa, se le atragantaba solo decirlo.

—No pasa nada —contestó él muy serio, su tono jocoso había desaparecido. Y no sabía por qué su mente enfermiza lo echaba de menos, verle así le hacía sentirse peor.

Le observo despacio así de perfil tenía una vista estupenda. Ese hombre parecía un actor de esos buenorros que salen en las películas y se te cae la baba cuando lo ves. Tenía el pelo negro corto por detrás y los lados, pero más largo por arriba y lo llevaba de punta, su rostro era alargado con los pómulos y la barbilla marcada, su nariz era recta, perfecta, sus labios eran carnosos y estaban rodeados de una perilla del mismo color que su pelo, quizá más negro aún.

Pero los ojos eran ya algo que quitaba el sentido, eran grandes, pero algo rasgados con

pobladas pestañas que en conjunto con ese azul metalizado eran una pasada.

Y de su cuerpo que podría decir aparte de que era muy alto y musculoso, pero no como esos de gimnasio que parece que van a estallar, tenía los músculos donde exactamente deberían estar, ¿y su culo? Definitivamente estaba creado para el pecado le encantaría estrujarlo... ¿pero qué le pasaba? parecía una adolescente en plena pubertad revolucionada.

Pero era normal que ninguna mujer le pusiera en su lugar si se fijaban en su impresionante físico, pero como ella veía más allá y veía ese carácter petulante se conformaría solo con mirarle. Tenía que contestarle se había quedado como una tonta pensando en lo que haría con ese cuerpo. Se sintió avergonzada.

—¿En serio? ¿Ahora es cuando me tiras a los tiburones o a alguna criatura peor de estos mares? —Él se giró para encontrarla mirándole atónita.

—No, simplemente tengo cosas más importantes en las que pensar que en los juegos de una niña mimada —Oh, golpe bajo. Eso le había hecho daño. Pero tenía razón, había cosas más importantes en juego.

—¿Cuánto queda para llegar? —preguntó intentando cambiar de tema antes de que se enzarzaran en otra disputa sin sentido en aquel momento.

—No tardaremos en ver tierra —confirmó él sin animar mucho la conversación. Y no le culpaba, estaba enfadado, ella también lo estaría, posiblemente ella sí que le tiraría al mar.

—¿Puedes decirme cómo son los seres a los que nos enfrentaremos? —Intentó seguir charlando a ver si se le pasaba el cabreo.

—¿Las Arpías? —preguntó sorprendido, pero sin girarse a mirarla. Estaba más bien perdido en sus pensamientos muy lejos de ella.

—Sí —dijo mientras se apoyaba junto a él en el armazón del barco. Mirándole fijamente.

—¿Nunca has oído hablar de ellas? —Él la miró con una ceja levantada con curiosidad ante el desconocimiento de ella.

—Bueno lo que he leído en los libros de mitología —contestó mientras se encogía de hombros. Había leído mucho en su vida, pero tenía que reconocer que la mitología no había sido su temática favorita.

—Te refieres a ¿libros de mitología de humanos? —preguntó Apolo mirándola sorprendido, pero al menos ahora sus pensamientos estaban allí con ella.

—Claro, qué otros libros quieres que lea. Yo no vivo en este plano, te recuerdo que nosotros nacemos para protegerlos y vivimos en su dimensión —le informó Scailar pensando que era algo

duro de mollera de donde quería que sacara otro tipo de libros.

—Por todos los dioses vuestra creadora es una diosa ella puede darte los libros de la verdadera historia. Lo que has leído no te servirá de nada —se tocó la frente como queriendo alejar un dolor de cabeza que empezaba a anidar allí.

—Bueno hasta ahora como tú dices era una simple niña mimada. En mi especie solo se transforman los hombres en guerreros así que tampoco es que necesitara documentarme sobre enemigos mitológicos —Le devolvió el golpe bajo. Ella tenía razón nunca había tenido necesidad de luchar, conocía a los raptos porque era a lo que dedicaban la vida sus hermanos, pero ¿monstruos mitológicos? Pues no, eso era otro nivel.

—Bueno pues te hablaré de ella antes de que desembarquemos. Las Arpías son tres hermanas. Los nombres de las Arpías revelan parte de sus personalidades: Aelo que significa viento tempestuoso, Ocípete viento veloz y por último Celeno la oscura. Según los libros humanos son bellas mujeres con alas y garras. Pero nada más lejos de la realidad, solo tienen el torso y la cara de mujer. Son horribles por dentro y por fuera. Sus garras cortan como cuchillos y lo que más le gusta comer son niños así que imagínate lo poco amigables que son. Son rápidas, vuelan y son muy fuertes.

Scailar le miraba con los ojos desorbitados. Lo que había compartido con ella era realmente perturbador, y sintió miedo por lo que les esperaba. ¿Y si no era capaz de derrotarlas? Sería su primer enfrentamiento de verdad y no pintaba nada bien.

—Vaya todas unas damiselas... —intentó no parecer temerosa delante de él, pero la verdad es que estaba muerta de miedo—. Bueno las superamos en número, no tendrán nada que hacer —contestó Scailar como si fuera una chica dura pero la verdad es que le había temblado la voz.

—No las subestimes o nos harán pedacitos. Además, necesitamos interrogarlas para saber dónde están los secuestrados —dijo Apolo y se le veía tranquilo, preocupado, pero en calma, seguramente al forjarse desde niño en el arte de la guerra no tenía miedo ¿o sí?

—No te preocupes, no lo haré —aseguró Scailar mirando hacia otro lado para no delatar su verdadero estado de ánimo.

—¡Apolo, tierra! —gritó uno de sus hombres.

—Prepárate para la lucha que ya llegamos —ordenó Apolo mientras se marchaba a buscar las cosas que necesitaba.

Ella le miró alejarse pensando si alguien estaba alguna vez realmente preparado para algo así, ella definitivamente no.

CAPÍTULO VIII

En un segundo estaban en el salón de su casa y al siguiente la diosa los había transportado a aquella isla. Estaba llena de vegetación y roca, al menos hasta donde alcanzaba la vista. Habían aparecido junto a la orilla de un mar verde esmeralda. El olor a sal les inundó las fosas nasales enmascarando los demás olores. Algo en esa agua parecía tener un toque mágico, brillaba de una manera especial, pero según les contó Laya en esa dimensión casi todo era mágico.

—Scailar y mi sobrino no tardaran en llegar. Debo marchar, pero tened cuidado es la isla de las Arpías, si os descubren no dudaran mataros. Y creedme cuando os digo que lo harían sin pestañear —Les advirtió Laya con cara de preocupación. Tener tanto poder y no poder intervenir debía de ser tan frustrante para ella pensó Marius.

—Ves no te preocupes, nos defenderemos si es necesario —miró a Amanda que sonreía anticipándose a una buena batalla. Aún se le hacía raro que fuera una raptora a la que le encantara luchar, pero tenía que reconocer que le encantaba la pasión con la que hacía las cosas.

—Nos vemos pronto hijos míos, que los dioses os protejan.

—No te preocupes cuidaremos de tu sobrino y le daremos una patada en el culo a esas Arpías —Amanda sorprendió a todos abrazando espontáneamente a la diosa.

—¡Amanda! —recriminó Marius.

—¿Qué? —Le miró con sorpresa en los ojos.

—No te preocupes Marius, está bien, me gustan los abrazos —La diosa se reía de verdad sin que se vislumbrara aquella preocupación que la perseguía desde que su sobrina desapareció.

—¿Qué? —repitió Amanda desconcertada— Siempre me dices que tengo que ser más cariñosa con la gente. Y ella me gusta, es buena y se preocupa por su familia —Marius se tocaba las sienes.

—Claro que sí Amanda, tienes que ser cariñosa siempre que quieras, las personas se piensan que porque somos dioses no necesitamos muestras de cariño, pero no sabes lo bien que me ha hecho ese abrazo, gracias —Y besó su mejilla.

Con una sonrisa desapareció.

—Espero que no tarden mucho —Marius estaba impaciente por comprobar que Scailar estaba bien, si le pasaba algo Akiles le mataría, literalmente.

—Ves, le gusto a la diosa —le sacó la lengua— Soy encantadora.

—Lo sé, por eso te quiero —Y la besó apasionadamente, la energía fluía entre ellos como la electricidad entre dos conductos.

Ella profundizó más el beso e introdujo la lengua dentro de su boca. Cuando él la siguió en un baile rítmico y apasionado ella le mordisqueó con los colmillos.

—Uff —eso lo ponía a mil por hora. Tenía que parar o la tomaría allí mismo en la orilla del mar, sobre la arena blanca y con el agua cálida mojando sus cuerpos... aunque pensándolo bien sonaba perfecto— Grrrr, no podemos, nos pueden atacar en cualquier momento, no es seguro —dijo Marius sin creerse aún sus palabras, él deseaba a todas horas a esa mujer y en todos los lugares.

—Mejor... sabes que me encanta el peligro —confesó mientras le intentaba quitar la camiseta y se relamía los labios. Si seguía así la tomaría allí mismo y ni las Arpías conseguiría que parara.

—Me vuelves loco... —La cogió en brazos mientras ella enredaba las piernas en su cintura y apretaba para que notará el calor que hacía que desprendiera su piel cuando estaba junto a él.

—Yo ya estoy completamente loca por ti —admitió mientras clavaba sus colmillos en la dura piel de su cuello y se restregaba contra él.

El gimió en respuesta y le apretó las nalgas para acercarla aún más a él. Para sentir el calor de su centro sobre su duro miembro. Estaba tan excitado que solo el roce de su ropa le abrasaba.

Cogió uno de sus pechos y lo masajeó hasta erizar su pezón, ella gruñó sobre su cuello en respuesta, le gustaba eso y quería más, nunca tenía suficiente cuando se trataba de acariciar o saborear su cuerpo. Fue a desabrocharle las tiras de cuero de la camisa cuando sonó una tos que los hizo volver a la realidad, esperaba que no fueran las Arpías. Aunque no pensaba que si aparecían fueran a ser tan amables.

—¡Idos a un hotel! —exclamo un hombre alto, moreno y con unos ojos azules de un tono que nunca había visto.

En otro tiempo se habría avergonzado, pero tener sexo con su mujer no era algo que le avergonzara ni si quiera en público.

—¿Y tú quién eres? —preguntó mosqueado por qué le hubieran interrumpido, la erección también protestaba contra su vaquero negro.

—Apolo ¿y tú? —contestó el dios mientras le media con la mirada.

—Marius, soy de la familia de Scailar y su protector mientras su hermano no está, espero por tu bien que esté perfectamente—. Él no se amedrentaba con nada así que también le miraba de

arriba abajo, así que ese gracioso que le miraba como si fuera el dueño del universo era el sobrino de Laya. Desde luego no se parecían al menos en el carácter afable y encantador de ella.

—Claro que lo está, lo podrás comprobar en breve tú mismo, viene en una embarcación más atrás. Hemos querido venir primero para asegurarnos de que la orilla estaba despejada —Marius sintió que se le quitaba un peso de encima al oír que la pequeña de la familia estaba de una pieza. Desde que se había enterado de su desaparición no podía quitarse el temor de que le pasara algo y él no estar para protegerla. Le debía una disculpa a aquel hombre por cuidarla.

—Gracias por cuidarla. Habrás visto que aún no controla bien sus poderes, pero se escapó, no nos enteramos hasta que ya fue tarde, tu tía nos ha traído aquí para que os ayudemos. Esta es mi mujer, Amanda —Apolo la miró de arriba abajo y eso a Marius le sentó a cuerno quemado.

—¿Ahora es cuando os la sacáis, meáis levantando la pata y marcáis el terreno? —dijo Amanda mirando a su hombre y al dios. Nunca entendería como los hombres podían ser tan territoriales. Aunque pensándolo bien si una mirara a Marius como ese hombre la había mirado a ella se la comería para la cena.

—Sí, ya he visto que no controla sus poderes, ni su carácter, bien le vendría que la ataras más en corto. Necesita un hombre que le de unos buenos azotes —dijo el dios y a Marius de poco se le atraganta la saliva. ¿Cómo se atrevía a hablar así de su hermana? Scailar era la persona más dulce y cariñosa que conocía. Le miró de tal manera por la ofensa que cualquier otro se hubiera amedrentado en el momento, pero no el dios no.

—¡Espero que estés hablando en broma! Scailar es la mujer más buena y dulce que conozco. No te ofendas cariño —pronunció mirando a su mujer.

—Tranquilo es la verdad, ella es como te la ha descrito, con la que tienes que tener cuidado es conmigo —amenazó Amanda sonriendo con malicia y Apolo obvió su comentario.

—Creo que no hablamos de la misma mujer. Esa chica me metió laxante en el zumo para dejarme en ridículo delante de todos mis hombres, aparte de decorarme con un montón de insultos cada vez que puede —confirmó y se ponía rojo de la ira de solo pensarlo.

—¡Esa es mi chica! —admitió Amanda orgullosa.

—¿Todas las mujeres gárgolas son tan irrespetuosas? —preguntó Apolo ahora mirando a Marius con compasión por lo que tendría que aguantar.

—Mi mujer no es una gárgola. Y te aseguro que ninguna de las dos se permitiría dar azotes, pero te animo a que lo intentes cuando quieras. Me gustaría verlo. —dijo Marius retando al tío prepotente que tenía frente así, si algo de lo que decía sobre Scailar era verdad empezaba a parecerle totalmente razonable ya que a él mismo le daban ganas de darle.

—Quizá lo haga... —contestó Apolo apretando los puños, es que esta gente estaba toda majara ¿o qué? Debería recordar decirle un par de cosas a su tía sobre la gente a la que había creado.

Vale no se caían bien, los dos querían ser el macho dominante allí, pero les gustara o no tenían que trabajar juntos y cooperar había mucho camino que recorrer y tendrían que luchar juntos. Así que decidió ser amable por el momento.

—Bueno ¿dónde está Scailar? Tarda mucho ¿no?

—¡Marius, Amanda! —gritó Scailar que ya había saltado de la barca que se acercaba a la orilla y corría por el agua empapándose los pantalones. La alegría en su cara era evidente. Aunque temía la reprimenda por haber desaparecido de aquella manera, el saber que ya no se encontraba sola la emocionó.

—Ahora mismo yo tengo ganas de azotarla por el susto que nos ha dado —confesó Marius poniendo su semblante de asesino en serie.

—Ves... despierta ese sentimiento en todo el mundo—respondió el dios encogiéndose de hombros.

—¡Hombres! —dijo Amanda y fue en busca de Scailar para abrazarla cuando llegó junto a ella se tiró tan fuerte que las dos terminaron en la arena escupiendo arena.

Scailar agradeció sentirse entre los brazos de una de sus mejores amigas, aunque estaría quitándose arena durante horas. Ahora ya no se sentía tan sola, tenía a su familia con ella y eso le daría el arrojé que necesitaba en la batalla, si Marius no la mataba antes claro por qué la estaba mirando con ganas de ello.

—¿Estás bien? —Le preguntó Amanda tocándole el cuerpo buscando alguna herida ya de pie.

—Sí, lo único que me daña es ese —espetó señalando a Apolo— es un capullo arrogante —se pensaba que hablaba bajito pero el otro la miraba con ganas de estrangularla.

—Sí, sí algo de eso he oído —hizo un gesto con la mano como quitándole importancia a lo que le acababa de confesar— Pero no me podrás negar que es muy guapo y según dicen muy buen amante...—dejó caer pícaramente como quien no quiere la cosa.

—Baja la voz. Lo que le faltaba es que te oiga para que le crezca tanto el orgullo como un volcán en erupción —Amanda se rio hasta que le dolió la mandíbula y Marius y Apolo las miraban pensando en que estarían hablando esas dos, las mujeres cuando se reunían eran peligrosas como un aquelarre de brujas.

—¿Por qué me da que se ríen de nosotros? —preguntó Apolo levantando una ceja.

—Porque seguro que es así... Ya sabes cómo son las mujeres. A veces yo también le daría unos azotes a mi mujer, pero le gusta así que no le serviría de escarmiento —Se puso la mano en la barbilla pensativo y los dos rompieron a reír.

Ellas se acercaron a donde estaban los hombres que parecía habían disipado algo la hostilidad entre ellos.

—Hola Marius— le saludó Scailar bajando la mirada, sabía la reprimenda que le iba a caer.

—Hola Scailar... —Su semblante era el de un hombre enfadado—. Sabes que lo que has hecho no está bien. Podrían haberte matado y nosotros en casa sin saber que habías desaparecido.

—Si os lo hubiera dicho nunca me habríais dejado ir —confesó levantando el mentón para reafirmar su decisión.

—Porque teníamos que ir nosotros, no tú. Sabes que esto es muy peligroso podrías haber muerto —la regañó suavemente, él no era de los que daban gritos, al menos intentaba no hacerlo.

—No soy una niña, hasta ahora me he defendido bien. No necesito una niñera y no creerías que me quedaría en casa esperando, mi hermano podría morir —le desafió— tú no lo habrías hecho.

—En eso tiene razón —interrumpió Amanda.

Marius sabía que tenía razón él habría hecho lo mismo, pero tenía mucha más experiencia y años de entrenamiento que ella.

—Vale, vale vosotras ganáis. Ahora ya estamos aquí y te podemos proteger. No tienes ni un rasguño quizá Akiles no me mate si consigo que sigas así —informó Marius sin ganas de pelear.

—Vale —contestó dando el tema por zanjado. Se estaba enfadando y eso solo empeoraría las cosas y últimamente pasaba demasiado tiempo enfadada y eso era agotador, tenía que reservar las fuerzas para algo más importante.

—Mandaré a un grupo de reconocimiento mientras montamos aquí el campamento. Pronto anochecerá y tenemos que tener cobijo. Atacaremos al alba —informó Apolo antes de organizar todo para la batalla del día siguiente, no sin antes echarle una mirada a la rubia culpable de sus dolores de cabeza.

—Buena idea —secundó Marius mientras agarraba a su mujer de la cintura y se llenaba de arena por esa ansia suya de tenerla cerca.

—Molok, hermano —se acercó al hombre de cabellos dorados que estaba llegando justo a su posición con el resto de hombres— Manda a los mejores hombres en una avanzadilla para que

reconozcan el terreno y nos digan dónde se esconden las Arpías. De esa manera tendremos el factor sorpresa de nuestro lado.

—Ahora mismo —El capitán se alejó para dar órdenes a los hombres que se organizaron y marcharon sin más dilación.

—El resto vamos a montar un campamento para pasar la noche —Todos se pusieron en marcha sin protestar.

Leander era el soldado encargado de dirigir a aquel grupo de hombres. Aunque iba Molok también le gustaba delegar en su hombre de confianza, que era un fiero guerrero. Se fueron adentrando en la selva donde casi no entraba la luz del sol. Tenían que andar despacio ya que la visibilidad era bastante reducida y encender antorchas sería un reclamo para sus enemigas. Las ramas arañaban sus piernas por encima de las cnémidas que les protegía las tibias. Pero los muslos quedaban expuestos bajo la túnica que llevaban debajo de la coraza de bronce, esta era hecha a medida y se amoldaba a los músculos de sus torsos. Llevaban la espada en una mano y en la otra el escudo o aspis y aun así no evitaba que también se llevaran algún corte en los brazos. Esos guerreros eran hoplitas entrenados para resistir casi cualquier cosa, iban andando con el sigilo de un auténtico felino, y esquivaban las piedras que encontraban a su paso sin perder el equilibrio, aunque su armamento era muy pesado. Algunos llevaban la espada desenvainada y así cortaban las ramas que impedían seguir su camino. Hasta ahora no habían encontrado ninguna trampa en el camino, aunque lo más curioso es que no se oía ningún animal. Era como un silencio sordo que les preocupaba más que el no encontrar resistencia.

Siguieron andando durante varios kilómetros sin ver más que piedras y vegetación miraran donde miraran. Ni rastro de ningún ser vivo, ni siquiera de los monstruos que deberían haber detectado ya su presencia y estar atacándoles en ese momento.

El calor empezaba a dejar mella en su piel que goteaba en forma de sudor por sus rostros y por debajo de las azules túnicas. Entre la espesura de los árboles repletos de hojas se empezó a filtrar la luz del sol, es decir que muy pronto saldrían de allí. Cuando empezó a clarear casi del todo, era el anuncio de que llegaban al fin de la selva. El sol dañaba sus ojos por la oscuridad por la que habían andado durante largo rato.

El brazo en alto para cubrirse del sol con la mano en la que llevaban el aspis. Terminaron de esquivar las últimas ramas del camino antes de salir a una gran explanada de terreno arenoso, rodeado de montañas lo que hacía que el lugar pareciera una trampa mortal. En la cordillera de una de ellas se podía ver lo que parecía una especie de casa pero, aunque tenía techo y paredes, era como un gran nido.

—Ahí tenemos su guarida —informó Leander con la voz tan baja que era apenas imperceptible—. Todos miraron en la dirección en que señalaba.

—Posiblemente habrá salido a cazar, así que deberíamos volver antes de que sobrevuelen la zona y nos vean, aquí estamos muy expuestos —el que habló fue un soldado con la cabeza totalmente afeitada, aunque era uno de los más jóvenes que formaba el grupo.

—Ariko tiene razón, volvamos a dar las noticias antes de que nos descubran.

Empezaron a andar de nuevo hacia la oscuridad de la selva cuando una sombra paso sobre sus cabezas.

—Mierda —murmuró un soldado de ojos y barba negra como el tizón—. Ya no estamos solos.

Todos se giraron poniendo sus aspis por delante. Su lema era «Vuelve a casa con este escudo a sobre el» Un graznido surgió de lo que les sobrevolaba. Y se puso delante de ellos, volando varios metros por encima de sus cabezas.

—¡Oh! Pero que tenemos aquí... mis soldados no se pueden ir hasta que les haya dado la bienvenida que se merecen, ¿qué diría eso de mí? Sin duda se diría que he sido poco hospitalaria, y no querréis eso ¿verdad?

Intentaron escapar, pero ya era demasiado tarde. Tendrían que enfrentarse al monstruo y rezar para darle muerte antes de que llegaran sus hermanas. La que tenían enfrente de sus escudos tenía los cabellos enmarañados y sucios, de un tono negruzco. Los ojos eran grises como un día tormentoso llenos de legañas y otras cosas que no sabrían definir. Dispusieron sus escudos para hacer una pared protectora y prepararon las espadas. Ella reía con una mueca desagradable en la que enseñaba sus dientes afilados y rotos, de un color amarillento.

Se empezó a reír más fuerte y el aire empezó a soplar con violencia, al principio era como una brisa, que empezó a mover sus túnicas, pero rápidamente se convirtió en un aire huracanado, picaba sobre la piel y la arena empezó a levantarse del suelo formando unos remolinos que levantaban las piedras las cuales empezaron a golpear violentamente a los soldados de forma indiscriminada. Se cubrieron la cabeza para no recibir ningún golpe mortal. Ahora ya sabían cuál de las hermanas era Aelo «borrasca».

Las piedras no paraban de golpearlos y la arena que se levantaba casi les estaba dejando ciegos. Intentaban alzar sus espadas a través de sus escudos para alcanzarla, pero estaba demasiado elevada para llegar y su visión era casi nula. Leander salió de entre el resto de los hombres y avanzó hasta la Arpía, protegiéndose con el escudo el rostro todo lo que le era posible y cuando estuvo lo suficiente cerca le lanzó la espada. Eso la pilló por sorpresa ya que estaba maravillada riendo y viendo el destrozo que causaba. La espalda atravesó el aire silbando y le

rajo el brazo antes de pasar de largo. Lo que hizo que esta se distrajera y amainara un poco la tormenta. Los hombres malheridos por los golpes se adelantaron para ayudar a Leander a atacar ahora que tenían alguna oportunidad. Las espadas volaban y ella las iba esquivando volando a una velocidad descomunal. No habían visto nunca nada igual. Las armas pasaban volando sin rozarla y se clavaban en la tierra. Los hombres gritaban de rabia e impotencia viendo como no la habían herido ni una sola vez. Pero no eran los únicos, la Arpía también gritó y aquel sonido sería capaz de perforar los tímpanos de un sordo. La rabia se estaba apoderando de ella, ahora ya no se divertía. Empezó a pasar sobre ellos, agarró al soldado calvo, le sujeto con las garras de sus patas y le partió por la mitad. El resto de soldados al ver esto impactados fueron corriendo a buscar las espadas para defenderse de los ataques.

Otro soldado de largas barbas fue escogido para morir el siguiente, lo levantó por los hombros mientras clavaba sus largas garras amarillas y podridas en su carne.

La piel parecía pudrirse en el mismo momento que fue atravesado. Se lo llevó volando y le estrelló contra la ladera de la montaña.

—Retirada —gritó Molok con la esperanza de poder adentrarse en la espesa arboleda y poder pedir refuerzos.

Los hombres no lo dudaron después de ver la suerte que estaban corriendo sus compañeros. Giraron y empezaron a correr dirección a la selva. Cuando uno a uno empezaron a ser lanzados por los aires.

—¿No os iréis tan pronto? Apenas hemos empezado a jugar —se burló la Arpía enseñando sus amarillos dientes en una risa macabra.

—¡Corred! —ordenó Leander— ¡Vas a morir zorra! —Y se giró para enfrentarla mientras el resto de hombres intentaban huir.

—Después de ti por supuesto —Se lanzó en picado sobre él y le pegó una patada en la cara que le desgarró el rostro con aquellas garras, empezó a sangrar manchando toda la toga mientras seguía escurriendo por el peto.

Pero antes de que alzara el vuelo de nuevo él la cogió de la pierna y con todas las fuerzas que le quedaban en aquellos momentos la tiró contra el suelo y saltó sobre ella. No perdió ni un segundo y empezó a golpear su rostro brutalmente. Parecía que estaba poseído, y en cierto modo lo estaba, por el dolor y la rabia. Estaba ganando la batalla. Notó como la bestia dejó de retorcerse debajo de él. Entonces cesó los golpes, una muy mala idea ya que la Arpía solo estaba fingiendo y aprovechó ese momento para morder brutalmente su mano. En pocos segundos la carne se tornó negra, y entonces lo supo. No le quedaba mucho tiempo, entre el rostro y la mano sentía

que estaba muriendo desde dentro.

—¿Qué te pasa soldado? ¿Ya no quieres seguir tocándome? ¡Oh! te estas poniendo algo ceniciento. ¿Estás bien? —Le enseñó sus hileras de dientes por si quería volver a por más.

—No, se acabó el juego, pero tú te vienes conmigo a ver a Hades —sacó de su bota una daga negra y se lo retorció en el corazón, mientras ella gritaba su último aliento él pudo ver como su piel se terminaba de volver negra antes de que su corazón se parara.

El resto de hombres no esperaron a ver la escena, sabían que alguno tenía que llegar vivo a por el resto del grupo e informar de lo ocurrido.

Cuando un relámpago ilumino frente a ellos, y una ráfaga de aire helada pasó por su espalda enfriando hasta sus corazones. Cuando voltearon para ver que ocurría vieron a las dos hermanas que no habían aparecido hasta ese momento. Ya fue tarde para correr.

Habían encontrado unas cuevas al adentrarse en la selva que continuaba a la playa donde habían desembarcado, era una combinación perfecta de colores, entre el azul del mar y todo aquel verde de la vegetación.

Era una zona bastante oscura, y aunque dificultaba las tareas también les protegía en caso de que las Arpías se dieran una vuelta por la zona. La cueva les resguardaría hasta el alba que es cuando tenían planeado atacar. Estando en la cueva se evitaban dormir en la intemperie y las inclemencias del tiempo, aparte de que era un buen sitio donde hacer guardias, al tener una única entrada podían vigilar y no verse sorprendidos en mitad de la noche.

Amanda y ella habían ido a buscar algo de leña para hacer un fuego, eso sí dentro de la cueva no podían llamar la atención. Con él podrían cocinar algo comestible y estar calientes durante la noche. Aunque algo le decía que Amanda no iba a pasar frío. Se sonrojó de solo pensarlo.

Amanda la seguía de cerca encantada mirando todos aquellos árboles, las piedras, las flores, desde que se había convertido en raptora veía todo de una forma nueva y es que ahora tenía los sentidos mucho más agudizados que un ser humano.

—Aún no entiendo por qué no hemos ido con el resto, cuanto antes les encontremos antes salvaremos a Akiles y al resto y volveremos a casa —refunfuñó para romper el silencio tan incómodo que había allí, ella estaba acostumbrada a tener siempre ruido en casa.

—Bueno a nadie le gusta más que a mí una pelea y lo sabes —expresó levantando una ceja—. Pero si no sabemos a qué nos enfrentamos y sus debilidades nos podrían destrozar y eso no será de mucha ayuda para tu hermano. ¿No crees?

Se le olvidaba desde que era una raptora le encantaban todo ese tipo de cosas, la lucha, las

armas, estrategias, planes de combate, parecía «Rambo» en chica.

—Sí en eso tienes razón. La paciencia nunca ha sido mi fuerte, y cuando la gente a la que quieres está en peligro menos aún —Se agachó a recoger otro tronco y se dio cuenta de que llevaba menos de la mitad que llevaba su amiga. Iba demasiado distraída con sus pensamientos.

—¿Qué me dices del caramelito? ¿Ya le has hincado el diente? —Giró la cabeza para mirar a su amiga como si fuera la niña del exorcista ¿de verdad le había preguntado lo que creía que le había preguntado?

—¡Chuss!, te podría oír.

—Lo veo difícil, el campamento está un poco lejos ¿no crees? ¿Y por qué me miras como si me hubieran salido cuernos? Está para relamerse y lo sabes.

—¡Y tú estás totalmente loca y lo sabes! —Le vino a la mente la imagen de Apolo que era asquerosamente perfecto, vivía rodeada de hombres «impresionantes» pero ese hombre definitivamente jugaba en otra liga.

—¿Hola? Venga comparte conmigo esos pensamientos guarros que estas teniendo en este momento, sino para qué están las amigas —¡Qué vergüenza la había pillado divagando sobre Apolo!

—No sé de qué me hablas —Intentó disimular sin mucho éxito, nunca había tenido que fingir sobre eso puesto que nunca había salido con ningún chico.

—Sí claro, y yo soy monja. Venga reconócelo —la picó Amanda cogiéndola del brazo para que se girara y la mirara a la cara. Sabía que las mentiras se le notaban con nada más mirarla.

—Bueno, vale es algo guapo... —mintió, las pupilas se le dilataron y el color escarlata subió por sus mejillas.

—¿Guapo? —preguntó Amanda riendo como una loca—Tú no sales mucho ¿verdad? Ese hombre es la belleza personificada. Le sale la sensualidad por cada poro de su piel, estoy segura de que muchas matarían por estar con él.

—Bueno, está bien, pero tampoco exageres —Amanda se llevó las manos a la cabeza con frustración como diciendo esta chica está mal de la sesera.

—¿Entonces qué? Amanda se paró frente a ella mirándola muy de cerca como si quisiera leerle la mente—. ¡Dime!

—Entonces nada, no es mi tipo. —fingió Scailar incomoda con la conversación, no quería ver a ese hombre de esa manera, aunque era algo difícil viendo lo bueno que estaba.

—Cariño ese hombre es el tipo de todo el mundo —soltó chasqueando la lengua— ¿Tú le has visto bien? —La miró como si estuviera loca y tuvieran que encerrarla en ese mismo momento.

—Sí, pero se te olvida un pequeño detalle.

—¿Cuál? —Ahora estaba intrigada. La miraba como a un bicho raro, estaba muy tiesa con una mano en la cintura esperando una respuesta y con la otra sujetaba un montón de troncos como si de palillos se tratara. «Dios que fuerza tenía esa mujer». Pensó.

—Pues que es insoportable, no me sirve ni para ir a la compra. Le clavaría antes todos los cuchillos de la cubertería de mamá antes de tener algo con ese. Es más, me cosería la boca a punto de cruz— Movi6 las manos en6rgicamente desesperada para que entendiera lo insufrible que era.

—Ya, ya... bueno, nadie es perfecto. Pero ¿sabes qu6? yo creo que a 6l si le dejaras te hincaría el diente. Y tú desde luego le miras como si fuera un trozo de chocolate de dulce de leche. —dijo Amanda insinuando lo que Scailar pensaba y no quería admitir.

—¡Oh! Déjame en paz. Si eres mi mejor amiga es porque no eres sensiblera ¿qu6 te pasa? —la amonestó, la estaba poniendo los dientes largos y ella se negaba. Amanda rompió a reír cuando vio las caras que ponía de auténtica desesperación.

—Bueno... el tema es que yo no estoy hablando de sentimientos, hablo de sexo, pero no del tierno y sensiblero de tus libros románticos, sexo del sucio, de ese que te hace sudar. Y estoy segura de que ese hombre te iba a enseñar muy bien de lo que te hablo. Todo lo que tiene que ver con eso me entusiasma —dijo enseñando los colmillos y haciendo una postura mostrándole un poco de lo que le estaba contando.

Se puso roja como un camión de bomberos. «Diosa Laya mi amiga no tiene remedio» pensó. Eso sí, no podía negar que se había excitado de solo pensarlo.

—Vamos de vuelta anda o le diré a mi hermano cuando le encuentre que eres una mala influencia para mí —Amanda la abrazó. Y le pellizcó el culo antes de volver al campamento improvisado.

—Soy la mejor influencia que puedes tener. Si fuera por ellos acabarías de monja o vete a tu saber, yo te puedo enseñar unas cuentas técnicas del Kamasutra —las dos rieron ante la ocurrencia de Amanda.

Llegaron al campamento improvisado y se sorprendieron gratamente. Los hombres habían preparado unos lechos de pieles bastante juntos y rodeando un círculo de piedras. Seguramente donde prepararían la hoguera y así por la noche con las ascuas se mantendrían calientes. Aunque por el día hacía mucho calor según le había explicado el dios antes de desembarcar por la noche las temperaturas caían en picado.

Había bastante movimiento en aquel lugar para dejar todo preparado. Los hombres habían traído provisiones del barco, mientras otros buscaban los mejores puntos de vigía que les ayudaran a evitar un ataque por sorpresa, otros eran los encargados de encender el fuego. Estaban organizados a la perfección y eso la sorprendió gratamente.

Buscó con la mirada donde estaba Marius, y le vio sentado sobre unas grandes piedras junto a Apolo. Charlaban entretenidamente mientras ellas venían cargadas hasta las orejas de troncos. Estos la iban a escuchar, sí señor, ese dios se lo tenía muy creído y ella estaba realmente cansada, solo deseaba encontrar a su hermano y volver a casa cuanto antes. Se fue directa hacia ellos seguida de Amanda que tenía curiosidad por saber que le hacía ir refunfuñando por lo bajo.

—¿Estáis cómodos? —preguntó Scailar nada más llegar a su altura y los dos hombres dejaron la conversación para mirarla sin entender a qué se refería.

—¿Qué? —preguntó Apolo levantando una ceja. A saber, qué bicho le había picado a aquella muchacha

—¿Qué, estáis cómodos ahí sentados mientras todos los demás trabajamos? —le explicó mientras daba golpecitos con el pie en el suelo de piedra mientras esperaba su respuesta.

—No estamos sin hacer nada, hemos traído las provisiones y os hemos preparado las camas donde dormiréis esta noche —replicó Marius enfado por el tono de Scailar, al final sí que iba a tener razón el dios y su hermana pequeña estaba adquiriendo muy malos modales.

—Vale —contestó Scailar sabiendo que tenía que pedir perdón, pero su orgullo le gritaba en la cabeza que ni se le ocurriera hacerlo.

No entendía que le pasaba, pero sentía una atracción-odio hacia ese hombre que la miraba con esos ojos tan intensos que le aceleraban la respiración. Con esas reacciones suyas le estaba dando la razón «al final iba a parecer la loca de atracción fatal» pensó.

—¿Qué hacéis? —preguntó Amanda sentándose con ellos y dándole unos golpecitos en la rodilla de Marius.

—Estamos organizando el ataque para mañana, pero la verdad es que hasta que no vengan los hombres a informar poco podemos planear. Hasta que tengamos las coordenadas exactas, sepamos si existen trampas ocultas, o si sospechan que se hayan percatado de nuestra llegada, no tenemos mucho. —confirmó Marius pasando un brazo por la cintura de Amanda.

—Bueno pues vamos a comer algo y a descansar un poco que lo vamos a necesitar —decretó Amanda dando por zanjada la reunión.

La pareja se fue hacia el refugio y la dejaron sola con aquel hombre que tanto la desesperaba y sacaba lo peor de ella.

—Siento haber sido tan borde —reconoció con poca gana, pero sabiendo que era lo correcto.

Él la miró incrédulo por lo que acababa de escuchar.

—Bueno estamos todos muy nerviosos. Te entiendo —Eso la desarmó del todo esperaba alguna contestación mordaz. Pero en su rostro no había rastro de que estuviera tomándole el pelo.

—Sí, tienes razón —No sabía qué otra cosa decir. Lo miró a esos ojos tan azules en los que una fácilmente se podría perder antes de desviar la mirada. Y cuando él le devolvió la mirada. Algo jugueteó dentro de su estómago haciéndole cosquillas.

—Anda vamos a comer algo y a descansar —le dijo Apolo siendo el primero en apartar la mirada, pero no antes de ver como Scailar se ruborizaba a causa de la mirada que habían compartido.

Era una mujer muy hermosa. Con una lengua viperina pero hermosa eso lo tenía que reconocer. Había algo en ella que aparte de sacarle de quicio despertaba algo en su interior, no sabía definir muy bien pero el deseo que le invadía cuando estaba cerca de ella era latente.

—Vamos —respondió Scailar y sintió que echaba de menos esa mirada suya en cuanto se volteó.

Todos cenaron y charlaron animadamente frente a un fuego intentando olvidar lo que les esperaba al día siguiente. Entre los hombres de Apolo había uno que era realmente gracioso, se llamaba Tolbar.

Contaba historias como nadie, te embelesaba con ellas y tenía la habilidad de introducir en todas ellas un toque de humor que los hacía reír a carcajadas, hasta el punto de que le dolía hasta la tripa. Ni uno solo de los presentes podía resistirse a caer en el embrujo de sus narraciones. Bueno uno sí, Apolo estaba en su lecho un poco más allá del fuego solo, mirando algo que tenía entre las manos y muy serio. Ella decidió acercarse a ver qué le ocurría, era lo menos que podía hacer después de cómo se había comportado hoy con él.

—¿Puedo? —preguntó señalando un sitio junto a él.

—Claro —Vio que lo que miraba era un colgante de oro blanco con la forma de la mitad de medio corazón, pero con formas tribales, era precioso.

—¿Qué es? —preguntó Scailar curiosa, ese tipo de joyas son las que llevan los enamorados y él realmente la miraba con un cariño muy especial. No entendía el motivo, pero sintió una punzada de celos.

—Nuestra madre nos lo regaló cuando cumplimos la mayoría de edad dijo que la mitad de su corazón era para cada uno de sus hijos. Mi hermana tiene la otra mitad —le explicó Apolo sin levantar la vista del colgante. Y esa confesión pareció haberle quitado un peso de encima.

—La quieres mucho ¿verdad? —que pregunta más tonta acababa de hacer, cuando salió de su boca ya se estaba arrepintiéndolo. Él la miro y le sonrió, una sonrisa que no llego a sus ojos. Pero es que cuando estaba a su lado no pensaba con claridad, o soltaba cosas mordaces o tonterías como aquella.

—Muchísimo. Es mi hermana melliza, mi otra mitad. ¿Sabes eso que dicen que los hermanos gemelos pueden sentir lo que siente el otro? Pues es verdad, tenemos un nexo de unión distinto al resto de hermanos. Y desde que se la llevaron no lo siento. Quizá esté... —confesó Apolo y no fue capaz de terminar la frase, la voz le tembló y prefirió guardar silencio.

Scailar sin pensar en lo que hacía alargo la mano y la puso sobre la de él, de repente sentía la necesidad de consolarlo. Y él aceptó su demostración de afecto sosteniendo la mano que ella le ofrecía. Y sintió calor en ese simple tacto, le gustaba sentirla así de cerca. Scailar sacudió ligeramente la cabeza como para aclararse las ideas antes de continuar.

—No, ni lo pienses. Ella está bien lo sé. Mi hermano está con ella y la protegerá —se negaba a pensar en aquello que él insinuaba—. Solo que no la sientes porque están actuando todos los seres mágicos y seguramente tienen vuestro vinculo bloqueado de alguna manera—. Dio un leve apretón en su mano y le sonrió.

—Gracias, de verdad, por escucharme. No suelo hablar con nadie sobre esto —confesó Apolo sin poder dejar de mirar aquellos labios que le estaban regalando una sonrisa, y pensó en cuanto le gustaba que lo hiciera, podía quedarse mirándola durante horas y no se cansaría.

—Bueno para eso estamos. Les vamos a encontrar y volveremos a casa— le infundió valor y no sabía si esto lo decía para consolarle a él o a ella misma.

Sin darse apenas cuenta se habían acercado el uno al otro mientras se miraban intensamente a los ojos. Estaban tan cerca que podía sentir el cálido aliento sobre su piel. Instintivamente miró sus carnosos labios algo separados, eran toda una invitación a ser besados. Si solo se acercará unos centímetros podría probarlos, algo dentro de ella le gritaba que lo hiciera. Pasar su lengua por aquella piel aterciopelada. Y recrearse en ese hombre nacido para el pecado.

—Scailar —Marius la llamó a su espalda. Mierda había estado muy cerca, su piel se tiño de escarlata por lo que había estado a punto de hacer.

—Bueno tengo que irme. Descansa —Y se marchó antes de que notara toda la vergüenza que sentía.

—Hasta mañana —Había estado tan cerca de besarla se moría por tener esos labios entre los suyos. Pero ¿qué le pasaba? si se llevaba a matar con aquella mujer, pero a la vez sentía una atracción animal hacia ella. Sería mejor que se durmiera. Tenía cosas más importantes de las que ocuparse que un calentón de su entropierna. Ya tendría mujeres cuando volviera a casa con su hermana sana y salva.

—¿Qué demonios crees que haces? —enfaticó Marius enfadado en cuanto se acercó, la miraba como si la hubiera pillado robando o algo peor.

—¿Qué? —dijo Scailar haciéndose la loca e intentando que sonara creíble.

—¡Estabas flirteando con Apolo!, casi te tiras a sus brazos —recriminó Marius cruzándose de brazos frente a ella para evitar que se marchara a la cama antes de hablar seriamente con ella.

—¡Eso no es verdad! —le contestó indignada. Si al final le hubiera besado, pero no había ido a flirtear con él, solo le vio ahí solo y triste y le quiso consolar, nada más. Qué mosca le había picado a Marius.

—Espabila Scailar, Apolo es conocido por su promiscuidad, si te das a él solo serás una más y tú no eres así —Eso le dolió en lo más profundo, pero sabía que tenía toda la razón del mundo, la diosa se lo advirtió antes de que le conociera, pero a la vez no podía evitar que le gustara, era atractivo y ella tenía ojos.

—No te preocupes, no tengo ningún interés físico o romántico en él. Solo estamos unidos hasta que recuperemos a Akiles y a los otros —Y con esto le dejó con la palabra en la boca y se fue a dormir. Aunque él le dejaba claro con la mirada que no le cría en absoluto, si algo conocía Marius era lo que sentía una mujer.

Abrió los ojos y se encontró a Amanda mirándola fijamente y muy de cerca, el corazón casi se le para.

—¿Qué ocurre? —preguntó con voz somnolienta mientras se incorporaba en el lecho de pieles.

—Los hombres que mandó Apolo a investigar no han vuelto, tendrían que haber regresado hace horas por lo que pensamos que han sido derrotados. Tenemos que ir al encuentro de las Arpías antes de que nos hagan una emboscada y ver si encontramos supervivientes.

Miró más allá de Amanda y vio que estaba casi todo el campamento recogido. ¿Cómo no se había enterado de nada? Esos hombres no eran precisamente silenciosos, pero la verdad es que el viaje y tantas emociones en los últimos días la habían dejado completamente agotada.

—Dame un minuto y estaré lista —pidió Scailar y su cerebro empezó a funcionar.

Amanda asintió y se fue con los hombres a terminar de recoger lo poco que quedaba.

Apolo se acercó a ella.

—¿Estás bien? —preguntó mirándola fijamente. «¿Tan mala cara tengo?» pensó. Seguramente estaba horrible y con pelos de loca.

—Sí, estoy bien, perdona por no haberme enterado antes de que estabais recogiendo, normalmente tengo el sueño muy ligero —dijo Scailar y separó la mirada para coger las armas.

—No te preocupes todos estamos cansados, es normal. Deja las pieles ahora las llevaran al barco ¿estás lista? —Apolo seguía clavando los ojos en ella de una manera tan intensa que la puso nerviosa y se le resbaló una daga afilada que al caer se clavó junto a su pie.

Apolo sonrió al ver la turbación en la cara de aquella mujer, se agachó a recoger la daga dándole una estupenda visión de su culo. Y ella casi se atraganta con la saliva.

—Ya me quieres agredir desde tan temprano —dijo Apolo a la vez que le devolvía el cuchillo, pero ella le miraba sin responder —¿Hola?

—¿Perdona que decías? —preguntó Scailar que seguía teniendo pensamientos de esos duros y redondos glúteos apretados en un pantalón de cuero, tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no alargar la mano y cogérselas.

El dios rompió a reír ¿así que conseguía ponerla nerviosa? Era bueno saber que tenía esa baza y que podría jugarla. Le gustaba sentirse deseado, pero sobre todo por aquella mujer que le solía poner las cosas tan difíciles.

—¿Vamos? —preguntó Apolo sonriendo.

—Sí vámonos —«Lo que daría por un buen café bien negro y cargado o un buen culo como el de este hombre» pensó antes de reunirse con los demás y adentrarse en la selva.

Aún no había amanecido. A través de los arboles solo se veía el cielo negro y varias nubes, no se vislumbraba apenas la luna, ni las estrellas. No sabría decir si sería mejor o peor para una lucha, pero para caminar era un engorro, ya que iban con linternas sorteando piedras y ramas para no caerse. Las temperaturas habían caído en picado, se frotó los brazos con la mano que llevaba libre. La camiseta negra ajustada que llevaba no era suficiente abrigo. Pero quien pensaría que cambiarían tanto las temperaturas si por el día hacía un calor bochornoso que te dejaba totalmente pegajosa. Ojalá se hubiera llevado algo de abrigo, pero seguro que cuando luchara entraría en calor.

Avanzaban en silencio, mirando a cualquier punto por si eran atacados, por el camino no había ni rastro de los hombres que habían partido a investigar. Ni una sola pista de su paradero, aunque algo le decía que habían pasado a mejor vida.

Tras unas horas andando por un territorio en el que parecía todo igual empezabas a pensar si te habías perdido. Había amanecido, pero estaba el día tan nublado que no se veía ni un rayo de sol. Y la espesura de la vegetación era tal que se veían obligados a seguir usando las linternas.

Apolo y Marius iban en cabeza, luego ella y Amanda precedidas del resto de soldados. Y tenía que reconocer que, aunque la situación no era la mejor para pensar en eso, desde ese punto tenía unas vistas magníficas.

Desde esa perspectiva tenía una impresionante vista al culo de Apolo, redondito y pequeño, perfecto para estrujar. Pero un grito la sacó de sus fantasías.

—¡Apolo mira! —informó uno de los hombres señalando una zona donde empezaba a verse más luz. Estaba a unos metros más adelante hacia la izquierda.

—Vamos, parece que por fin saldremos de toda esta penumbra —Apolo estaba ansioso y a la vez nervioso por saber que les había sucedido a sus hombres, pero sobre todo por pensar que podría estar tan cerca de su hermana.

Después de que sus hombres no volvieran en toda la noche era señal de que algo había salido mal. Nada les podía haber retrasado tanto a no ser que hubieran perecido. Eso le oprimía el corazón, pero sobre todo pensar en Molok... él había mandado a su hermano a un horrible destino, si no le encontraba con vida, que lo dudaba, no se lo podría perdonar jamás.

Cuando por fin llegaron al claro la imagen que se encontraron era sobrecogedora. Aunque desde niño fue entrenado en el arte de la guerra, nunca nadie se puede acostumbrar a ese tipo de atrocidades. La gran llanura estaba llena de cuerpos desmembrados, sangre manchando la arena y las piedras del lugar, brazos amputados que aun sujetaban su espada o el escudo. Y aquellos asquerosos monstruos se estaban comiendo lo que quedaba de sus hombres en esos momentos, sin inmutarse siquiera con su presencia. Se pusieron en guardia blandiendo sus escudos y espadas, preparados para la lucha. Apolo dio un paso hacia delante y Marius, Scailar y Amanda le cubrían de cerca las espaldas.

—Vosotras ratas de cloaca. ¿Cómo os habéis atrevido? gritó Apolo y conteniéndose para no salir corriendo hacia ellas y terminar su miserable vida con el filo de su espada.

Una de las hermanas levantó la cabeza y le enseñó los dientes afilados llenos de sangre y trozos de carne de un soldado caído.

—¡Oh eres tú! Por fin has venido, te estábamos esperando y la verdad es que no sabes cómo te agradecemos que nos mandarás la cena, eres un magnifico invitado —Intentó no entrar en su provocación cuando lo único que quería era arrancarle la piel y hacerle un bolso a su madre con ella.

—¿Dónde está mi hermana? —intentó conservar la poca paciencia que tenía en aquel momento.

—Me la comí de postre, tengo que decir que su carne era tierna y jugosa —Se relamió— imagino que la tuya también lo será porque no vienes y lo comprobamos.

—Mientes bruja, mi hermana está viva. ¡Dime dónde está! —la ira estaba latente en su voz mientras apretaba los dientes fuertemente— Te podía prometer que te mataré rápido y sin dolor si me lo dices, pero te mentiría, vas a sufrir por matar a mis hombres y por atreverte a retener a mi hermana.

—Estoy impaciente... venga ven, que aún tengo hambre —Se irguió sobre las garras de sus patas y le hizo un gesto provocador con la mano invitándole a unirse a ella.

Apolo aceptó gustoso aquel ofrecimiento y se fue directo hacia aquella horrenda mujer, espada en mano. Ella le esperaba inmutable, ni si quiera pestañeaba. La otra Arpía miraba divertida la escena. Él levantó la espada para atacar, pero ella se movió muy rápido, demasiado rápido para el ojo humano, pero no para otros seres sobrenaturales. Volvió a atacar mientras la Arpía reía a mandíbula batiente.

«Sí que era rápida, pero él también lo era» era uno de sus poderes. Fue a seguir con su velocidad, pero no corrió más de lo que haría un ser humano. «¿Qué pasaba?»

—¿Qué pasa Apolo no puedes seguirme el ritmo? —Se jactó la Arpía justo delante de él.

—Ríete lo que quieras, antes de que acabe el día estarás muerta.

Lo intentó de nuevo pero la velocidad se negaba a seguir sus movimientos. Algo muy raro le estaba sucediendo, quizá algún tipo de magia estaba impidiendo que usara sus poderes, eso explicaría por qué su hermana tampoco había podido escapar.

Y seguramente el despojo que tenía delante sabía que es lo que le ocurría. Ahora mismo no tenía tiempo para darle vueltas a eso, con poderes o sin ellos la mataría y vengaría a sus hombres y a su hermano, al cual no había visto por ningún sitio. «Tal vez se lo han comido» pensó amargamente. Dobló un poco las rodillas y tomó impulso para saltar sobre ella. Ella no se lo esperaba así que la pilló por sorpresa, intentó esquivar la espada que se cernía sobre su cuello moviéndose rápido, pero no lo suficiente, el filo impactó sobre su brazo a la altura del hombro, no la degolló, pero le dejó el brazo colgando de apenas unas finas hebras de músculos. La sorpresa de su rostro fue sustituida por la cólera, inyectando sus ojos en sangre, más rojos de los que ya los tenía.

Los soldados se encaminaron en una marcha perfectamente armonizada hacia la hermana que

había dejado de alimentarse y miraba a la otra Arpía mientras se arrancaba el brazo que tenía literalmente colgando.

Eso la enfadó y mucho, así que se irguió poniéndose totalmente recta, no era muy alta, pero todo su cuerpo era musculoso, y gritó, un sonido horrible y desgarrador. De la montaña que estaba justo detrás de ella empezaron a desprenderse piedras por el brutal sonido, mientras las nubes antes blancas y casi inexistentes se tornaban grises y espesas mientras se juntaban, prometiendo una terrible tormenta. Los guerreros al presenciar esto se detuvieron un momento impresionados de que ese ser pudiera utilizar los elementos a su antojo, aun así, reanudaron la marcha inmediatamente, tenían que llegar a ella lo antes posible y detenerla. La Arpía levantó el brazo y con un gesto de su retorcida mano les invitó a que lo hicieran, mientras les enseñaba unos dientes afilados llenos de sangre y carne. Con un aullido estremecedor desplegó sus alas negras y se fue planeando hasta el que había osado a hierirla.

Este al verla venir intentó clavarle de nuevo la espalda y rematar lo que había empezado, pero ella fue más rápida: no le pillaría por sorpresa dos veces. Pasó por encima de él golpeando su cabeza con las afiladas garras, el impacto le hizo caer de espaldas sobre el duro suelo por poco no se había golpeado el cráneo. Intentó devolver el ataque con una descarga mágica pero ninguna luz apareció en su mano. La Arpía le hizo una mueca provocándole, retándole a que lo intentara de nuevo. «¿Qué le estaba ocurriendo? Ninguno de sus poderes estaba funcionando.

Pero él era un guerrero y no necesitaba dones divinos para terminar con aquel ser». Intentó ponerse en pie para enfrentarla, pero sus piernas no le obedecían. No tenía rota la columna porque notaba las piernas, pero tampoco tenía fuerzas para alzarse.

—¡Vas a morir Apolo! —chilló la Arpía antes de volar en picado hacia él.

—Algo muy malo le ocurre a Apolo, no puede usar sus poderes. Tengo que ayudarle. ¡Amanda, cuida a Scailar! —dijo Marius y no esperó respuesta. Corrió en dirección a donde la Arpía intentaba matar al dios. Se iba transformando según avanzaba pisando huesos y cosas pegajosas que prefería no pensar que eran.

—¿Qué ha querido decir con que no puede usar sus poderes? ¿Qué le ocurre, por que no se levanta? —Tenía una mezcla de emociones en ese momento que no le dejaban pensar con claridad, por una parte, estaba enfadada por que la querían mantener al margen de la lucha y por otra parte muy preocupada por el hombre que intentaba torpemente levantarse sin éxito.

—No lo sé, es como si todos sus poderes estuvieran congelados y déjame decirte que eso es algo casi imposible. Algo muy malo está pasando.

Los soldados atacaban con todo lo que tenían, lanzas, espadas, arcos, dagas, pero en pocas

ocasiones conseguían alcanzar su objetivo. Se movía a una velocidad casi imposible de seguir. En cambio, ella sí les tocaba, y cada vez que lo hacía les arrebatava miembros o peor aún la vida sin piedad con garras y dientes. No sabían lo que podrían resistir.

La tormenta estalló de una manera brutal, los truenos resonaban tan fuerte que dañaban los tímpanos. La lluvia había comenzado a caer intensamente con tal fuerza que hacía daño sobre la piel a su paso.

El suelo empezó a embarrarse en una mezcla de arena, agua y sangre lo que hizo que sus pies se clavaran en el barrizal impidiendo que se mantuvieran casi en pie. Algunos caían de bruces y se intentaban levantar con mucho esfuerzo y cubiertos de pesado lodo. Eso estaba causando que el monstruo tuviera aún más ventaja sobre ellos y eso que en número la superaban notablemente.

—¡Tienes que ayudarlos! —gritó Scailar a causa del ruido de la tormenta—. Si esperamos no quedará vivo ninguno y tendrás que enfrentarte igualmente a ella.

—Tengo que cuidarte —explicó Amanda sin inmutarse tan si quiera por la copiosa lluvia que pegaba de forma pesada la ropa a su cuerpo.

—Nadie mejor que tú sabe que me puedo cuidar sola —protestó enérgicamente.

—Lo sé —admitió ella sin mirarla y vigilando a las Arpías en caso de que alguna se le ocurriera acercarse hacia su protegida. Las despellejaría vivas si tan siquiera lo pensaban.

—¿Entonces? —preguntó Scailar que estaba tan sorprendida de que su amiga se perdiera una batalla, no era natural en ella.

—Marius se enfadará si te dejo sola —dijo mirando todo aquel derramamiento de sangre a través de sus ojos violáceos. Y casi sin pestañear mientras el agua escurría por su rostro y cabellos.

—¿Y desde cuándo eso te importa? —le preguntó Scailar a sabiendas de que la única manera de que la raptora la dejará y fuera a defender a aquellos hombres que iban muriendo por momentos era picándola.

—Tienes razón —Le sonrió enseñándole los colmillos antes de ir corriendo a detener al ser que estaba destrozando a aquellos hombres. Menos mal que Amanda era predecible en ese tipo de temas.

Algo rojo empañaba su vista, era espeso y caliente a pesar del agua que se derramaba sobre él. Se pasó la mano por la cabeza para ver de dónde provenía y encontró una herida en la cabeza que no había notado que tenía. La debilidad y la desorientación le tenía embriagado, posiblemente a causa de la sangre perdida.

A través de su vista borrosa veía como el centauro disparaba flechas con su arco a la Arpía que le había herido, pero sin mucho éxito. Si él era rápido disparando ella también lo era esquivando. Pero la mantenía ocupada y algo le decía que si no fuera así no estaría vivo en ese momento. Era algo que no tendría que olvidar agradecerle. Quería ayudarlo, pero la debilidad no se lo permitía ni tan siquiera podía ponerse en pie. No se había sentido así en la vida, ni cuando era niño. Se sentía inútil y débil en ese momento y odiaba sentirse de ese modo.

Miró más allá para ver que la raptora luchaba con garras y dientes contra el monstruo que casi había extinguido a su ejército, los que quedaban estaban heridos o inconscientes en el suelo.

Siguió recorriendo el campo de batalla para encontrarse con unos ojos llenos de preocupación, mientras el agua caía sobre ella empapándola. Cuando sus ojos se cruzaron no pensó en lo mucho que le irritaba aquella mujer sino en lo que le gustaría salir de esa para volver a verla.

Scailar no podía más, se negaba a ver toda aquella masacre sin ni tan siquiera intentar detenerlo y cuando vio esos ojos suplicantes de Apolo tomó una decisión, ese hombre estaba sufriendo. Por algún motivo que desconocía sabía que no dejaría que nada le pasara.

Salió corriendo en su dirección con dificultad por el barro del suelo, en cada paso sus pies se hundían más profundamente, la lluvia golpeaba salvajemente, sentía como si miles de cristales se clavaran en su piel al mismo tiempo.

En su vida había presenciado una lluvia de tal magnitud. Rodeo a Marius y a la Arpía no le quería distraer y llegó junto a Apolo que seguía postrado en el suelo, indefenso.

—¿Estás bien? —Elevó su normalmente suave tono de voz ya que el ruido era ensordecedor. Y se agachó junto a él mirándole con esos ojos ahora más verdosos.

—Define bien... mi cuerpo se niega a cooperar y mis poderes no funcionan —La vergüenza por no poder luchar como un guerrero era palpable en su rostro—. Me siento débil y desorientado —ella quería abrazarlo y consolarlo, no podía verle así tan desvalido y no hacer nada para remediarlo.

—No te preocupes que lo arreglaremos, has perdido mucha sangre, es normal que tu cuerpo no reaccione, y por supuesto que eres un guerrero, y muy bueno, si no cómo habrías matado al minotauro —le contó Scailar mientras intentaba sonreír y quitarle hierro al asunto. Eso pareció agradaarle, que ella pudiera ver más allá que se hombre postrado en el suelo que no podía ni defenderse solo.

—Gracias, pero soy un dios y he tenido heridas peores que no me han debilitado. Está pasando algo y estoy bien jodido. —dijo mientras bajaba la cabeza no quería que le viera de esa manera.

Ella le miró de cerca el corte que tenía en la cabeza, la zona de alrededor estaba ya

amoratándose y seguía sangrando.

—Tienes un traumatismo severo en la cabeza. Mis hermanos los han traído más veces de las que me gustaría, pero te pondrás bien te lo prometo. Tenemos que taponar la herida o te desangraras —Él asintió sabía que tenía razón, notaba como la vida se le escapaba junto con la sangre.

Scailar buscó con que taponar la herida, pero no encontraba nada. Cogió su camiseta y se la saco por la cabeza, dejando al descubierto un sujetador lila con lazos morados que dejaba entrever la cima de unos voluptuosos pechos.

Apolo tenía la boca abierta por lo que estaba contemplando. Había visto muchos pechos en su vida, pero ningunos tan apetecibles. Cerró los ojos por el dolor cuando ella después de escurrir la camiseta la presiono justo encima de la herida, ahora sí que la notaba. La tenía tan cerca que podía sentir el olor a rosas que ella destilaba.

—Presiónate aquí —Él obedeció—. Saldremos de está te lo prometo. —Salió corriendo sin darle tiempo a responder tenía que ayudar a Marius.

Había conseguido acertar a la Arpía con una flecha en el pecho, muy cerca del corazón, pero no lo suficiente para terminar con la vida de esa perra. Echó la mano al carcaj para coger otra flecha descubriendo que solo le quedaba una y mierda, se había atascado en el cuero y se negaba a salir. Forcejeó para sacarla, pero era demasiado tarde. La Arpía le sobrevoló y se montó a horcajadas sobre su lomo y clavó sin piedad las garras en sus flancos haciéndole aullar de dolor.

Se encabritó pensando que así conseguiría tirarla de su montura, pero solo consiguió que se agarrara fuertemente sobre su cuello. Lanzaba dentelladas intentando separarle la cabeza del cuerpo. Marius cogió su sucio y enmarañado pelo con fuerza fastidiando así su maniobra. Pero a más tiraba él, más le apretaba ella. Miró a su mujer que luchaba sola contra la otra Arpía. Su cuerpo estaba herido por múltiples lugares, pero no parecía percatarse de ello. Su oponente no tenía mejor aspecto. Sangraba por el pecho, por una pierna y por el abdomen, sangre negra, podrida. Estaba orgulloso de ella. Esperaba que si había llegado el momento de abandonar ese mundo ella supiera lo mucho que la amaba.

Scailar corría rápidamente hacia Marius, la Arpía le tenía brutalmente agarrado con su único brazo y le estaba ahogando. Él intentaba coger aire sin éxito, mientras su piel perdía el color.

Pensó que no sería capaz de transformarse ya que llevaba un buen rato intentándolo, y no funcionaba, pero al ver que uno de sus hermanos estaba a punto de morir despertó la bestia que llevaba dentro, dándole el empuje que necesitaba. La ropa estalló en pedazos dejando salir la Naga que llevaba dentro. Si de por sí era rápida cuando se transformaba y reptaba con su larga y

majestuosa cola era imparable. Rodeó a Marius y agarró a la Arpía de su mugriento cabello con tanta fuerza que si ella no se hubiera soltado le habría arrancado la cabellera. La tiró sobre el suelo embarrado. Había dejado de llover y ya podía ver con más claridad, miró a Amanda que le estaba dando lo suyo a la hermana. Colocó la espada sobre el negro cuello de esta, estaba tan afilada que un hilo de sangre empezó a manar de ella. Por primera vez desde que la lucha había comenzado pudo ver en sus ojos el miedo reflejado

—Dime dónde está mi hermano y Artemisa —Su voz salía de sus labios con una especie de melodía que hizo que el monstruo que tenía bajo su dominio cesará en su forcejeo.

—¡Suéltame! —Scailar sabía que quería que sonara a exigencia, pero parecía más un ruego.

—Sabes que eso no ocurrirá, pero si me das la información que quiero, prometo que la muerte tuya y de tu hermana será rápida. De lo contrario sufriréis un dolor inimaginable —Apretó más la espada.

La Arpía quería resistirse, pero no podía algo en su voz la tenía en un estado de trance.

—Lamia, se los ha llevado —Ella miró a Apolo que se había quedado inconsciente y ya no taponaba la herida.

—¿Por qué no puede usar sus poderes? Todos los demás podemos hacerlo.

—Eso es algo que solo tú podrás averiguar —Cerró los ojos que empezaron a soltar lágrimas negras. Estaba claro que no diría nada más. Con un corte rápido seccionó su cabeza.

Corrió hacia Marius que se levantaba a duras penas con su forma humana. Intentaba llegar hasta Amanda, pero tenía heridas graves a la altura de las costillas y el cuello totalmente amoratado, parecía que llevaba una bufanda.

—Tranquilo yo me ocupo, tú descansa —Él asintió apretando los dientes por no poder luchar junto a su mujer.

Llegó junto a las dos «mujeres» que luchaban a cámara lenta a causa del cansancio y las heridas que las cubrían. Se situó detrás del monstruo y agarrando su frente y su sangrante abdomen dejando de esta forma expuesto el cuello a su amiga. Esta asintió y en vez de sesgar su cuello con las garras se lo desgarró a dentelladas. Cosa de la que se arrepintió en el primer segundo ya que sabía asquerosa. Empezó a escupir sangre negruzca.

—¡Mierda! Seguro que la sangre de rata saber mejor —pronunció entre arcadas.

—¿Quién te manda? —se burló Scailar riendo y soltando el cuerpo no antes de partirlo en dos.

—Te debería restregar un poco de este manjar por tu cara bonita —Scailar hizo una mueca de vomitar y Amanda se empezó a reír—. Anda despertemos a los hombres que quedan inconscientes

Apolo y Marius van a necesitar ayuda para llegar al campamento.

—Sí, ¿qué harían sin nosotras?

Las dos rompieron en carcajadas, aunque Scailar aún seguía pensando en lo que le dijo la Arpía.

CAPÍTULO IX

Sin perder tiempo se dirigieron a la cueva, necesitaban curar esas heridas. La mayoría sanaba rápido, menos Apolo que seguía inconsciente. Le había hecho una especie de torniquete en la herida para taponarla durante el camino y que no perdiera más sangre. Cuando llegaron le coserían, pero algo le decía que se tendría que recuperar al ritmo mortal.

—Amanda tienes que coserle, ya ha perdido mucha sangre —se impacientó mientras empezaba a divisar la entrada a la cueva.

—Esta vez tendrás que hacerlo tú, tengo que coser a Marius y a varios soldados —Scailar palideció.

Una cosa era ver como alguien lo hacía a otra persona y otra muy distinta tener que hacerlo ella, pero si no cosía bien ni los botones. De solo pensarlo le temblaba la mano.

Ella andaba un poco más adelantada del resto para ir abriendo camino, y se paró en seco cuando vio que en la entrada de la cueva había un hombre en el suelo tumbado boca abajo. Se acercó para ver de quien se trataba, y rezando que no fuera un ladrón ni nada parecido, no tenían tiempo de luchar en ese momento.

Cuando estuvo ya al lado de él vio que tenía el pelo dorado, ahora oscurecido por la mugre, el sudor y la sangre seca. Quería pensar que estaba inconsciente, pero tendría que asegurarse, así que le puso dos dedos en el cuello buscando el pulso. Ahí estaba, era lento, pero tenía. Vio que en la nuca tenía una herida que había empezado a cicatrizar, tenía que darle la vuelta para ver quién era. Lo volteó despacio para evitar que se golpeará más la cabeza.

Molok era el hombre que tenía delante, se llevó una mano a la boca para evitar que un grito de sorpresa la abandonara. Pensaban que todos habían muerto. No podía ni imaginar el dolor de Apolo, su hermana desaparecida, y luego pensar que su medio hermano estaba muerto...

—¡Es Molok! —gritó para que los demás se acercaran.

—¿Qué le habrá pasado? —preguntó Marius que llegaba andando lentamente apoyado en Amanda y en un soldado algo regordete— es raro que pudiera huir ya habéis visto como quedaron todos.

—Tiene un traumatismo bastante preocupante en la nuca, es una zona muy peligrosa. Es todo un milagro que esté vivo —y fue palpando el musculoso cuerpo del rubio buscando si tenía alguna herida más.

—Ayúdalo, yo puedo entrar con Amanda —El soldado asintió y entre él y Scailar le metieron en la cueva.

Una vez dentro se puso a organizar a todos los hombres como si una de sus antiguas fiestas se tratara. Tenían que traer leña para el fuego, trapos limpios, agua, ropa limpia, del barco. Amanda llevaba siempre encima el botiquín, esperaba que con todo eso tuvieran todo lo necesario, pero realmente les hacía falta hacerle una transfusión a Apolo. Los hombres no dudaron ni un solo momento en obedecer, no solo por el mando que ella transmitía, también porque sabían que Apolo corría un serio peligro.

En poco rato todo estaba preparado, habían hecho unos lechos de pieles alrededor de una hoguera, había limpiado y cosido las heridas del dios y de Molok. Estaba deseando darse un baño caliente que le quitara toda esa tensión, sangre y suciedad de encima, pero se tendría que conformar con asearse lo mejor posible y ropa limpia.

Amanda estaba terminando con un soldado y podría descansar un poco también porque, aunque sus heridas no eran tan profundas, tenía unas cuantas. Miró a aquellos dos hombres sumidos en ese estado de inconsciencia, tan en calma. Cuando les cosió dio gracias por ello, pensar en meter la aguja con aquellos hombres sufriendo le superaba.

La cicatriz de Molok desaparecería por lo rápido que curaba, pero Apolo iba a tener una bastante fea encima de la frente, que con lo presumido que era le iba a dar un patatús, aunque tenía que reconocer que incluso en ese estado era hermoso. Cuando le vio en la arena, con aquella cara de sufrimiento e impotencia por no poder luchar, se le cayó el corazón a los pies.

Molok gimió suavemente anunciando que volvía en sí. Movié un poco los músculos de sus brazos y ella se acercó para que supiera que no estaba solo.

Abrió los ojos lentamente como si le pesaran, y la luz de las antorchas y de la hoguera le molestaba por lo que levantó la mano hasta ponérsela en forma de visera.

—Es normal que te duela la cabeza y te haga daño la luz, tienes un golpe bastante fuerte en la nuca —Él la miró, aunque tardó unos cuantos segundos en enfocarla bien, seguía algo desorientado.

—Sí que duele, sí. Menos mal que estáis bien, cuando llegué y no os encontré me entró el pánico —le explicó Molok mirándola a través de sus ojos encogidos en dos rendijas.

—Y tú, la verdad es que pensábamos que habías muerto, hasta que te encontramos —confesó Scailar mientras le quitaba cariñosamente un mechón rubio que caía por su cara.

—Todos murieron —Enmudeció con el recuerdo—. Cuando me hirieron caí al suelo, yo creo que esos monstruos me dieron por muerto y por eso conseguí escapar. Cuando noté que se alejaban

de donde estaba tirado, me fui arrastrando hasta la selva. Muy despacio, sabía que si hacía el más mínimo ruido era hombre muerto —Scailar tomó su mano, aunque estaba fría sudaba por los nervios y las emociones que esos recuerdos le evocaban.

—Continúa por favor —rogó ella, sabía que le vendría bien compartir esos malos recuerdos.

—Mientras intentaba alejarme lo máximo posible podía oír como las Arpías rompían y arrancaban la carne a mis hombres, a mis amigos... el olor a sangre lo inundaba todo. No conseguía oler ni la hierba que tenía a solo unos metros —el dolor se reflejaba en su hermoso rostro—. Cuando pensé que estaba lo suficiente alejado de su vista me atreví a incorporarme para salir corriendo. La sangre goteaba por mi cuello, caliente. Me dolía mucho donde me habían cortado, pero sabía que si me detenía no sería capaz de continuar, así que corrí esquivando obstáculos, ignorando el dolor.

El mareo empezó a hacer mella en mí, no recuerdo en qué punto la pérdida de sangre me hizo caer inconsciente, ni cuántas horas estuve de esa manera. Desperté con la luz de la mañana y recorrí el resto del camino lo más rápido que pude, pero cuando llegue ya no estabais aquí y no tenía fuerzas para seguir perdí de nuevo el conocimiento. Hasta que me encontrasteis lo siento tanto... tendría que haber estado a vuestro lado.

—No te preocupes, lo único que importa es que estás bien. Acabamos con las Arpías y nos dieron una pista de hacia dónde ir. ¿Sabes? pensaba que tus padres eran mortales, pero por lo rápido que curas parece que no. Al final solo te he dado un par de puntos y no parece que te vaya a quedar cicatriz.

—Mi madre era una semi diosa según me contó Laya, se enamoró de mi padre que era humano, y una noche que salieron a pasear iban tan concentrados en su charla que no se dieron cuenta de que se estaban adentrando en una zona muy peligrosa de la ciudad hasta que fue demasiado tarde... —se entristeció con sus recuerdos—. Cuando se dieron cuenta y al intentar marcharse fueron rodeados por un grupo de raptores que intentaron alimentarse de ellos, mi padre intentó luchar, pero eran más y mucho más fuertes que un ser humano. Las gárgolas no tardaron en llegar, pero fue demasiado tarde, los raptores les absorbieron las emociones hasta dejarlos como cáscaras vacías. Las gárgolas consiguieron salvarme y al informar a Laya de lo ocurrido ella se ocupó de buscarme una familia con la madre de Apolo. Ahora sabes por qué Apolo no aprecia mucho a las gárgolas... —le sonrió— pero que conste que yo no tengo nada en contra, de no ser por ellas ahora mismo no estaría aquí.

—Pero ¿las gárgolas qué culpa tuvieron? Te salvaron —Scailar no entendía los motivos de Apolo por odiar a su especie.

—Cree que, aunque me salvaron a mí su deber era salvar también a mis padres. Ya sabes cómo es, es un cabezón sin remedio, así que tú ni caso —se llevó la mano de ella hasta los labios y se la besó— por cierto ¿dónde está? ¿Se encuentra bien?

—Sí, ahora mismo descansa. Bueno, mejor dicho, está sin conocimiento. Fue herido gravemente en la batalla y perdió mucha sangre... digamos que hemos tenido algún problemilla.

—¿Qué problemilla? —Se incorporó con dificultad para ver a su amigo tumbado justo detrás de él.

—La verdad es que no sabemos muy bien qué ha ocurrido, pero Apolo no pudo usar sus poderes durante la lucha, una de las hermanas le dio con la garra en la frente asestándole un buen golpe, a causa de la pérdida de sangre no se podía ni mover... —él la miraba extrañado—. Y lo peor no acaba ahí, tampoco está curando de forma acelerada. Es decir, que lo que sea que le ocurrió no ha desaparecido.

—Pero eso no puede ser, nunca le ha sucedido nada igual. Seguramente sea algún tipo de trampa de Hera, tenemos que hablar con Laya ella lo podrá averiguar —Fue a levantarse cuando ella le puso una mano en su torso desnudo y le obligó a seguir tumbado.

—Yo lo haré tú tienes que descansar, mañana tendremos que partir y os necesito fuertes para navegar ese barco, el agua me da pavor así que imagina si tengo yo que manejar ese trasto —Hizo una mueca con la que Molok se rio.

—Si necesitas cualquier cosa por favor avísame que no estoy inválido —le sonrió agradecido le debía mucho a aquella mujer.

—Lo prometo, en cuanto hable con Laya vendré a traerte algo de comer y te contaré.

—Muchas gracias por todo, que sepas que yo no te consideré un grano en el culo como Apolo —Puso cara inocente y esa sonrisa devastadoramente bonita que tenía.

—¡Así que grano en el culo!, recuérdame que cuando se recupere le patee el suyo —De verdad esperaba que se recuperara para poder cumplir su promesa —Él le guiñó un ojo y tenía que reconocer que era muy guapo, pero no tanto como el capullo de su amigo.

Una vez que comprobó que nadie la necesitara en el campamento salió a caminar, necesitaba lavarse y aprovecharía para invocar a Laya y contarle lo ocurrido. Caminó un rato entre los árboles hasta donde los hombres le habían dicho que recogieron agua. Había un pequeño río que intuía estaría helado, pero ahora mismo hacía mucho calor. Se desvistió y se metió en el agua se estaba enjabonando con un poco de champú que llevaba en su mochila e intentando no chillar por la temperatura del agua.

Una luz anaranjada brilló tras ella y se giró tapándose lo mejor que pudo ya que el agua no le cubría más que hasta la cintura.

—Scailar ¿dónde está mi sobrino? ¿Qué le ocurre? He notado que no estaba bien... —La angustia era lo único que se veía reflejado en los últimos días en los ojos de la diosa.

—Laya, está bien... o todo lo bien que podría estar. Dame un momento que me quito el jabón y te explicare todo.

La diosa intentó darle espacio e intimidad para que terminara cosa que ella le agradeció muchísimo ya que era muy tímida. La vio que estaba mordiendo las uñas. ¿Las diosas hacen eso? Se vistió rápidamente y se unió a ella en un tronco donde se había sentado sobre parte de su pepló naranja que hacía juego con su cabello.

—Perdona, no te quería hacer esperar. Pero si no me quitaba toda esa sangre y mugre dudo que pudiera volver a andar.

—No te preocupes, cuéntame por favor —Cogió las manos de Scailar entre las suyas.

—Es Apolo, le han herido durante la batalla, una herida bastante grave la verdad, ha perdido mucha sangre... el problema viene en que no se puede curar como un dios. Es lo que me preocupa.

—¿Cómo que no se cura como un dios? —Sus grandes ojos estaban muy abiertos.

—Eso no es todo Laya, durante la lucha no podía usar sus poderes divinos... por eso fue atrapado y golpeado. —intentó tener delicadeza, pero había cosas que se tienen que decir sin paños calientes.

—No puede ser... —Se volvía a morder las uñas— mi pequeño sin poderes, qué clase de poder le está haciendo eso —se dijo más para sí misma que para Scailar.

—Cuando iba a terminar con la vida de la Arpía le pregunté qué es lo que le habían hecho, pero me contestó que solo yo podría saber qué le ocurre.

—¿Y tú lo sabes? —preguntó con esperanza en su tono.

—No, claro que no. En cuanto me aseara te iba a llamar para que me ayudes a averiguarlo —La miro esperanzada.

—Claro intentaré averiguarlo ahora mismo... si es cosa de Hera la mataré con mis propias manos —Se levantó para marcharse, nerviosa y angustiada.

—Laya una cosa más. Apolo ha perdido mucha sangre, aquí no tenemos los medios para hacerle una transfusión... si le pudieras echar un ojo, solo para saber que esta fuera de peligro.

—Claro mi niña, pero haré algo mejor. Le daré mi sangre y con eso curará antes, aunque no

tenga sus poderes.

Ella le sonrió, eso sí que eran buenas noticias.

Un rato después Laya le había traspasado sangre divina a su sobrino, y con solo hacerse un corte se la traspaso directamente al cuerpo de él. Todos miraban maravillados.

—Laya eso sería algo revolucionario para mi clínica veterinaria —Rompió el silencio Amanda. La diosa no pudo evitar reír con las ideas de esa joven.

—Pues mira como esto siga así con tantos disgustos me voy a pensar seriamente ir a trabajar contigo a tu clínica y vivir como una mortal.

Marius no sabía dónde meterse con los comentarios siempre imprevistos de Amanda, pero la diosa parecía encantada. Mientras a todos se les escapaba risitas.

—No tienes remedio —dijo Marius. Y ella le miró con cara de ¿qué me estás contando?

—Bueno ahora tengo que irme, Apolo no tardará en despertar. Yo volveré en un rato a ver cómo está o antes si descubro qué es lo que le ocurre. Scailar cuida de él.

—Sí Laya —Todos volvieron a reír.

—¿Me he perdido algo? —dijo la diosa mientras Scailar miraba a todos con cara de asesina.

—Que tu sobrino y esta joven tan guapa se llevan como el perro al gato, vamos que si pudiera le patearía en culo por «creído» creo que le llama —dijo Molok delatándola delante de la diosa y automáticamente se tiño de roja por la vergüenza.

—Chivato —le contestó Scailar a Molok sonrojada hasta la punta de los pies.

—Ves sabía que os llevaríais bien. Y estoy contigo niña a un hombre hay que llevarle bien firme para que no nos coman el terreno, y más a mi sobrino. tienes mi bendición —La diosa parecía divertida con lo que le habían dicho, como se notaba que ella no tenía que soportar ese carácter tan horrible de su sobrino.

Ella desapareció con su luz y quedaron de nuevo en silencio.

—La próxima vez que te pille inconsciente pienso coserte una frase que diga «pégame que me encanta» te van a estar dando collejas hasta el día del juicio final.

—Yo también quiero hacer eso—clamó Amanda sin poder parar de reír por esa idea.

Molok puso una cara de arrepentimiento fingida.

—¿Por qué habéis empezado la fiesta sin mí? —dijo Apolo con voz espesa desde su lecho.

«Menos mal, saldrá de esa» pensó Scailar.

—¿Y esas caras? ¿Me echabais de menos? —preguntó Apolo con una sonrisa y esa mirada de superioridad que tanto le gustaba poner. Scailar se fijó que en su rostro no había ni rastro del hombre desvalido que vio en la batalla.

—Nos tenías muy preocupados —se adelantó Amanda— sobre todo a esa señorita de ahí — señaló a Scailar.

¡Pero cómo se le ocurría decir algo así, ahora seguro que su ego masculino había crecido más todavía!

—Sí claro, le he echado tanto de menos como un grano en el culo —Apolo ensanchó aún más la sonrisa y ella solo tenía ganas de borrarla de su cara con un guantazo.

—Pensé que no salía de esta la verdad. Muchas gracias a todos —confesó y esta vez parecía sincero.

—Deberías darle las gracias a Scailar que ha sido la que te ha cosido las heridas —regañó Molok intentando darle un rapapolvo a su amigo y bajarle esos aires de superioridad que tenía.

—¿Molok? —Apolo se giró para mirar a su amigo— Te creí muerto. Dios, cómo me alegra que estés bien —Cogió la mano de su amigo ya que no podía levantarse, aun no estaba lo suficientemente recuperado.

—Sí, y por cierto también gracias Scailar... —repitió Molok levantando una ceja para que su amigo se disculpará.

—Muchas gracias Scailar, por curarme y por salvar a mi hermano, te debo una —ella asintió no esperaba el agradecimiento y viniendo de él era toda una hazaña— y Marius gracias por salvar mi vida cuando la Arpía vino directa hacia mí si no fuera por ti me habría matado y yo sin poder moverme.

—No hay de qué para eso estamos, aunque tengo que confesar que todos habríamos muerto si las chicas no hubieran matado a las Arpías —Apolo miró a Amanda y luego a Scailar maravillado, eran unas auténticas guerreras no cabía duda— Y Scailar quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti —confesó Marius serio con gesto solemne.

Scailar sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y la emoción le embargaba. Que uno de sus hermanos que siempre la habían tratado como a una niña le dijera algo así le hinchaba el pecho e inundaba de felicidad.

—Gracias Marius, eso es muy importante para mí —y le dedicó la sonrisa más cálida y afectuosa que tenía. Y se giró hacia al dios— Apolo tu tía nos dio su sangre para que te recuperas,

dudo mucho que lo hubiéramos conseguido sin eso, estabas muy grave —Aclaró Scailar nunca le había gustado ser el centro de atención. Y ahora mismo sentía las emociones a flor de piel.

—¿Mi tía? —preguntó Apolo sorprendido.

—Sí, la iba a invocar para preguntarle si nos podía ayudar por el tema de tus poderes, pero la verdad es que no me dio tiempo. Notó que estabas herido y se presentó aquí —Omitió la parte en que la había pillado como dios la trajo al mundo.

—¿Y os ha dicho si sabe lo que me pasa? —Los miraba impaciente, lo que le había ocurrido era muy malo, necesitaba tener sus poderes para recuperar a su hermana, casi no les quedaban hombres.

—Me dijo que indagaría y nos diría algo lo antes posible —contó Scailar mientras se quitaba un mechón de pelo aun húmedo que le caía por el rostro.

—Está bien. ¿Y las Arpías? ¿Os dieron alguna pista sobre el paradero de nuestras familias? Creo que me quedé inconsciente cuando corrías en busca de la Arpía.

—Sí, mañana partiremos hacia Lamia. Antes de arrebatarme la vida me dijo que nuestros familiares están secuestrados por ella —Le miraba fijamente esos ojos tan azules, aunque intentaba no hacerlo, pero es que era tan sexi, incluso cuando ponía su cara más prepotente.

—Será mejor que descansemos y cojamos fuerzas para mañana —interrumpió Molok la mirada de los tortolitos.

—Sí, yo tengo que inspeccionar a mi mujer en profundidad, no vaya a ser que tenga alguna herida oculta que necesite mis atenciones —dijo Marius mirando lascivamente a su mujer que le sonreía con complicidad.

—¡Oh! Venga ya, parece que estáis en celo —Scailar puso cara de asco para acompañar sus palabras.

—¿Celosa? —preguntó divertido Apolo.

—Si quieres te puedo hacer un hueco aquí conmigo en mis pieles —invitó Molok divertido y la cara de Apolo era todo un poema.

Scailar se reía por la broma y Apolo los miró de uno a otro con cara asesina. No sabía por qué, pero imaginar a su amigo y a aquella mujer le ponía de muy mal humor.

—Scailar, a tu cama —ordenó Marius en todo autoritario.

—Sí papá —protestó Scailar poniendo los ojos en blanco. ¿Por qué todos se empeñaban en tratarla como a una niña?

Se fue a la cama pensando en que le había parecido ver a Apolo mirar mal a su amigo. ¿Sería posible? No, no podía ser, a ese hombre no le importaba nadie más que él mismo. Aunque no pudo evitar sentir un cosquilleo en su estómago.

Viajar en barco le ponía muy mal cuerpo, llevaba la mitad del día metida en su camarote concentrada en no echar el desayuno que les había preparado el entrañable cocinero. El mar le daba miedo, un espacio tan grande de agua lleno de animales y a saber que más... le asustaba muchísimo.

Marius y Amanda también llevaban todo el día encerrados, pero no por el mismo motivo. Daba las gracias por no tenerlos al lado de su camarote, sino sería imposible pensar en otra cosa a causa de los gemidos. Ella entendía que se quisieran, pero ¿todo el día? ¡Por dios! Eran como animales. Aunque claro ella nunca había estado íntimamente con un hombre quizá cuando lo probara se volviera peor que ellos. Solo pensar en eso le hizo sonrojarse.

Necesitaba que le diera el aire, así que aprovechando que se sentía un poco mejor decidió dar un paseo a ver si se despejaba. Iba andando sin rumbo sumergida en sus pensamientos así que no vio la gran espalda contra la que chocó.

—Lo siento, no te he... —No terminó la frase cuando descubrió que el dueño de esa espalda era Apolo.

—Chica ¿tienes interés en mí o qué? Siempre que me ves me envistes. Eso o que eres un poco torpe —dijo jocosamente.

Scailar respiró profundamente varias veces antes de contestar.

—Pero ¿qué te has creído? Tendría antes interés en un sapo que en ti —el color de su piel aumentaba por la cólera que había despertado en ella.

—No mientas, he visto como me miras... sobre todo alguna parte de mi anatomía, y no te culpo, te lo digo de corazón es lo que os pasa a todas —su rostro demostraba que estaba completamente complacido con lo que le decía.

La respiración definitivamente no funcionó y explotó lanzando directamente la mano hacia la cara de él para abofetearlo. Él que vio su intención detuvo su mano a tiempo y tiro de ella hacia él. Sus rostros quedaron a apenas unos centímetros. Sus cuerpos se tocaban. Sentían el pecho respirar rápidamente el uno del otro.

Se estaban midiendo con las miradas, pero él hizo algo que ella no se esperaba. Se lanzó ferozmente sobre su boca. Su beso era exigente y posesivo. Separó sus labios e introdujo su lengua caliente y húmeda en su boca.

«¡Con qué esas tienes!» se dijo a sí misma. No se pensaba amedrentar por sus trucos de hombre experimentado, aunque fuera virgen este se iba a enterar.

Su lengua salió rápidamente en su encuentro y a él le sorprendió, pensó que cuando la besara le volvería a abofetear. Se quedó parado y ella aprovechó esa ventaja, le agarró fuertemente de su corto pelo y devoró su boca. Al principio estaba indecisa de cómo hacerlo, pero luego se dejó llevar y la sensación que sentía cuando su lengua tocó sus labios carnosos fue algo que la dejó extasiada.

Él se negaba a quedarse atrás así que se lanzó y la aprisionó contra la pared acorralándola. Profundizó el beso y con su mano derecha agarró uno de sus pechos, algo que deseaba hacer desde que la había conocido; aquella mujer le volvía loco en todos los sentidos. Masajeó su pecho con ansia, pero sin hacerle el menor daño y sintió como la erección se apretaba contra su vaquero, deseando ser liberada.

Ella nunca había sido tocada tan íntimamente, pero tenía que reconocer que le estaba haciendo perder la cabeza. Las cosquillas de su estómago estaban bajando por su vientre como una humedad que le quemaba. El corazón martilleaba en su pecho, ansiando más. Ella también quería jugar a ese juego, así que hizo algo que estaba deseando hacer. Agarró fuertemente su culo y era todo un monumento, redondito y duro, ideal para clavar sus uñas dejándose llevar por el placer.

Él reaccionó con un gemido y liberó su boca para bajar por su cuello como un depredador, la arañó con su perilla, pero no le importó, le gustaba. Devoró su fino cuello, lamiéndolo, mordisqueándolo, consiguió que su piel se erizará. Posesivamente cogió sus nalgas levantándola del suelo y ella instintivamente le rodeó la cintura con sus largas piernas. Apretándose contra él, pidiéndole más con el roce de sus caderas.

Notó un bulto duro entre sus piernas, estaba en el sitio justo y eso la hizo arder, se sentía húmeda y dispuesta. Él soltó una de las manos para ir directo hacia su camiseta y ella que intuía lo que quería le ayudó a sacársela por la cabeza.

Él se detuvo a observarla, estaba embelesado por sus turgentes pechos metidos dentro de un ajustado sujetador celeste. Era todo un fetichista de la ropa interior y tenía que admitir que la que usaba esa mujer le ponía malo del todo. El deseo en sus ojos ardía, prometía el placer de mil y una maneras. Bajó su cabeza hasta allí y lamió las montañas de sus pechos, quería saborearlos despacio hasta volverla loca de placer. La estaba torturando, pero le encantaba. Gimió y arqueó la espalda ofreciéndoselos, sujetó la cabeza contra ellos y él gruñó de satisfacción en respuesta. No podía más, pensó que cuando perdiera la virginidad sería con el hombre que amaré, pero ahora mismo estaba tan excitada que veía imposible parar. Quería perderla con aquel hombre que con sus actos prometía mucho placer.

—¡Scailar! —gritó Marius.

Se quedó paralizada, giro la cabeza y entre la neblina del deseo fue vislumbrado a su amigo justo al lado de ellos, con los brazos en jarra y en su mirada brillaba la promesa de que al hombre que estaba profanando su cuerpo le partiría todos los huesos.

El color de sus mejillas aumentó y esta vez no era por la excitación, sino por la vergüenza de que la hubieran pillado montándose salvajemente con el hombre que odiaba en mitad del pasillo donde cualquiera los podría ver.

Cuando la besó perdió el raciocinio, la mujer que llevaba dentro le gritaba que devorara a aquel dios griego. «Nunca mejor dicho» pensó.

—Marius yo... —Las palabras se peleaban por no tener que abandonar su boca.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo? —preguntó Marius mirándola como quien mira a su hijo tras una travesura.

—Si quieres te hago un croquis —le contestó Apolo muy molesto porque les habían interrumpido.

—Tú, cierra la boca antes de que yo te la cierre —le advirtió mientras le miraba con autentico desprecio.

—Yo, es que... —Se sentía como una niña pequeña a la que regañaban porque le habían pillado jugando con algo que no estaba permitido.

—Tú, gárgola ¡déjala en paz! Nadie te ha dado vela en este entierro. Así que si te das media vuelta y nos dejas tranquilos mejor para ti —sus palabras destilaban ira, nadie le hablaba así, ni a Scailar tampoco.

—Te voy a tener que cerrar esa boca tan grande que tienes, Scailar solo es una joven de la que te quieres aprovechar, como muchas otras —pronunció dando un paso hacia ellos.

—A mí nadie me manda callar. Y menos uno de tu clase —La tensión entre esos dos hombres era palpable.

—¿Mi clase? —Marius estaba a punto de saltar como una olla a presión.

—Vale ya los dos —intentó poner orden Scailar—. Marius no ha sido él, simplemente ha surgido así.

—¡No le defiendas! —gritó Marius mientras apretaba tantos los puños que tenía los nudillos blancos.

—¡Te estás pasando! —advirtió el dios que estaba llegando al límite de su paciencia.

—Scailar bájate y vístete, nos vamos —Cogió la camiseta que estaba tirada a sus pies y se la tiró.

Con los nervios no se había dado cuenta de que seguía subida en Apolo. Se puso la camiseta, parecía una tontería, pero el estar en sujetador ahora la hacía sentirse muy expuesta.

—Marius no soy una niña y si decido estar con un hombre lo tendréis que entender sí o sí — Refunfuñó, vamos eso era impresionante que con los años que ya tenía tuviera que dar explicaciones de sus escarceos amorosos, chicas mucho más jóvenes llevaban ya muchos años disfrutando del sexo libremente.

—Scailar el día que decidas estar con un «hombre de verdad» yo mismo te llevaré. Este mujeriego solo te utilizará y se comerá tu corazón para luego escupirlo sin contemplaciones — Ella no daba crédito a todo lo que estaba ocurriendo, sabía que él seguramente tuviera muchas amantes, pero de ahí a hacerle daño...

Apolo estalló y sin ni tan siquiera bajarla se fue directo hacia Marius con el puño preparado para impactar en su bonita mandíbula.

Marius le esperaba totalmente dispuesto a una buena pelea, la testosterona entre esos dos se podría llegar a tocar. Scailar se veía en medio al final la iban a hacer daño.

—¡He dicho que basta! —gritó enloquecida— Marius tenéis que parar, no digas más tonterías por favor.

—¿Tonterías? Pregúntale cuántas relaciones ha tenido —Él también gritaba solo le faltaba echar espuma por la boca para ser un perro rabioso.

Apolo intentaba sacarla del medio para enzarzarse en una pelea con el hombre pelirrojo, pero ella apretaba más sus piernas para que no la soltase y se mataran a golpes.

Una luz naranja iluminó el pasillo y acto seguido Laya estaba allí, menos mal eso evitaría que esos dos se mataran. Los miro curiosa y cuando se percató de que estaba subida encima de su sobrino soltó una risita picarona.

—Vaya, vaya Apolo te veo mucho mejor que la última vez—volvió a mirarlos de arriba abajo divertida.

«¡Por dios qué vergüenza! Por favor tierra trágame y escúpeme bien lejos de aquí» pensó Scailar. Se bajó como pudo quitando la mano que Apolo aún tenía en su culo y que por supuesto no pasó desapercibida para Laya. «¿Algo más podía salir mal?»

—Hola tía, ¿cómo estás? —preguntó él tan tranquilo, como quien está tomando una taza de café en vez de a medio polvo en el pasillo.

Scailar no daba crédito, Apolo tan a gusto con la situación, Laya parecía encantada y feliz «¿En esa familia estaban todos locos o qué?»

—Bien cariño, pero veo que tú mejor —soltó una risita—. Sobre todo, por la compañía —le guiñó un ojo a Scailar.

Marius resopló y Apolo volvió su atención de nuevo a él. Se retaban con la mirada, con que uno de los dos respirara un poco más fuerte de lo debido estaba segura de que el otro saltaría a su yugular.

—¿Por qué nadie me avisa de que hay una fiesta montada? —preguntó Amanda que se unió a la reunión.

—¿Va a venir alguien más? Deberíais llamar a los demás que nadie se pierda el espectáculo —refunfuñó Scailar, que se sentía en una de esas situaciones que empeoraba por momentos.

—Bueno ¿qué os pasa? parecéis enfadados —preguntó Laya divertida.

—Scailar y yo nos besamos, y al parecer a Marius no le pareció bien —explicó Apolo evitando los detalles escabrosos para evitar que Scailar pasará más vergüenza de la que ya tenía.

—No ha sido solo un beso y los sabes... —gruñó Marius con un tic nervioso en el pie.

—¡Olé mi chica! Ya era hora de que le hincaras el diente a ese bomboncito —se entusiasmó Amanda pasando la lengua por el labio como relamiéndose.

Scailar se tapó la cara con ambas manos, Apolo y la diosa se rieron por la sinceridad de la raptora, pero Marius tenía cara de asesino en serie.

—Bueno y ¿cuál es el problema? Si se gustan... Yo creo que hacen una pareja maravillosa.

«¿Todo el mundo se había vuelto loco?» Entre Marius que la trataba como una niña, Amanda avivando la llama de su vergüenza y la tía de Apolo que hablaba de sentimientos que no tenía... daría cualquier cosa por tener el poder de teletransportarse y desaparecer en ese mismo instante.

—Laya con todos mis respetos, entiendo que es tu sobrino, pero su fama de conquistador le precede, por donde pasa no deja un corazón sin partir. Así que perdóname, pero no me voy a quedar de brazos cruzados para que Scailar sea su próxima víctima.

Laya iba a contestar, pero su sobrino le hizo una señal para que no lo hiciera.

—Scailar, él tiene razón. Todo lo que ha dicho sobre mí es la verdad, no te voy a mentir. Me encantan las mujeres y los placeres de la carne y no tengo ningún interés en comprometerme

contigo ni con nadie —pronunció mirándola con esa mirada de chulo que tanto odiaba.

No sabía por qué, pero esas palabras le hicieron daño. No estaba enamorada ni nada por el estilo, pero sintió un resquemor. Algo le decía que ese hombre no era de los que se enamoran y te regalan flores, pero oírlo de su boca le hizo sentir presión en el pecho.

—Me parece correcto yo tampoco tendría con alguien como tú nada más que un revolcón. No podría vivir siempre agachándome en las puertas para no darme con los cuernos. Así que todos contentos —contestó ella con la cara más indiferente que pudo poner, aunque le estaba costando horrores las emociones iban de un lado para otro, disparadas, la rabia, la vergüenza, la ira, la tristeza.

Él le devolvió la mirada desconcertado, pero en seguida cambió su atención a Laya. Se ocuparía más tarde de ella.

—Tía ¿qué haces aquí? ¿Has descubierto algo? —La diosa cambió el semblante que había tenido divertido hasta hace unos instantes a la tristeza de la que era portadora últimamente.

—La verdad es que sí, tengo una buena noticia y otra mala. ¿Cuál queréis primero? —sonrió, aunque esta vez la sonrisa no llegó a sus ojos.

—Pues la mala a ver si luego mejora el tema —decretó Apolo impaciente por saber qué es lo que ocurría con sus poderes.

—Bueno pues ahí va. Todos sabéis que mis hijos las gárgolas tienen un poder único a parte de la velocidad, la fuerza y la transformación —Todos asintieron impacientes —Pues el poder de Scailar aún no lo teníamos claro ya que no se había manifestado.

—Y ¿qué tiene que ver eso? —preguntó Scailar.

—Pues a eso voy, al parecer tu poder es que puedes drenar los poderes de otros —Miró las caras de los presentes buscando las distintas reacciones.

—Pero eso no es posible, los demás pudieron usar sus poderes, incluso las Arpías. ¿De qué me sirve si no puedo drenar los poderes de mis enemigos? —preguntó preocupada, por muy mal que ese hombre le cayera no quería ser la responsable de aquello.

—Bueno eso no lo sé, pero seguramente sea debido a que aún no lo controlas para dirigirlo de una persona u otra —Hizo un gesto con los hombros.

—No puede ser... —Se tapó la cara con las manos preocupada.

—No te preocupes Scailar —la consoló Apolo. No sabía cómo era capaz de estar tan tranquilo si eso pasara al revés ella estaría de los nervios y pidiendo su cabeza a gritos—. Bueno dinos la buena noticia.

—Es obvia, en cuanto Scailar controle su poder tú podrás volver a usar los tuyos —sonrió satisfecha por lo que les acababa de decir.

—Así que tengo que luchar y curarme como un mortal hasta que la gargolita sepa usar sus juguetes —ahora era él quien se masajeaba las sienas.

¿La había llamado gargolita? Pero que le pasaba a este hombre en la sesera, primero la consolaba y ahora hablaba de ella de manera despectiva. Le encantaría hacer que se tragara sus palabras, pero sabía que esa situación que le frustraba era por su culpa. Si se hubiera quedado en casa él podría luchar ahora en plenas facultades. Solo por ese motivo decidió callarse y no montarle una escena.

—Sí cariño, pero gracias a los dioses tienes muy buenos compañeros que lucharán a tu lado —los miró a todos— aparte eres un fiero guerrero con poderes o sin ellos.

—Bueno me voy a tumbar un rato. Gracias tía por todo, si encuentro a Artemisa te avisaré.

—Vale cariño —La diosa abrazó a su sobrino antes de irse.

—Apolo —le llamó Scailar— de verdad que lo siento.

—No te preocupes, encontraremos a nuestras familias y las llevaremos a casa —se despidió y se marchó no tenía ganas de hablar en ese momento, todo se estaba torciendo a pasos agigantados, no sabía cómo resultaría todo aquello.

CAPÍTULO X

No sabía cuánto tiempo llevaba inconsciente, pero sentía la cabeza pesada y dolorida. No recordaba que le hubieran golpeado, quizá le habían drogado, no lo sabía y la verdad es que eso tampoco importaba.

No quería abrir los ojos hasta asegurarse de que no tenía ningún enemigo cerca, así que se concentró en sus otros sentidos para sondear posibles amenazas. Lo primero que pudo sentir era el aire que era rancio, olía a humedad y a cerrado, seguramente estaba en una especie de sótano o mazmorra. Era muy escrupuloso para los olores y tenía muy buen olfato. Siguió olisqueando para identificar que más había allí. Pudo sentir un olor metálico, a sangre seguramente de alguna de las gárgolas que estaban con él cuando fueron atacados, posiblemente estaban mal heridos. Aun sin ver lo que le rodeaba supo que el sitio era sucio y desaliñado. Oía algún quejido de dolor, pero eran casi susurros, dos voces murmuraban muy bajito, casi de forma inaudible, esperaba que fueran amigos y no enemigos.

Posó las manos sobre el frío suelo que era de piedra, había humedad por algunas zonas y era irregular. Tras varios minutos en silencio y poniendo toda su atención en detectar algún peligro abrió los ojos, despacio, los sentía pesados, si definitivamente le habían drogado. Lo primero que percibió el lugar estaba pobremente alumbrado, algunas antorchas apenas ahuyentaban la oscuridad. El techo era alto y rocoso, oscuro como el resto de la estancia. No veía cadenas por ninguna parte, tenía pinta de mazmorra. Tenía frío, no había una hoguera ni otra fuente de calor para quitarse toda esa frialdad que se le metía dentro de la piel. Se incorporó para mirar a su alrededor, la mayoría de hombres estaban inconscientes, algunos muy heridos. Otros estaban despertando igual que él.

Buscó por la estancia a sus hermanos. Silas dormía, pero estaba bien no veía ninguna herida y respiraba con regularidad. Cormand estaba despertando, se tapaba la cabeza con la mano seguramente tenía un dolor atronador. Se levantó demasiado rápido y se tambaleo, estaba mareado, pero quería comprobar que su hermano estuviera bien.

Fue esquivando los cuerpos que estaban desparramados por los suelos. No había mucho sitio para andar eran muchos los allí presentes y el espacio era reducido.

Se acercó hasta su amigo y se puso en cuclillas a su lado. Le observó y tenía algún rasguño, seguramente al resistirse cuando les atraparon, pero nada que no se curara rápidamente.

—Cormand, soy yo, Akiles. ¿Estás bien? —susurró, pero su amigo sentía que la cabeza le

pesaba tanto que deseaba volver a dormirse.

—Sí, pero parece que tengo una resaca de mil demonios. ¿Dónde estamos? —preguntó colocando la mano en forma de visera para tapar la poca luz que había, seguramente le dañaba los ojos.

—No lo sé, parece algún tipo de mazmorra, no tengo ni idea —su voz sonaba cansada, no parecía ese hombre que siempre tenía una sonrisa en la cara.

—Y ¿Silas? —preguntó incorporándose rápidamente al darse cuenta de que no sabía si estaría vivo o muerto. El movimiento tan rápido hizo que se mareara y cayera de nuevo al suelo — ¡Mierda! Pero que nos han dado.

—Quédate tumbado, nos han administrado algún tipo de droga muy fuerte. Puedes estar tranquilo Silas duerme al parecer tranquilo, así que descansa voy a echar un ojo a ver si veo por donde podemos escapar.

—No te alejes mucho —dijo cerrando los ojos de nuevo, era lo único que hacía que no vomitara.

—Sí mamá —sonrió cuando su amigo le sacó el dedo corazón en respuesta.

Fue deambulando con cuidado dirección a la puerta, era de madera «¿Por qué no habían intentado ya derribarla?» pensó extrañado.

Cuando estaba llegando a su destino se fijó en algo que llamo su atención. Cerca sobre una capa roja oscura o eso parecía por aquella luz, había una mujer de cabellos negros. No distinguía muy bien sus rasgos, pero por lo poco que veía se atrevería a aventurar que era muy hermosa. Se acercó despacio parecía perdida en sus pensamientos, jugaba con un mechón de su largo cabello azabache. Cuando estuvo casi a su lado ella aún no se había percatado de su presencia así que aprovecho para espiar sus facciones.

Su rostro era pálido pero muy hermoso, no conseguía ver en él ninguna imperfección, tenía forma de corazón a juego con sus gruesos labios.

Su nariz era pequeña y respingona, graciosa, aunque tenía que reconocer que lo que más llamaba la atención en esa perfecta tez eran dos ojos grandes y rasgados de un color azul eléctrico, adornados con largas pestañas negras que con la luz de la antorcha que se reflejaba en sus pupilas daba apariencia de ser azuladas. Estaba sentada con las rodillas pegadas en su pecho por lo que no podía acertar a ver su figura, pero pondría la mano en el fuego en que sería igual de fascinante que su rostro.

—¿Te vas a quedar ahí parado mirando o vas a decirme algo? —preguntó la mujer sin ni tan si

quiera pestañear.

—Disculpa, no quería molestarte. Te he visto aquí sola y no he podido evitar mirarte —confesó Akiles deseando oír de nuevo esa voz cantarina.

—Bueno no estoy sola, imagino que mi tía os ha mandado a buscarme sois gárgolas ¿no? —dijo girando la cabeza y clavando esos ojos que le hicieron entrar en calor como si fuera una gran hoguera.

—Sí, lo somos. Y tienes razón tu tía nos pidió que viniéramos a rescatarte, pero como has podido comprobar no hemos tenido mucho éxito —estaba deseando sentarse junto a ella y oírla hablar durante horas.

—Bueno no te castigues, lo que nos ha atrapado tiene un poder muy grande, si no, no me habrían cogido. Soy diestra en la lucha y con mis poderes —le contó mirándole con la cara ladeada, con curiosidad y no sabía por qué, pero le encantaba que lo hiciera.

—¿Pudiste ver quién te secuestró? ¿Fue el minotauro? —preguntó Akiles acercándose un poco más a ella— ¿puedo sentarme?

—Claro siéntate, tienes que andar volado con la droga que nos han dado. Sí me secuestró el minotauro, pero estoy segura de que con la ayuda de alguien. Ya que desde que me atraparon estoy sin poderes, y vosotros también —sonrió amargamente.

—¿Cómo que no tenemos poderes? —preguntó mientras la miraba y no daba crédito a lo que le comentaba.

—Sí, puedes comprobarlo tú mismo, estamos encerrados y no podemos escapar, aunque lo que nos tiene aquí encerrados sea una endeble puerta de madera.

Akiles solo sabía que no podía tener razón se negaba a quedarse ahí sentado sin poder hacer nada.

Levantó la mano para intentar arrancar la puerta con su poder, su poder era el de la telequinesis. Pero nada sucedió ni si quiera la luz amarilla que anticipaba el golpe de gracia. Miro a la diosa con esos ojos que le hacían perderse en ellos y ella hizo un asentimiento con los hombros. Volvió a intentarlo y de nuevo nada sucedió.

—Ya te lo dije, ni si quiera se puede derribar la puerta. Así que relájate y disfruta. Por cierto, soy Artemisa y ¿tú?

—Akiles encantado, y te prometo una cosa, saldremos de aquí, aunque sea lo último que haga —Ella le sonrió, pero sin estar muy convencida de sus palabras y se dio cuenta de que nunca había visto una sonrisa como aquella, esa mujer le desarmaba totalmente.

La cena se presentaba tensa. No quería acudir, pero Amanda la había amenazado con llevarla de los pelos si era necesario y no sabía por qué, pero la veía totalmente capaz. Quizá la Amanda dulce y mortal no, pero la raptora en la que se había convertido no se lo pensaría dos veces.

—No entiendo por qué le hiciste caso a Marius, no le quieres para casarte o ¿sí? Las mujeres también podemos pasar un buen rato sin tener que jurar amor eterno —la regañó Amanda completamente convencida mientras caminaban hacia la cena.

—No quiero hablar del tema —desvió la mirada hacia el mar, esa noche se reflejaba la luna llena y era digno de ver.

—¡Venga ya! Si yo no amara a mi hombre con toda mi alma ese no se me escapaba —Scailar se tapó la cara con la mano tendría que haber pedido que la arrastrara de los pelos, al menos no tendría que escuchar todo eso—. Primero le lamería de arriba abajo como un pastelito y luego...

—¡Basta! Ya he pillado la idea —Se puso roja como un tomate seguro que lo hacía para hacerla rabiar.

—Venga dime tú que le harías, son cosas que hablan las chicas, yo con Sari lo hablo —Scailar hizo una mueca mientras la otra se reía por lo pudorosa que era. Se agarró de su brazo.

—Espera un momento señorita —la paró en seco y la volteó para que quedaran de frente y así mirarla a los ojos— ¡Tú eres virgen! —gritó Amanda.

—¡Pero quieres bajar la voz que nos van a oír! —Solo tenía ganas de insertarla en su espada como a una banderilla.

—Entonces lo eres —afirmo Amanda apretándose más a su brazo y poniendo cara de traviesa—. ¿Por qué no me lo has contado? Te habría dado unos cuantos consejos. Te lo digo en serio cuando era humana tenía una vida sexual plena y ahora ni te cuento. —La silenció antes de que le contará los detalles escabrosos de Marius entre las sábanas.

—No me gusta hablar de ello, ya bastante malo es seguir siéndolo con mi edad ¿no te parece? —dijo Scailar exasperada quería mucho a esa mujer, pero la sacaba de quicio con su cabecita loca.

—¡No es justo! Yo te lo cuento todo —le hizo un mohín.

—No lo entiendes, si sintieras igual que cuando eras humana te darías cuenta de que es algo importante para una chica y sobre todo un tema delicado. Aunque como gárgola tengo más edad, en años humanos sería como tú ahora mismo. Me da mucha vergüenza, pero sabes lo protegida que

he vivido, ¿te imaginas a Akiles si le hubiera dicho que tenía una cita?

Sin mediar palabra Amanda la atrajo hacia sí con su tremenda fuerza y la abrazó, si hubiera sido mortal le habría rotos todos los huesos. Pero agradecía realmente ese gesto desde que había sufrido el cambio a raptora le costaban las muestras de cariño.

—No te preocupes que eso lo vamos a solucionar... —le dio otro apretón antes de soltarla.

—¿Qué hay que solucionar? —preguntó Marius mientras llegaba junto a ellas y las sonrió.

Scailar rezó una plegaria para que Amanda no se lo contará o caería fulminada ahí mismo, solo le faltaba que los hombres de la casa se enteraran de sus problemas de cama.

—Nada mi amor, a Scailar le ha bajado la regla y no se ha traído compresas con los nervios y me preguntó si yo tenía —cogió a su hombre del brazo para llevárselo y se giró a guiñarle un ojo de una forma tan exagerada que le guiñó los dos.

No pudo evitar reírse había que quererla sí o sí. Tenía que reconocer que había sido lista con lo que le dijo a Marius, no era un tema del que le gustará hablar a los hombres así que no preguntó más. Les siguió de cerca, ya casi habían llegado al comedor.

Cuando entraron se hizo el silencio. Apolo y Molok bebían cerveza mientras el entrañable anciano servía una cena que olía maravillosamente. Ese olor lleno sus fosas nasales e hizo que su estómago rugiera en protesta. Con todo lo ocurrido no había sido capaz de comer nada en todo el día.

Apolo le echó una rápida mirada antes de concentrarse en Marius que lejos de intimidarse se sentó justo en frente de él para poder mirarle durante toda la velada. «Hombres y su testosterona, solo les faltaba echar una meada para marcar el territorio» pensó exasperada.

Amanda tomó asiento junto a él a su derecha, enfrente de Molok así que le quedaba un sitio a la izquierda de Marius y muy cerca del... no sabía ni cómo llamarlo. Tenía sentimientos contrarios sobre ese hombre.

—Milton que bien huele el cerdo asado, se me hace la boca agua —expresó Apolo intentando romper el incómodo silencio—. Cuando pienso que es imposible que te superes aún más en la cocina, vas y lo haces.

—Muchas gracias hijo mío —hinchó el pecho dichoso por los halagos recibidos y sus mejillas rosadas brillaron.

—Siéntate, yo terminare de servir —le imploró Apolo mientras se ponía en pie para sustituir a su viejo amigo.

—Pero señor, yo... —dijo el hombre mayor sin saber muy bien cómo reaccionar.

—Hazme caso alguna vez tendrán que servir a ti, así que no hay nada más que hablar —Y el anciano con una sonrisa que no le entraba en el rostro tomó asiento sintiéndose importante.

A veces con ese tipo de gestos podría olvidarse de cuanto la desesperaba aquel hombre. Incluso podría imaginar cómo sería estar a su lado, pero como bien habían hablado aquel mismo día a él solo podría tenerlo de una manera. La pregunta era si ella conseguiría tener sexo con él y no implicarse emocionalmente, tendría que meditar sobre ello.

Comenzó a servir la comida humeante. Primero a Marius el que le miraba fijamente y con el gesto torcido, Amanda sonreía divertida solo los dioses sabían que le estaría pasando por esa cabecita loca que tenía. Molok estaba expectante presintiendo que algo había ocurrido, pero sin saber realmente el que. Milton sonreía con sus mejillas sonrosadas por la felicidad y los halagos recibidos por su comida y ella, ella no sabía muy bien que hacer, con todos los sentimientos contradictorios que tenía. «Es un capullo engreído que solo me ve como un trozo de carne, pero por otro lado le necesito para salvar a mi hermano y aunque me costara reconocerlo hay cosas de él que me gustan» pensó Scailar sin darse cuenta de que había llegado junto a ella con esa sonrisa chulesca suya y le preguntaba algo.

—Perdona que decías.

—Te he preguntado ¿qué si quieres cerdo? —No entendió por qué, pero aquello la hizo saltar como a un muelle.

—No gracias ya me he comido uno hoy y me dio indigestión —Al demonio los modales que la habían enseñado cuando estaba junto a él sacaba lo peor que habitaba en ella.

Él la miró al principio sorprendido por esa reacción cuando por una vez no la había buscado para discutir, luego su rostro cambio a mezquino «¿Qué se había creído esa niña consentida para tratarle a él de ese modo? Él era un dios, hijo de Zeus y se merecía un respeto, estaba ya cansado de los ataques de esa insolente. Pero la pondría en su sitio, claro que sí» se dijo.

—Estoy seguro de que te has comido muchos en tu vida y no se te han atragantado... —se burló sabiendo que había tocado un tema delicado cuando ella le abrasó con la mirada.

¡Oh eso sí que no! La estaba llamando... fresca o algo peor, ella era virgen y no permitiría que la tratara como una cualquiera, ese don juan de pacotilla. Y lo peor es que de poco se había entregado a él, pero no la conocía, no sabía dónde se había metido y se lo iba a enseñar.

Apolo no espero respuesta y se fue a su sitio sin servirla alimento, mientras Molok miraba todo sin saber qué es lo que se estaba perdiendo.

Amanda se quedó de piedra con un trozo de pan asomando por su boca a medio masticar seguramente esperando que Scailar saltara por encima de la mesa y se lo comiera vivo para luego

escupirlo, Marius estaba apretando los brazos de su silla tanto que la madera sonó al resquebrajarse.

Scailar se debatía entre saltar encima de su yugular o cambiar de estrategia y no darle la noche al pobre anciano que la miraba con una súplica en sus ojos cansados y cristalinos. Así que ganó la segunda opción.

—Bueno Molok cuéntame más sobre ti, ¿estás casado? ¿tienes hijos? —Le miró sonriendo y aleteando sus pestañas castaño-rojizas.

—Pues por ahora no, aún no ha llegado la mujer de mi vida —le contó sonriéndole de esa manera adorable.

Apolo la estaba taladrando con esos ojos azul eléctrico que tanto le gustaban.

—No me lo puedo creer, un hombre como tú tan guapo y tan fiero guerrero... seguro que tienes todo un harén de mujeres detrás de ti —Le sonrió lo mejor que sabía aquello de la seducción era algo totalmente nuevo para ella.

Apolo no daba crédito ¿estaba intentando seducir a su hermano delante de él después de lo que había sucedido entre ellos? ¡Oh eso no quedaría así! La miró mientras ella sonreía pensándose vencedora, pero no esto no iba a quedar así a él no le amedrentaba ninguna mujer.

—Claro que las tiene Scailar, pero ¿sabes cuál es el problema? —Esperó que ella entrara en su juego.

—Ilústrame —contestó ella lo más seca que pudo. Sabía que estaba haciendo mella en su ego masculino tonteando con otro en su presencia, aunque él solo la quisiera para un rato el que pudiera elegir a otro hombre antes que a él le mataba, estaba segura.

—Pues el problema es que a mi hermano nunca le han gustado las cosas de segunda mano. Tú ya me entiendes ¿Verdad?

Entonces se desató la segunda guerra mundial en ese salón. La cara de Scailar se volvió escarlata, sus ojos brillaron de una manera peligrosa, no dudó y saltó por encima de la mesa a por él y no fue ni tan si quiera consciente que mientras que se arrastraba sobre platos y copas desparramando todo el contenido su cuerpo estaba cambiando.

El dios que no se lo esperaba no le dio tiempo a reaccionar y esquivar lo que se le venía encima antes de que le diera tiempo a pestañear se encontraba enroscado por la fuerte cola de Scailar y encima sin poderes para defenderse contra ella.

El odio le nublaba la vista y cada vez ejercía más presión sobre el cuerpo de su presa. Apolo sabía que podía luchar contra ella aun sin poderes, pero los dos acabarían heridos en el proceso, y

se negaba a dañar a una mujer.

Molok al ver la escena desenfundó rápidamente su espada a lo que Amanda contestó con un siseo entre sus colmillos desenfundados.

—Ni si te ocurra o te comeré de postre —Amenazó la raptora.

—¡Parad todos ya! —grito Marius.

Todos le oyeron y reaccionaron a su voz menos Scailar que seguía intentando hacer trizas los huesos de Apolo.

—No te escucha —exclamó Apolo con la voz entrecortada por el dolor que su cuerpo estaba padeciendo.

—Scailar escúchame —pronunció suavemente para no alterarla más de lo que estaba, era difícil llegar hasta ella cuando se encontraba en ese trance— Tienes que parar, ese hombre al que estas a punto de matar tampoco es santo de mi devoción, pero tú no eres una asesina. Él nos está ayudando a buscar a tu hermano y nos guste o no remamos todos en el mismo barco. Así que por favor suéltalo —sabía que le había escuchado cuando ella pestañeo y las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas.

Tenía mucha rabia contenida como se atrevía a hablar de ella de esa manera, no la conocía solo quería hacer que se tragara su lengua viperina. Pero sabía que Marius tenía razón, lo principal era salvar a su hermano y a los demás, era lo único que importaba en aquel momento.

Fue suavizando su agarre sobre aquel ser que la alteraba tanto, mientras su cuerpo cambiaba a su forma humana hasta quedar totalmente desnuda y vulnerable frente a todos los presentes. Molok y el anciano miraron hacia otro lado para darle intimidad, pero Apolo la miraba fijamente, no a su cuerpo desnudo si no a sus ojos poblados de lágrimas.

«¿Qué había hecho? Se había comportado como un auténtico gilipollas» pensó. Fue a estirar la mano para secar las lágrimas de su rostro, pero ella se giró y salió corriendo dejándole con la mano alzada.

—Scailar —gritó, pero ya había desaparecido.

—¡Tú! —le llamo Marius— tenemos que trabajar juntos por el bien común, pero si te veo otra vez cerca de ella te mataré con mis propias manos —juró pegando su rostro al de él por la frente — Ella siempre ha sido una mujer inocente y buena. No ha sido mimada, ha estado protegida de más porque su hermano y nosotros no queremos que le pase nada ya que vio como asesinaban a sus padres a sangre fría. Y ahora está luchando una auténtica guerra con ella misma por todos los cambios que está sufriendo. Así que compórtate como una persona decente con ella.

Apolo sintió que toda la rabia contenida desaparecía de un plumazo con la confesión de Marius, él la había juzgado como a una niña consentida pero realmente era una luchadora que se había embarcado en un viaje sola, para encontrarse con un grupo de hombres entre ellos él que se comportaba como un capullo, sin saber utilizar bien sus poderes por salvar a la gente que amaba. Realmente era un imbécil.

—¿Me puedes contar que ha ocurrido aquí? Porque la verdad es que me veo envuelto en un juego entre vosotros dos que no sé a qué viene —dijo Molok una vez que llegaron al camarote de Apolo.

Él cansado le relató todo lo ocurrido desde que había tenido el encuentro con Scailar. Molok le escuchó atentamente, al principio sorprendido y luego intentando no soltar una carcajada que haría que su amigo saltará sobre él como un animal sobre su presa.

—¿Te estas riendo? —preguntó Apolo con una ceja levantada no sabía si estaba más desconcertado o enfadado con su hermano.

—No, no para nada —contestó intentando poner un gesto serio, pero por más que lo intento no pudo evitar estallar en risas.

—¡No tiene gracia! —dijo poniendo énfasis en cada palabra, solo le faltaba que Molok se riera de él.

—¡Oh hermano! Claro que la tiene. Tienes que reconocer que eres un mujeriego —Apolo puso los ojos en blanco— nunca te he visto compartir cama dos veces con la misma mujer, así que es normal que Marius se preocupe de ella.

—No me gustan los compromisos, solo eso —confesó concentrado en la jarra de cerveza que tenía en la mano quizá si bebía lo suficiente podría dejar de pensar por una noche y dormir.

—Eso o que eres realmente malo en la cama y por eso no vuelven —Volvió a reír con ganas, ya le empezaba a doler la mandíbula de hacerlo. Se tuvo que agachar rápidamente ya que una jarra paso volando muy cerca de donde un segundo antes había estado su cabeza e impactó contra la pared haciéndose añicos.

—¡Vete a la mierda! —se giró para servirse otra jarra de cerveza.

—¡Lo siento! ¿Vale? Solo quería quitar algo de hierro al asunto y que te rieras un rato que tan serio pareces unos de los perros de Hades —No le contestó, solo sabía que no tenía ninguna gana

de reírse— ¿Sabes que creo?

—¿Qué? —preguntó secamente solo quería que se fuera y le dejará solo bebiendo y perdido en sus pensamientos.

—Que por fin has dado con la horma de tu zapato. Nunca he visto a una mujer que te llevara la contraria o te desafiara. Y eso es algo que, aunque quieras negar te tiene enganchado. Y ¿tú? ¿Cuándo te has alterado lo más mínimo por una mujer que no fuera tu madre o tu hermana? Estáis hechos el uno para el otro.

—Buff, no digas tonterías —exclamó exasperado— ¡Vete! Quiero estar solo.

Molok se fue haciéndole un guiño y sabía que lo peor es que él tenía razón nunca había conocido a nadie como ella. Y apuró su jarra de cerveza mientras aun oía las risotadas de su amigo mientras se alejaba por el pasillo.

A la mañana siguiente Marius le comunicó que estaban llegando a Lamia, su destino. Una ciudad que se encontraba en Grecia central muy cerca de Atenas, su casa que lastima que estuvieran en otra dimensión donde solo vivían los dioses y criaturas mitológicas. El sitio de su raza estaba entre los humanos, donde podían dar su vida por protegerlos.

Las vistas desde el barco le proporcionaban una idea general de la zona, era montañosa y muy verde eso veía a grandes rasgos. Lo que más resaltaba entre tanta montaña era un inmenso castillo que se erguía sobre un acantilado. Le encantaría poder verlo más de cerca. A su lado Marius y Amanda veían la escena igual de maravillados que ella, abrazados el uno al otro, era maravilloso ser testigo de lo que se amaban dos personas a las que adoraba y no podía evitar sentir cierta envidia sana.

—Marius ¿qué nos vamos a encontrar en Lamia? —preguntó Scailar con curiosidad mientras pasaba su mano por la madera de la borda donde estaban apoyados.

Él respondió con un gesto de hombros que indicaba que tenía el mismo nivel de desconocimiento que ella.

—¿Te gustan las historias? —preguntó Molok sonriendo mientras se acercaba y se sentaba en el suelo junto a ellos, parecía que se le había olvidado el altercado de la noche anterior. No parecía un hombre rencoroso.

—Sí —afirmó devolviéndole la sonrisa. La verdad es que era un hombre hermoso, por dentro y por fuera, pero no sabía por qué no le llegaba a atraer como hombre. Era una pena porque ese sí que era un hombre de verdad que estaba segura de que la trataría como a una princesa.

—Pues si os apetece os contaré una —todos asintieron y tomaron asiento junto al hombre de

cabello dorado y hoyuelos mientras el sol acariciaba su cuerpo calentando su piel y el suave contoneo del barco acompañaba su historia—. Hace mucho, mucho tiempo había una mujer que destacaba del resto por su gran hermosura, incluso más que las diosas y eso es algo difícil ya que ellas son las más hermosas. Era amable y humilde, pero sobre todo muy inteligente.

Cualidades muy importantes y deseables para un hombre —le guiñó un ojo a Scailar antes de proseguir—. Todo eso se lo había enseñado su padre, Poseidón. Sí lo habéis adivinado era medio diosa, su madre había sido mortal y murió durante el parto. Ella era madre y sabía lo duro que era criar sola a sus hijos ya que su esposo falleció en una batalla y ella le guardaba luto, aunque hubieran ya pasado varios años. Era feliz con sus pequeños y disfrutaba todo lo que podía del tiempo junto a ellos.

Hasta que un día un dios llegó a su puerta y no era cualquier dios, era Zeus, el rey de dioses había llegado a su hogar debido a las leyendas que hablaban de esa magnífica mujer. Y todos sabemos que a ese dios ese tipo de cosas le pierden sin remedio.

El dios nada más verla quedó prendado de su belleza y de su corazón fuerte como el de un león, pero por desgracia para él, ese amor no era correspondido. Ella le rechazaba a diario cada vez que él se presentaba con regalos para agasajarla y comprar su amor. Ella no quería sus cosas materiales, tenía todo lo que necesitaba junto a su familia. Él era un conquistador nato y le llevó un día las flores más exquisitas y hermosas, tras ver que no llamaban su atención, apareció otro día con dulces poemas que obviamente no eran escritos por él ya que no era conocido por ser poeta; probó con trovadores que la acariciaran con su melodiosa voz, las joyas más selectas que encontró, pero nada hacía efecto en ella. Pero un día Zeus intentó algo distinto y esta vez ella empezó a verle con otros ojos... —paro de narrar la historia mientras los tres le miraban entusiasmados por la historia que les contaba.

—Sigue por favor, ¿qué pasó? —preguntó Scailar emocionada por el relato que tanto le recordaba a las historias de amor que ella solía leer. Se acercó aún más a él animándole a seguir.

Él asintió y sonrió y Scailar no pudo evitar mirarlo como si le estuviera inspeccionando, era un hombre de portada de revista. Eres muy atractivo. Tenía el cabello castaño casi rubio, cuando el sol se posaba sobre él se le veían reflejos rojizos. Su piel era dorada de un tono envidiable. Sus rasgos eran fuertes, marcados, pero no tanto como los de Apolo. Tenía unos ojos soñadores de color dorado, pero sin duda lo que más destacaba en aquel hombre era su sonrisa era sincera y amable, era alguien tan risueño como ella, o por lo menos como era antes de embarcarse en esa aventura, desde entonces casi no sonreía. «¿Por qué no me he fijado en él en vez de en el cavernícola?» pensó.

—¿Dónde estás? —Le preguntó Molok divertido, seguramente se le había quedado una cara de

tonta— si no te interesa lo dejo... —ella se puso roja como un tomate.

—No, no perdona me quede pensando en la historia —mintió ella. Él le contestó con un guiño antes de continuar.

—Lo que realmente hizo que la mujer más hermosa de la antigüedad cayera rendida fue que Zeus empezó a involucrarse con sus pequeños hijos, jugaba con ellos, les contaba cuentos, hasta que poco a poco se ganó su favor. Los niños de alguna manera veían la figura paterna en ese hombre que se preocupaba tanto por ellos, y eso a una madre le llega al corazón. Él lo hacía de corazón, Zeus tiene muchos hijos así que hacer eso no le resultó mayor dificultad.

Así que ella una noche cuando él ya se disponía a marcharse como siempre, le pidió que se quedará. El dios con el deseo reflejado en su rostro aceptó encantado. Hicieron de la noche día amando sus cuerpos y sus almas en una sintonía perfecta, y siguieron haciéndolo durante las siguientes noches. Pero una de ellas cuando casi ya llegaba el alba, Lamia se despertó sobresaltada, algo muy malo iba a suceder, ella lo podía sentir dentro de sus propias vísceras, despertó asustada al dios que dormía saciado a su lado. Y le contó que algo estaba pasando — Molok guardó silencio para poner más emoción a la historia.

Amanda le dio un suave puñetazo en el hombro y él levanto las manos a modo de rendición.

—¡Venga sigue o te golpeo de nuevo! —amenazó riendo.

—Zeus intentó tranquilizarla sin mucho éxito, abandonó la cama corriendo desesperada por ver que sus pequeños se encontraran bien pero cuando iba a alcanzar el picaporte de la puerta esta estalló en mil astillas y el golpe hizo que cayera postrada frente los restos de la puerta. Estaba llena de heridas causada por las astillas. Hera, la esposa de Zeus estaba allí de pie mirándola con la cabeza muy alta y el odio saliendo por cada poro de su piel, pero no estaba sola, los hijos de Lamia estaban con ella, los llevaba cogidos fuertemente por el cabello. Los pequeños lloraban por el terror y el dolor que sentían. «Por favor suelta a mis hijos, te daré lo que quieras» Suplicó mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

»No entendía por qué ella estaba actuando de esa manera. Zeus le había prometido que no tenía nada con ella, que solo estaban juntos por las apariencias. Entonces ¿Por qué parecía que la odiaba de aquella manera? Intentó acercarse a sus hijos para protegerlos, pero la diosa tiraba más fuerte de los cabellos hasta levantarlos del suelo lo que los hacía gritar más aún, rompiendo el corazón de Lamia al no poder llegar a proteger a sus hijos.

—¡Cállate ramera! Y tú, —gritó mirando a Zeus con desprecio— estoy harta de tus infidelidades —gritó la diosa con el rostro tenso por la rabia y la venganza reflejada en sus ahora rojos ojos.

—Hera ¡ni se te ocurra! —La advirtió el dios, los cielos tronaron ante su orden.

Pero ella lejos de temer la ira de su esposo con un rápido y certero movimiento arrancó la cabeza de los pequeños cuerpos para que la madre fuera testigo de lo que era capaz por la ofensa recibida. Lamia dio un grito desgarrador mientras que todo su cuerpo convulsionaba, ese era el dolor más horrible para una madre, ver morir a sus hijos.

La diosa no saciada con lo que había hecho lanzo las cabezas de los pequeños rodando en dirección a su madre. Llegaron y justo quedaron mirándola con unos ojos de auténtico terror y suplica hacia su progenitora, la misma que no había podido hacer nada para salvarlos. Intentó levantarse, pero las piernas la fallaron y se desplomó, Zeus rápidamente la sujetó entre sus fuertes brazos intentando consolarla, aunque sabía que era algo inalcanzable.

—¡Yo te maldigo perra! —maldijo la diosa con un tono de voz que parecía embrujarla— nunca podrás volver a cerrar los ojos, siempre tendrás la visión de los cuerpos degollados de tus hijos para que nunca olvides que a mí nadie me engaña. Vivirás eternamente y te alimentarás de la sangre de los mortales, pero la única que te saciará será la de los niños —Lamia no podía contestarla ya que el dolor le había cerrado la garganta mientras lloraba sin consuelo.

—Hera has ido muy lejos ¡Te mataré con mis propias manos! —rugió el dios sabiendo que nunca podría cumplir su promesa y abrazo aún más a Lamia entre sus brazos intentando absorber parte de su dolor del que él era culpable.

Hera desapareció mientras su risa aun tronaba por las paredes de la estancia a sabiendas que su marido no podía matarla sin morir él mismo. Había ganado una batalla siéndole infiel, pero ella había ganado la guerra.

—¿Y qué paso con Lamia? —preguntó Marius intrigado por la cruel historia. Él no era mucho de ese tipo de historias, pero tenía que reconocer que se había quedado absorto en las palabras de Molok como el resto.

—Ya sigo deja que tome aire —sonrió Molok— Zeus lejos de poder quitarle la maldición le dio el poder de quitarse los ojos durante unas pocas horas al día y así poder alejar el sufrimiento que debía presenciar.

» Lamia no pudo superar lo ocurrido aquel día por haber confiado en el dios del embaucamiento así que perdió la cabeza convirtiéndose en un monstruo que se alimentaba de sangre, al principio intentó no alimentarse y así morir, pero eso no era posible solo conseguía que el dolor la partiera en dos. Cuando perdió la cabeza ya todo le daba igual, había perdido la humanidad que le quedaba. Dice la leyenda que cada vez que veía una madre acompañada de su hijo la envidia la corroía, así que delante de ella se alimentaba del pequeño hasta robarle la vida

de esa forma la otra mujer sentiría el mismo dolor que ella padecía. Tenía muchos amantes que hipnotizados por su sobrenatural belleza se rendían gustosos a sus pies para que ella se alimentara. Aunque sus favoritos son los niños sin duda aquellos pequeños seres que le recuerdan todo lo que le fue arrebatado por confiar en un hombre.

Todos le miraban boquiabiertos, Scailar se tapaba la boca horrorizada, hasta Amanda que no era muy sensible notaba como las lágrimas picaban en sus violáceos ojos.

—¿Cómo Zeus pudo permitir algo así? No puedo ni imaginar lo que ha tenido que sufrir aquella mujer —Scailar estaba tremendamente afectada por aquella historia, la pena le apretaba el corazón, como el amor podía ser tan cruel.

—Porque es un ser despreciable que solo se preocupa de sí mismo —La voz de Apolo sonó a sus espaldas en la cual se detectaba el veneno que sentía hacia él.

—Pero no lo entiendo, él la amaba. ¿Por qué si no hizo todo lo que hizo para conquistarla? —preguntó ella sin entender muy bien las razones del dios.

—No, no la amaba es un depredador que persigue a su presa hasta que esta cae en sus redes. No importa lo que tarde en conseguirla, al final todas lo hacen, aun sabiendo en el fondo que él no abandonará a su mujer y lo celoso y mortífera que es ella —Explicó Apolo apoyándose en la borda del barco, su mirada parecía perdida en algún otro lugar muy lejos de allí.

—¿Es lo que os paso a vosotros? —preguntó Scailar sin pensar dos veces en como sentaría esa pregunta al dios que por un momento hizo una mueca de dolor ante sus palabras.

—Shuu —dijo Molok había remplazado esa sonrisa tan perfecta que tenía por preocupación.

—No te preocupes amigo —le tranquilizó apoyando una mano en el hombro del rubio que estaba sentado más abajo que él para tranquilizarlo.

Los recuerdos se agolpaban en su mente punzantes, dolorosos. Le encantaría poder hablar cosas buenas pero esas palabras nunca saldrían de su boca.

—Él conoció a mi madre cuando era una joven inocente, casi no había salido y mucho menos había frecuentado a hombres. Tenía el ideal de que un día llegaría un hombre del que se enamoraría y formarían una bella familia con muchos hijos. El hombre con quien compartiría su vida sería un hombre fuerte, cariñoso que la cuidaría y haría reír como su padre a su madre. Le conoció en una fiesta que se daba en el Olimpo y él quedo prendado, para variar. La hizo reír aquella noche, bailaron, y él no paraba de agasajarla con cumplidos.

Mi tía Laya que era más madura le dijo que no confiaba en él, que se alejara, pero ella como una chica con su primer amor no la hizo ni caso. Zeus como ha pasado muchas otras veces la

visitaba con presentes y promesas hasta que ella terminó de sucumbir a sus encantos pensando inocentemente lo que él le prometió, que no amaba a su mujer y que la desposaría para hacerla feliz durante toda la eternidad. De esa promesa mi madre terminó embarazada, tenía miedo ya que aún el dios no la había desposado, pero tan feliz de poder darle hijos —tomó aliento para seguir con la historia mientras esos ojos eléctricos estaban soñadores pensando en su madre. En los recuerdos del pasado—.

»La felicidad de ella tuvo una vida corta ya que, aunque el dios como siempre lo quiso ocultar Hera lo descubrió y llena de cólera no solo por otra infidelidad más si no porque se había atrevido a dejarla embarazada echo una maldición sobre mi progenitora. No podría dar a luz en ningún sitio del mundo. Ella estaba muerta de miedo, pero pensaba que su amado la protegería, que la dejaría por estar con ella y con sus hijos no natos, pero no fue así, él lo único que hizo fue hacer surgir una isla en medio del mar donde estaríamos los tres protegidos de su cabreada mujer. Nunca fue a verla, ni a nosotros y gracias a ese pequeño desliz estamos exiliados allí por toda la eternidad.

Scailar consternada por lo que le había contado deseaba alargar su mano y traerle hasta ella, abrazarlo y consolarlo por la historia que había vivido. Nadie debería sufrir de ese modo, y menos a manos del hombre amado o de tu propio padre. Pero ella no podía tener ese acercamiento con él, aunque quisiera, las cosas entre ellos eran tirantes y no quería que empeoraran más.

—Lo siento de verdad, por tu madre y por vosotros —él ya no miraba al horizonte, la miraba a ella mientras escuchaba sus palabras— realmente entiendo tu odio hacia él, yo misma lo siento como mujer.

—Bueno no te preocupes, estoy seguro de que algún día conseguiré vengarme de él —intento sonreír, pero no llego a sus ojos.

—Y si no podéis salir de la isla ¿cómo estás aquí? —preguntó Amanda bastante sorprendida por lo que les había revelado.

—No podemos salir porque Hera nos quiere muertos, pero no podía quedarme de brazos cruzados mientras mi hermana corre peligro —la seguía mirando con esos ojos tan intensos que hacían que el suelo se moviera bajo sus pies.

Algo paso por su mente, odiaba a su padre por ser un mujeriego, pero él no quería comprometerse con ninguna. «No seas tonta, él no miente sobre lo que quiere ni está casado con una diosa loca de celos» se recriminó. Tenía razón él era mujeriego, pero con la verdad por delante y eso era un punto a su favor. Y aunque sintiera todo lo que sentía por Apolo incluso ganas de matarle alguna vez el pensar en la vida que había tenido que llevar le rompía el corazón.

—¡Tierra! —gritó uno de los hombres y saco a todos de sus pensamientos haciendo que volvieran a la cruda realidad y a lo que se tendrían que enfrentar. ¿Un monstruo o una mujer que habían vuelto loca de dolor?

Desembarcaron en un pequeño puerto que poseía la ciudad. El olor a mar era allí más fuerte, donde las aguas se quedaban estancadas y la sal parecía pegarse a su piel. Esperaba encontrar a pescadores y marineros ocupándose de sus labores diarias, pero estaba todo tan vacío y silencioso que daba la sensación de estar en un sitio muerto.

Había pequeñas embarcaciones atracadas en aquel lugar, algunas amarradas por una cuerda y otras ni eso. Anduvieron por el embarcadero de madera, el suelo crujía bajo sus pies, como si hiciera ya mucho tiempo que los viajeros lo hubieran pisado por última vez. Miraban atentos a todos los rincones esperando ser sorprendidos por la que venían a buscar o cualquier otro enemigo, pero no había ni rastro de nadie. En esa zona no había casas solamente hierba que habían dejado crecer demasiado y un camino polvoriento.

Decidieron seguir por ahí para llegar a la ciudad. Sus pies levantaban la arena al andar, mientras el sol que brillaba en el cielo despejado hacía que sudaran sus camisetas. Después de un rato empezaron a vislumbrar algunas casas bajas de una sola planta, seguramente ya estaban llegando a lo que era la ciudad en sí, pero el que no hubiera más bullicio que el que causaba algún animal correteando o cazando su comida era bastante inquietante. Una vez que ya estuvieron junto a las casas se dieron cuenta de que tampoco se veía un alma. «¿Sería un pueblo fantasma?» pensó Scailar que caminaba al lado de Marius y Amanda mientras seguían a Molok y al dios que abrían la marcha.

Las casas eran blancas o antaño lo fueron, ahora estaban descuidadas, con las ventanas rotas, con agujeros en los tejados, parecía que no había vivido gente en ellas desde hace mucho tiempo. Quizá Lamia había dejado todo eso desierto después de arrebatar la sangre y la vida a sus habitantes. Llegaron a lo que parecía la plaza del pueblo y en el medio de la misma había una fuente redonda y algo agrietada pero que tenía dentro agua bastante cristalina, algo que desentonaba claramente con aquel lugar tan sombrío. Se acercaron a refrescarse un poco y a rellenar las botellas de agua.

—Esperad —pidió Apolo mientras probaba primero el agua para asegurar la seguridad del grupo. No perdería a más hombres de forma innecesaria.

Scailar le observo impresionada, es que ese hombre no se acordaba que los poderes no funcionaban ahora que estaba ella allí, cualquier de ellos podría haberla probado y no correrían riesgo alguno si estaba envenenada. O tenía un gran corazón o era bastante tonto.

Apolo cogió un poco de agua en su mano ahuecada y se la llevo a los labios. Una vez que la tragó espero unos segundos y al ver que no notaba nada extraño animo al resto a beber.

—¡Mirad! —interrumpió Molok y los demás le siguieron con la mirada hacia donde él señalaba.

Había una casa notablemente más grande que las demás, era de piedra rojilla y aunque también se la veía bastante abandonada estaba mejor conservada que el resto. Tenía un cartel colgando algo doblado por el paso del tiempo, pero cuando se acercaron más pudieron ver que ponía «mesón».

—¿Vamos a parar a tomar un tentempié? —preguntó con sorna Scailar y se dio cuenta de que había sonado más borde de lo que pretendía. Solo es que ese sitio la irritaba, la sensación de estar en peligro no la abandonaba.

—No Scailar —su tono fue cortante mientras la miraba fijamente— Vamos a descubrir donde está toda la gente de la ciudad. No está abandonada. Mira allí —señaló una pequeña casa bastante grisácea que en una parcela pequeña adyacente tenía ropa secándose colgada de una cuerda— Y ahí —le enseñó otra casa de la que de la chimenea salía un poco de humo, probablemente de una lumbre.

—Lo siento, a veces me comporto como una payasa y este sitio me tiene muy nerviosa —se disculpó y él la sonrió, era la primera vez que lo hacía desde el «altercado». Asintió para que supiera que aceptaba sus disculpas.

Apolo se fue acercando lentamente no quería que sus pisadas resonaran en el suelo de piedra y pudiera alertar a cualquier persona que anduviera por allí. El resto le cubría por si eran atacados por sorpresa. Se dio cuenta que a más cerca estaba del lugar más sonidos escuchaba, pero no era el típico sonido de un sitio como aquel, gritos, risas, o alguna discusión, era más bien como un susurro, varias voces hablando en voz baja.

Llegó hasta la puerta de madera que estaba algo desgastada pero entera y abrió suavemente no quería asustarlos y que les atacaran en respuesta. Cuando la luz del exterior empezó a entrar por la rendija que se iba abriendo con la puerta todas las personas ahí reunidas se giraron y era sobrecogedor el miedo que vio Apolo en sus rostros, el temor en su mirada le decía que temían ser encontrados reunidos de esa manera.

—Hola gente de Lamia —pronunció mientras se adentraba muy despacio y con las manos levantadas, para que entendieran que no era una amenaza— Soy Apolo y vengo acompañado de unos amigos —su voz era firme, pero había bajado el tono de voz para intentar no alterar a aquellas personas que le miraban con los ojos muy abiertos y la sorpresa y el miedo reflejado.

Seguramente no recibían muchas visitas—

No queremos molestaros, hemos venido buscando a mi hermana, luego nos marcharemos, os lo prometo.

—Y al mío —añadió Scailar que le seguía muy de cerca— Si nos pudieran ayudar se lo agradeceríamos inmensamente.

La gente los miraba fijamente, desconfiados, pero eso no era lo más alarmante si no el estado en el que se encontraban. Tenían la piel seca y con claros signos de mal nutrición.

Sus ropas estaban desgastadas y roídas, llevaban el pelo limpio pero estropeado seguramente por la falta de alimento. Grandes ojeras y bolsas enmarcaban sus ojos. Eran hombre y mujeres, pero de un rango limitado de edad, no había ningún anciano o niños entre ellos.

—Buena gente, si no es indiscreción ¿dónde están los niños y los ancianos? —Scailar se le había adelantado con la pregunta, él también sentía curiosidad, pero esperaba a que cogieran más confianza antes de hacerles ese tipo de preguntas.

Reaccionaron a ello de forma instantánea, las mujeres se llevaron la mano a la boca para evitar que saliera un lamento mientras las lágrimas abandonaban sus ojos en un quejido sordo. Los hombres les brindaron su consuelo abrazándolas, pero todo ello en el más pulcro silencio.

—Yo... lo siento tanto, no era mi intención molestarlos —se disculpó Scailar al darse cuenta de lo que había provocado. Retrocedió un paso y se abrazó a sí misma. Maldiciendo por no controlar en ocasiones su lengua.

—No se preocupe joven —dijo un hombre desde detrás de las parejas que permanecían abrazadas. Cuando las personas abrieron paso para que él llegara hasta ellos se percató de que era algo mayor que el resto, pero sin llegar a ser anciano— Por favor siéntense, no solemos recibir muchas visitas, siento que no les hayamos dado un mejor recibimiento.

—No por favor disculpen ustedes por irrumpir aquí sin ser invitados —se disculpó Marius mientras tomaban asiento en una mesa de madera alejada de la puerta, tenía dos bancos del mismo material uno a cada lado. El hombre que les había invitado a sentarse cogió una banqueta y se sentó presidiendo la mesa. Su rostro delataba el cansancio y las noches en vela, pero aun así fue muy amable en recibirlos.

—Aglica, por favor sirve a nuestros invitados algo de beber.

—No se molesten por favor —contestó Molok pensando horrorizado que no podría quitarles el poco sustento que tendrían aquellas personas.

—No es molestia, insisto, tenemos poco, pero estaremos gustosos de compartirlo con vosotros

—ofreció sinceramente emitiendo una pequeña sonrisa triste.

La mujer a la que se había referido rápidamente les trajo unas jarras de cerveza y un poco de pan y queso. Y los dejó en la mesa con la mirada baja, por algún motivo les intimidaba mirarlos directamente.

—Muchas gracias —agradeció Amanda intentando controlar su alto tono de voz a la vez que sonreía a aquel hombre.

—Los demás por favor seguid con vuestras tereas, tengo que hablar con nuestros invitados.

Aquellas personas fueron asintiendo y abandonando la taberna en el silencio más absoluto, por algún motivo no querían llamar la atención de algo o alguien. Scailar preocupada por el agravio causado con su pregunta sonreía a todo el que pasaba por su lado. Y ahora que los miraba más de cerca se pudo dar cuenta de algo, cada una de las mujeres que allí se encontraban embarazadas en distintos puntos de la gestación, eso no podía ser una casualidad. Pero esperaría a que el hombre les contara lo que tenía que decirles no volvería a meter la pata de aquella manera.

—Mi nombre es Breus. La verdad es que no sé muy bien por dónde empezar —mientras pensaba se tocó la barba que ya empezaba a tener algunas canas. Tomo un trago de la cerveza espumosa como si quisiera que le infundiera la fuerza que le faltaba— os lo contaré:

Hace mucho tiempo en esta misma ciudad que es pequeña pero no tanto como ahora, vivíamos bien, felices, la necesidad no llamaba a nuestra puerta. Teníamos trabajo y un rey maravilloso que se preocupaba por su pueblo. Nunca nos explotó ni nos cobró impuestos desorbitados. Su ejército se preocupaba de protegernos y vivíamos en paz. Este monarca amaba a su esposa con toda el alma, pero cuando ella le iba a dar a luz a su primogénito falleció en el parto por unas hemorragias que le arrancaron la vida, y de ese mismo modo el corazón del rey.

Él estaba desconsolado por perder el amor de su vida, pero aún le quedaba el amor de su hijo y de su pueblo que le apoyó en todo momento.

El rey viajaba por temas de negocios, aunque tenía súbditos para ello, él prefería siempre de cuidar los intereses de sus gentes. Así que un día marchó y cuando volvió de ese viaje no lo hizo solo. Le acompañaba una joven tan hermosa que parecía mágica.

Sus cabellos azabaches eran tan brillantes como una noche estrellada y era largo y sedoso, tenía los ojos a juego tan luminosos que parecían farolillos que podrían alumbrar en la noche más aterradora y oscura. Nuestro monarca estaba tan feliz que te llenabas de dicha solo con verle. Todo parecía que había vuelto a su cauce en su vida desde la pérdida de su esposa. Las fiestas eran lujosas y todos las disfrutábamos junto a ellos en palacio, hasta que una noche la dicha se esfumo como un soplo de aire. Un niño desapareció. Le buscamos por los bosques, incluso por el

mar por si se había perdido o ahogado, pero nunca apareció. La pena nos invadió, pero lo asumimos, por desgracia esas cosas ocurren y seguimos con nuestras vidas. Hasta el día en que otra niña desapareció sin dejar rastro. No podía ser una cosa fortuita, algo no andaba bien, pensamos que quizá había algún asesino acechándonos desde las profundidades del bosque y las noches de luna llena se llevaban a nuestros pequeños.

El miedo empezó a apoderarse de nosotros, pero nuestro rey dijo que él mismo se encargaría de lo que se había atrevido a robar a nuestros hijos, como si del suyo se tratara.

Pero no daba con el asesino por más patrullas que mandara, los perros intentaban rastrear el olor de los niños, incluso él mismo salía a buscar, pero nada detenía al asesino, uno a uno fue desapareciendo los demás pequeños de la ciudad. Y algo empezó a dar vueltas en nuestras cabezas... y ¿si el asesino no estaba en los bosques? Y ¿si se encontraba en palacio? Todo había comenzado al poco de llegar la nueva mujer del rey, así que sospechamos que ella era la asesina. Quizá era una bruja y utilizaba a los críos para sacrificios.

Intentamos hablar con nuestro señor y contarle lo que sospechábamos, pero fue totalmente inútil, no quería ni oír hablar del asunto, era como si estuviera hechizado por aquella mujer. Entonces todo cambio con él. Nos empezó a culpar de no saber cuidar a nuestros hijos— hizo una pausa y todos le miraban horrorizados por lo que los estaba relatando. Pegó un trago a su cerveza para adquirir el valor de continuar—

Una noche el príncipe desapareció, era el único niño que quedaba en la ciudad. Pensamos que cuando eso ocurrió el rey nos creería y sacrificaría a esa que llamaba mujer.

—Pero ¿no fue así verdad? —preguntó Amanda mientras agarraba la mano de Marius con tensión.

—No hija mía. Estaba tan hechizado por aquel monstruo que ni lloró la muerte de su hijo, él que hasta hace poco era lo que más quería junto con su pueblo. Nosotros si le lloramos, como si fuera uno de nuestros pequeños. Creímos que ahora que había terminado con todos los niños desaparecería ya que era lo único que le interesaba, aunque no estábamos seguros, pero inocentes de nosotros nos volvimos a equivocar.

Una noche al poco de la desaparición del pequeño príncipe la mujer del rey nos reunió a todos ahí afuera, en la plaza donde antes hacíamos las celebraciones. Empezamos a fraguar una idea, si teníamos una oportunidad de acabar con ella sería aquel día ya que siempre estaba escondida en la seguridad que le proporcionaba el castillo. Pero las cosas solo fueron a peor. Una primera partida de hombres fue a por ella, no somos guerreros ni estamos adiestrados en el arte de la guerra, pero llevábamos en la sangre el ansia de venganza por todo lo que nos habían arrebatado.

Todos ellos perecieron... delante del resto de nosotros que estábamos atemorizados por la fuerza y crueldad de aquella mujer, les desgarró el cuello uno a uno con unos afilados colmillos — Amanda disimuladamente se pasó la lengua por los dientes esperando no tenerlos fuera, a veces le ocurría sin darse cuenta. No quería que aquella pobre gente la temiera como a aquel ser— cuando termino de alimentarse ya saciada sacó un pañuelo y limpió su bello y mortífero rostro antes de dirigirse a nosotros «¿Empezamos?» todos enmudecidos por el miedo asentimos y con el miedo palpitando en nosotros. Nos acercamos a ella esperando a que hablara. «Ahora que ya estáis dispuestos a escuchar tengo que comentaros un par de cosas. La primera es que no me ha gustado nada que intentarais matarme, pero para que veáis lo benevolente que soy os daré otra oportunidad. Si queréis vivir tendréis que procrear para mí y los bebés en cuanto nazcan me serán entregados.

—¡No! —gritó una de las mujeres presentes con el miedo reflejado en su voz.

—¿Cómo has dicho humana? —preguntó desafiándola a que contestara mientras se acercaba a ella. La mujer, aunque su cuerpo se convulsionaba por el miedo, hinchó el pecho para contestarla.

—Te has llevado a mis tres hijos, no te daré ni uno más. ¡No me podrás quitar nada más! ¡Nos has matado en vida! —Y la escupió con toda la rabia contenida que tenía mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Tus deseos son órdenes para mí —Y antes de que nuestros ojos se percataran de su movimiento el monstruo estaba sobre la mujer y le partió el cuello sin el menor esfuerzo. Y la dejó caer flácida hasta sus pies— bueno antes de seguir ya que no me gusta que me interrumpen. ¿Alguien quiere acompañar a esta mujer?

Todos negamos con la cabeza el miedo era más grande que el odio que sentíamos.

—Bien como os iba diciendo, me entregareis a los niños e inmediatamente os pondréis de nuevo a ello, ya que como habéis intuido tengo que alimentarme a menudo de niños. Aunque si alguno de vosotros no hace lo justo me ocuparé de él o ella. ¿Me habéis entendido? —todos sintieron no tenían palabras para aquello que les estaba imponiendo— Perfecto me gusta llegar a acuerdos satisfactorios, para mí claro —rio con una risa siniestra que resonaba en nuestros oídos haciendo que nos encogiéramos aún más de miedo.

—Y los que ya no podemos tener hijos, ¿cómo le podemos servir? —preguntó un anciano que estaba en primera fila, la verdad es que él la miraba con menos miedo, quizá cuando envejeces temes menos a la muerte al verla más próxima.

—Muy buena pregunta, sí señor. Todos tendréis una misión en este plan, los ancianos o las personas que no sean fértiles me servirán de alimento hasta que lleguen los primeros bebés, no es

mi alimento preferido, pero qué queréis que os diga hay que comer —confesó mirándose las uñas que llevaba pintadas de negro sin darle más importancia.

Los ancianos protestaron, algunas personas que no habían sido bendecidas con el don de traer hijos al mundo gritaron ante el final que esa mujer les había impuesto. Ella no gritó solo se giró completamente para encararlos. Sus ojos se habían tornado negros completamente, no había ni un ápice de blanco en ellos. Ahí pudimos comprobar el infierno que nos prometía.

El hombre se quedó perdido en sus pensamientos mientras que con la mano se tapaba el rostro. Tendría que ser muy difícil haber vivido algo así y también el tener que contarlo.

—¿Y qué hicisteis? —preguntó Scailar con el corazón apretado por la pena.

—Hija hicimos todo lo que nos pidió. Los ancianos al final fueron voluntariamente por que preferían morir desangrados que ver toda la desgracia que nos esperaba a los padres, decían que ya habían vivido demasiado para presenciar cómo sus familias y vecinos tenían que entregar a sus hijos de forma voluntaria o perecer al negarse. Y tenían mucha razón, sí que hay algo más horrible que sobrevivir a un hijo, entregarlo tú mismo a las garras de la muerte.

—¡Por los dioses! —exclamó Molok tan desconcertado y perdido como el resto de ahí presentes. Era una de las cosas más horrible que hubiera escuchado nunca.

El resto sentían la pena por lo que les acababa de contar como si el dolor de aquella gente se les metiera dentro y les calará hasta los huesos. Más de uno se prometió en silencio que matarían a aquella mujer, si se le podía llamar de aquella manera.

—¿Por qué no habéis huido? Hemos visto que tenéis barcos en el muelle —le preguntó Marius y puso una mano cálida sobre su hombro para que supiera que estaba con él en su dolor.

—Joven créeme que lo intentamos, pero esa cosa, reina Lamia como nos hace llamarla, interceptó a unos pocos valientes que intentaron huir una noche cuando ella se retiró a alimentarse. Luego ella nos recordó «sois míos y solo seréis liberados cuando yo os drene hasta la muerte». De eso hace ya diez años y ha cumplido su promesa, cada vez que uno ya no puede tener más hijos y ya no le sirve les vacía de vida.

—¿Y el rey? ¿Qué fue de él? —dijo Amanda que ya estaba deseando alimentarse de esa perra, la dejaría seca.

—El rey era solo un pelele a su lado así que cuando se aburrió de él nos comunicó que había terminado con su lastimera vida. De vez en cuando se lleva a algún hombre que le parezca atractivo a su lecho que pueda satisfacer sus otras necesidades. No quieren, el solo tocarla les produce repulsión, pero no les queda otra, yo mismo fui en el pasado.

—No se preocupe buen hombre, nosotros vamos a terminar con su sufrimiento, acabaremos con ella y no tendrán que vivir con miedo nunca más —se comprometió Scailar y los demás la secundaron.

—Es imposible, si lo intentan morirán y aunque les estemos inmensamente agradecidos no queremos que muera nadie más —rogó el hombre.

—No se crea somos difíciles de matar. ¿Sabe cómo podemos llegar al castillo sin ser vistos? ¿Algún atajo o túnel? —preguntó Apolo en muchas ciudades de Grecia era normal tener pasadizos que llegaran a los castillos para que la familia real pudiera escapar en caso de guerra.

—Sí, tenemos unos pasadizos que llegan hasta el dormitorio del rey, ella los utiliza cuando viene a buscar algún hombre. Hay que ir en el momento correcto ya que ella lo ve todo, seguramente ya sabe que estáis aquí. Pero durante unas horas al día ella se quita los ojos para poder descansar, en ese momento es vulnerable, pero nosotros no hemos tenido fuerzas de volver a intentarlo ni aun sabiendo su secreto.

—¿Sabes si ha llegado gente nueva hace poco? Una mujer que se parece mucho a mí, quizá los tiene encerrados en algún calabozo o algo —interrogó Apolo impaciente por saber si su hermana estaba bien y a salvo.

—No, no hemos tenido visita en el último año —negó el hombre algo desconcertado por la pregunta.

—¡Mierda! No tenemos más pistas que seguir, tengo que hablar con Zeus o con el oráculo —exclamó Apolo a la vez que apretaba la mesa conteniendo toda la ira que sentía. Pensaba que estaba tan cerca de encontrar por fin a su hermana y su esperanza se iba volando entre sus dedos.

—No Apolo, vamos a liberar a estas personas de la Lamia —protestó Scailar levantando el mentón para enfrentarle.

—Scailar... —amenazó Apolo, no quería discutir con ella en ese momento, no tenía tiempo.

—Ni Scailar, ni nada, me niego rotundamente mi hermano también está en peligro, pero qué clase de personas seríamos si nos cruzáramos de brazos viendo lo que ha sufrido esta gente. No me puedo creer que tan si quiera lo pienses después de todo lo que nos han contado. ¿Es qué no tienes corazón? —dijo Scailar cabreada, pero sobre todo sorprendida, cuando pensaba que aquel hombre era un buen hombre y que tenía un noble corazón hacía alguna cosa como esas y solo deseaba pegarle hasta que le dolieran las manos.

—El barco es mío y haremos lo que yo diga —sabía que aquella mujer rubia tenía razón en lo que decía, pero no podía evitar que le llevaran los demonios cuando le trataba así y menos delante de más personas— Señor por favor entiéndame, no es que no me preocupen sus vidas, pero mi

hermana que es lo que más quiero en este mundo junto con mi madre está en peligro, cada segundo que sigue desaparecida crecen las posibilidades de que no la encuentre con vida y eso me destroza por dentro —Le explicó al hombre que le miraba y asentía, el brillo de esperanza que había tenido unos minutos antes en sus ojos había desaparecido y no podía evitar que eso le sentara como un puñetazo en las tripas.

—Claro hijo mío, te entiendo perfectamente —dijo el hombre mientras, tragaba con dificultad para evitar que las lágrimas de pensar que casi habían tenido una oportunidad de ser libres.

—Mira escúchame bien —Se levantó Scailar y le puso un dedo en frente del rostro— te puedes meter tu barco por donde amargan los pepinos —gritó más de lo que era su intención, pero solo tenía ganas de patearle el culo —Además esto es por culpa de tu padre, dices que le odias, pero te estas comportando exactamente como él, solo preocupándote de ti mismo cuando un ser desvalido te necesita. ¡Te odio!

«Tocado y hundido» pensó Apolo, había dado exactamente en el punto donde él era vulnerable. La miraba con incredulidad, pero eso que le dijo hizo un clic en su cabeza que le hizo razonar sus palabras. No podía culparla por decirle la verdad, aunque doliera.

—Lo siento, tienes toda la razón me he comportado como un auténtico capullo y me merezco todo lo que me digas. Iremos a matarla y una vez que estas personas estén bien seguiremos nuestro camino —Se disculpó Apolo sinceramente.

Scailar estaba avergonzada por haber dicho eso, sabía que era un golpe bajo, pero no podía marcharse después de lo que aquella gente le había contado. Pero que Apolo se disculpara la dejó totalmente descolocada, ese hombre cambiaba como el viento, no sabía muy bien como pillarle.

El hombre sentado en un extremo de la mesa ya no contenía las lágrimas que se derramaban caliente por sus mejillas, pero esta vez las lágrimas eran de alegría, porque quizá al siguiente día serian libres del miedo a morir constantemente y quizá algún día pudieran superar todo aquello y volver a ser felices o al menos tener la oportunidad de intentarlo.

—Mañana os enseñaremos como llegar hasta allí por los túneles —pronunció el hombre entrecortadamente por el nudo que tenía en la garganta. Amanda sin pensarlo le cogió la mano y le dio unos leves apretones mientras le sonreía y él agradecido se los devolvió.

—¿No deberíamos ir antes de que nos detecte? No contaremos con el factor sorpresa mañana si todo lo ve —planteó Molok.

—No es que no quiera llevaros ahora, está a punto de despertar tenemos que esperar a mañana cuando vuelva a deshacerse de sus ojos. Lo siento, pero hoy tendréis que seguirle la corriente cuando venga, que vendrá.

A nadie le gustó eso de tener que encontrarse con ella y no poder matarla, pero tenía razón, no podían arriesgarse a que muriera más gente inocente. Scailar sobre todo dudaba como actuaría delante de ella ya que a ella se le notaba todo en la cara. Si le hacía un par de preguntas de más los descubriría seguro.

—De acuerdo iremos mañana. ¿Contenta? —Preguntó a Scailar que aún le miraba, aunque ya se había sentado más tranquila que hacía unos minutos.

Ella solo le asintió.

—Rápido está a punto de despertar, tenemos que ir a mi casa y disimular cuando venga. Seguidme la corriente—Todos estuvieron de acuerdo en seguir el plan.

Fueron a la humilde casa de aquel hombre. Se pararon un segundo en la puerta de la taberna donde algunas personas esperaban a ver el resultado de la conversación mantenida. Él les resumió rápidamente que estaban allí para ayudarlos y que por favor tenían que seguir como siempre hasta que todo eso acabara. En la casa de una planta en la que se veía que hacía mucho tiempo que no se hacían los arreglos de mantenimiento oportunos, pero era acogedora. Les explicó que tenía dos dormitorios ya que antes tenía un hijo y donde dormía con su mujer la que falleció a manos de la Lamia cuando no pudo alumbrar más hijos debido a una complicación en el parto. Una pequeña cocina, pero con lo necesario para vivir y un humilde retrete.

Breus compartió con ellos un caldo muy sabroso con algo de verduras y hierbas salvajes, pan duro y queso que ellos comieron agradecidos por que les ofreciera lo poco que tenían para subsistir. Habían improvisado un pequeño plan para cuando llegara Lamia.

No tardó en aparecer en cuanto se percató de la sangre fresca que había en su territorio. Sin llamar entró como un tornado esperando encontrarlos planeando algo. Todos la miraron con terror interpretando su papel, todos menos el dueño de la casa que lo sentía realmente.

—¡Oh! ¿Pero qué tenemos aquí? —preguntó mientras miraba curiosa de uno a otro y satisfecha por lo que veía, lo sabían porque se relamía el labio superior.

—Mi reina espero que no os moleste, pero son mi familia. Las sobrinas de mi difunta esposa y sus maridos —dijo el hombre con la mirada baja mientras se tapaba una mano con la otra para evitar el temblor que esa mujer provocaba en él.

No estaban muy seguros de que el plan funcionara porque, aunque las dos eran rubias no se parecían en absoluto y menos Amanda con aquellos ojos violetas. Pero tenían que intentarlo.

Pensaron que si el demonio dudaba le dirían que eran sobrinos, pero de hermanos diferentes. Pero ella los miraba encantada, lo único que parecía importarle eran los nuevos manjares que disfrutaría.

—Bienvenidos a mi humilde reino —dijo con una voz dulce, melodiosa que a juego con su hermosura fácilmente haría caer a cualquiera en su trampa, si no fuera porque ellos conocían a la perfección de lo que era capaz.

La mujer era realmente impresionante, tenía el cabello muy negro y liso, le llegaba hasta el final de la espalda y brillaba muchísimo, sus ojos también eran del mismo color, rasgados y poblados de pestañas tan largas que cuando pestañeaba fingiendo inocencia tocaban sus rosadas mejillas. Los hombres, aunque deberían tener una actitud sumisa y no levantar la vista no podían evitar mirarla obnubilados por sus gruesos labios y su cuerpo hecho para el pecado. Además le rodeaba un aura que atraía sobre manera. Era bella y mortífera por la atracción que despertaba en los demás.

Amanda que se percató de que Marius la miraba como si fuera el postre más sabroso del mundo y le pellizó fuertemente por debajo de la mesa, arriesgándose a ser descubierta, pero le daba igual le diría que era una mujer celosa con su hombre y había reaccionado a ese sentimiento y si no se lo creía se comería a esa perra y punto. Marius ni se inmutó ni sentía ni padecía casi saca los colmillos y le desgarró el cuello ahí mismo por esa falta de respeto. Su hombre era suyo y de nadie más. Menos mal que Breus se percató, seguramente él no estaba hechizado después de tantos años de tortura por parte de aquel demonio.

—Al no saber de mi mujer sus hermanos se preocuparon, y decidieron mandar a sus hijos a ver que no nos hubiera pasado nada. Hoy les he comunicado que por desgracia su tía ha fallecido y los pobres están desconsolados. Espero que no le importune su visita su majestad.

—Qué va Breus me parece algo maravilloso como se ha preocupado tu familia. Espero que se quieran quedar una temporada aquí con nosotros —el hombre sabía perfectamente que no era una petición y que le estaba dejando claro que nunca abandonarían la isla.

—Sí señora —afirmó bajando de nuevo la mirada.

—Vamos quiero decir que nunca os marcharéis —decretó antes de ponerse a reír, una risa tan cruel que desentonaba totalmente con su apariencia física.

Todos fingieron sorpresa, bueno todos no, ellos estaban idiotizados, pero ellas tenían que continuar con el papel que estaban interpretando.

—Pero ¿por qué mi señora? Nosotros tenemos nuestras familias y amigos en casa, no podemos quedarnos aquí —fingió Scailar para parecer confundida por la declaración de Lamia.

—Porque así lo ordeno yo mi dulce niña. Espero que tu marido sea un hombre muy activo sexualmente —miró a Apolo, que estaba sentado junto a ella perdido en esos ojos negros— ya que me tendréis que dar muchos hijos.

—No, no eso no puede ser —gritó asustada Scailar o al menos eso pensó el monstruo.

—Claro que si pequeña, eso o me comeré a tu marido. ¿Qué prefieres? —preguntó relamiéndose mientras miraba al dios tan hermoso.

Scailar tenía ganas de decirle que se podía comer a Apolo con patatas que le importaba un rábano, pero se mordió la lengua. Por poder salvar a esa gente se refrenó.

—No por favor, le amo tanto —rogó consiguiendo derramar unas lágrimas a lo que Lamia sonrió satisfecha.

—Perfecto nos vamos entendiendo. Y ¿tú niña? —dijo mirando a Amanda que, aunque quisiera estaba lejos de parecer una mujer sumisa, pero Scailar la miro fijamente implorado que no metiera la pata, estaban muy cerca.

—Por su puesto mi señora le voy a poseer tantas veces que me rogará que le deje descansar —contestó Amanda cuando realmente lo que quería hacerle a Marius es golpearle hasta que pidiera perdón por mirarla así.

—Así me gusta, llegar a buenos tratos —se acercó a ellos para observar más de cerca sus nuevos juguetes.

Pasó junto a Marius y le pasó una mano larga y fina sobre el cabello rojo que empezaba a crecer y Amanda se mordió literalmente la lengua para no gruñir. Luego fue el turno de Apolo que la miraba totalmente hipnotizado como si estuviera en otro sitio lejos de allí. Rozó su mejilla saboreando el roce de la perilla contra ella. Y se fue a por Molok disfrutando de los fuertes músculos de sus brazos bronceados.

—Es impresionante chicas, que buen gusto tenéis para los hombres tengo que alabaros por eso. Son agradables a la vista y al tacto —dijo mordiéndose con los colmillos el labio inferior.

Amanda estaba a punto de saltar sobre esa mujer como un perro de presa y arrancarle esa estúpida sonrisa y hacerse unas bonitas botas con su piel de alabastro, pero Scailar que la conocía como si de verdad fuera su hermana reaccionó a tiempo sujetándola de la mano y pidiéndole un poco de paciencia con la mirada. Amanda de la rabia se mordió el labio por dentro hasta sangrar para controlarse.

—¿Cómo te llamas? Eres tan hermoso como un dios —preguntó mientras acariciaba su fuerte espalda.

—Molok, señora —contestó el afectado como en trance.

Las chicas empezaban a pensar que, a parte de la fuerza, la sed de sangre y la visión si tendría algún tipo de magia de amarre para tenerlos de esa manera. Nunca habían visto nada igual.

—Bonito nombre, tienes un cuerpo de guerrero que me muero por degustar. Tú vendrás esta noche conmigo y saciarás mi cuerpo —admiró besando su cuello mientras arañaba suavemente la fina piel haciendo que la piel del hombre se pusiera de gallina.

—Sería todo un honor mi reina.

Pero ¿qué demonios les pasaba a esos tres? Se merecían una buena paliza por aquello.

—Vosotros mientras tanto ya sabéis lo que tenéis que hacer. Breus ocúpate de que se pongan a cupular —ordenó Lamia mientras le advertía con la mirada lo que le ocurriría si no obedecía.

—Sí mi reina —ella dándose por satisfecha cogió la mano de Molok y se marcharon. Él la seguía sumiso, como un perrito obediente.

Cuando ella desapareció de su campo de visión los hombres presentes parecían volver a su ser. Amanda recibió a Marius con una patada en la espinilla por debajo de la mesa.

—¡Auuu! Pero ¿qué te pasa? —se quejó Marius frotándose la zona donde ella le había clavado la punta de acero de sus botas de motorista.

—¿Qué que me pasa? Pero como puedes ser tan sinvergüenza —Había desenfundado los colmillos sin darse cuenta y le prometía con la mirada una tortura inimaginable.

—¿Er... eres una Lamia? —preguntó el buen hombre temblando de miedo.

—No, no —dijo Scailar corriendo entendiendo el miedo que le tenía que producir ver esa imagen— Amanda es una raptora, no asesina ni se alimenta de sangre —omitió que se alimentaba de los sentimientos y emociones humanas— esta de nuestro lado y es una guerrera sin parangón.

Las palabras de Scailar parecieron tranquilizarlo algo ya que respiro profundamente y las arrugas que se habían formado en su frente se suavizaron.

—Te has comido a esa mujer con los ojos delante de mí, debería arrancártelos y hacerme unos pendientes —amenazó la raptora mientras el hombre al que iban dirigidas sus amenazas la miraba sin entender nada de lo que le estaba contando.

Marius sonrió satisfecho y la cogió por la cintura mientras la sentaba sobre sus rodillas, le gustaba ese ataque de celos de su mujer, aunque sabía perfectamente que luego pagaría las consecuencias.

—Para mí solo hay una mujer en el mundo, y esa eres tú —ella no sabía si besarle o

abofetearle.

—Amanda él te dice la verdad, Lamia ejerce algún tipo de poder sobre el género masculino que no se puede evitar —Ella dudo mientras le observaba.

—Pero a ti no te ha afectado. Eso cómo es posible estos tres parecían que estaban en celo.

—Se puede evitar, pero lleva años de práctica... te lo digo de verdad ha hecho con nosotros todo lo que le placía éramos títeres en sus manos, aunque aún sin su influjo lo seguimos siendo. Y confía en mi veo el amor de tu marido reflejado en sus ojos cada vez que te mira.

Eso pareció convencerla y abordó la boca de Marius con una pasión salvaje si no se controlaban terminarían sobre la mesa entre el pan y el queso fornicando como animales.

Scailar tosió para poder incomodar un poco a esos dos que parecía que el mundo había desaparecido a su alrededor.

—Creo que nos deberíamos acostar, mañana será un día intenso y decisivo sin duda —Tenía que hacer que se fueran a la cama antes de dar un auténtico espectáculo, aunque Breus sonreía divertido por la pasión de aquellos jóvenes que tanto le recordaban a él y a su mujer en el pasado.

—Claro al fondo del pasillo tenéis dos habitaciones, una es la mía y otra la de mi hijo, es una cama pequeña pero no puedo ofreceros otra cosa, lo siento.

—No por favor no le podemos quitar la habitación —dijo Apolo que miraba a los dos enamorados con algo de envidia.

—No os preocupéis yo hace mucho que no duermo allí, me quedo aquí junto al fuego, si no el frío me hace daños en mis ya cansados huesos —les contó mientras preparaba un lecho improvisado junto a la lumbre, no admitiría un no por respuesta.

—No en serio yo me quedaré aquí no somos pareja —admitió una sonrojada Scailar al pensar en tener que compartir cama con aquel hombre nacido para el pecado.

—Vaya habría jurado que lo sois, desde luego esas miradas que os echáis son de enamorados sin duda —las miradas de Scailar y Apolo se encontraron ante la declaración que había hecho el hombre. «¿Por qué pensaría que se miraban de alguna manera especial? Yo no he notado nada». Pensó Scailar —Aun así, debo insistir, seguramente el demonio esté ocupado con sus juegucitos y no esté pendiente de si os acostáis, pero puede que en un descanso decida bajar a comprobar a sus nuevos juguetes.

Apolo hizo un gesto con los hombros para indicar que por él estaba bien, pero ella se sonrojaba cada vez más de solo pensar que dormiría en una cama bien pegada a ese que la excitaba, pero que a la vez le gustaría matarlo y no de la manera que a él le gustaría.

—¡Vale! De acuerdo —enseñó las palmas de las manos en forma de rendición— pero te advierto que si me tocas te mato —él sonrió divertido ante la amenaza aquella mujer era realmente una fierecilla salvaje y a él le encantaría domarla.

—¿Segura? Yo nunca haría nada que no quisieras, mira que si luego te arrepientes... —Scailar le tiró un trozo de pan duro que le dio en la mitad de la frente dejando un pequeño círculo rojo. Y él ensanchó más la sonrisa.

—Pues todo arreglado entonces —declaró Marius cogiendo a Amanda entre sus brazos que dio un gritito de alegría al saber qué es lo que le esperaba. Antes de marcharse miró a Apolo fijamente a sus ojos azules con la promesa presente de que si se le ocurría hacerla daño le materia con sus propias manos.

—¿Te llevo? —Apolo puso los brazos listos para Scailar.

—Ni lo sueñes antes prefiero cortarme las piernas e ir reptando —contestó Scailar sacándole la lengua.

—¿De verdad no sois pareja? —preguntó Breus divertido con la historia que se traían esos dos entre manos. La tensión sexual entre ambos era latente mientras se metían el uno con el otro, esperaba sobrevivir al día siguiente para poder saber cómo terminaba esa pareja.

—Bueno algo tenemos... solo que ella va de dura, no te dejes engañar la fierecilla, luego tiene su corazón —contestó Apolo divertido deseando morder dulcemente esa lengua que ella le había enseñado. Ella bufó en respuesta.

—Por favor si nos enseña la habitación a ver si con un poco de suerte me golpeó la cabeza, me quedo inconsciente y ya no le oigo en toda la noche.

El hombre les indicó el camino y cuando llegaron vio que era una habitación sencilla con una mesilla, un armario, una ventana con los cristales sucios, pero agradeció que al menos los tuviera y una cama... una cama minúscula donde tendrían que dormir los dos que eran bastante grandes.

Ella estaba con la boca abierta imaginando lo que la esperaba y él con una sonrisa de lado a lado de la cara. No sonreiría tanto cuando le cortara su virilidad si se pasaba un pelo con ella.

El hombre tras dar las buenas noches se marchó. Dejándolos solo con la luz de unas velas. La cara de Scailar era un poema pensando en mil y una manera de excusarse para no compartir el lecho.

Apolo se acercó a la mesita y depositó la vela que llevaba. Echaba mucho de menos las comodidades modernas, pensó que no se quejaría de nada cuando volviera a casa. Sin apartar la mirada de ella se sacó la camiseta por encima de la cabeza. Recreándose en cada movimiento,

sabiendo bien que a ella le gustaba lo que veía ya que no despegaba los ojos de su torso. Las botas fueron lanzadas, primero una y luego la otra, «¡Qué gusto poder descalzarse al fin, con ese calor se les cocían los pies!» pensó, le encantaba andar descalzo cuando se encontraba en casa. Descaradamente pasó la mano por su firme abdomen y fue deslizando suavemente las puntas de sus largos dedos, como si necesitara ese contacto, pero mientras la miraba deseando que fueran los dedos de ella los que hicieran ese camino. Descendió hasta el botón de sus vaqueros y cuando fue a tirar de él para que quedaran abiertos, Scailar abrió los ojos como platos.

—¿No serás capaz? —preguntó con la respiración acelerada.

—¿Qué quieres que duerma vestido? Da gracias que cuando voy a luchar me pongo ropa interior si no me verías como mi madre me trajo al mundo —dijo Apolo sonriendo pícaramente le gustaba provocarla y que le mirara mientras se desnudaba.

«¿Pero este hombre que se propone?» pensó. La tenía con taquicardia y no la había ni tocado. Ver ese cuerpo tan bien torneado con ropa era una cosa, verlo en vivo y en directo apenas con unos bóxer negros y ceñidos que acababa de dejar al descubierto era pasarse de la raya. Ella era virgen pero no ciega... ¿Es que no tenía vergüenza? Al parecer no, se acariciaba el abdomen como si tal cosa mientras ella le miraba deseando pasar sus dedos para comprobar que estaba tan fuerte como se le veía. Se mordió el labio con todas sus ganas para no lanzarse sobre él y comérselo. «¿pero qué demonios te pasa? Odiamos a ese hombre, nos saca de quicio y es un chulo mujeriego» le decía su voz sensata y menos mal que gano la partida a la que le decía que disfrutará de él hasta caer rendida.

Se tapó la cara para intentar aclararse las ideas. Se descalzó y se metió en la cama con las mallas y la camiseta negra que llevaba.

—¿Vas a dormir vestida? —preguntó Apolo anonadado había notado la pasión en los ojos de ella, estaba casi seguro de que se lanzaría a por él, pero en el último momento dejó de mirarle y se acostó corriendo, casi como si no quisiera hacer nada de lo que luego se arrepintiera. Y en parte él sabía que era lo correcto acostarse juntos solo los traería problemas a la hora de luchar juntos. Una cosa era un desliz de una noche con alguien que posiblemente no volverías a ver o con alguien que buscaba lo mismo que tú y otra una mujer de las que se comprometen como era ella. Pero no podía evitar desearla y querer excitarla, era superior a él.

Apolo se metió en la cama, ella estaba mirando hacia la pared y él boca arriba pero bien pegado a ella. Piel con piel. Scailar a su lado tenía acelerada la respiración «un, dos, tres» intentaba respirar y que su mente no divagara con tener ese cuerpo tan duro pegado al suyo, el calor irradiaba por cada poro de su piel, si toda la noche tenía esa temperatura se iban a asfixiar. «Un, dos, tres» tuvo que empezar de nuevo ya que se perdía y sus pensamientos volvían a él y todo

empeoro cuando él se giró hacia ella pegando toda su perfecta anatomía a la curva de su espalda y piernas. Notaba algo duro justo a la altura de sus nalgas. «Dioses por favor ayudarme y darme fuerza» rezaba ella.

—¡Me estás matando de calor! Pareces Helios, me vas a abrasar —protestó Scailar intentando que se separara un poco.

Apolo soltó una carcajada cuando le comparo con el dios del sol.

—Te dije que te quitaras la ropa, soy muy caluroso —comentó apretándose más a su espalda.

—Pues como no quites eso duro de mi trasero que imagino que no será una de tus dagas te voy a dejar eunuco —le advirtió cuándo lo único que deseaba es darse la vuelta y atrapar sus gruesos labios entre los suyos hasta que le doliera de besarle.

—Vale, vale me rindo. ¿Seguro que no quieres hacer la cucharita? Eso os gusta mucho a las chicas novieras —se burló él riendo sin que ella se diera cuenta estaba seguro de que saltaría como un muelle.

—¿Cómo me has llamado? —preguntó girándose rápidamente para enfrentar su mirada, casi parecía la niña del exorcista, y le pilló riéndose.

—Noviera, ya sabes esas chicas que nunca tienen sexo por que sí, por placer, que solo buscan tener un novio para toda la vida —le explicó Apolo intentando parecer lo más serio posible, pero le estaba costando horrores, era tan adorable cuando se enfadaba y se le ponían las mejillas rojas y los ojos brillantes.

—No te voy a explicar a ti el tipo de sexo que práctico capullo. Ahora duérmete y déjame descansar —le advirtió Scailar pensando que la había calado más hondo de lo que ella pensaba.

Golpeó la almohada varias veces como si la estuviera acolchando, pero lo hacía por no hacérselo a él. Apolo no lo pudo soportar más y se volvió a reír, al final la había calentado, pero no de la manera que él quería.

—¿Capullo eh? me gusta... hasta mañana preciosa —dijo lanzándola un beso al aire.

—Hasta mañana capullo —le contento, pero no pudo evitar sonreír por las tonterías que hacía menos mal que no la veía.

Una cosa era la teoría y otra la práctica. Intentaba dormir por todos los medios posibles, dejar la mente en blanco, contar ovejitas, respiraciones profundas, y nada el sueño no llegaba.

Esta situación era algo nueva para ella, nunca había dormido con un hombre que no fuera uno de su familia y menos en un espacio tan reducido donde, aunque quisiera no podía evitar estar en contacto con él, lo que le tenía los nervios a flor de piel.

Se moría de ganas por girarse y volver a degustar esos labios que tan bien la sabían besar. Que su lengua experta reclamara la suya y la llevara al cielo. Pero no podía ser, si se dejaba llevar algo le decía que sufriría cuando él la ignorara y se fuera con otra.

Intentó pensar en otra cosa, pero no ayudaba mucho que Marius y Amanda golpearan la cama contra la pared que tenía justo en las narices. Estaba a punto de golpearse la cabeza contra la pared a ver si caía inconsciente cuando escucho como la respiración de su compañero de cama se volvía más profunda, pesada, indicando que se había dormido al fin. Se giró despacito para verle y su rostro cincelado estaba alumbrado por la luz de la luna que entraba por la pequeña ventana. Tenía sensación de que cuando observas a alguien dormir le estas robando parte de su intimidad, pero la verdad es que bien merecía la pena que la pillara y le pusiera la cara colorada por mirarlo, era digno de ver. Él se movió un poco y ella volvió a su postura original cuando sintió como la abrazaba posesivamente por la cintura. «¡Pero bueno!, ¿Qué se había creído?» pensó en decirle algo, pero cuando se volteó para explicarle un par de cosas vio que seguía profundamente dormido. Pensó en despertarle para echarle la bronca, pero realmente no había hecho nada malo. Le dejaría dormir y a decir verdad ella estaba sintiendo como la invadía la somnolencia, pero antes de quedarse dormida le pareció que él decía «eres preciosa» seguro que lo había imaginado.

Cuando despertó sola en la cama sintió frío, pero no por la temperatura si no por no estar rodeada de aquellos brazos que la habían acunado durante toda la noche. Tenía que reconocer que dormir con una persona que te atraía era una de las mejores cosas que había probado. Era una pena que él no fuera ese tipo de hombre que te quiere abrazar toda la vida. «¿Qué me pasa? Tengo que dejar de pensar en todas niñerías románticas, seguramente sean las hormonas que las tengo alteradas». Se regañó.

Vio que le habían dejado una cubeta con agua caliente para lavarse, se había quedado templada, pero agradecía poder averse. Una vez que se peinó y se lavó los dientes y la cara se dirigió al salón donde estaban todos sentados alrededor de la mesa junto al fuego.

Marius y Amanda sonreían enamorados mientras escuchaban alguna historia que les contaba Breus, aquel hombre estaba distinto ya no parecía aterrorizado como el día anterior, ahora le pareció que tenía esperanza en aquellos cansados ojos.

Apolo le dedicó la mejor de las sonrisas, en ese momento no había en su rostro ni rastro de prepotencia ningún aire de superioridad, cosa que siempre la ponía de mal humor, ahora simplemente estaba radiante. Podía negarlo ante todos, pero la verdad es que ese hombre le gustaba, le gustaba mucho.

Molok apareció entrada la tarde. Parecía cansado, pero con una gran sonrisa, aún más extensa de la que solía tener. Quizá en la cama esa Lamia no era tan mala como el resto del tiempo.

Todos preparaban las armas. El dueño de la casa les había explicado que liberaría a su amigo cuando fuera la hora de quitarse los ojos, no quería a nadie cerca cuando eso sucedía ya que era vulnerable. También les dijo que se tendrían que dar prisa, tenían aproximadamente cuatro horas antes de que ella recuperara su poder.

—¡Se te ve feliz hermano! —exclamó Apolo que estaba terminando de afilar su espada.

—No sé de qué me hablas —contestó él sentándose junto a los demás mientras se armaba con dagas.

—¿No te habrás enamorado? Que ahora vamos a... —preguntó mientras con su cuchillo hacía un gesto de degollarse.

—No digas tonterías, no podría enamorarme de una persona que luego se comería a nuestros propios hijos —dijo Molok entrando en las bromas de su hermano.

Terminaron de armarse: Amanda llevaba una especie de machete, Apolo y Molok habían optado ese día por espadas, y Marius y Scailar dagas.

Breus les dibujo un mapa de los túneles por donde tendrían que ir hasta los aposentos de Lamia.

—Me gustaría ir con vosotros —confesó el hombre triste de que le quisieran dejar atrás.

—Es por tú bien, si algo sale mal ella se vengaría contigo y los demás de la ciudad, tienes que pensar en el bienestar común, esa gente te hace caso —explicó Marius mientras tocaba el hombro de ese hombre que había sido tan amable con ellos.

—En eso tienes razón hijo mío. Nunca podremos agradecerlos lo suficiente todo lo que estáis haciendo por nosotros sin ni tan si quiera conocernos —dijo el hombre emocionado conteniendo las lágrimas.

—Breus si algo sale mal cogerás a tu gente e iréis al puerto, allí está atracado mi barco y a bordo están mis hombres, pregunta por Milton y enséñale esto —le ofreció Apolo mientras de su dedo se quitaba un anillo con una piedra azul tan intensa como sus ojos.

—¡Dios os bendiga! —dijo el hombre cogiendo el anillo y dando un apretón en la mano de Apolo.

—Mientras no sea Zeus —contestó Apolo antes de salir por la puerta, les esperaba una dura batalla y esperaba que el resto de dioses les protegiera.

Breus los había acompañado a la entrada de los túneles y les había abastecido con antorchas y agua para el camino, y antes de marcharse les abrazo a todos. «El dolor compartido unía a las personas» pensó Scailar.

El túnel era de piedra y bastante estrecho, lo suficiente para que no pudieran andar de dos en dos, Molok encabezó la marcha y Apolo la cerraba de esa manera las mujeres irían más protegidas. No sabía por qué le importaba, pero el solo hecho de pensar que a esa mujer que le desquiciaba y sacaba de quicio le pudiera pasar algo le revolvía las entrañas, aunque nunca lo fuera admitir delante de ella. Se fijó como la anaranjada luz de las antorchas le sacaba reflejos de distintos colores en su rubia melena. Parecía tan sedosa, le gustaría enredarse en ella mientras la tomaba entre sus labios. De vez en cuando ella se giraba y le dedicaba una sonrisa, tenía una cara de ángel, pero él bien sabía que era muy capaz de sacar sus demonios y que el mundo temblara cuando lo hacía.

Su cara tenía forma de corazón con una nariz respingona y unos labios carnosos hechos para pecar. ¿Y sus ojos? Eran tan atractivos, azules o verdes según su estado de ánimo le quitaban cualquier pensamiento cuerdo que pudiera tener.

Su cuerpo no se quedaba atrás, alta, esbelta pero firme se veía que entrenaba duramente. Con solo pensar en él le daban ganas de cogerla contra una de esas rocosas paredes y poseerla hasta marcarla como suya para que nunca nadie pudiera reclamarla. Agitó la cabeza para alejar aquellos pensamientos. No entendía que le pasaba, él no era así, no le importaba nada de lo que tuviera que ver con sentimientos. Había estado con las mujeres más hermosas, entre ellas diosas, pero ninguna le hacía sombra.

No era su belleza solo, también como se atrevía a desafiarle o como le gustaba buscarle las cosquillas, ningún hombre que conociera se atrevería hacer lo que la pequeña mujer que andaba delante se atrevía. Cuando ella le miraba y le sonreía de aquella manera podía postrarlo totalmente a sus pies. Se debería golpear la cabeza para dejar de pensar todas esas tonterías.

¿Y dormir con ella? Cuando abrió los ojos esa mañana y la vio entre sus brazos durmiendo tan relajada, sintiéndose segura en su abrazo. Fue más de lo que pudo soportar y huyó de la habitación.

Nunca, nunca en la vida había dormido con una mujer, lo veía innecesario y que podría llevar a equívocos sobre sus sentimientos, prefería que una vez que terminaran la cúpula cada uno se fuera por su lado y tan amigos, pero con ella había sido una experiencia única que le acompañaría durante el resto de su vida, durara lo que durara.

—¿Estas bien? —preguntó Scailar mirándole como si le hubieran salido dos cabezas. Seguro

que le había pillado mirándola con una cara de bobalicón.

—Sí, sí estoy bien ¿y tú? —ella le sonrió y asintió— ¿Has dormido bien? —recordó la sensación que había sentido la noche anterior, teniéndola tan cerca y sin poder acariciarla, tomarla, su olor le volvía loco.

—Muy bien, estaba muy cansada ¿y tú? —dijo Scailar mientras se sonrojaba recordando la noche anterior.

Le encantaba cuando se sonrojaba era algo tan poco común en las mujeres con las que él se codeaba.

—Sí, como un bebé —le devolvió la sonrisa y ella se giró a mirar por donde andaba si no al final se caería de bruces y sería el motivo de burla durante los próximos días.

—Ya llegamos —anunció Molok.

—Preparaos y sobre todo no tengáis piedad.

Justo enfrente de ellos en la roca vieron una palanca que activaba un mecanismo y abría una puerta oculta en la roca. La pared empezó a desplazarse hacia la izquierda mientras caían piedra pequeñas y polvo por el movimiento. Solo esperaban que el ruido no despertara de su letargo a Lamia si no, no contarían con el factor sorpresa.

Por si acaso una vez que el movimiento se detuvo, Molok entró espada en mano para asegurarse, pero pudo comprobar que allí no había nadie esperándolos. Hizo un gesto a los demás indicándolos que estaba todo despejado y le siguieron.

Aquella puerta los había dado paso al cuarto de baño de los aposentos reales. Molok lo conocía en profundidad, había tenido sexo allí solo unas horas antes. Todo estaba construido de lujoso mármol blanco, menos las paredes y el suelo que eran del mismo material en negro. Molok les indicó que les siguieran en silencio y detrás de la puerta encontraron los aposentos donde el suelo y las paredes eran iguales que las del baño, de un brillante y frío negro.

Gruesas cortinas negras cubrían las ventanas, caían desde los altos techos y reposaban sobre el suelo sin dejar filtrarse apenas luz, pero la estancia estaba bastante iluminada por candelabros que adornaban las paredes. Los muebles eran lujosos, tenía un gran armario, un tocador y una cama enorme con dosel al final del lugar. Todos en colores blancos ribeteados en oro haciendo juego con las columnas de la habitación.

Fueron silenciosamente dirección al lecho, algo les decía que estaba siendo demasiado fácil. Molok se colocó junto a la cortina negra del lado izquierdo de la cama y Apolo se puso a su lado para poder ensartarla en su espada cuando la recorriera. Le hizo un gesto con los dedos para la

cuenta atrás cuando llego a cero recorrió de un solo tirón rápido. Allí estaba ella descansando parecía un ángel, en ese momento les pareció increíble que aquella hermosa mujer fuera la autora de los hechos tan horribles que les habían relatado, parecían meras leyendas.

Aunque lo que les dio un susto de muerte fue ver que no estaba sola, junto a ella a los pies de la cama se encontraba un hombre encadenado por el cuello, estaba encorvado y no tenía casi carne en el cuerpo, era un amasijo de piel y huesos. Se volvió loco cuando los vio.

—¡Mi ama nos atacan, despierte! —gritó el pequeño hombre chepudo.

Apolo soltó una maldición cuando Lamia abrió los ojos mostrando unas cuencas vacías y negras. Se incorporó tan rápido que le pilló por sorpresa cuando esta le golpeo en el pecho con el pie con tanta fuerza que salió volando a través de la habitación hasta que su espalda impactó contra una columna.

El dolor que le recorrió a través de todas las vértebras y ascendió hasta la cabeza fue atronador, si no recuperaba pronto sus poderes lo iba a tener bastante crudo. El demonio salto rápidamente desde el lecho hasta el suelo quedándose delante del resto de guerreros. Aun sin tener los ojos era muy rápida y tenía una fuerza sobre humana, lo bueno era que no parecía ejercer ese influjo sobre los hombres sin ellos.

—Así que os atrevéis a meteros en mi casa y atacarme mientras descanso —les miró uno a uno, aunque no tenía los ojos en su sitio— pagaréis muy caro esa ofensa.

—Tú sí que vas a pagar todo lo que les has hecho a la pobre gente de la ciudad —gruñó Scailar lanzándole una daga antes de terminar de hablar, que ella esquivo sin el menor esfuerzo.

—Aunque sin ojos sea vulnerable sigue teniendo mucho poder, tened cuidado —gritó Marius mientras se lanzaba gritando sobre ella con sus dagas negras de mango rojo.

Ella rio ante el comentario y le esperaba tranquila, sin miedo en el rostro. Él se lanzó ferozmente atacando con la izquierda, luego con la derecha, pero ella iba esquivándolo, anticipándose a cada golpe. Amanda viendo esto desenfundó sus cuchillas mordiendo la mejilla por dentro para no gritar cuando el dolor la atravesó. Aún seguía sin entender por qué los raptos sufrían tanto para poder usar sus poderes, seguramente alguna broma pesada de los dioses.

Lamia no veía, pero si sabía perfectamente los movimientos que daba cada uno y antes de que la raptora estuviera a su lado golpeo a Marius en una pierna tan fuerte que se dobló, le dio un puñetazo en la mandíbula que le lanzó varios metros más lejos.

—Mmm es una pena con lo apetecible que estas —insinuó Lamia relamiéndose refiriéndose a

Marius.

—¡Serás zorra! Te voy a poner de alfombra frente a mi chimenea —increpó Amanda apretando los dientes mientras fue directa a por su objetivo.

Scailar fue junto a Apolo para comprobar que no estuviera herido gravemente. Cuando llegó a su lado él ya se estaba levantando, aunque se agarraba la cabeza con fuerza por el dolor.

—¿Estás bien? —interrogó ella llegando a su lado y observándole de arriba abajo buscando algún tipo de herida.

—Sí, solo es la cabeza que me mata a causa del golpe —mintió Apolo sonriéndole para quitar esa imagen de preocupación de su bello rostro—. Creo que necesitan refuerzos.

Scailar se giró para ver a sus amigos lanzados a distintos puntos de la habitación y desarmados. Habían subestimado lo fuerte que era aquella bruja.

—¿Juntos? —preguntó Scailar dispuesta a morir si hacía falta, pero se llevaría a ese demonio con ella.

—Siempre —Apolo le guiñó un ojo a la vez que los dos corrían hacia Lamia con un grito de guerra.

Cuando estuvieron cerca la bruja les hizo un gesto con la mano invitándoles a acercarse y mientras con la otra mano se arrancó la parte baja del vestido para poder luchar más fácilmente con las piernas.

—Scailar creo que quiere jugar, ¿te apetece? —se burló él para irritar a Lamia.

—Claro que sí, aunque no me parece un juego limpio sabiendo que la vamos a derrotar —Le contestó Scailar sonriéndole.

—No sois rivales para mí, me comeré vuestros corazones y luego al bebé que esa perra lleva en su vientre —escupió una muy alterada Lamia.

¿Embarazada? ¿Esa mujer acababa de decir que Amanda estaba embarazada? Apolo y Scailar se miraron sin dar crédito, seguramente ni ella ni Marius sabían nada. Y la acababa de estampar contra una pared.

Pagaría por eso también. Solo con la mirada se entendían, fueron cada uno, por un lado, girando alrededor de ella. Ella miraba a ambos lados esperando que llegara el ataque, pero ellos la estaban midiendo, poniéndola nerviosa, haciendo que errara en alguno de sus movimientos y entonces sería suya.

Tras dar varios giros sobre si misma Lamia desesperada se lanzó contra Scailar y ella la

recibió con una sonrisa, pero ocurrió algo que no esperaba. El monstruo había sacado un cuchillo que llevaba escondido detrás de la espalda, y se fue directa hacia su cara, a Scailar no le dio tiempo de quitarse de la trayectoria del filo así que hizo lo único que su instinto le permitió, puso el brazo delante para parar el golpe, el cuchillo se clavó profundamente rozando el hueso.

Soltó un alarido de dolor y se sujetó el brazo. Sabía que tenía que sacarlo, pero tenía que esperar si lo hacía y no se cubría la herida moriría desangrada.

Apolo abrió mucho los ojos cuando vio que su compañera de lucha era alcanzada, y perdió el color completamente cuando vio el arma hundirse en su bonita piel. No se lo pensó dos veces, mientras que Lamia se deleitaba con el grito agónico de Scailar él se fue detrás de ella y la agarró fuertemente del negro cabello mientras le ponía en la blanca piel de su cuello su afilada espada. Ella fue a forcejear, pero él apretó más la hoja haciéndola sangrar.

—Estate quieta o tú misma serás la que te arrebatas la vida —advirtió Apolo mirando a Scailar con preocupación, aunque el cuchillo evitaba que se desangrara perdía sangre y el color por momentos— Scailar —Nada ella no le miraba— Scailar escúchame, ¿estás bien? Siéntate estas muy blanca.

—Sí, sí estoy bien es que... me da miedo la sangre. Siempre que la veo me mareo —confesó levantando los ojos algo desorientados hacia él.

—Por eso ve y siéntate, mira Amanda está recuperando el conocimiento, ve con ella yo me encargo —No podía verla así se le encogía el corazón, le daban ganas de tirar al monstruo y correr a ayudarla como ella hizo por él en el encuentro con las Arpías.

—De eso nada —Volvió a mirarle y esta vez parecía más lucida. Caminó hacia él hasta colocarse a su lado, justo por donde tenía el mango del arma.

—Bueno me vais a matar de aburrimiento al final —provocó la Lamia, aunque se notaba el nerviosismo en su voz.

—No de aburrimiento no, vas a morir por el filo de esa espada que está a solo un paso de degollarte. Pero antes quiero que me digas ¿dónde están nuestros hermanos? ¿Sabes dónde los han llevado?

—¿Habéis perdido a vuestra familia? Deberíais ponerles un chip como a los perros —se burló mientras reía de forma histérica.

—Te he hecho una pregunta ¡responde! —esta vez fue Scailar la que cogió el filo de la espada para que se hundiera aún más en su piel.

—No sé nada de lo que me dices, aquí no venía nadie desde hace más de un año. Y ahora si

terminamos por favor —les informo como si nada le importara que fueran a llenar el suelo con su negra sangre.

—¿Estas ansiosa por morir? —preguntó Apolo algo perplejo por la contestación del demonio, parecía que estaba hasta más tranquila al pronunciar aquello.

—La verdad es que sí, lo he deseado desde el día que me maldijeron. No sabéis lo que es ver a tus hijos morir una y otra vez mientras imploran tu ayuda y poder hacer nada para remediarlo. Y esta ansia de sangre, ¿de niños? ¿Habría algún castigo más cruel que ese...? después de perder a mis hijos tener que alimentarme de los hijos de los demás. Creo que no, yo pago por mi castigo que fue enamorarme de un hombre que me mintió y nunca me quiso realmente, que en cuanto su mujer me maldijo me abandono como quien deja un perro en un camino y no vuelve ni la cabeza para atrás para mirarlo. Así que sí, estoy deseosa de ponerle fin a todo esto.

Apolo y Scailar se miraron, no podían evitar que el corazón se les encogiera ante las palabras de ella, sí, sus actos habían sido atroces pero el castigo que recibió sin merecerlo también lo era. Apolo asintió y Scailar lo secundo.

—Aunque has hecho cosas horribles y por eso deberías sufrir un castigo inimaginable, también has sufrido una maldición que no merecías, te daremos una muerte rápida y piadosa —le dijo Scailar mirando sus cuencas vacías de donde se escapó una lagrima solitaria.

—Muchas gracias niña. Recuerda una cosa por favor, nunca te enamores de un dios —Apolo en ese momento cercioro su cuello con un golpe limpio y rápido y le pareció ver como sonreía ella cuando lo hacía, por fin era libre y podría reunirse con sus pequeños en el más allá.

Cuando Apolo miró a Scailar ella le estaba mirando intensamente pensando en algo que seguramente no compartiría con él.

—Vamos a curarte mientras los demás despiertan.

Una vez que se recuperaron todos pensaban en como seguirían su camino y, pero aún como les decían a Marius y Amanda que iban a ser papás.

—Bueno se os ocurre que haremos ahora —preguntó Molok mientras se masajeaba el hombro sobre el que había aterrizado en el duro mármol. Le daba rabia haberse perdido la pelea últimamente le noqueaban muy a menudo, aunque en cierto modo agradecía no haber tenido que ser él el que terminara con la vida de una mujer que había compartido la cama hacía tan solo unas horas.

—Pues no tenemos ninguna pista, quizá el oráculo de Delfos nos podría ayudar —dijo Marius mientras abrazaba a su mujer. Bueno la que sería pronto su mujer porque con todo el jaleo que tenían aún no habían podido celebrar la boda, aunque solo querían una ceremonia sencilla en la

casa con toda la familia.

—Sí podríamos ir, aunque las predicciones del oráculo son complicadas de entender, son adivinanzas, pero es mejor que nada —Apolo se quedó pensativo aun sujetaba el brazo de Scailar tranquilamente y a ella no parecía importarle.

—Por cierto, hablando de conocer el futuro tenemos algo que contaros —Scailar aprovechó el momento si no lo decía ahora quizá no se atrevería y no podía permitir que Amanda luchara en su estado el feto podría morir.

—¿A nosotros? —preguntó Amanda abriendo sus ojos violetas por la sorpresa— ¿Es algo jugoso y morbosos? —Marius la pellizco en respuesta, no le gustaba ni un pelo hacia donde se dirigía la conversación.

—No te habrás acostado con él anoche ¿no? —interrogó Marius preparado para que si la respuesta era afirmativa lanzarse sobre el hombre que se atrevía a acariciar el brazo de su pequeña hermana descaradamente.

Apolo y Scailar se miraron de manera cómplice y pusieron a la vez los ojos en blanco.

—Realmente es algo jugoso y morbosos... si lo que lo ha provocado lo es ciertamente —soltó una risita Scailar, Marius se fue a levantar, pero su mujer le agarró de la camisa y lo sentó de nuevo.

—Venga me está matando la curiosidad —dijo Amanda impaciente por que les contara los detalles escabrosos de su noche juntos.

—Bueno, veréis es complicado —Amanda estaba a punto de levantarse y retorcerle un brazo hasta que le contara con pelos y señales lo que había ocurrido— bueno sin paños calientes que si no al final no lo digo. ¡Estáis embarazados! —lo dijo tan alegre que espero que los demás la acompañaran.

Pero la cara de aquellos dos era un poema, Marius se había quedado tan pálido que parecía una estatua de mármol y Amanda estaba con los ojos aún más abiertos mirando al vacío como en estado de Shock.

—¿Estáis bien? —preguntó Apolo tras unos minutos de silencio.

—No puede ser —habló Marius como si no le hubiera escuchado— es imposible.

—Bueno algo me dice que esa mujer sabía detectar esas cosas ya que se alimentaba de niños... —declaró Apolo con miedo a la reacción del pelirrojo que parecía al límite.

—¿No os hace felices? A mi mucho tendré otro sobrino o sobrina a la que mimar —exclamó Scailar intentando animar un poco a la pareja.

—No, a mí no. Sabes lo que soy, soy una asesina como me voy a ocupar de un bebé y si me como sus emociones sin querer —Amanda se sujetó la cara entre sus manos e hizo algo a lo que no estaban acostumbrados, lloró, pero lloró de verdad no unas solas lagrimitas.

Marius al ver a su mujer tan desconsolada reaccionó y dejó sus propios temores a parte. Tenía pavor de no poder ser un buen padre, él mismo había sido secuestrado y maltratado desde niño. Pero tenía que ser fuerte por ella, la verdad es que nunca se había planteado ser padre, nunca entro en sus planes, pero si tenía que serlo con quien mejor que con la mujer que amaba con locura, por la que daría su propia vida.

—Cariño no llores, ven aquí. Vas a ser la mejor madre del mundo —dijo cogiéndola sin ningún esfuerzo y sentándola en sus rodillas mientras la abrazaba y daba besos por todo su rostro para secar sus lágrimas.

—¿Cómo estás tan seguro? Sabes lo que soy —espetó Amanda mientras sorbía los mocos a causa de la llorera.

—Por qué nunca has sido una asesina Amanda, nunca mataste a nadie y ahora te alimentas de mí, nadie resulta herido y he visto como acaricias el vientre de Sárilan. Estas deseando que lleguen al mundo nuestros sobrinos para achucharles y darles tu amor —ella se secó las lágrimas con el brazo y le miró y vio como en sus ojos solo había amor y adoración por ella.

—¿De verdad lo crees? —preguntó ella mientras en su rostro empezaba a surgir una sonrisa.

—Te lo prometo, serás la mejor madre del mundo —y lo decía de verdad no conocía a nadie que se dejaría la piel por un ser amado, no podía ni imaginar lo que haría por su propio hijo.

—Tú también lo serás amor —y le besó apasionadamente.

—Por favor, ¡iros a un hotel! —se burló Molok y todos rieron.

—Eso si nada de luchar, eh —le prohibió Marius en cuanto sus labios se separaron.

—Bueno eso ya lo iremos hablando —afirmó la raptora negándose a que la dejaran fuera del juego.

No pudieron seguir la conversación porque una luz cegadora invadió toda la estancia cegándolos sin posibilidad de saber lo que estaba ocurriendo. Marius puso a Amanda detrás de sí y Apolo hizo lo propio con Scailar cosa que a ella le molestó, era perfectamente capaz de defenderse, pero decidió no protestar hasta que viera a que se enfrentaban. Cuando la cegadora luz se fue apagando empezaron a ver, aunque aún de forma difuminada y con la vista llena de motitas por el fognazo pudieron distinguir una figura con un peplo blanco.

Era un hombre alto y fuerte, tenía los cabellos rubios como los de Akiles a la altura de los

hombros, una barba del mismo color adornaba su cara. Por ahora no podía distinguir más, pero él se fue acercando hasta ellos, todos estaban en guardia hasta que estuvo lo suficientemente cerca y vio sus ojos. Eran azul eléctrico como los Apolo, estaba ante Zeus dios de dioses.

CAPÍTULO XI

—¿Dónde está? ¿Qué le ha ocurrido? —exigió saber el dios que imponía aún más respeto que su hijo.

—Está muerta —escupió Apolo. Y el dios le miro como si fuera el primer momento que reparaba en su presencia.

—Hijo mío, qué mayor estas —admiró el dios sonriendo a Apolo como si no notara la ira que mostraban esos ojos idénticos a los de él.

—Es lo que tiene el no ver a tu hijo desde que nació, que crece —Zeus se acercó a su hijo para acariciarle el rostro, pero él se apartó y dio un paso para atrás, pero lo que realmente le apetecía era haberle golpeado en la mano que intentaba tocarlo.

—Hijo mío tú no lo entiendes, es complicado... —se excusó el dios agachando la cabeza. Era una imagen digna de ver, el dios de dioses agachando la cabeza ante uno de sus bastardos.

—¿No entiendo el que, padre?, ¿qué vas haciendo hijos por ahí sin importarte si viven o mueren?, ¿qué utilices a las mujeres como la que acabamos de matar porque tu esposa las maldice convirtiéndolas en monstruos después de que tú las uses? —Apolo no le daría tregua llevaba muchísimo tiempo queriendo echárselo a la cara para decirle lo que sentía hacia él.

—Hijo prometí a Hera que si no os hacía daño ni a ti ni a tu hermana no me acercaría a vosotros. Y aunque no me creas mis hijos lo son todo para mí. Mírate, eres tan parecido a mí —seguía intentando acercarse a su hijo el cual se alejaba cada vez más.

—No quiero tus sucias mentiras. Pero mira sí que hay algo que quiero de ti, han secuestrado a mi hermana y necesito saber dónde está. Quizá sea la perra de tu mujer la que la tiene y no ha servido de nada tu promesa —Apolo se debatía en estarse quieto o intentar matarle, nada apaciguaría nunca el odio que sentía hacia él por el daño causado a su madre y a todas las demás mujeres que engañaba de igual manera.

—Apolo, no puedo intervenir en el destino y lo deberías saber cómo dios que eres, pero estoy seguro de que Hera no tiene nada que ver. Ella no me desafiaría en eso. Yo que tú preguntaría al

oráculo seguro que os puede ayudar —la contestación de Apolo fue una mueca, ese hombre nunca haría nada por nadie que no fuera el mismo.

—¿Por qué has venido a ver a Lamia? —Soltó sin pensar Scailar. El dios que no había percatado en ella hasta ese momento sonrió enseñando toda la hilera de dientes blancos encantado de lo que veía.

—¿Y está mujer tan hermosa quién es? —dijo Zeus acercándose rápidamente y poniendo una mirada de lo más seductora antes de coger su mano y llevársela a los labios por más tiempo del necesario.

Scailar deseaba arrancar su mano del agarre y decirle un par de cosas a ese señor, pero tenía que contenerse, no sería muy inteligente por su parte poner a bajar de un burro al rey de los dioses.

—Mi nombre es Scailar, trabajo con Apolo ya que mi hermano y muchos de mi raza han desaparecido —dijo lo más amablemente posible sin pasarse, no quería que el malinterpretara su educación con algo más.

—Pues espero de corazón que los encuentres, cualquier cosa que este en mi mano pídemelo —Apolo bufó y puso los ojos en blanco viendo a su padre contoneándose con Scailar, parecía un baboso.

—Gracias —dijo ella secamente, mirando al resto en busca de ayuda. Marius sujetaba a su mujer de forma posesiva seguramente para que el dios no intentara nada con Amanda por lo cual el perdería los papeles y todos tendrían un problema.

—Referente a lo que me has preguntado he venido en cuanto he sentido que su esencia se extinguía, el dolor se ha instaurado en mi corazón en cuanto he sentido que la perdía —dijo haciéndole ojitos a Scailar como si fuera un cachorro desvalido que necesitara consuelo.

—¡Ja! Venga Zeus como si te importada —dijo Apolo dirigiéndose hacia su padre y continuó antes de darle tiempo a rebatirlo— si te importara ella o cualquier otra de tus amantes habrías venido cuando se estaba comiendo a todos los niños de esta población, cuando esta gente desvalida o mucha otra rezaba a su dios para que les ayudara contra el monstruo que les dejaba sin sangre.

Así que guárdate tu actuación para alguien que te crea —El dios fue a responder, pero prefirió cerrar la boca, su hijo era tan tozudo como él.

—Y dime Scailar ¿cómo es qué no tienes a ningún fuerte guerrero que vele por ti? —se acercó más a ella, sus cuerpos casi se tocaban, aunque él era mucho más alto que ella, pero intentaba acortar la poca distancia que les separaba.

—Porque es mía padre, así que te pediría que quites tus manazas de mi mujer. ¿No querrás que tengamos más problemas de los que tú y yo tenemos no? —Zeus quitó automáticamente las manos de ella y se separó un par de pasos. Sonriendo a su hijo.

De los presentes no sabían cuál era el más sorprendido si Scailar, por lo que Apolo acababa de decir o el mismo dios por pronunciar aquellas palabras. Apolo se acercó a ella y la rodeó con un brazo por encima de los hombros para reafirmar su propiedad sobre ella y Scailar de haber sido otra situación le habría dado un puntapié por todo ese marcaje de testosterona, pero sabía que lo había hecho por ayudarla así que se sintió agradecida y pasó la mano por su espalda para reforzar el agarre.

—Alabo tu buen gusto, se nota que eres hijo mío. Y ahora si me disculpáis me llevaré el cuerpo de Lamia para darle sepultura junto a sus hijos, era lo que ella habría querido —Apolo asintió sin el menor cariño o compasión en su mirada— si me entero de algo del paradero de tu hermana te lo diré, siempre y cuando no interfiera en el destino, claro.

—Gracias Zeus —fue Scailar la que contesto estaba segura de que de Apolo nunca recibiría un agradecimiento.

El dios le guiñó un ojo y después de coger el cuerpo sin vida de su amante desapareció de la misma forma que había llegado.

—Y ahora ¿qué haremos? —preguntó Scailar aun agarrada de la cintura de Apolo.

—Nos vamos a Delfos a ver al oráculo, es nuestra única esperanza.

—Y ¿Qué hacemos con ese? —preguntó Molok señalando al despojo de hombre que temblaba en una esquina aun encadenado por el cuello.

—Matarme por favor —imploró con lágrimas en los ojos— no quiero vivir después de lo que he permitido hacer a esa mujer con mi pueblo.

Apolo soltó el agarre que tenía sobre Scailar con reticencia, no sabía el motivo, pero le gustaba sentirla así de cerca. Se encaminó en dirección al hombre que miraba al suelo esperando el golpe de gracia que acabaría con su miserable vida, pero los minutos pasaron y no llegó. Se atrevió a levantar los ojos despacio recorriendo el alto cuerpo de Apolo.

—No te castigues de esa forma, estabas bajo el embrujo de aquella mujer. Ahora tu pueblo te necesita más que nunca —el hombre le miro con esperanza en los ojos, quizá tuviera razón y podría enmendar sus errores— tenéis que reconstruir vuestra ciudad, pero sobre todo a vosotros mismos. Estoy seguro de que algún día volveréis a ser felices.

Levantó su espada aun con sangre del monstruo y cortó la cadena que apresaba al hombre de un

solo golpe. Después le tendió la mano al maltrecho hombre para ayudarlo a ponerse en pie, dudaba mucho de que tuviera fuerzas para andar. Él la cogió agradecido y se levantó todo lo rápido que pudo.

—Nunca podré agradecerlos todo lo que habéis hecho por nosotros. Siempre tendréis un hogar aquí —tomo la mano del dios entre las dos suyas y las estrecho en agradecimiento.

—Dáselas a esa mujer, ella es la que insistió en salvarlos, quedan pocas personas como ella —dijo mientras miraba Scailar y sonreía.

—¿Crees que nos matarán? —preguntó Artemisa sentada junto Akiles en una manta desgastada. Estaban apoyados contra la fría pared de la mazmorra y agradecían el calor y la compañía que se hacían.

—No, o al menos no todavía, si no, no se molestarían en darnos de comer —dijo sin creer mucho en sus propias palabras, pero quería tranquilizar a su nueva amiga.

Dicen que los desastres o cosas malas unían a las personas y era algo que Akiles había comprobado de primera mano.

Aunque estaba rodeado de mucha gente de su especie tenía una conexión especial con aquella mujer, no era algo físico, le gustaba su compañía y sus charlas sobre cosas disparatadas solo para pasar el tiempo. No sabían cuánto tiempo llevaban allí encerrados, ni si era de noche o de día por la falta de luz.

La humedad te calaba los huesos y les daban de comer una sola vez al día por una ventana que tenía la puerta a la altura del suelo por lo que nunca habían conseguido ver quien les daba el alimento si lo que les daban se podía llamar de esa forma.

Habían intentado todo lo que se les ocurría para escapar, pero nada funcionaba, quien quiera que les tuviera allí encerrados era muy poderoso. Todo lo que conseguían era agotarse física y mentalmente. Sabían que tenían que estar preparados, si alguien entraba intentarían escapar, pero mientras tanto les tocaba esperar, y a él le gustaba estar con Artemisa, era una mujer divertida y muy alegre.

—¿Dime que es lo primero que comerás cuando salgamos de aquí? —así era ella se le ocurrían locuras de las que hablar que le hacían olvidar por un rato donde se encontraban.

—Déjame que piense... —dijo poniéndose una mano bajo la barbilla como si meditara su respuesta a lo que ella respondió con una sonrisa— sin duda la tarta de manzana de Scailar es la

mejor del mundo. Si quieres puedes un día venir a vernos y la pruebas, cuando te lo comas habrá un antes y un después en tu pensamiento sobre lo que es comida divina.

La miró y vio que se había quedado seria mirándole, no enfadada, pero si taciturna...

—¿Estás casado? —No entendía por qué le preguntaba eso, la verdad es que nunca hablaban de temas más trascendentales de las cosas que harían cuando salieran de allí, chistes o algún cuento que les alejara la mente de todo aquel horror.

—No, solo estoy casado con mi trabajo —¿Ella parecía aliviada? Qué tontería ella no le veía de esa manera— Scailar es mi hermana pequeña, es la única familia de sangre que tengo.

—Y ¿ya sabe cocinar? Perdóname, pero eso es explotación —dijo la diosa y rompió a reír.

—A ver pequeña me refiero a que es algo más joven que yo, tiene cien años lo que equivaldría a unos treinta a humanos más o menos.

—Casi mi edad... —y empezó a reír como si hubiera perdido el coco, así era ella, se reía hasta de su sombra.

—¿Cuál es el chiste? Sabes que es muy injusto que te rías sin mí —hizo un puchero en toda regla.

—Vale solo pensaba que imagínate que por cosas del destino nos estuvieran buscando mi hermano y tu hermana —le dio un suave codazo y le guiñó un ojo.

—¿Y por qué eso es divertido? —dijo pensando que se le estaba escapando algo que solo ella sabía.

—Pues porque mi hermano tiene mi edad y es un mujeriego nato, si tu hermana es la mitad de guapa que tú seguro que caerá en sus redes... quien sabe lo mismo podríamos ser hasta cuñados.

Eso le dejó blanco como el papel, imaginar a su pequeña hermana con un hombre... y no un buen hombre, un mujeriego, no creía que fuera posible que su hermana estuviera buscándolo, seguramente estaba en casa protegida y resguardada de todo mal. Pero ¿y si se había embarcado a buscarle cuando él no había aparecido? ¿Y si estaba sola con aquel hombre que a saber dios que le estaba haciendo? Sintió como una arcada como si la bilis subiera por su garganta, esperaba que no fuera cierto, pero sí lo era... que se preparara por que convertiría su vida en un infierno.

CAPÍTULO XII

Después de despedirse de la buena gente de Lamia, ahora nombrada Corintio después de haberse deshecho por fin del monstruo con ese nombre, habían partido hacia Delfos. Aprovecharon para descansar todo lo que pudieron y por la mañana ya se encontraban en Itea donde atracaron el barco, y tras de una caminata de algo menos de veinte kilómetros se encontraban frente al templo de Delfos. Algo que dejó totalmente maravillada a Scailar. Enfrente de ellos se levantaba majestuoso un templo de piedra blanca, estaba situado sobre una ladera verde y llena de amapolas cubriendo todo de un rojo brillante que en contraste con el verde de la hierba era todo un espectáculo a la vista. Varias fuentes naturales manaban de la tierra con un sonido cantarín del agua bañando las piedras. Había un camino de piedras planas de pizarra negra que llevaba hasta la puerta del lugar. Se apresuró a seguir a los demás que la habían dejado atrás. Según se acercaba a su destino pudo distinguir más detalles del templo. Tenía columnas a ambos lados de él muy altas que iban desde el suelo hasta los altos techos, eran de mármol blanco y rodeaban todo el rectángulo de la estructura. Entre las columnas y el tejado había un gran rectángulo de color morado donde se veían figuras de dioses doradas derrotando a monstruos de todo tipo. Entre cada par de columnas había unas hogueras que alumbraban todo el lugar. Alrededor del templo había distintas estatuas esculpidas en mármol de distintos héroes, pero se paró en seco cuando descubrió una en particular, más grande y espectacular que las demás justo en la entrada. Era Apolo en todo su esplendor. Habían captado de forma espectacular su esencia sujetando su arco y levantando una ceja desafiando a cualquiera que estuviera dispuesto a perecer bajo sus manos.

—¿Te gusta? —Le susurró Apolo junto a su oído y ella que no le había escuchado acercarse se sobresaltó un poco.

—Es impresionante —admitió ella maravillada— ¿Por qué tienes aquí una estatua? —dijo Scailar sin poder apartar sus ojos de la escultura.

—Es una larga historia... —dijo el sonriendo al ver la cara de felicidad con la que le observaba.

—Pues resume, pero quiero saberlo —dijo tirando de su brazo para que le contara la historia mientras el resto inspeccionaba la zona.

—Bueno, sí insistes. Tenía un soldado a mi cargo que era de aquí, Herminio, un día me vino a ver pidiéndome permiso para volver a casa ya que un monstruo estaba desolando el lugar y

matando a sus gentes, no se podía quedar de brazos cruzados sabiendo que la gente que amaba tendría un final tan cruel. Así que no solo le dije que podía ir si no que me ofrecí a venir con él y ayudar a liberar a esta pobre gente. El monstruo era una gran serpiente que se comía a los campesinos del lugar, la serpiente pitón. Resumiendo la historia, la maté con mi arco, pero fue muy dura de pelar y desde entonces este templo es el templo de Apolo. Desde ese momento las sacerdotisas se llaman pitonisas y el oráculo es conocido como de Apolo Pitio —dijo sin darle mayor importancia a lo que había sucedido.

Scailar le miraba asombrada por la hazaña realizada, no solo había matado a un monstruo que estaba destruyendo a la población, además había abandonado su hogar, el único lugar donde estaba seguro de una implacable Hera que haría cualquier cosa por acabar con su vida por salvar a aquella gente. Tenía que reconocer que cada día la sorprendía más y cambiaba la mala imagen que tenía de él.

—Eres un buen hombre, o dios, o lo que sea —dijo sonrojada por la mirada penetrante que él le estaba dedicando, se la comía con la vista.

—No te vayas a enamorar ¡eh! —dijo intentando quitarle hierro al asunto, no le gustaba que le diera tanta importancia.

Ella le respondió con un puñetazo en el estómago.

—Siempre la cagas, eres un boca chancla — le sacó la lengua y se fue dirección a la puerta aparentando enfado con él.

Él le siguió muy de cerca sin parar de reír, le encantaba chincharla.

Entraron en el templo y por dentro era aún más asombroso, todo era de mármol blanco y dibujos dorados adornaban las paredes. Algo le decía a Scailar que estaban hechos con oro. Había un camino frente a ellos de suelos brillantes y pulidos a ambos lados y hasta donde alcanzaba la vista las columnas guiaban el camino y las mismas hogueras que había visto fuera. «Aunque era un lugar inmenso le daba la sensación de acogedor» pensó.

Al final del largo pasillo encontraron un trono dorado y con piedras preciosas de varios colores, que estaba vacío. De la oscuridad que existía detrás del trono se oyeron unos suaves y delicados pasos.

Tras unos pocos segundos apareció ante ellos una pequeña joven de cabellos rubios y lacios que caían por delante de sus hombros y resbalaban sobre una túnica blanca que le llegaba hasta sus pequeños y delicados pies descalzos. Scailar se quedó con la boca abierta, era una niña de no más de once o doce años. Con los rasgos de porcelana y una mirada gris que poseían la inocencia que solo los más jóvenes puede tener.

—Es solo una niña... —dijo Scailar como si la pequeña no estuviera presente.

—Tiene que ser así, los oráculos son elegidos el día de su nacimiento y tienen que permanecer puros para conservar el poder de la premonición —dijo Apolo como si aquello fuera lo más normal del mundo.

—Pero ¿cómo se puede condenar a un niño a ese castigo? ¿Siempre pura? —dijo Scailar mirando a Apolo como si este hubiera perdido la cabeza.

—Para ellas es un honor servir a los dioses con sus predicciones. Viven entre comodidades y riqueza toda su vida. Se les hace ofrendas y tienen siempre protección, nadie los puede dañar nunca —dijo mirándola brevemente antes de dirigirse de nuevo a la pequeña pitonisa.

—Hola Ariadna, ¿cómo estás? —se dirigió a la pequeña que ahora estaba sentada en el trono con los pies colgando. Ella miraba al dios y le sonreía.

—Muy bien mi dios —dijo haciendo una reverencia con la cabeza— me alegra mucho veros, ¿en qué os puedo ayudar?

—Como ya sabrás mi hermana la diosa Artemisa ha desaparecido y me he quedado sin pistas para encontrarla. Necesito tu ayuda para hallar su paradero.

—Así será —decretó ella mientras miraba a Scailar tímidamente y la sonreía.

Era tan solo una niña, pero cuando hablaba parecía tener un alma antigua. Tenía que reconocer que le preocupaba un poco viendo como una niña estaba condenada de por vida a una vida solitaria y a nunca encontrar el amor, pero parecía feliz. Y se podía vislumbrar que sentía un gran aprecio por Apolo. El mismo que se había acercado a ella para besar sus pequeñas manitas.

Cogió un cáliz que tenía junto a su trono en una mesa redonda de cristal y se dirigió a una fuente que había en la pared derecha de la estancia, el agua era cristalina y estaba llena de flores, tenía un brillo especial que parecía mágico y llenó el cáliz con esa agua antes de entregárselo a la pitonisa.

Ella bebió un gran trago de él y masticó unas hojas de laurel. Todos la miraban sin moverse, casi parecía que aguantaban la respiración para no interrumpir el ritual que estaba llevando a cabo.

La pequeña cerró los ojos y entonó un cantico suave, melodioso, tenía una voz dulce y perfecta. Cuando el canto cesó y abrió los ojos el gris había desaparecido, ahora sus ojos eran completamente blancos y miraba al infinito.

—Pitonisa, ¿dónde está mi hermana, la diosa Artemisa? —dijo Apolo muy despacio y bajito como si no quisiera estropear el trance en el que ella se encontraba.

La pequeña arrugó la frente con las visiones que estaba recibiendo.

—Por un infierno tendrás que pasar para poderla hallar, pero solo la piedra te dará la auténtica felicidad —recitó la pequeña como si de una poesía se tratara.

—¿Pero eso qué clase de pista es? —dijo Amanda sin miramientos y eso hizo que la pitonisa saliera del trance.

—El oráculo solo da información en forma de adivinanza, no hay otra manera, pero os puedo asegurar que si consigues descubrir lo que quiere decir hallaras lo que buscas, nunca falla en sus predicciones —dijo Apolo antes de dirigirse y arrodillarse frente a la pequeña y besar sus pies descalzos en forma de agradecimiento y respeto.

—Espero que tengas suerte Apolo y vengáis a verme cuando encontréis a vuestras familias —sonrió a Scailar seguro que había visto a Akiles en su visión.

—Vámonos necesitamos unas cervezas bien frías y hablaremos sobre el acertijo a ver si conseguimos sacar algo en claro —dijo Apolo ya caminando hacia la salida.

Amanda y Marius miraron a Scailar y se encogieron de hombros antes de seguir al dios y Molok llevo junto a ella y la cogió por los hombros.

—Venga te invito a unas cervezas que creo que eres buena bebedora —dijo Molok guiñándole un ojo.

—Te voy a tumbar, ya lo verás —y los dos riendo siguieron a los demás.

Llegaron a la ciudad después de una larga caminata y buscaron una taberna que les diera alojamiento, el que encontraron no era lujoso, pero al menos tenían agua caliente.

Después de una ducha que relajara sus tensos músculos y que lavara su cuerpo del sudor y el polvo del camino se sentían mucho mejor. Quedaron abajo en el salón para comer algo y beber un rato, se lo merecían.

Cuando llegó ya estaban todos sentados, ella se había retrasado un poco preocupada por ir guapa, sabía que era una tontería con la situación que tenían encima, pero le apetecía tener buen aspecto. Se puso unos pantalones de cuero que le había regalado Amanda unos meses atrás, según ella era lo mejor para una pelea, pero a ella realmente lo que le gustaba es que se pegaban a la perfección a sus largas piernas. Lo había conjuntado con una camiseta azul celeste que resaltaba mucho con su piel ahora morena y su cabello rubio que había trenzado en su espalda. Como no había llevado maquillaje se había pellizcado un poco las mejillas para darle un tono más sonrosado, aunque cuando estaba cerca de Apolo eso no le hacía mucha falta. Y tenía que reconocer que había conseguido el efecto deseado, todos se voltearon a mirarla en cuanto

apareció, incluso alguno hombre más presente en el bar. Molok la sonrió, Marius la miró mal y Amanda se reía de forma pilla, pero el que quería que a ella la mirara era Apolo y lo estaba haciendo como un depredador mira a su presa.

—Bueno, bueno ¿qué tenemos aquí? —dijo Molok mientras le silbaba— estas que quitas el sentido, preciosa. Ella le sonrió y el aulló cuando Apolo le dio una patada por debajo de la mesa.

—¿No vas demasiado escotada? Te vas a constipar —dijo Marius, cuando se ponía así parecía un abuelo cascarrabias y eso que era solo un poco mayor que ella.

«¿Cuándo se había vuelto tan puritano este hombre?» pensó Scailar.

—Estoy bien gracias —dijo sin entrar en su juego, no quería discutir con él aquella noche.

Apolo que estaba sentado junto a Molok le hizo una seña con la cabeza para que la dejara sentarse junto a él y Molok con una fingida cara de enfado se apartó dejándola espacio.

—Bueno ahora que ya estamos todos tenemos que pensar en el mensaje que nos dio la pitonisa.

—Sí, que nos tenemos que ir a la cama mi mujer tiene que descansar y Scailar también —dijo Marius mordazmente.

—Analicemos la frase «Por un infierno tendrás que pasar para poderla hallar, pero solo la piedra te dará la auténtica felicidad» tormenta de ideas, ¿qué pensáis que puede significar? —preguntó Apolo antes de pegar un buen trago a la jarra de cerveza fría y espumosa.

—¿Se referirá a qué tenemos que ir al infierno? —preguntó Scailar mientras le miraba y aleteaba sus largas y rubias pestañas.

—No creo que sea tan sencillo, seguramente lo de pasar un infierno es todo lo que estamos viviendo, a lo que nos estamos enfrentando, vamos si eso no es un infierno que baje dios y lo vea —dijo Marius pensativo.

—Sí creo que tiene razón y ¿sobre la piedra? —preguntó Molok.

—¿Qué monstruo conocemos relacionado con las piedras? —contestó Apolo con otra pregunta.

—¿Las gárgolas? —dijo Amanda.

—Buena respuesta Amanda, pero tiene que ser alguien distinto ya que las gárgolas también están desaparecidas —le explicó Apolo.

Aquella mujer le caía bien era divertida y no tenía pelos en la lengua, una pena que eligiera un hombre tan estirado, no le pegaba nada. Aunque él estaba más pendiente de otra mujer... no podía concentrarse mucho viendo ese generoso escote que dejaba ver los encantos de Scailar. Ya sin arreglarse era abrumadora pues ahora era todo un infierno.

—¿Gorgonas? —dijo Molok tras pensar unos minutos y él tuvo que devolver la mirada a sus ojos antes de que Scailar le pillara de lleno mirándole el pecho y le cruzara la cara delante de todo el bar, así era ella toda una fierecilla.

—No me extrañaría que los tuvieran ellas, son el mal personificado y muy difíciles de matar, si te descuidas puedes terminar convertido en piedra, por lo que sí son ellas las que retienen a nuestras familias vamos a pasar un infierno de verdad.

—Bueno ahora no pensemos en eso, mañana saldremos hacia allí esta noche solo disfrutemos y bebamos hasta perder el sentido —dijo Molok levantando su jarra de cerveza.

—Me apunto —dijo Amanda cogiendo la jarra de su hombre.

—¡De eso nada señorita tú no puedes beber! —gruñó Marius quitándole la bebida justo antes de que le pegará un trago.

—¿En serio? La cerveza es buena para la salud y a un hijo mío seguro que también le gusta —dijo intentando volver a quitarle la jarra, pero él la levantó en alto para que no llegara algo bueno tenía el ser mucho más alto que ella.

—De eso nada monada, venga vamos —dejó la jarra y la cogió en los brazos arrancándole una sonrisa, su mirada prometía que la compensaría por aquello esa noche muchas veces.

—Eres un grano en el culo, y lo sabes —dijo Amanda riéndose y agarrándose del cuello de su hombre.

—Pero me quieres... —contestó él robándole un beso —Scailar a la cama.

—No, yo me quedo, quiero emborracharme —dijo y se cruzó de brazos en señal de que no se rendiría.

—Scailar...

—Déjala no le va a pasar nada, yo cuidare de ella —dijo Molok agarrándola por los hombros, pero a Marius ese hombre le caía bien y sabía que la respetaría.

—Como le pase algo te arrancaré la piel a tiras, te lo advierto —y con esa amenaza se marchó escaleras arriba mientras Amanda le mordisqueaba el cuello.

La noche pasaba y las cervezas iban y venían entre historias y muchas risas, estaban los tres como viejos amigos pasando un buen rato sin pensar en todos los problemas que tenían en ese momento, hasta que Molok empezó a hacer ojitos con una camarera con la que se escapó un rato más tarde escaleras arriba y disculpándose por que el deber le llamaba.

—¿Cómo puedes tener tanto aguante bebiendo? —preguntó Apolo ya bastante borracho, el no

tener los poderes divinos hacía que se embriagará más, normalmente no pasaba de ser un mareílo.

—Pues vivo con cinco hombres y Amanda que bebe como uno de ellos, así que una tiene que resistir si la quieren tomar en serio —le dijo sonriendo mientras apuraba la cerveza que le quedaba.

—¿Y lo hacen? —dijo él imitando su gesto.

—¿Tomarme en serio? La verdad es que no, ya has visto que Marius me trata como a una niña, ¿te haces una idea de cómo es mi hermano? —dijo Scailar poniendo los ojos en blanco solo de pensarlo. Estaba un poco achispada, pero tenía que reconocer que desde que había salido de su casa para embarcarse en esa misión era el mejor rato que había pasado y no se arrepentía ni aun pensando en la resaca que tendría al día siguiente.

—Si estuviera tu hermano aquí ya me habría castrado seguro —dijo riendo Apolo y se le quedo mirando esos grandes ojos azules verdosos y luego a sus labios se moría por sentirlo entre los suyos.

—Eso te lo puedo asegurar —él la estaba abrasando con la mirada y lo peor es que ella sentía el mismo deseo, si no se marchaba terminaría saltando por encima de la mesa para besarle delante de todos aquellos desconocidos— Creo que debería irme a dormir, es tarde y mañana vamos a desear arrancarnos la cabeza de cuajo.

—Tienes razón, vamos yo también me subo, te acompañaré a la puerta como un auténtico caballero —dijo y le ofreció su mano para levantarse.

Subieron las escaleras camino de la habitación de Scailar, ella iba delante y él la seguía muy de cerca. De vez en cuando ella se volteaba y le regalaba una sonrisa pícaro. Le encantaría volver a saborearla, pero sabía que se tenía que comportar por mucho que su cuerpo le pidiera lo contrario.

Ya en la planta de arriba a Scailar se le cayeron las llaves del cuarto con las que iba jugando nerviosamente y ni corta ni perezosa se agachó poniéndose en pompa delante de él. Pensó por un momento en mirar para otro lado, pero sus ojos se negaban a mirar a otro sitio que no fuera a esas nalgas dentro de esos prietos pantalones de cuero. Su erección opinaba lo mismo y en cuanto se imaginó cogiéndola de ahí mientras la poseía contra una pared salió disparada contra su pantalón. Y él detrás de ella, mejor dicho, pegado a ella, agarró posesivamente sus caderas dejando que ella sintiera exactamente como se sentía respecto a esa postura y lo mucho que le había gustado los pantalones que llevaba.

Scailar estaba un poco mareada cuando se agachó a buscar las llaves, pero el calor llegó realmente cuando sintió a Apolo apretando sus caderas contra su duro miembro.

En cualquier otro momento se habría sentido ofendida, pero no en ese momento, le encantaba como agarraba sus caderas enseñándole como ella encendía su deseo, y para que mentirse quería más de aquello. Lo quería todo, ya pensaría las consecuencias más tarde, ahora todo eso no importaba y algo le decía que el alcohol y el calor que le recorría el vientre tenía algo que ver. Se levantó muy despacio restregándose contra lo que él le entregaba y cuando estuvo recta sintió un suave gruñido cerca de su oreja.

Él se volvió loco cuando ella había subido pegándose aún más, pensó que le abofetearía, pero al contrario, había hecho que se volviera loco, si ella se lo pidiera pararía, aunque tenía que reconocer que le costaría la misma vida. La giró para mirarla a los ojos y ver si estaba dispuesta a continuar.

Quedó de frente a él y le miró a los ojos, esos ojos azules que tanto le gustaban ahora estaban más oscuros a causa del deseo y lo supo, quería pasar la noche con aquel hombre entre sus piernas, así que sin pensarlo dos veces le echó los brazos al cuello y pegó su pecho al de él, sintiendo como los dos subían rápidamente a causa de lo que vendría a continuación.

Eso era lo que él necesitaba para continuar y no espero más permiso. Se lanzó directo hacia su boca que estaba entreabierta y podía entrever la punta de su lengua rosada. Primero mordisqueó su labio inferior que era ligeramente más grueso que el superior y lo estiró con sus dientes, luego pasó la lengua por el superior y ella gimoteó en protesta por que la besara ya de una vez, él se apartó un poco de ella y le sonrió.

«¿Quiere jugar? ¿Ahora que le deseo y necesito tener esa boca sobre la mía? No, no de eso nada» de un rápido salto se enroscó firmemente en sus caderas entrelazando las piernas, y él instintivamente la agarró del culo apretándolo, masajeándolo y eso fue el detonante, ella se lanzó sobre su boca y fue la que exigentemente metió la lengua húmeda y caliente para saborear la de él mientras metía las manos en su pelo. Él quería jugar más con ella, pero tenía que reconocer que la necesitaba y la quería rápido, furioso. Se fue directo hacia la puerta de la habitación y antes que pudiera abrir con las llaves que ella había recogido solo momentos antes ella se separó de su boca.

—No aquí no, tengo la pared pegada al cuarto de Marius, ¿quieres que te deje eunuco? —dijo riéndose y mirándole con un brillo en los ojos que él conocía muy bien, deseo.

Él ni contestó y fue directo a la suya que estaba al otro lado del pasillo. Esa mujer le estaba calentando como nunca lo había estado y eso que solo se habían besado, se moría de ganas de saber que más le podía ofrecer.

Casi derriba la puerta del dormitorio y la cerró con el pie antes de irse directo a la sencilla

cama de matrimonio que había junto a una ventana. Aunque ella protestó un poco cuando la dejó sobre la cama, él le prometió con la mirada mucho placer.

La miró unos segundos sobre su lecho con los labios hinchados y los ojos pidiéndole más, sin perder más tiempo se sacó la camiseta por la cabeza dejando su contorneado pecho al descubierto y ella se relamió en respuesta. Se tumbó sobre ella tenían cuidado de no dejar caer todo su peso sobre ella y volvió a besarla, esta vez el deseo tomó el mando y saboreó su boca con ansia, pasando su lengua por cada recoveco. Mientras con la mano acariciaba su rodilla y subía por el cálido cuero hacia sus muslos.

Ese hombre solo la estaba acariciando por encima de la ropa y ya la tenía loca, le daban ganas de gritarle para que metiera la mano, pero él era el experto y ella debía dejarse llevar, aunque lo único que le apetecía era tumbarlo y besarle por todo el cuerpo. Descubrir todo lo que tenía para darle. Liberó su boca y bajó lamiendo y mordisqueando su cuello, eso hizo que el pelo de la nuca se erizara de forma automática. Subió su mano por el muslo muy cerca de su sexo y llegó hasta el borde de la camiseta y tiró de ella para sacársela por la cabeza, algo le decía que si no se la quitaba se la arrancarían y eso la calentó. Él se quedó mirando su sujetador azul celeste y no se detuvo ahí, bajo dando besos por su ombligo el que lamió y degustó arrancándole un pequeño gemido.

Hasta que llegó al botón de sus pantalones y se los quitó rápidamente casi ni se enteró, dejándola solo en ropa interior. Debería sentirse vergonzosa, con miedo, pero no era así al contrario, se sentía guapa y deseada, ese hombre la veneraba con la mirada. Volvió a dedicarse a su cuerpo y esta vez se fue directo a sus pechos.

Apolo fue a saborear lo que llevaba ya tiempo deseando, saco uno de sus turgentes pechos, vio que eran perfectos, rosados y con grandes pezones, le encantaba, sin dudar lo metió en la boca y empezó a jugar con su lengua, y tirar de él suavemente con los dientes lo que provocó que ella gimiera y eso le encendió aún más, se fue directo a desabrochar el sujetador para poder degustar los dos sin barreras.

Y ella arqueó su espalda para entregárselos, los chupó y mordisqueó primero uno y luego el otro, pero no se detendría ahí, quería más. Bajó su mano lentamente por su vientre plano hasta su braguita azul y por encima de la tela tocó su calor, su humedad.

Lo que le hacía ese hombre la estaba volviendo loca, no sabía que el pecho podía ser tan excitante pero cuando la había lamido pensó que no podía soportarlo más, y se arqueó pidiéndole más.

Él metió la mano por debajo de la tela para sentir esa humedad y gruñó en respuesta alejando

su boca de los pechos y sin más preámbulos bajó directo hacía su monte de venus. Quería lamerlo, saber a qué sabía eso que le estaba haciendo perder la cabeza. Quería ser delicado, aquella mujer era de las que querían hombres que lo fueran, pero no podía serlo, no en ese momento así que no perdió el tiempo en quitarle las bragas, las agarró con ambas manos y las rasgó en dos partes dejando al descubierto su pubis que tenía una pequeña línea de bello rubio con gotas de aquella humedad y sin pensarlo hundió su boca en ella. Una multitud de sensaciones le invadieron en ese momento, nunca había probado nada igual, y mira que había probado muchas cosas... parecía la ambrosia de los dioses, su sabor era dulce y amargo a la vez, su olor le envolvía y solo quería introducirse fuertemente en ella mientras gritaba su nombre. Dio un lamento a lo largo de su centro que la hizo temblar y gemir, y se concentró en su pequeño clítoris que estaba ya inflamado por la excitación. Dio vueltas sobre él con su lengua, inflamándolo, saboreándolo, lo succionó suavemente y ella elevó sus caderas dándole más. Él agarró fuertemente sus nalgas redondas para acércalo aún más a su boca.

—Por favor, no puedo más —dijo Scailar ronca por el deseo.

—¿Quieres que te libere de tu sufrimiento preciosa? —dijo él entre lengüetazo y lengüetazo.

—Por favor —rogó ella.

Sentía que se volvía loca, el corazón amenazaba con salirse del pecho, no podía soportarlo más, sentía su excitación crecer, y crecer volviéndola loca, no sabía porque, pero sentía que si no conseguía liberarse se volvería loca. Él obedeció su suplica y empezó a girar más rápido sobre ese sitio que la volvía loca en cuanto él posaba la lengua.

Notaba que estaba cerca de la cumbre, sentía presión y su corazón latía desbocado. Cuando aceleró el ritmo no pudo soportarlo más y estalló en una oleada de placer, que no se parecía en nada a lo que ella había sentido en la intimidad, sentía palpitaciones y aún más humedad. Mientras él daba suaves pasadas con su lengua recogiendo lo que había liberado junto con su orgasmo.

—Scailar no puedo más... necesito hacerte mía ahora mismo, en otro momento podré ser más delicado y complacerte de mil maneras, pero ahora no puedo evitar poseerte de forma rápida y salvaje —dijo Apolo subiendo como un depredador y quitándose los pantalones en el camino. No llevaba ropa interior y dejó al descubierto un miembro duro, grande y preparado para ella.

Tendría que tener miedo por ser virgen, pero la verdad es que ella sentía la misma necesidad urgente y animal de tenerle dentro, sabía que dolería, pero lo soportaría. No había nadie en el mundo con el que le gustaría dar ese paso más que con él. Era un capullo, pero era el único hombre que la excitaba de una manera que hacía que perdiera el raciocinio.

Ella solo pudo asentir y él fue lo único que necesito rápidamente rasgo la funda de un

preservativo que ella no sabía de donde lo había sacado y con una maestría digna de un dios se lo puso antes de colocarse justo en su centro. Cerró los ojos esperándolo.

Él sabía que estaba preparada para aquello, la humedad era tal que goteaba sobre las blancas sabanas. De una sola y rápida embestida la penetró y en el mismo momento que su miembro encontró un obstáculo lamentó haberlo hecho. Vio como ella apretaba los ojos y los labios para no emitir un grito de dolor. «¡Dios mío! ¿que había hecho?

Acababa de robarle su virginidad de la manera más horrible y menos delicada del mundo...» y se odio por ello. Se quedó tan quieto que le daba hasta miedo respirar por si la dañaba.

—¿Por qué no me lo has dicho? —dijo él enfadado, pero sin querer que se sintiera mal, el que se sentía fatal era él.

—Yo... lo siento, pensé que no te importaría —dijo ella abriendo los ojos y relajando el gesto al notarle quieto.

—Por dios Scailar podía haberlo hecho de otra manera, más delicada, sin hacerte daño o al menos no tanto —acarició sus cabellos sin saber muy bien sin salir o si moverse si quiera.

—Bueno vale ya, es mi decisión, quería hacerlo y quiero hacerlo o ¿ya se te han quitado las ganas? —dijo ella torciendo el gesto, sí era virgen pero no necesitaba a otra persona que la tratara como a una niña y menos él, no lo soportaría.

—Claro que quiero, te deseo con toda el alma —dijo Apolo y bajó y atrapó su boca besándola exigentemente mientras despacio empezó a moverse dentro de ella. Quería que se acostumbrara a él, quería darle placer sobre todas las cosas.

Scailar notó que el dolor pasaba con sus movimientos lentos y sus besos abrasadores, pero iba despacio para no dañarla y ella le necesitaba, fuerte y duro como le había prometido. Ella empezó a elevar las caderas, al principio despacio y torpemente pero rápidamente le hizo aumentar el ritmo y él gimió en respuesta. Y se unió a sus embestidas. Notó como el placer la llenaba de nuevo, inundándola, mientras elevaba las caderas y su clítoris rozaba con el pubis de él. Dio un grito cuando el orgasmo la llegó de nuevo y él elevó sus piernas por encima de sus hombros golpeando fuertemente mientras chocaba con su centro y sus nalgas. Y explotó dentro de ella mientras aun sentía las palpitations del orgasmo de ella sobre su miembro aún erecto.

Se dejó caer sobre ella y sudando sobre su pecho recupero el aliento. El corazón de ambos latía acompasados.

—Gracias por confiar en mí para esto —dijo Apolo y besó sus labios hinchados suavemente. No sabía el motivo pero que ella le hubiera elegido para ser el primero hacía que se le hinchara el pecho de orgullo.

Aunque a decir verdad si lo hubiera sabido ni si quiera sabía si hubiera aceptado a aquello. Es verdad que la deseaba como a ninguna otra en el mundo, pero sabía que perder la virginidad, al menos en la mayoría de los casos implicaba sentimientos y él no quería saber nada de eso. O si hubiera aceptado no habría sido de esa manera, borrachos y de esa forma animal. Una mujer se merecía un trato delicado, y cariñoso, pero sobre todo intentar que les doliera lo menos posible, pero ahora ya no podía hacer nada al respecto, había sucumbido a sus deseos y se sentía fatal por aquello.

—Gracias a ti, no sabía que esto del sexo podía ser tan placentero —Él la miró a los a los ojos y vio como estaba sonrojada, no sabía si por el encuentro o porque ahora le daba vergüenza, aunque hace unos minutos había sido toda una leona.

Él salió de ella despacio y rodó en la cama hasta quedar boca arriba, aun le daba vueltas la cabeza por el placer y por el alcohol.

—Scailar no quiero ser borde, pero sé que las mujeres cuando tenéis la primera vez os encariñáis... y ya sabes lo que pienso yo al respecto de ese tema, no quiero que sufras, aunque creas que soy un capullo no deseo eso para ti —dijo Apolo mirándola desde su lado.

Eso le sentó como un balde de agua fría e hizo que se levantara como si tuviera un resorte en la espalda. «Pero ¿este hombre que se pensaba que todas caían enamoradas a sus pies? ¡Ella era una mujer que podía disfrutar de su sexualidad plenamente sin enamorarse!»

—Me alegro de que tengas la autoestima tan alta, eso es bueno para el ego, pero siento desilusionarte porque no quiero más de ti de lo que hemos tenido. Ahora si me disculpas me voy a dormir. Hasta mañana —dijo cogiendo una sábana para cubrir su cuerpo y salió sin darle tiempo a contestar, pero volvió a entrar y le miró furiosa —por cierto, gracias por el polvo, tampoco es para tanto.

Apolo se puso la mano en la frente nunca se podría llevar bien con aquella mujer, lo único que había dicho era porque no quería que sufriera si se enamoraba de él, pero en cambio ella se lo había tomado como una chulería o bravuconería suya. No sabía que haría con ella, esa mujer le volvía loco en todos los sentidos. Lo mejor sería que se durmiera mañana tenían que volver a viajar, pero cuando se giró para colocarse derecho en la cama noto una humedad y al mirar vio algo que le corto el cuerpo del todo.

La sangre de Scailar manchaba la cama. Ella le había entregado la virginidad algo muy apreciado para una mujer... él en vez de ser delicado y tierno la había dañado y en vez de abrazarla para dormir hasta el día siguiente había sido un capullo consiguiendo que se marchara. Realmente se merecía que Marius le diera esa paliza con la que le había amenazado. Golpeó la

almohada varias veces frustrado. Esa noche poco dormiría.

Dios ese hombre la desesperaba, ella no le había pedido nada, solo era un intercambio de fluidos entre dos adultos, ¿Por qué pensaba que ella se enamoraría de él? Bufó exasperada mientras entraba en su cuarto y buscaba ropa interior para poder dormir. Cogió unas braguitas cualesquiera de la mochila, pero cuando se las fue a poner se dio cuenta de que estaba manchada de sangre en los muslos.

Y la realidad le golpeó había perdido la virginidad con un capullo, pero un capullo que le gustaba, aunque a veces la desesperara y con el que le gustaría estar ahora durmiendo entre sus brazos. Tenía que olvidarse de él de forma inmediata, no podía permitir que los sentimientos fueran a más y darle la razón, eso nunca pasaría.

A la mañana siguiente todos amanecieron algo taciturnos, bueno todos menos los enamorados que si antes eran empalagosos desde que sabían que iban a ser padres eran lapas. Molok estaba con una resaca de mil demonios, pero eso no era capaz de borrarle la sonrisa de la cara mientras recordaba el encuentro amoroso de la noche anterior. Los otros dos eran harina de otro costal, la cara les llegaba hasta los pies, cuando el resto les había preguntó que les pasaba ellos mintieron diciendo que era causa de la resaca, o al menos en parte era cierto, dentro de ellos se luchaba una batalla que nada tenía que ver.

A Scailar le costó un poco la caminata de vuelta al barco porque estaba algo dolorida por el salvaje encuentro de la noche anterior, menos mal que al menos la sangre se había detenido. Como no le tocaba el periodo no se había llevado nada para ese tipo de situación y dudaba que en la Grecia antigua le dieran algo más que unos paños. Le daban ganas de reírse pensando en ponerse un paño con esos pantalones ajustados que llevaba. Ella sentía que algo dentro de ella le dolía más que su físico, no había pegado ojo pensando y dando vueltas al asunto de Apolo.

Ella quería ir de mujer moderna, pensaba en el separar el sexo del corazón, pero no era tan sencillo como pensó en un principio. No es que estuviera enamorada ni ninguna de esas ñoñerías, pero sí se había dado cuenta que el compartir eso tan íntimo con alguien le había enseñado que ese hombre le gustaba, sí, aunque fuera un auténtico gilipollas le atraía. Quería hacerlo bien y no involucrarse sentimentalmente pero no sabía cómo, era un tema totalmente nuevo para ella y eso le asustaba. Quizá Amanda la podría aconsejar, o ¿no? Era una mujer experimentada y según le había contado alguna vez ella antes de Marius tenía citas con las que se acostaba y no estaba al día

siguiente como un perro abandonado. Ese hombre le había hecho tocar el cielo con los dedos y se negaba a no poder disfrutar junto a él todo lo que pudiera antes de volver a casa y que su hermano la encerrara de por vida en cuanto se enterara.

¿Qué cómo se iba a enterar? Fácil Akiles era como una madre, las madres tienen el don de saberlo todo, en cuanto la viera ya no habría marcha atrás. Esperaba que para entonces Apolo hubiera recuperado sus poderes o su hermano se haría unas botas con la bronceada piel del dios.

Se convenció de que hablaría con Amanda en cuanto tuviera ocasión si ella y su oso amoroso se separaban en algún momento.

Después se abandonaría a los placeres de la carne todo lo que pudiera antes de que terminara esa aventura en la que se habían embarcado. Siempre y cuando Apolo accediera porque después de su reacción la noche anterior no estaba muy segura si querría repetir.

En ese momento vio pasar a Amanda y eso la sacó de sus pensamientos, iba sola así que esa era su oportunidad.

—¡Chisst, Amanda! —dijo Scailar llamándola en voz baja— ¿tienes un momento? —La rubia de ojos violáceos se acercó sonriente.

—Claro preciosa, ¿todo bien? ¿Qué tal la resaca? —Se sentó junto a ella y apoyó la espalda en la pared del costado del barco dejando que el sol calentara su rostro.

—Sí todo bien, tengo que contarte algo, pero tienes que prometer que no grites que te conozco —dijo suplicándole Scailar y se sentó aún más cerca de ella para que nadie oyera lo que tenía que contarle.

La raptora sonrió y asintió rápidamente era muy lista y algo se olía ya, la conocía demasiado bien para no detectar que le ocurría. Sabía que podía confiar en ella, no diría nada y Marius no podía leer su mente y en ese momento dio las gracias a los dioses por ello. Y empezó a narrarle todo lo ocurrido.

Apolo miraba a la mujer responsable de que no hubiese pegado ojo en toda la noche, bueno más que ella había sido su propio sentimiento de culpabilidad. Vale, tenía que reconocer que él era un mujeriego, pero eso no era sinónimo de hacer daño a las mujeres, conocía hombres que engañaban a las mujeres y le prometían el oro y el moro para llevárselas a la cama y después si te he visto no me acuerdo. Él no era así, él siempre era sincero sobre lo que quería y lo que no, si la otra persona aceptaba ese intercambio podían disfrutar de ese rato juntos y nadie terminaba herido. Y con Scailar no había sido distinto, había sido sincero en todo momento, pero sí que le había quitado la virginidad de una forma horrible y salvaje.

La primera vez merecía ser recordada como algo bonito y delicado, no algo doloroso. La tenía

que haber abrazado después y haber dormido junto a ella dándole mimos y cariños que tanto les gustaba a las mujeres, algo bonito por lo que recordar ese primer encuentro sexual.

Pero en cambio él le había dicho que no se enamorara... ya la empezaba a conocer y con ese comentario solo consiguió herirla aún más.

—¡Bien! —dijo gritando Amanda, aunque ella le había pedido que no lo hiciera, era para matarla ahora mismo con sus propias manos.

—¡Calla por favor! Alguien nos oirá y si es Marius me va a asesinar lo sabes muy bien.

—Perdona, no gritare más, ¡pero es que es un bombazo! ¡Mi casi hermana ha perdido la virginidad! —esa mujer que tenía delante con los ojos como platos y una sonrisa de oreja a oreja no sabía lo que era hablar en voz baja— ahora toca la regañina que lo sepas, si le hubieras contado que eras virgen habría sido más delicado —puso cara de enfado fingido y la cogió de las manos ilusionada.

—Sé que tienes razón, pero entiéndeme en ese momento no podía pensar con claridad, me dejé llevar... —no podía evitar sonrojarse, aunque fuera Amanda cada vez que recordaba el encuentro tórrido de la noche pasada.

—Bueno si tú estás bien no pasa nada las cosas salen como salen, además mira el lado bueno, ahora puedes disfrutar —le dijo mientras ponía una sonrisa picarona.

—El tema es que aparte de querer compartir contigo mi estreno, es que necesito tu ayuda... necesito saber cómo puedo separar el sexo de los sentimientos —lo soltó rápido para que no le diera más vergüenza el tema.

—¿Estás enamorada? —Dijo Amanda mientras aleteaba sus pestañas a mil por hora debido a la expectación de lo que le estaba preguntando.

—¡Otra igual! —protestó antes de continuar— Enamorada no, pero me he dado cuenta de que me gusta mucho, y quiero seguir disfrutando de lo que él me ofrece mientras dure nuestro viaje y no quedarme colgada de él. ¿Me entiendes?

—Oh claro que te entiendo, eres igualita que Sárilan que nunca echaba un polvo por si se pillaba y la verdad es que ha perdido muchos magníficos orgasmos por ese motivo —Scailar puso los ojos en blanco cuando escucho a su amiga la verdad es que no se andaba con paños calientes, aunque tenía que reconocer que tenía toda la razón.

—Lo primero que tienes que hacer es entender dónde te estas metiendo. Mentalizarte de que el sexo es un acto físico para conseguir tu placer y el de la persona con la que lo compartes, ahí nada tiene que ver el corazón al menos mientras no sea el hombre al que amas. Normalmente es más

fácil cuando la persona con la que te acuestas es desconocida y no la tienes que volver a ver o al menos no está en tu día a día.

Ella la miraba mientras le contaba todo eso algo desilusionada, quizá porque pensaba que le rebelaría alguna fórmula mágica para no sentir en esos casos, pero realmente lo que le estaba relatando era algo que ella ya sabía, la cuestión es cómo llevarlo a la práctica, la cabeza era una cosa y el corazón otra totalmente distinta.

—¿No hay nada más que se pueda hacer? —preguntó Scailar con el humor bastante mermado.

—No cariño, no hay milagros, ni una regla establecida, simplemente plantearte las cosas y actuar en consecuencia —dijo Amanda y la cogió entre sus brazos y le llenó la cara de besos, no solía ser muy cariñosa pero cuando lo era parecía un oso amoroso.

Apolo estaba en la otra parte del barco mirándolas curioso. ¿Qué estarían tramando esas dos? Quizá le estaba contando lo ocurrido la noche anterior, aunque pensaba que no, de ser así Amanda ya estaría sobre su yugular con los colmillos al descubierto reclamando su sangre. Miró a Scailar y no pudo evitar recordar cómo había sido el sexo con ella, era tan hermosa y exquisita más que ninguna con las mujeres que había estado y eso que se había acostado con muchas. A parte solo ella conseguía volverle loco en todos los sentidos, cuando estuvo con ella en la cama no podía pensar con raciocinio, era como un animal deseando comerse a su cena. Ojalá pudiera compartir más momentos con ella así, bueno mejor que el que habían compartido. La sensación de estar entre sus piernas le envolvió, su olor, su sabor casi podía sentirlo en la punta de la lengua. La estrechez de su cuerpo acogiéndole, apretando sobre él y sin poder evitarlo ya estaba duro de nuevo.

Y debido a su estado no vio que pasaba en ese momento Marius en dirección a su mujer hasta que se paró en seco y giró para mirarlo directamente. Sintió sus ojos clavados sobre él estaban abiertos de una manera desorbitada y tenía el labio superior levantado mientras le enseñaba los dientes que estaban apretados fuertemente.

¿Qué le pasaba a ese ahora? Parecía una mujer con todos esos cambios de humor. Le debería preguntar si tenía la regla o algo. Sonrió ante esa idea, pero no fue lo más acertado que pudo hacer, el pelirrojo gruñó en ese momento y antes de que pudiera reaccionar sacó una daga que llevaba en la espalda escondida y se la tiró, si no se hubiera movido en el último momento ahora mismo estaría con un ojo menos como mínimo, si no muerto.

—Pero ¿qué demonios te pasa? ¿Estás loco o qué? Debe ser algo de familia estáis todos tarados —dijo Apolo a la vez que se levantaba del barril en el que había estado sentado unos segundos antes.

—Tú... —dijo Marius gruñendo como un animal y se fue directo hacia él.

Apolo se levantó para enfrentarlo, pero, aunque sabía a lo que venía le fue incapaz esquivar el puñetazo que le asestó en plena mandíbula y le tiro contra el suelo. «¿Eso es lo que quería? Pues le recibiría gustoso necesitaba quitarse toda esa frustración que tenía encima por culpa de esa rubia que alternaba todos sus sentidos». Se levantó de un salto y fue directo con un gancho de derecha a las costillas de Marius que se dobló antes el duro golpe.

Cuando estaba en esa postura fue a darle otro en la cara, pero no le dio tiempo, el pelirrojo saltó sobre él como si estuviera poseído y le derribó. Los golpes venían tan rápido que le costaba defenderse. Uno le acertó en la ceja y se la partió, le dolía a rabiar mientras la sangre empezó a caer sobre sus ojos, pues puestos a dolor que más daba un poco más, el dios le pegó un cabezazo a Marius haciendo que este cayera hacia atrás y aprovecho el momento para tirarse encima de él. Le iba a dar un poco de su propia medicina y empezó a golpearle lo más rápido que su mortalidad le dejaba.

Scailar no podía creer lo que estaba viendo Apolo y Marius se estaban dando una tunda de las buenas. Corriendo se levantó alguien tenía que poner fin a esa locura, cuando llego junto a ellos les gritó que pararan, pero parecía que no la escuchaban así que hizo lo único que se le ocurrió, se puso detrás de Apolo e intentó separarle de encima de su amigo. No podía permitir que se hicieran más daño del que ya se habían hecho. Pero Apolo no la escuchó ni la reconoció cuando esta le cogió por el pecho desde atrás, él echó el brazo para atrás y la golpeó con tanta rabia que ella cayó de culo contra el suelo de madera.

En ese instante se detuvieron, el dios se giró y la vio tirada en el suelo y con el labio partido. Maldijo y se levantó corriendo a ayudarla, mientras el otro luchador se levantaba en pos de él, pero se detuvo en seco al ver a Scailar herida.

—¿Se puede saber que os pasa? —les gritó Amanda viendo la carnicería que se habían hecho y ayudando a Scailar a levantarse antes de que llegará hasta el dios lo hiciera— ¿Habéis perdido la cabeza o qué?

—Eso se lo tendrás que decir a tu marido que me ha atacado sin ningún motivo. Le deberían encerrar en un psiquiátrico y tirar la llave al río —dijo sacándose la camiseta por la cabeza y apretándola contra la ceja que seguía sangrando.

—Bueno un motivo si tiene... —dijo Scailar antes de escupir sangre que tenía en la boca por el golpe, era un milagro que no le hubiera saltado algún diente— el poder de Marius es leer la mente. Si has pensado algo de lo ocurrido él lo ha podido ver claramente como si fuera un programa de televisión.

Apolo se puso una mano en la cabeza pensando que unos momentos antes había tenido unas imágenes muy gráficas en la cabeza de lo ocurrido la noche anterior y que no le extrañaba nada el comportamiento de ese hombre.

—Marius... yo lo siento —dijo Scailar agachando la cabeza no por lo que había hecho sino por qué se enterara de esa manera.

—Más lo vas a sentir cuando él te rompa el corazón. Te lo he intentado advertir por activa y por pasiva, pero has tomado tu decisión y tendrás que vivir con las consecuencias —dijo aún serio, pero suavizando la voz.

—Él nunca me ha mentado sé lo que hay y lo que no habrá entre nosotros, soy consecuente. No hay sentimientos de por medio y soy adulta así que si quiero disfrutar de mi cuerpo lo haré —le gritó Scailar enfadada porque que su vida sexual fuera aireada de esa manera.

—Bueno que así sea, luego no digas que no te lo advertí. Disfruta todo lo que quieras —dijo Marius cansado. Él mejor que nadie sabía que algunas cosas no se pueden enseñar, aunque te quieran proteger las tienes que aprender a golpes.

—¿Por qué lo odias tanto? —Le dijo ella exasperada por esa rivalidad que tenían los dos. No quería que estuvieran enfrentados, quería poder estar bien con su familia y disfrutar con Apolo. ¿A quién dañaba? A nadie era algo que ella decidía.

—Porque yo era como él Scailar. Por motivos diferentes, pero sólo tenía sexo con mujeres sin sentir nada por ellas y se quedaban destrozadas por el camino al menos la mayoría, entre ellas Amanda. Por eso me empeño tanto en protegerte. Pero tienes razón eres mayor y tendrás que vivir con las consecuencias de tus actos. Sólo espero que no te destrocen —dijo Marius antes de estirar la mano a su mujer para irse de allí ya no quería más peleas estaba cansado de luchar contra la corriente.

Apolo se acercó a Scailar que tenía el labio hinchado y se estaba poniendo morado toda la zona de alrededor. Lo que le había dicho Marius había sido como un jarro de agua fría, sabía que la quería, y que solo quería protegerla, pero la estaba dañando con ese comportamiento.

—¿Estás bien? —preguntó él ofreciéndole la mano.

—Bueno he tenido días mejores la verdad —dijo Scailar entrelazando su mano a la que le ofrecía.

—Lo siento Scailar, no sabía que eras tú. Nunca te dañaré aposta. ¿Lo sabes verdad? —Ella asintió.

—Gracias por la disculpa. Pensé que se congelaría el infierno antes de oír esas palabras de tu

boca —dijo Scailar intentando quitar un poco la tensión de aquellos momentos. Sonrió, pero el labio la tiraba debido a la hinchazón.

—Pues para que veas soy toda una caja de sorpresas. También quiero que sepas que lamento lo de anoche, fui todo un capullo. No debí decirte aquello, te merecías otro tipo de trato en aquel momento y no estuve a la altura —Scailar estaba alucinando ante sus palabras.

—¿Dónde está Apolo? ¿Qué has hecho con él? Confiesa demonio —dijo riendo. Y él paso un brazo por encima de sus hombros.

—¡Oye! Que hieres mis sentimientos, aunque no lo creas tengo mi corazoncito. Aunque parezca mentira no quiero que sufras, preferí aclararlo... aunque sé que no era el momento —ella le asesinó con la mirada mientras levantaba una ceja para ponerle más énfasis— tranquila, tranquila sé que eres adulta y puedes hacer lo que te apetezca, pero soy sincero y me gusta ser claro —Dijo él sin mirarle directamente a la cara.

—Bien pues ahora que está todo aclarado quiero que sepas que mientras que dure este viaje y liberemos a nuestros hermanos me parece correcto que tengamos sexo, solamente un intercambio de fluidos —dijo soltando el discurso que había estado imaginando toda la noche en su cama y ahora se oía rara diciéndolo en alto.

No sabía por qué, pero oírla decirle aquello a la cara sin tapujos mientras le miraba con esos ojos tan azules le puso duro como una piedra y para que ella supiera lo conforme que estaba él con el trato se acercó a su cadera para que ella notara como le calentaba con solo unas palabras.

—Totalmente de acuerdo —dijo Apolo suavemente junto a su oído rozándola con sus palabras.

—¿En serio? No lo había notado, pensé que eso que me estaba clavando en la cadera era una daga —los dos rieron con ganas cuando ella soltó eso tan natural como ella era.

—Anda vamos a curarnos, limpiarnos, y luego podríamos ir a resolver eso de la daga —dijo Apolo dirigiéndola hacia dentro y dándole un cachete en ese culo que tanto le gustaba.

CAPÍTULO XIII

Los días pasaron y el viaje hacia el confín de la tierra donde vivían las Gorgonas continuaba. Marius y Scailar no habían cruzado muchas palabras en el trayecto, pero la verdad es que no salía mucho del camarote de Apolo que la estaba instruyendo bien en las artes amatorias y tenía que reconocer que le encantaba el sexo, solo sentía haber tardado tanto en descubrirlo.

Apolo era un maestro experto que ponía mucha dedicación en lo que hacía y nunca la dejaba volver a sus aposentos hasta que la había llevado al cielo unas cuantas veces, en ocasiones sentía que las piernas la temblaban cuando volvía a su habitación en mitad de la noche.

La verdad es que estaba llevando muy bien eso de separar las cosas, él le gustaba, era divertido, era buen amante y sobre todo cuando la enfadaba sabía hacer para que le perdonara rápidamente bajo las sábanas.

—¿Es necesario atarme y vendarme los ojos? —dijo Apolo indefenso y totalmente desnudo sobre la cama.

—Totalmente necesario —ronroneó Scailar caminando alrededor de la cama y pasando la punta de sus dedos por su perfecto cuerpo.

—Sabes ¿qué pagarás por esto verdad? —dijo él divertido mientras que esa mujer erizaba toda su piel.

Nunca le habían atado, él sí que lo había hecho, pero no le gustaba sentirse indefenso, aunque por algún motivo le gustaba que ella le tuviera expuesto a su merced. Escuchó como ella trasteaba con algo y el no poder verla le volvía loco.

Escuchó como dejaba algo en la mesita junto a la cama y después su peso al subirse al colchón junto a él.

—¿Te apetece jugar a algo? —dijo Scailar mientras pasaba suavemente su mano desde su pecho hasta su pene y bajaba por su escroto a lo que reaccionó de forma inmediata.

«Maldito» pensó Apolo, parecía que su miembro tenía vida propia y no le hacía el menor caso a él.

—Depende... ¿a qué quieres jugar? —dijo él arqueando la espalda para que volviera a tocarle cuando ella retiró la mano.

—Pues voy a darte a probar distintas cosas con varias partes de mi cuerpo y tendrás que adivinar que es. ¿Te apetece? —su miembro saltó como un resorte solo de imaginar lo que ella le

proponía.

—Me gusta la idea —dijo Apolo mientras humedecía sus labios.

—Abre la boca para mí —pidió ella y él obedeció gustoso.

Scailar untó su dedo en uno de los cuencos que había dispuesto en la mesa y se lo acercó a los labios de él. Atrapó su dedo y succiono saboreando lo que ella le daba a degustar.

—Mermelada y es tu dedo, esperaba más de ti rubita —dijo Apolo riendo hasta que ella le pellizcó suavemente la nalga.

—No seas impaciente... o no te dejaré salir a jugar —dijo antes de darle un fugaz beso en la comisura de los labios, él giró la cabeza rápidamente para intentar atrapar su boca, pero ella fue más rápida al verle venir.

Volvió a los cuencos y esta vez cogió un líquido dorado y espeso que puso sobre su codo, lo acercó hasta sus labios mientras sus pezones se erguían ante el roce con el pecho de él.

Apolo saboreó lo que le ofreció, le gustaba ese juego hacía que su pene diera leves tirones al sentirla tan cerca y no poderla poseer.

—Mmm caramelo y es tu codo, pensé que me darías algo más jugoso y que me encanta, para que saboreara en mi boca hasta que su humedad chorreara por mi cara —ella empezó a reír ante la impaciencia de él, eso le hacía sentirse poderosa.

—¡Ah! tendrás que esperar —sin darle tregua se puso una fresa entre los labios y se la acercó.

El Dios cogió la fruta que le ofrecía y la engulló rápidamente hasta que atrapó la boca de ella e introdujo su lengua con hambre y ansia. Ella le devolvió el beso gustosa y notó como instantáneamente su entrepierna se mojaba.

Se sentó a horcajadas sobre él y este elevó las caderas buscando su humedad, su calor, pero no estaba dispuesta a dárselo aún, quería que él anhelara tocarla, que la deseara, que se volviera loco. No esperó la respuesta y se untó cada pezón con nata líquida que llegó a gotear encima de él y ella lo lamió haciendo que gimiera por sentir su lengua calida sobre su cuerpo. No esperó más tiempo e introdujo uno de sus ahora blancos y duros pezones en la boca de Apolo que cuando sintió lo que era se volvió loco e intentó desatarse tirando de los pañuelos que tenían sus manos agarradas al cabecero y poseerla en ese mismo momento, pero le había atado bien y no podía liberarse. Tiró suavemente de su pezón sabiendo que eso a ella le hacía perder la cabeza y se le escapó un gemido a la vez. Le ofreció el segundo pecho que él aceptó gustoso y lo chupó, succionó, y mordisqueó hasta que ella sintió mareo y se alejó rápidamente de él antes de acabar con el juego ahí mismo y cabalgarle has que los dos cayeran extasiados.

Metió sus dedos en el siguiente recipiente y abriendo los tiernos labios de su sexo y los mojó de ese líquido marrón mientras sentía oleadas de placer al tocarse tan íntimamente sus labios hinchados por el deseo. Pero antes de entregarse a él para que lo degustara hizo lo mismo con el pene del Dios, que cuando sintió ese líquido espeso sobre su miembro se estremeció bajo los dedos de ella. Y antes de que volviera a protestar porque estaba atado se había colocado con las piernas abiertas y bien separadas sobre la boca de él. Una gota del líquido que ella portaba cayó sobre los labios de Apolo y él no necesitó nada más para lanzarse, levantó la cabeza hasta que encontró que es lo que llevaba aquel chocolate. Y cuando lo sintió en su boca y ese botón del placer entró en contacto con su lengua gruñó de placer, pero eso no era nada, ella bajó directa su boca hasta la punta del miembro de él y pasó la lengua de arriba abajo, degustando el chocolate mezclado con ese sabor que él tenía que la extasiaba. Se entretuvo con la lengua dando círculos sobre el glande y lamiéndole completa hasta que decidió que era hora de metérsela en la boca, era grande, pero ella tenía muchas ganas de sentirla dentro.

Cuando él sintió la presión de su boca apretándole gimió y levantó las caderas pidiéndole más, rogándole que no parara, sentía vértigo, la quería ahora abierta de piernas y penetrarla hasta que los dos estuvieran saciados y cayeran rendidos de placer. Pero ella no estaba dispuesta a soltarle así que hizo lo único que podía hacer amarle el sexo con la boca. Pasó la lengua por toda su hendidura arrancándole un grito de placer, antes de seguir lamiendo su clítoris.

Ella cada vez estaba más mojada y él amaba su sabor, pero sobre todo saber que era él el que se lo proporcionaba. Ella estaba preparada para correrse, lo sabía, pero le daría de su misma medicina, paró en seco y ella protestó en respuesta.

—Sí quieres correrte tendrás que soltarme señorita — dijo él orgulloso de su afirmación, por fin sería libre para hacerle a aquella mujer todo lo que deseaba.

Ella succionó una vez más su glande antes de soltarlo y se relamió para saborearlo.

—¿Crees qué debería soltarte para poder tener un orgasmo? —preguntó ella inocentemente.

—Definitivamente, no volveré a tocarte hasta que me liberes —pensó que había triunfado, pero nada más lejos de la realidad.

Sintió que ella le quitaba su sexo de su cara y se movía por la cama cuando notó como su pequeña mano agarraba firmemente su pene y se lo introducía poco a poco en su centro tan caliente y apretado. Estaba tan húmeda que no encontró ninguna resistencia para hundirse hasta el fondo de ella, tan dentro que pensó que había hecho tope cuando ella de una sola embestida se lo introdujo más y gritó de placer.

Scailar se había puesto a horcajadas sobre él, pero del revés. La sensación era exquisita, sentía muchísima fricción y no sabía cuánto aguantaría antes de correrse. Pero se fijó en algo en lo que hasta el momento no había caído, junto enfrente suyo tenía un espejo, un espejo grande que la reflejaba en todo su esplendor de amazona, vio su cuerpo desnudo, el pene saliendo y entrando despacio en su cuerpo y el pecho se movía y eso la excitó muchísimo, era una imagen que atesoraría para siempre.

Empezó a cabalgarle más rápido a la vez que se tocaba los pechos y se pellizcaba los pezones, con la otra mano bajo la mano y se empezó a masajear el clítoris como hacía en la intimidad, pero ahora se estaba viendo reflejada en el espejo.

No podía más, la vista se le nublaba por la excitación y el placer, cada vez saltaba más rápido sobre el miembro de ese hombre que tanto le gustaba, apretándolo cada vez más sintiendo que su orgasmo llegaba, iba a sucumbir al placer cuando notó que él hombre debajo suyo explotaba de placer entre su vagina apretada y no necesitó más que sentir toda aquella humedad que él había liberado en su interior y que la llevó al borde del éxtasis hasta que gritó de placer mientras se corría.

Era la primera vez que ella llevaba la voz cantante, pero se prometió que no sería la última, le había encantado todo aquel poder y el poder darle placer ella a él.

—¡Mujer! ¿Quieres matarme o qué? Recuerda que ahora soy humano —dijo él con la voz ronca por el deseo y el placer.

—¿No te gustaría morir de esta forma? —preguntó ella llegando junto a él en la cama y desatándole una mano. No le dio tiempo a nada más en cuanto Apolo tuvo una mano libre se quitó las otras y la atrapó debajo de él.

—Muñeca, es lo que más me gustaría en el mundo, así que ahora prepárate que hoy voy a darte placer hasta que me supliques que pare porque no puedes más —y con esa promesa se lanzó sobre ella como un lobo sobre su presa.

Apolo cumplió su promesa y la tomó de miles de maneras diferentes que ella ni imaginó que eran posibles hasta altas horas de la madrugada, los dos quedaron exhaustos y por primera vez desde que habían comenzado a mantener relaciones sexuales rompieron su regla de no dormir juntos, amanecieron los dos acurrucados y abrazados como la primera vez que durmieron juntos.

Apolo miró a la mujer que tenía entre los brazos y aún se sorprendía de lo hermosa que era, y de que le llevaba a niveles de placer que no había alcanzado ni con la mujer más experimentada. Se acurrucó en su espalda y la abrazó más junto a su pecho aspirando el olor de su pelo tenía que

reconocer que se podría quedar así durante horas. Quizá dormir juntos tampoco era tan mala idea, que daño harían a nadie, solo era dormir.

Pero algo le sacó de sus pensamientos cuando sintieron un impacto en el barco que hizo que cayeran rodando de la cama y aterrizaran en el suelo de bruces y desnudos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Scailar despertándose asustada.

Aún en el suelo y medio adormilada se dio cuenta de donde se encontraba. No estaba en su camarote como había esperado al abrir los ojos, se había quedado dormida en la cama de Apolo y este aún la tenía abrazada entre sus brazos cuando rodaron por el suelo de madera a causa de las embestidas del barco.

No sabría decir por su gesto si se había enfadado por haber quebrantado la norma que se habían autoimpuesto de no dormir nunca juntos, eso era algo que hacían los enamorados, pero esperaba que no lo estuviera.

No lo había hecho a propósito, en algún momento de la noche entre sexo y sexo cayó desfallecida en un sueño profundo, pero la verdad es que tendría que lidiar con aquello más tarde.

—No tengo ni idea, quizá hemos chocado con alguna roca. Milton se encargaba de pilotar esta noche, lo mismo se durmió y hemos llegado a la costa —dijo dándole un pequeño pellizco en la nalga antes de levantarse y correr a ponerse unos pantalones sin ropa interior, por su puesto.

Scailar le imitó y tras ponerse rápidamente un pantalón y una camiseta, eso sí ella con ropa interior, siguió a Apolo a la cubierta del barco. En el pasillo corriendo se encontraron a Marius y a Amanda. Él la miró de arriba abajo, seguramente llevaba pelos de loca después de la noche movidita que había pasado y puso un mal gesto antes de seguir corriendo hacia el exterior. Desde la discusión aquel día casi no cruzaban palabra y le dejaba muy claro con la mirada que no aprobaba aquella «relación» que mantenía con el Dios. Amanda pasó sonriendo por su lado y la guiñó un ojo y se marchó tras su hombre. Agradecía mucho el apoyo de su amiga era muy importante para ella.

Cuando salieron supieron de forma inmediata que algo no andaba bien. Aparentemente no había ningún enemigo a bordo, pero se escuchaba suavemente un canto precioso que los llenaba por completo la cabeza. Era una voz de mujer, melodiosa y penetrante.

—¿Qué es eso? —preguntó Scailar mientras imágenes de ella misma acercándose a la proa y tirándose al agua impregnaban su mente.

—¡Sirenas! —le gritó Amanda para que la escuchará por encima de aquella melodía que cada vez se escuchaba más alto y más cerca.

Scailar se quedó quieta sabía que algo no iba bien pero no sabría decir el que. «Las sirenas eran seres adorables ¿no?» o al menos eso pensaba ella.

—¿Tipo la sirenita? —dijo Scailar mirando hacia todos los lados en busca de la dueña de aquella voz que embriagaba la mente, pero no la veía por ningún sitio.

—No, preciosa, de las que te vuelven loca para que te tires al mar y después comerte con sus afilados colmillos —hizo una mueca Amanda mientras pensaba en esos seres con dientes puntiagudos y garras como cuchillo.

—¡Milton! —gritó Scailar al anciano que se estaba subiendo a la barandilla del barco con esfuerzo debido a sus viejas rodillas. Molok salía en ese momento de la zona del comedor y la cocina y andaba despacio, tranquilamente para seguir los pasos del abuelo entrañable.

—Se van a lanzar al vacío para ser engullidos tenemos que salvarlos —dijo Amanda mientras se lanzaba directa encima de Marius que andaba como hipnotizado hacia los otros dos hombres, seguido de cerca por Apolo en el mismo estado.

En ese momento el anciano que ya había conseguido subir a la barandilla se tiró al agua con los brazos abiertos y sonriendo. A saber, en que estaba pensando o que le hacían ver aquellos seres cantarines.

—¡Milton! —volvió a llamarle mientras salía corriendo en dirección al lugar por el que había saltado rezando todo lo que le venía a la mente para que aquel hombre que tanto le recordaba a su abuelo no pereciera en esa situación— Amanda tengo que salvarle, tienes que detenerlos si es necesario déjalos inconscientes.

—Eso suena bien —dijo la raptora dando un golpe rápido y seco en la cabeza de su hombre el que cayó al suelo de manera instantánea antes de ir a por Apolo— ten cuidado por favor son depredadores muy peligrosos.

—Lo tendré —dijo y aceleró el paso mientras le echaba una última mirada a Apolo. «Dioses no dejéis que le pase nada» rezó.

Cuando llegó dio un gran salto con sus pies descalzos y desde la barandilla se lanzó de cabeza al agua no había ni rastro del anciano y maldijo por dentro. Entró en las frías aguas sin parar de buscar a Milton, no le veía por ninguna parte y eso no era buena señal, ese hombre era mortal y no aguantaría mucho tiempo bajo el agua.

Algo afilado pasó muy cerca de su pie cortándole justo en la planta y al intentar gritar solo salieron burbujas de su boca.

Se giró lo más rápido que pudo para enfrentarse a lo que la había agredido y se encontró el ser

más hermoso y mortífero que hubiera visto en la vida. Su piel era brillante y pálida, sus largos cabellos morados flotaban alrededor de su cuerpo que en conjunto con la piel hacían un marco mágico. Sus ojos eran distintos en cierto modo de los humanos, eran grandes y de un amarillo brillante, sonreía con una mueca en la que se podían ver las dos hileras de dientes blancos como el coral y afilados como navajas.

Su torso y brazos igual de brillantes que el resto de su cuerpo tenía escamas doradas que hacía aún más luminosa su figura. La cola de pez era del mismo color que su cabello y la parte de atrás estaba llena de una especie de aletas espinosas muy afiladas, en sus manos unas membranas recubrían sus dedos terminados en garras punzantes. La miraba como un animal mira a su presa antes de atacar, observándola, analizándola si sería o no una amenaza.

Estaba pensando en lanzarse primero a atacar cuando vio a lo lejos un cuerpo que intentaba liberarse de uno de esos seres en color verde, era Milton estaba agarrado fuertemente por el cuello y mientras intentaba liberarse del brazo de hierro movía sus delgadas piernas seguramente a causa de la falta de oxígeno. El monstruo daba dentelladas junto la cara del abuelo y no se lo pensó dos veces nada todo lo rápido que pudo y el poco aire que le quedaba en los pulmones le dejaba. Si no salían de allí pronto ambos morirían. La sirena con la que había estado mirándose fue tras ella y la agarró por un pie clavando sus garras en la carne de ella. La mataría por aquello. Pegó una patada que acertó justo en el rostro, eso hizo que le soltara y siguió nadando, ya estaba muy cerca, cogió una daga que siempre llevaba atada a su cuerpo para acuchillar a la sirena en cuando llegará a su altura, pero no le dio tiempo en ese momento apareció otra de esas bestias y agarrando al anciano de las piernas se las arrancó de golpe y empezó a comerse su carne, quiso gritar, pero el agua no la dejaba. Tenía que llegar, no podía dejarle morir y ser devorado por aquellos monstruos marinos, pero la sirena que le tenía sujeto por la cabeza hundió sus fauces en su cuello arrancando un gran trozo de carne en el camino.

No podía ser verdad, aquel hombre ese que tanto le recordaba a su abuelo había muerto en sus narices y no había podido hacer nada para evitarlo.

La pena y el odio hicieron una mezcla explosiva dentro de su cabeza, aunque por lo menos ahora no sentía el embrujo que le había producido el canto de las sirenas unos instantes antes. El agua roja por la sangre empezó a teñirlo todo a su alrededor y a nublar su vista, lo último que pudo ver antes de que todo fuera escarlata fue a la tercera sirena, esa que la había atacado se unía al festín del cuerpo del entrañable anciano.

La ira en ella explotó saliendo por cada uno de sus poros, y ya no pensaba en otra cosa que no fuera muerte y aniquilación, sin darse cuenta su cuerpo había empezado a cambiar. Sus piernas se unieron hasta que formaron una larga cola, en su torso antes vestido ahora estaba desnudo salvo

por la coraza de su pecho, y sintió en la cabeza el peso de la corona que protegía esa parte de su anatomía.

Sintió la lengua bífida en su lengua y los colmillos alargarse dentro de su boca, los usaría para infringir dolor y venganza. Y de repente se percató de algo más en el agua no necesitaba el oxígeno, recordó algo que le dijo su hermano sobre las Nagas acuáticas, quizá tenía algo de ellas también, era una mezcla de las tres clases. Las guardianas eran de naturaleza noble, pero se defendían si eran atacadas con veneno y la constricción, las acuáticas que podían vivir en el agua no solían atacar a no ser que fueran atacadas y la Naga espíritu decían que eran malvadas y dañaban a cada ser que se encontraban, no utilizaban la constricción porque no eran tan fuertes pero su mirada paralizaba, ahora lo entendió todo, ella era una mezcla de todas y se sintió fuerte y poderosa. Mataría a esos monstruos sin una pizca de piedad.

Nadó rápidamente como si hubiera nacido, para eso directa a su objetivo que seguían comiendo y masticando la carne cruda de su amigo como quien saborea un manjar y se prometió que no tendría piedad por ellas.

Llegó hasta la sirena de color verde y agarrándola fuertemente del pelo tiró de ella hacia atrás, no le quedó más remedio que soltar los restos del anciano que estaba masticando con la boca abierta. Le enseñó los dientes llenos de sangre y trozos de carne de manera furiosa por haberle interrumpido la cena. Scailar sonrió prometiéndole mucho dolor y lanzó directamente su puño contra los dientes de aquel ser, pensó que la esquivaría, pero no fue así y el golpe dio de pleno rompiendo varios colmillos a su paso. Se cortó los nudillos con ellos, pero le dio igual, la adrenalina fluía por su cuerpo y no sentía el dolor. La sirena atacó con sus garras intentando cortar su abdomen, pero ella fue más rápida y paso a su lado mientras la sirena roja venía directa a ayudarla.

Golpeó repetidamente a su oponente y cuando el monstruo rojo se acercó lo suficiente la golpeó con su cola tan fuerte que fue rompiendo el agua varios metros más allá.

No podía hablar dentro del agua, pero se moría de ganas de gritarle algunas cosas a esos seres, el dolor y la pena por la muerte de su amigo le daba las fuerzas para seguir destrozando a esas perras sanguinarias. La sirena verde que estaba recibiendo sus enérgicos golpes como un saco de boxeo consiguió alcanzarla con las garras en el antebrazo y hacerla sangrar. «Se terminó el juego» pensó cogiendo a la escurridiza sirena que ahora intentaba huir con su cola y empezó a asfixiarla. Las otras dos que no sabían muy bien que hacer viendo a su amiga ponerse morada por la presión se lanzaron en su busca y Scailar las esperaba con una sonrisa.

La rodearon una por delante y la del pelo morado por detrás. La que tenía delante agitó su cola y la golpeó con las aletas cortantes que tenía en ella para que soltara a la otra, pero antes se

congelaría el mar que soltarla. Se dio cuenta de que la sangre que ahora manaba de su cola donde le había cortado era azul, el agua se estaba volviendo turbulenta con tanta sangre y más que se iba a manchar. La morada saltó sobre ella cogiéndola del cuello fuertemente para que se ahogara y soltara a su amiga, pero eso no sucedería podría morir ese día, pero se las llevaría con ella. Notaba como su garganta se hinchaba por la falta de oxígeno, aunque fuera una Naga en parte acuática la función de respirar debajo del agua le era necesaria para sobrevivir. Relajó su cola cuando se dio cuenta de que el corazón de la sirena se había detenido y siguió golpeando a las otras dos para no morir en aquel lugar. Quería ver a sus amigos, quería volver a ver a Apolo.

Una energía renovada fluyó a través de ella golpeó a la sirena roja con la cola pero esta que no era tonta esta vez estaba atenta y no le consiguió dar mientras que la tenía agarrada a su cuello soltaba dentelladas intentando decapitarla con los afilados dientes, cuando algo pasó por su mente, levantó la mano y se concentró en todo lo que sentía, la ira, el rencor, la sed de venganza y empezó a fluir de ella una energía azul eléctrico como los ojos de Apolo, era caliente y su brazo ardía mientras esa energía se concentraba en la palma de la mano, cuando sintió que estaba preparada, lanzó esa bola frente a ella y un gran estallido de electricidad se desembocó en las aguas, las sirenas automáticamente empezaron a convulsionar por la combinación de electricidad y agua mientras a ella no le afectaba, se estaban friendo literalmente hasta que quedaron carbonizadas. Y solo entonces se sintió capaz de volver al barco a llorar junto sus amigos.

Todos tardaron en volver en sí, Amanda había hecho bien su trabajo noqueando a los hombres para que no fueran a una muerte segura. El canto de las sirenas también les afectaba a ellas, pero no con la misma intensidad que a los hombres, y daban las gracias por ello, si no ahora todos habrían perecido bajo esas aguas. Su cuerpo volvía a ser el de una mujer y se había tapado con una camiseta de Apolo que había cogido rápidamente. Su abdomen y piernas sangraban, pero le daba igual, sanaría pronto, la pena era ahora más grande que cualquier otra necesidad. Lloró apoyada en la cubierta del barco mientras Amanda intentaba consolarla, ella también lo sentía, pero Scailar tenía la sensación de que era cómo perder a su abuelo por segunda vez.

Apolo en cuanto estuvo despierto y con un fuerte dolor de cabeza buscó rápidamente a Scailar con la mirada y la vio llorando desconsoladamente. Se acercó hasta ella que estaba acompañada por Amanda mientras, esta le acunaba.

—¿Estáis bien? ¿Qué ha pasado? —preguntó Apolo preocupado arrodillándose a su lado y agarrando sus frías manos.

—Nos atacaron las sirenas, con su canto nos embrujaron y Milton se lanzó al agua, casi le siguió Molok, si Amanda no llega a dejarlo inconsciente, como al resto de vosotros. Estabais hipnotizados y solo queríais dirigiros a una muerte segura —explicó Scailar como pudo entre

hipos provocados por el lloro. Agradeció sentir sobre su piel el calor de Apolo y ver que la preocupación en su rostro era algo digno de contemplar.

—¿Y Milton dónde está? ¿Está bien? —dijo Apolo separándola amablemente de los brazos de Amanda y cogiéndola en los suyos para que entrara en calor y vio toda la sangre que caía de su camiseta blanca y de sus hermosas piernas, eso acentuó aún más su preocupación.

—No Apolo, lo siento, yo... —dejó de hablar porque no podía continuar, las lágrimas anegaban sus ojos, solo pudo acurrucarse en su pecho y gemir por la pérdida.

—Las sirenas lo destrozaron y se lo comieron justo delante de Scailar sin que ella pudiera hacer nada para remediarlo —explicó Amanda a un cada vez más preocupado Apolo.

—¡Las mataré! ¡Juro que acabaré con todas las que encuentre en el mar ¡—bramó Apolo abrazando más fuerte a la mujer que tenía entre sus brazos, una mujer fuerte que ahora mismo no parecía más que una niña desprotegida y eso le encogió el corazón.

—No te preocupes, Scailar se las ha cargado a todas, seguramente a todos los peces que anduvieran varios kilómetros alrededor. Soltó una descarga eléctrica que las dejó secas —Le dijo Amanda y se notaba en el tono de su voz que estaba muy orgullosa de lo que su pequeña aprendiz había hecho.

—¡Por los Dioses, Scailar! Siento no haber estado a tu lado. ¡Estás herida! necesitas atención médica —dijo Apolo a la vez que se levantaba y la cogía en brazos como si fuera una pluma en dirección a su camarote.

En ese momento se les unieron Molok y Marius que por la palidez de sus rostros deberían tener un horrible dolor de cabeza.

—Scailar ¿estás bien? —preguntaron ambos al unísono antes de mirarse entre ellos.

Scailar solo pudo asentir que se sentía agradecida de que toda la gente a la que amaba se encontrara bien y se preocuparan por su salud, pero la verdad es que necesitaba llorar. Desde que había salido en busca de su hermano les había ocurrido de todo, y no había podido más, se había derrumbado, aunque era una mujer fuerte y estaba orgullosa de ver todo lo que estaba consiguiendo.

Cuando Amanda les iba a relatar lo ocurrido del mar emergió un caballo de un gran tamaño y de color negro como el carbón, bueno al menos su parte de arriba era un caballo mientras la de abajo era un pez, se sujetaba perfectamente moviendo su cola sobre el agua. Era un hipocampo, un ser que habitaba en las profundidades del mar y raras veces salía a la superficie. Todos se pusieron en guardia esperando otro ataque, pero Apolo se puso frente a ellos y levantó la mano para que pararan.

—No os preocupéis, el Hipocampo es un ser noble y bondadoso. No le gusta luchar a no ser que sea para defenderse de un ataque —dijo Apolo para aplacar el miedo de sus amigos.

—Me llamo Otario y he venido a daros las gracias —dijo el caballo con una voz humana, pero arrastraba un suave relinche en sus palabras.

—Hola Otario, mi nombre es Apolo y estos de aquí son mis amigos —se presentó Apolo y se acercó un poco al animal que en ningún momento pareció asustado. Parecía tener un carácter afable y cercano.

—Sé quién eres Dios Apolo, no sabéis lo que habéis hecho por mi raza y por todos los animales marinos. Las sirenas nos cazaban indiscriminadamente para comernos cuando no conseguían a pescadores perdidos en el mar. Nos habéis liberado. No podemos expresar toda la gratitud que sentimos —dijo el caballo a la vez que levantaba el hocico superior imitando a una sonrisa. Era un ser hermoso no solo por su brillante y sedoso cabello, si no por su carácter daban ganas de acercarse y acariciarle.

—No nos tienes que dar las gracias, pero nos alegra saber que por fin podréis vivir en paz y sin miedo a ser comidos por ellas —dijo Scailar andando hacia él con dificultad por las heridas que tenía. El majestuoso ser relinchó en respuesta y cabeceó animando a Scailar a que se acercara.

—A parte de venir a daros las gracias he venido porque me he enterado de que estáis buscando a vuestras familias. Un joven de nuestra comunidad fue capturado por una de las sirenas. Lo llevaron a su reino en las profundidades y le encadenaron esperando para devorarlo. Consiguió escapar engañando a una de las más joven e inocente y nos contó que las había escuchado decir que el Dios Apolo y compañía pasarían por aquí y tenían orden de destruirlos. Que no podían llegar a descubrir que estaban retenidos en el inframundo. Os estaban esperando —Les contó ladeando la cabeza y mirándolos curiosos.

Scailar ya muy cerca del caballo había estado acariciando al animal mientras él se frotaba contento contra su mano hasta que oyó las noticias que les traía. Se quedó de piedra escuchando atentamente lo que les dijo. Las sirenas esperaban para matarlos mientras su familia estaba en el inframundo.

—Otario ¿sabes si están vivos? —preguntó Scailar esperanzada mientras volvía a tocar la cabeza del animal a sabiendas que le encantaba.

—No lo especificaron, pero dijeron que los tenían retenidos allí por lo que yo creo que sí.

—Tenemos que partir en seguida —dijo Molok mientras tomaba camino hacia el timón del barco.

—Espera Molok, tenemos que hablar con Laya ella nos podrá llevar hasta allí. No podemos perder más tiempo ni meternos en más luchas no pienso perder a nadie más —Solo quedaban ellos cinco, todos los hombres que habían perecido bajo las manos de las Arpías, los restantes que habían dejado en Lamia para ayudar a esas buenas gentes a recuperar sus vidas, y ahora Milton— es más deberíamos ir solo Molok y yo. Os avisaré cuando todo esté arreglado.

Scailar se giró y le miró como si de repente le hubieran salido dos cabezas. Si se pensaba que la iba a dejar atrás lo llevaba claro.

Lucharía junto a ellos hasta el último aliento de vida, ahora sí que estaba a un paso de encontrar a su hermano y nadie se lo iba a impedir.

—Los demás no sé, pero yo voy a ir y ni tú ni nadie me lo va a impedir —dijo levantando el mentón desafiándole a que se lo prohibiera, ahí sí que iba a sacar a la bestia y se lo comería con patatas.

—Vale, no me gusta la idea, pero te entiendo perfectamente. Marius, sé que no tenemos muy buena relación, pero por el bien de tu mujer y tu futuro hijo deberíais volver a casa. No sabemos qué es lo que nos vamos a encontrar esto ha sido una trampa desde el principio, casi hemos muerto en cada enfrentamiento que nos hemos encontrado y no creo que esta vez vaya a ser más fácil —dijo Apolo y era totalmente sincero. Aunque tuvieran problemas entre ellos no quería la muerte de ninguno de ellos sobre su conciencia.

Marius se quedó pensativo unos momentos, debatiéndose en lo que quería hacer y lo que era correcto. Dejar a Scailar sola en las manos de la muerte no le hacía ninguna gracia, pero sabía que aquel hombre que tanto le recordaba a él y por lo que le odiaba daría su vida por ella. Tenía que pensar en la seguridad de Amanda, podía llevarla a casa y luego pedir a la Diosa Laya que le transportara al infierno en caso de que necesitaran ayuda.

—Tienes razón y aunque odie dejar a Scailar tengo que llevar a mi mujer a casa.

—Yo no quiero irme —protestó Amanda negándose a perderse una buena batalla.

—Bueno pero no es lo que tú o yo queramos, tenemos que proteger a nuestro hijo, si algo os pasara a ti o al bebé arrasaría la tierra para vengaros —decretó Marius y un brillo peligroso asomo en sus ojos. Scailar le creía totalmente ya que la vez que perdió a Amanda en las garras de la muerte se había marchado de su casa y mataba a raptos a diestro y siniestro sin importarle su propia vida.

—Vale —Aceptó Amanda reticentemente. Menudos meses le esperaban de no poder luchar. Y eso la enfadaba mucho.

—Apolo prométeme que la cuidarás —dijo Marius señalando a Scailar que había vuelto junto

a Apolo y se abrazaba a su cintura.

—Daré mi vida por ello si es necesario... —se dio cuenta de cómo había sonado eso cuando todos se volvieron a mirarlo e intentó quitarle importancia— además ella es la que nos ha salvado casi todas las veces, me da que será ella la que me salve a mí.

—Yo también la cuidaré, te doy mi palabra —dijo Molok el joven de pelo dorado que tenía mucho cariño a Scailar, estaba seguro de que también la protegería con su vida.

—Bueno todos de acuerdo. Llamaremos a Laya para que os lleve a casa y luego nos transporte a nosotros al infierno. ¿Habéis traído bañador? Por qué me da que nos vamos a achicharrar allí —dijo Apolo y todos rieron en respuesta.

Invocó a su tía la Diosa protectora de los humanos y le relataron todo lo ocurrido desde la última vez que la vieron. Ella se había estado volviendo loca buscando alguna pista de su sobrina sin ningún éxito, era como si una fuerza más poderosa que ella hubiera cubierto su rastro y estaba desesperada, sobre todo cada vez que visitaba a su hermana que estaba cada día más consumida por no saber de sus hijos. Ya que cada minuto que estaban fuera de la isla corrían peligro de que Hera asesinara a sus descendientes.

—¡Ese desgraciado! —escupió las palabras Laya y todos se quedaron impresionados la Diosa normalmente era la viva imagen de la paz y tranquilidad y sobre todo nunca soltaba una palabra mal sonante, pero algo les decía que habían tocado un tema escabroso— le voy a matar con mis propias manos, aunque no sé por qué me extraña en los últimos años todo lo malo que ocurre es por su culpa— dijo recordando el raptor que mató a Amanda y casi lo hace con Sárilan, convertir en raptor a su hermana...

—Veo que no es santo de tu devoción —dijo Molok con una risita.

—Ni te imaginas ese Dios es horrible y siempre busca venganza contra mí. Pero eso terminara hoy por que le pienso parar los pies —amenazó la Diosa rabiosa, solo le faltaba echar espuma por la boca.

—Bueno hoy todos obtendremos venganza —dijo Apolo sentado en el barco junto a Scailar, antes de llamar a su tía todos se habían duchado, cambiado de ropa y armado hasta los dientes, pero sobre todo Apolo había curado tiernamente a Scailar las heridas. Que no la viera como una pareja para toda la vida no significaba que no la tuviera cariño. Había compartido más con ella que con cualquier otra mujer que conociera.

—Voy a llevarlos y en un rato vengo a por vosotros. Y por cierto felicidades papás me encanta saber que mis hijos son felices y quieren seguir aumentando la especie —dijo situándose junto a ellos y pasando los brazos por encima de sus hombros de Marius y Amanda.

—Scailar ten cuidado —le dijo Marius antes de desaparecer y le pareció ver en su rostro preocupación y amor, no el rencor que llevaba días mostrándole. Eso hizo que su corazón se calmara un poco, no le gustaría tener que morir pensando que Marius la odiaba.

—Chicos tengo que coger unas cosas antes de partir —se excusó Molok antes de marchar a la zona de camarotes.

Que mal mentía, Scailar se había fijado que cuando lo intentaba le salía un pequeño tic en la barbilla, pero agradecía que les diera un poco de intimidad, quizá fueran los últimos minutos que compartirían antes de morir. Estaban sentados en el suelo del barco con las espaldas pegadas a la madera del lateral. Había anochecido y se veían todas las estrellas del firmamento en ese lugar en medio del mar, donde no existía contaminación ni nada que obstruyera esas maravillosas vistas.

Mirándolo uno se daba cuenta de lo pequeño que es, y que solo es una y que la pasamos corriendo de un lado a otro sin preocuparnos de lo único que importaba realmente, vivir. Ella detectó que Apolo la miraba.

—¿Estás bien? —Le preguntó robándole un rápido beso de sus labios.

—Sí, solo pensaba en lo que nos espera y quiero que sepas algo. Es posible que no superemos esta noche... pero quiero que sepas que me ha gustado mucho compartir este tiempo contigo, tanto la parte sexual, como el poder ser tu amigo. Si yo fuera de otra manera sin duda elegiría a alguien como tú para compartir mi vida —ella le miró con los ojos muy abiertos, seguramente eso era lo más cercano que estaría nunca de una declaración de aquel hombre y la emocionaron sus palabras.

—Gracias, yo también te apreció mucho, como amigo no te asustes que te conozco. Y sobre todo quiero agradecerte todo lo que me has enseñado. Aunque también tengo que reconocer que alguna vez eres como un grano en el culo ¡eh! —dijo Scailar intentando evitar ese momento tensó en el que él le decía como siempre que lo suyo no podía ser. Ahora mismo no podía luchar con eso, con los nervios que ya sentía por tener que ir al infierno a recuperar a su hermano.

Apolo detectó que le ocultaba algo, ella era transparente y la leía perfectamente. Y si no se equivocaba tenía que ver con los sentimientos. Y se le ponía una losa en el pecho de saber lo que tenía que hacer.

—Scailar eres preciosa, pero yo no te quiero de esa manera... hemos disfrutado el uno del otro, pero no hay nada más allá. Sé que te lo digo mucho, pero me da la sensación de que estas sintiendo algo más de lo que me dices —dijo Apolo sabiendo que desataría la tormenta entre ellos, pero era lo mejor para ambos.

A Scailar esas palabras le cayeron como un jarro de agua fría y se le encogió el corazón, tenía

razón y aunque cada día se había prometido no sentir más allá de lo que se siente por un amigo, el lazo de unión entre ellos se había estrechado, al menos para ella. Le quiso gritar que no sentía nada por él, pero no podía mentirle así. Y gracias a Dios llegó Laya en ese momento y no tuvo que decir en alto las palabras que no sentía.

CAPÍTULO XIV

Por mucho que hubiera querido imaginar el infierno nunca te llegas a hacer una idea de lo que era. Una especie de cueva de piedra volcánica totalmente rodeada de ríos de lava donde se veían muertos nadar gritando mientras su piel se quemaba e impregnaba todo el aire con olor a carne y pelo quemado. Era algo horrible que te hacía apartar la vista. Solo deseaba entrar dentro para poder quitarse esa imagen que temía se le quedaría para siempre grabada en la retina.

Una gran puerta negra tan alta que parecía llegar al negro cielo estaba cerrada, pero en cuanto Laya se acercó esta se abrió para dejarla pasar. Algo muy raro pasaba entre esos dos Dioses.

La cueva se dividía en varias sub-cuevas hechas del mismo material. Antorchas colgaban de las paredes iluminando levemente el camino que era de mármol rojo y muy brillante. Podías ver tu reflejo y parecía algo fantasmagórico. Los alaridos de dolor retumban por todas aquellas grutas haciendo que se te erizaran los bellos de todo el cuerpo. Según decían los que iban al morir al infierno tenían que repetir el peor de sus miedos una y otra vez a parte de sufrir torturas y vejaciones sin fin. Los que no se encomendaban a Hades y le daban su alma a cambio de resucitar como raptos y comerse las emociones y sentimientos de los humanos para así entregarle al cruel Dios sus almas mortales en bandeja de planta.

El olor allí adentro era horrible, olía a muerte y putrefacción mientras el calor parecía apretar sus manos contra tu cuello hasta asfixiarte, los ojos le picaban y tenía la sensación de que un momento a otro le llorarían. De vez en cuando veían pasar volando alguna clase de demonio riendo de forma demencial mientras perseguía a algún pobre infeliz que intentaba huir de su tortura. La Diosa que encabezaba la marcha llegó junto a una puerta del mismo tono que el suelo, pero esta era de piedra de pizarra. También se abrió a su paso sin necesidad de llamar.

Lo que se encontraba dentro de aquella habitación era totalmente distinto a lo que habían presenciado fuera de esas paredes. Era una habitación cuadrada pero muy grande con paredes brillantes de mármol negro y suelos a juego. No había ventanas, pero sí que tenía lámparas y estaba suficientemente iluminado.

El aire era fresco, olía a colonia masculina que inundaba sus fosas nasales y tenía que reconocer que le gustó, era masculina, pero sin empalagar. El calor allí había desaparecido, había una temperatura muy agradable acompañada de una suave brisa que mecía sus cabellos, le refrescaba la piel secándole las gotas de sudor que habían perlado su piel hacía tan solo unos minutos. Anduvieron por el camino de losas rojas acercándose a lo que parecía un trono de forja

negro, estaba compuesto por calaveras, era algo tétrico, pero pegaba totalmente con aquel lugar, y donde no había nadie sentado apareció un hombre aterrador como nada que hubiera visto antes, pero a la vez muy sexy.

Aunque estaba sentado podía intuirse que mediría más de dos metros, sus cabellos eran negros y los llevaba de punta como en una cresta a juego con sus ojos oscuros, peligrosos. Sus facciones eran duras y muy masculinas en su mandíbula cuadrada llevaba una perilla de chivo y les estaba sonriendo enseñando dos blancos y afilados colmillos. Llevaba el torso descubierto enseñando sus marcados músculos a juego con sus brazos donde se veían tatuados distintos símbolos.

Lo único que llevaba tapando su cuerpo eran unos pantalones de cuero que se ajustaban perfectamente a sus fuertes piernas. Era digno de ver, pero solo su presencia le ponía la piel de gallina, era mortífero y él lo sabía por eso los miraba y mostraba esa sonrisa de superioridad. Pero a la que no amedrento en ningún momento fue a Laya que se fue directa hacia él y ni corta ni perezosa con lo pequeña que era ella de tamaño le abofeteo tan fuerte que resonó en todas las paredes de la estancia donde se encontraban que por lo que podía intuir era la sala del trono del Dios del inframundo.

Él ante el ataque simplemente ensanchó la sonrisa y la miró de arriba abajo.

—Mi amor ¿estás enojada? Sabes que no te sienta nada bien —cogió la mano de ella y se la fue a llevar a sus carnosos labios cuando ella se la arrancó con mucha fuerza. Era raro viendo el tamaño de ella, pero claro era una Diosa, no sabía por qué se le hacía raro.

—Has ido demasiado lejos Hades, esto es bajo incluso para ti que eres un ser que ya te arrastras por los suelos —escupió las palabras mientras los dos Dioses se miraban con tal intensidad que si fuera de hielo aquella sala se estaría derritiendo en ese momento.

Laya le miraba con odio en sus pupilas en cambio él la miraba con un deseo que hacía que te entraran los calores.

La deseaba más allá de cualquier otra cosa en el mundo. Y ella parecía no verlo ella solo tenía marcado en su rostro la promesa de hacerle daño, mucho daño.

—Bueno quien fue el que dijo que en el amor y en la guerra todo vale. Déjame que piense, espera un momento fuiste tú el día que me desterraron del Olimpo —dijo él mientras ponía una de sus piernas sobre uno de los brazos del trono y se repantigaba como si tener la sala llena de guerreros armados no fuera más que una mosca que te molesta cuando intentas dormir la siesta.

—¿En serio? ¿Mi sobrina? Esta guerra es entre tú y yo. Si fueras la mitad de hombre de lo que finges ser tendrías más honor. Juro que te voy a matar por esto —dijo ella haciendo aparecer en su mano una daga forjada en el Olimpo capaz de matar a un ser inmortal como era Hades o ella

misma. Cuando él la vio abrió mucho los ojos por la sorpresa, esa daga solo la tenía el Dios de Dioses, ya que no quería nunca ser superado por ningún otro Dios.

—¿Cómo has conseguido eso Laya? Sabes que está muy feo robar, vendrás al infierno conmigo por ese tipo de cosas, aunque tengo que reconocer que yo estaría encantado de que eso sucediera, ¿porque sabes con que serías castigada durante toda la eternidad? Conmigo ya que soy el mayor de tus miedos —dijo riendo el Dios mientras se le escuchaba en toda la sala, su risa era macabra y demencial.

—No he robado nada, se cree el ladrón que todos son de su condición, esto me lo dio Zeus o pensabas que podrías atentar contra sus hijos favoritos y no acatar las consecuencias. Esto termina hoy y vas a morir —dijo Laya lanzándose a por el Dios que estaba sentado y al segundo siguiente había desaparecido y se fue detrás de ellos.

—Así que Zeus ha interferido, entonces igualemos el juego, es lo justo. ¡Hera! —dijo Hades invocando a la reina de los Dioses que apareció a través del trono como si no fuera corpórea.

—Hola a todos, muchas gracias por reuniros con nosotros, la verdad es que pensé que no llegaríais tan lejos —dijo la Diosa rubia contoneándose delante de ellos con su pelo rojo medio transparente y vaporoso.

—¿Has sido tú? —dijo Apolo dando un paso hacia la Diosa— No sé de qué me extraña era una perra ruin que haría cualquier cosa por vengarse de las amantes de su marido, en vez de enfrentarte a la raíz del problema que es estar casada con un hombre infiel por naturaleza.

Con un solo movimiento de la mano lanzó a Apolo por el suelo como si fuera una hoja movida por el viento.

—Yo hago lo que quiero para eso soy tu reina, y tú y la zorrilla de tu hermana moriréis hoy. Así tu padre aprenderá que conmigo no se puede jugar. Una cosa es que yo me haga la tonta, pero lo veo todo, y no voy a soportar ni un desaire más. Se lo pensara dos veces antes de volver a acostarse con otra y menos de tener otro hijo que no sea conmigo.

—Si no fueras tan descargable a la vista mi padre no tendría que buscar en otros lugares, a parte se dice que eres frígida en la cama. ¿Qué esperabas? Yo me iría con una cabra antes que contigo —dijo Apolo provocando a su madrastra que parecía echar fuego por los ojos.

—Bueno querido hijastro tú tampoco eres muy listo y te has ido con la única mujer en el mundo que te puede destrozar —dijo la Diosa señalando a Scailar que miraba la escena sin saber muy bien que hacer.

—¿Has sido tú quien ha hecho que Scailar pudiera absorber mis poderes volviéndome mortal? —dijo Apolo levantándose del suelo para enfrentar a la que había osado a llevarse a su hermana.

—Claro que sí estúpido, ¿cómo crees que ha ocurrido si no? En su raza las mujeres no se convierten en guerreros, yo la convertí y me aseguré de que su poder fuera el de drenar tus poderes, una vez que fueras mortal cualesquiera de mis bestias podrían matarte —dijo la Diosa riendo ante su magnífico plan.

—¿Cómo has podido? Y a mi hermano porque lo has secuestrado —preguntó Scailar desenfundado sus dagas para matar a esa que llamaban la reina de todo.

—¡Hades verdad que es adorable! Tan inocente... una pena que tengas que morir. Hades y yo llegamos a un trato. Yo estaba confinada en el Olimpo por mi último ajuste de cuentas, necesitaba un ser que tuviera tantas ganas de venganza como yo, y ¿quién me escucho? Hades, él odia tanto a Laya por abandonarle que solo quiere erradicar a las gárgolas de la faz de la tierra y comerse a sus hijos, los humanos.

Le prometí que, si conseguía que los monstruos mitológicos atraparan a Artemisa, Laya pediría ayuda a las gárgolas para rescatar a su bonita pero fresca sobrina. Una vez que ellas accedieran los secuestraríamos también, es bien conocido que en las celdas del infierno los poderes son bloqueados. Una vez que los tuviéramos sabíamos que todos vendríais y si no moríais en el camino a manos de nuestros monstruos, os mataríamos nosotros mismos —dijo la Diosa con una mirada de loca pensando en todos sus planes— tengo que reconocer que prefiero que hayáis llegado hasta aquí para mataros yo personalmente.

—¡No! —gritó Laya empuñando su daga contra la Diosa, la cual respondió quitándole la daga. Y golpeándola tan fuerte con su magia que la arrastró a la otra punta de la sala roja.

—Hades por favor trae a nuestros invitados, no quiero que se pierdan nada —dijo ella mientras tomaba asiento en el trono con su incorpóreo cuerpo.

—Será un placer —Hades desapareció de la sala y apareció segundos después con Akiles y Artemisa esposados de pies y manos agarrados por la pernera de las camisas que llevaban.

Cuando Scailar vio a su hermano vivo y sano quiso correr hacia él, pero una fuerza invisible la tenía sujeta donde estaba.

—¡Akiles! —gritó ella.

—Scailar cariño, ¿estás bien? ¿Qué haces aquí? —dijo Akiles intentando liberarse para ir al encuentro de su hermana, pero le fue imposible las cadenas que les retenían eran mágicas y no les permitía moverse.

—He venido a por ti, a por vosotros —Las lágrimas resbalaban por sus mejillas. De alegría y de importancia por no poder socorrer a su hermano.

—Apolo has venido —solo pudo decir Artemisa igual de emocionada que Scailar.

—¿Lo dudabas? Yo siempre volveré a por ti hermana —dijo Apolo también inmovilizado. La rabia salía por cada poro de su piel y en sus ojos se reflejaba las mil y una maneras de las que se vengaría por aquello.

—Bueno ahora que estamos todos que empiece el juego —dijo la Diosa dando palmas y gritando como una niña pequeña ante su regalo de cumpleaños.

—Perra te mataré por esto —dijo Scailar sintiendo que la bestia quería emerger y comerse a la Diosa que casi los mata en tantas ocasiones.

—No creo, es más vas a matar al hombre que amas por mí. Es un final muy poético verdad, no te querías enamorar y ahora destruirás al primer hombre que robo tu virginidad y tu corazón — Scailar no podía creer las palabras que le estaba diciendo y más cuando su hermano la miró con tantas preguntas en la mirada. No pudo buscar la mirada de Apolo, le prometió que no se enamoraría y ahora estaba ahí expuesta con el corazón roto y los dos hombres que más amaba en el mundo decepcionados con ella.

—Nunca le haré daño, tendrás que matarme antes —dijo Scailar levantando el mentón con la poca dignidad que le quedaba.

—No me has entendido, yo te he creado y yo te controlo. Ahora conviértete y mátale —dijo la Diosa mientras a su orden su cuerpo empezó a cambiar sin poder hacer nada por evitarlo su mente se nublaba y solo veía rojo. Un último pensamiento racional cruzó su mente, ese día mataría al hombre que más amaba en la vida.

Apolo estaba hecho un remolino de emociones y sentimientos encontrados. Su hermana estaba a tan solo unos pasos de él y no podía hacer nada por salvarla, eso le estaba destrozando por dentro, pero algo le pesaba aún más Scailar estaba enamorada de él, la misma que le prometió tantas veces que no lo haría y en la que confió ciegamente.

Scailar se acercaba a su presa, solo que no había ni rastro de ella dentro de aquel monstruo con forma de divinidad y serpiente. Serpenteaba sobre su presa con los ojos rojos y perdidos en cualquier otro lugar. Llegó hasta Apolo y con su poderosa cola le levantó dejándole enredado en ella a la altura de su cara, su final estaba cerca, aquel ser la miraba con los colmillos fuera. Apolo busco un atisbo dentro de aquella mujer con la que había pasado los mejores momentos de su vida, tanto sexualmente como divertidos con sus cambios de humor que tanto le sacaban de quicio, pero no vio nada.

La Naga estaba apretando sus músculos y sus huesos quitándole el aliento de su cuerpo mientras le miraba fijamente con esos ojos rojos que nunca antes había visto. Su madrastra

reía.....

—¡No! por favor —gritó Artemisa— Mátame a mí, pero deja a mi hermano que viva —rogó ella cayendo de rodillas frente a la Diosa rubia que la miraba desde el trono divertida sabiendo de su victoria sobre los mellizos.

—No te preocupes solo será un momento, luego yo te mataré y Hades podrá matar a todas las gárgolas a su antojo. Sobre todo, a esa perrilla que está a punto de comerse a tu hermano.

Apolo que escuchó las palabras de Hera desde lo lejos, ya que cada vez le costaba más respirar, se negó a que aquella joven que no había hecho nada malo más que amar a la persona equivocada, muriera por su culpa. Sabía que lo tenía todo perdido, pero no le importaba, moriría gustoso. Y con ese pensamiento cogió aliento y fuerza.

—Scailar, pequeña sé que estás ahí en algún lugar —ella siseó y apretó aún más hasta que sus huesos sonaron— Scailar, me he querido engañar a mí mismo, pensando que solo serias mi compañera de cama, pero no he podido evitarlo por más que lo he intentado, estoy totalmente y locamente enamorado de ti —confesó el Dios con los últimos resquicios de aire que le quedaban en el cuerpo.

Algo se rompió dentro de Scailar, ¿le había dicho que la amaba? Eso no podía ser cierto. Él no amaba a ninguna mujer, y nunca lo haría. No podía ser tan estúpida, no quería matarlo, le amaba, pero la fuerza dentro de ella le decía con todas sus fuerzas que tenía que hacerlo. Quería resistirse, pero no podía, pero esos ojos eléctricos la miraban tiernamente, ¿con amor? Una parte de ella intentaba luchar por salvarlo, pero otra solo quería poner fin a su vida.

—Scailar, es verdad, te ama, nunca he visto a mi hermano mirar a nadie como te mira a ti, es más nunca ha amado a nadie, tienes que salvarlo, no puedes dejar que muera por favor —dijo desgarradoramente Artemisa y algo le decía que no mentía.

Scailar fue recuperando la conciencia poco a poco mientras desaparecía el rojo de sus ojos. Y miraba como como si fuera la primera vez que veía al hombre que tenía delante, ese al que amaba con toda su alma, aquel al que había estado a punto de arrebatar la vida. Y soltó el agarre de su cuerpo mientras su cuerpo volvía a tomar forma humana dejándola totalmente desnuda postrada frente a Apolo.

—Lo siento, sé que te lo prometí, pero eres todo lo que quiero Apolo. Para mí nunca fue solo sexo, te amo, y siento que te moleste, pero no puedo evitarlo —dijo llorando y acunándose en sus rodillas para tapar su desnudez.

Apolo se fue arrastrando mientras recuperaba el aliento y se acercó a ella abrazándola con su cuerpo.

—Como siempre tan cabezona y sin escucharme, que te he dicho que te amo desde el primer día que me caíste encima como una mula, ¡Te amo! No me imagino esta vida sin ti, ¿lo quieres entender? —dijo Apolo besando sus labios de la forma más tierna y romántica que nunca lo había hecho, al poder confesar sus sentimientos.

—¡Oh que enternecedor! Es muy bonito saber que os amáis, pero vais a morir igualmente —dijo la Diosa rabiosa porque su plan no había funcionado como ella esperaba.

—Yo creo que no Hera, tu juego se acabó —dijo Apolo convencido de acabar con ella— ¡Padre! —gritó mientras su voz retumbaba por todas las paredes del inframundo, ese grito que reflejaba lo que odiaba a aquella mujer por todo lo que le había arrebatado.

Con una luz azul el rey de Dioses apareció en la sala. Y miró curiosamente a todos.

—¿Qué te ocurre hijo mío? ¿Hera qué haces aquí? Te he prohibido expresamente que abandones el Olimpo —dijo emocionado porque por primera vez en su larga vida su hijo le había llamado.

—Padre, tu querida mujercita fue quien secuestro a Artemisa y acaba de intentar matarme —dijo Apolo a su padre mientras inflamaba la ira de Zeus.

—¿Cómo te has atrevido a desafiarme Hera? ¿Matar a mis hijos? Pagarás muy caro tu traición —Amenazó el Dios dirigiéndose con paso firme a la silueta de su esposa.

—¡Son solo unos bastardos! —replicó ella— Por favor Zeus perdóname no volverá a pasar —imploró la Diosa al ver la mirada del Dios que amenazaba con acabar con su vida ahí mismo. Incluso se arrodillo frente a él, cosa que nunca había hecho con anterioridad.

—No vuelvas a llamar a mis hijos así —bramó el Dios— Serás recluida en el Olimpo, no podrás hacer ni viajes astrales y te aseguro que estas acabando con mi paciencia. Si me entero de una sola cosa más acabare con tu miserable vida, aunque tenga que lamentar luego las consecuencias hasta el fin de los tiempos.

—Padre merece morir —dijo esta vez Artemisa indignada por que su padre no acabara con su vida.

—Hija mía si acabo con su vida acabaría con toda la humanidad. ¿Qué piensas que no lo habría hecho gustoso hace mucho tiempo? —dijo mirando con odio a su esposa— cuando me obligaron a casarme con ella su padre me dijo que si algún día mataba a su hija pondría fin a todas las vidas humanas. Sé que doy apariencia de padre poco preocupado o lo que le hice a vuestra madre fue horrible, parece que nunca la he amado, pero no es así, simplemente es que no puedo castigar como se merece a Hera. Por mí no estaría casado con ella, me fue impuesto, pero quizá si me vuelve a desafiar, me olvide de la humanidad y le dé el final que se merece —dijo el Dios

cambiando la mirada cruel que tenía hacia era por una de amor verdadero hacia sus pequeños— Lo siento hijos míos, nunca os he dejado de amar ni a vuestra madre, os doy mi palabra. Ahora debo marcharme a encerrar a Hera, pero si en cualquier momento me necesitáis, solo debéis llamarme y acudiré —dijo el Dios reteniendo las lágrimas que amenazaban con salir de sus ojos por todo lo que había perdido en su vida.

Sin más el Dios agarró a la loca de su esposa y desaparecieron del lugar. Cuando la Diosa desapareció, su poder lo hizo con ella y todos se pudieron mover de nuevo. Apolo le dio su camiseta a Scailar que se fue corriendo a por su hermano y saltó en sus brazos como cuando era pequeña. Él la recibió con los brazos abiertos, mientras Artemisa hacía lo mismo con su mellizo.

—Esto no terminará así te lo juro —escupió Hades hacia Laya que miraba a toda su familia feliz.

—Ya no tienes ningún poder sobre nosotros, has perdido Hades como siempre —se jactó la Diosa de él.

—¡Ah! ¿no? Al menos me llevaré a uno de tus preciados humanos, veremos si estas tan contenta después —dijo cogiendo a Molok y sacando un puñal que colocó sobre su cuello.

—¡No! Hades no puedes matarlo —dijo Laya mientras los ojos se le salían de las orbitas y daba un paso hacia ellos.

—¿Y qué harás? ¿Cómo me lo impedirás? —Laya le miraba con miedo en los ojos y las palabras rugiendo por salir de su interior.

—Hades, Molok es tu hijo, nuestro hijo —dijo suplicando con el amor de una madre hacia su hijo dibujado en su rostro —por favor no le hagas daño.

—¿Cómo? —Hades casi no podía articular palabra.

—La última noche antes del anunciamento de nuestros puestos como Dioses nos acostamos... luego discutimos y un mes después cuando no me vino el periodo entendí que estaba embarazada... —dijo bajando la mirada ante los ojos inquisidores de los dos hombres que tenía frente a sí.

—¿Y por qué no me lo dijiste? Hubiéramos criado a nuestro hijo juntos —el dolor en el rostro de Hades le estaba consumiendo, todo en su mente giraba en aquel momento.

—Porque sabía que me odiabas por no haber venido contigo al infierno... así que cuando di a luz se lo di a mi hermana para que nunca supiera quienes eran sus padres... encubrí sus poderes para que no lo localizaras. Aunque te amaba no quería que nuestro pequeño creciera con el fuego y el azufre del infierno —dijo Laya y las palabras hirieron a Hades en lo más hondo de su corazón.

Hades soltó al joven con los cabellos tan parecidos a los de su madre y le vio por primera vez, tenía los ojos de su padre y los cabellos de su madre algo más claros. Se sintió sin fuerzas para recriminar nada más a aquella Diosa que un día fue el amor de su vida. No tenía ganas de discutir ni luchar en ese momento.

—¿Eres mi madre? —dijo un confundido Molok mirando a sus progenitores.

—Sí cariño, hijo mío, yo quería cuidarte y verte crecer, pero no quería esta vida para ti —dijo señalando el lugar donde se encontraban— al estar con mi hermana al menos podía verte crecer, aunque lo único que deseaba es abrazarte y acunarte entre mis brazos. De alguna manera podía estar siempre junto a ti —dijo la Diosa llorando por todo lo que había perdido cuando decidió proteger a su hijo.

—Me hiciste creer que mis padres estaban muertos, que estaba solo en el mundo —dijo Molok mirando con odio a su madre— no eres mejor que él, aunque intentes aparentarlo —escupió las palabras que a Laya le partieron el corazón, ella había hecho lo que creía mejor para su hijo y ahora él se lo echaba en cara.

—Hijo mío lo siento, era una madre primeriza, solo quería protegerte de todo mal, sé que no fue lo correcto, pero sabía que mi hermana te amaría y trataría como a uno de sus hijos —dijo dando un paso hacia él y este retrocedió como si su cercanía le quemará, en su rostro había confusión por todas las noticias que había descubierto de golpe, pero sobre todo rencor por que le habían dejado pensar que era un huérfano desvalido, cuando sus padres biológicos eran dos poderosos Dioses.

—¿Lo mejor para mí o para ti? Yo necesitaba el amor de un padre y de una madre. Aunque tu hermana fuera como una madre para mí no es lo mismo. No quiero verte nunca más y no vuelvas a llamarme hijo. Él al menos no sabía de mi existencia, pero estoy seguro de que si lo hubiera sabido se hubiera preocupado de cuidarme y atenderme —dijo señalando a Hades que estaba contento de tener un hijo, pero sobre todo porque Laya esta vez no saldría vencedora.

Las palabras de su hijo la rasgaron por dentro como una daga, sabía que tenía razón Hades era muchas cosas, pero habría hecho cualquier cosa por su primogénito en cambio ella había tenido miedo y no había ejercido de madre. Con lágrimas en los ojos abandono el infierno. Era demasiado para ella en ese momento.

—¡Scailar! —gritó Artemisa mientras Scailar estaba junto a su hermano poniéndose al día de todo lo ocurrido desde su partida.

Cuando miró a Artemisa sintió el miedo en aquellos ojos eléctricos que eran idénticos a los de

su mellizo. Y supo que algo andaba muy mal, se acercó corriendo precedida por su hermano mayor y cayó de rodillas junto a Apolo.

Cuando le vio sintió como una mano le apretaba el corazón Apolo estaba tendido en el suelo con los ojos cerrados y muy pálido mientras su piel estaba perlada en sudor.

—¿Qué ocurre? —dijo Scailar tomando las frías manos de su amor.

—Scailar, cuando vinimos al mundo la cruel Hera nos echó una maldición, si alguna vez alguno de los dos encontraba el amor verdadero enfermaría y moriría. Era su venganza al no conseguir el amor de su esposo. Por eso nunca tenemos relaciones, o salimos con nadie, nos alejamos tanto como podemos de ese tipo de emociones —dijo Artemisa mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas al ver el estado de su hermano.

Las palabras de aquella bella mujer hicieron eco dentro de ella, por eso Apolo era un mujeriego, por eso tantas veces le pidió que no se enamorara de él, incluso intento ser desagradable tantas veces con ella para que ella no le amara. Pero ella había insistido en estar con él, en vivir cada momento junto a él. Ella le estaba matando. No lo permitiría, haría cualquier cosa por el hombre que estaba tumbado en la fría losa. Quería llorar de pena y de rabia por lo que le estaba ocurriendo, pero sería fuerte, él ahora la necesitaba y ella no le fallaría.

—¿Cómo podemos romper esa maldición? —preguntó Scailar decidida a salvar a aquel hombre, si no lo conseguía prefería morir junto a él y vivir juntos en el más allá.

—Solo la persona que la lanzó la puede romper, y no creo que nada de lo que hagamos la convenza de hacer eso y menos después de que Zeus la tratará de esa forma delante de todos nosotros —dijo Artemisa sin mucha esperanza en las palabras que pronunciaba—. No tenemos mucho tiempo en unas horas morirá y nunca le podremos recuperar —dijo mientras acunaba la cabeza de su hermano sobre las piernas con ternura.

—Pues iré al Olimpo a ver a esa perra, quizá Zeus no pueda matarla, pero yo lo haré —dijo Scailar notando como la bestia luchaba por salir de su interior y hacer una autentica matanza.

—No podemos ir, Laya se ha ido y yo no tengo poder para llegar hasta allí —se lamentó Artemisa acrecentando su llanto al pensar que perdería a su hermano, a ese que había cruzado medio mundo para salvarla.

—Pero mi padre si puede —dijo Molok mirando al Dios que estaba junto a él mirándolo como si hubiera perdido la cabeza.

—Yo... no me quiero meter en esos asuntos —decretó el Dios mirándose las uñas como si todo ese tema le aburriera sobre manera.

—Padre o me ayudas o me iré del inframundo y nunca más me veréis. Apolo ha sido como mi hermano todo este tiempo y no permitiré que muera —dijo Molok y Hades se sintió orgulloso de que su primogénito tuviera ese arrojo.

—De acuerdo —dijo Hades de mala gana mientras se cruzaba de brazos.

Scailar besó los labios ardiendo de su amado mientras se acercaba al Dios del infierno.

—No te dejaré ir sola —dijo Akiles mientras la seguía de cerca.

—Yo iré con ella —dijo Artemisa decidida posando la cabeza de su hermano inconsciente sobre la losa.

Akiles fue a protestar, pero su hermana le interrumpió.

—Por favor Akiles, Artemisa sabe dónde encontrar a Hera y no puedo permitir que si algo me pasa Apolo muera solo... —le rogó su hermana que ya no era una jovencita, se había convertido en toda una mujer desde la última vez que se vieron— Por favor si no consigo volver no se te olvide decirle lo mucho que le amo y que sin él no habría conocido el amor —Su hermano asintió, aunque reticente a dejarla marchar.

—Lo haré, pero más te vale volver o te buscare en la otra vida para darte unos azotes que aun soy tu hermano mayor —dijo intentando sonreír mientras se dirigía a colocarse junto el hombre que amaba su hermana.

Ella asintió y se coloraron junto a Molok y Hades.

—Molok, muchas gracias, nunca olvidaré esto te lo prometo —dijo Scailar besando la mejilla de su amigo que ahora parecía de piedra.

—Por ti lo que sea, salva a mi hermano preciosa, que nadie se merece más que él ser amado y más por una mujer como tú —Le sonrió, aunque la tristeza era patente en su rostro.

Molok miró seriamente a su padre que poniendo los ojos en blanco, chasqueó los dedos y las dos mujeres que amaban a Apolo desaparecieron del infierno y aparecieron en los jardines del Olimpo.

CAPÍTULO XV

El lugar donde aparecieron era lo más increíble y hermoso que hubieran visto nunca. Había grandes valles verdes llenos de todo tipo de flores, incluso algunas que ni conocía. Las cascadas y ríos salidos de ninguna parte predominaban en aquel lugar. El aire les llevaba el olor de toda esa vegetación llenándolas como si del más caro perfume se tratará, extasiándolas. El cielo allí era el más azul que nunca hubiera contemplado y las nubes de un color violeta adornaban el cielo con figuras de distintos Dioses y criaturas. Cerca de allí vieron un pequeño templo blanco e impoluto, seguramente, era donde estaba encerrada Hera y donde ella le daría muerte. Caminaron hacia allí y era como si sus pies volaran sobre las plantas, era como pisar algodón. Cuando ya estaban llegando y podían vislumbrar de cerca el templo la hermana de Apolo nerviosa interrumpió sus pensamientos.

—Tu hermano me ha hablado mucho de ti, siempre bien claro, aunque por lo que decía pensaba que eras mucho más pequeña —le dijo mientras sonreía.

—Bueno mi hermano se piensa que soy una niña. - Ya sabes hermanos mayores... hay que quererlos por qué es lo que toca, pero de vez en cuando le daría una buena tunda —dijo Scailar y Artemisa asintió mientras ambas se sonreían.

—Bueno no sabría decirte, mi hermano es muy liberal conmigo, como sabía las consecuencias de enamorarnos nunca me ha prohibido que tenga encuentros sexuales siempre y cuando no me enamorara, ya sabes —dijo Artemisa mientras se encogía de hombros.

—¡Qué suerte! el mío me habría metido a monja si hago eso, y haría colección de los dientes de mis amantes —dijo Scailar nerviosa, cuando estaba así hablaba mucho.

—Es muy mono tu hermano —se le escapó a Artemisa en voz alta.

—¡Oh! Aquí hay tema —dijo Scailar mirando a la hermana de Apolo riendo.

—Bueno ya sabes la maldición, aunque me gustara poco podría hacer —dijo haciendo una señal con los hombros de rendición.

—No te preocupes lo vamos a arreglar, eso sí pórtate bien con mi hermano que ya sabes cómo me las gasto —dijo Scailar bromeando y haciendo reír a la chica morena que la acompañaba.

—Prometido cuñada —dijo agarrándose de su brazo antes de llegar a la casa de la bruja, pero lo que vieron antes de entrar las dejó petrificadas.

La Diosa rubia y despampanante estaba retozando bajo las sábanas de su gran cama en brazos

de un hombre y ese hombre no era su marido.

—¡Vaya! la Diosa celosa no pierde el tiempo tampoco —dijo Artemisa burlándose.

—¡Nos viene bien! Tengo un plan —dijo agarrándola de la mano para que la siguiera.

—Espero que sea bueno, si no probablemente nos arranque la cabeza y se la dé de comer a los cerdos. Lo sabes ¿verdad?

—Confía en mí —le dijo Scailar y la guiñó un ojo mientras irrumpían de lleno en la habitación de la Diosa que tenía al filo de la muerte al hombre que amaba.

—¡Oh si cariño sigue! Me encanta cuando me haces eso con la lengua —gimoteó Hera con aquel hombre moreno entre sus piernas.

Scailar corrió rápidamente y agarrando del pelo al hombre lo arrancó de la cama y lo sujetó firmemente colocando su afilada daga en una parte de su anatomía que ahora estaba decayendo.

—¡Vaya, vaya Hera! para ser tan celosa te lo montas de miedo sin que tu marido se entere. ¿Tú qué opinas Artemisa? —dijo mirando a la Diosa que intentaba cubrirse su desnudo con una sábana y el horror reflejado en su rostro.

—Pues yo creo que su marido la castigaría muy duramente por ser infiel con lo mal que se porta ella con sus amantes. Además, Hera ¿Un humano? —dijo Artemisa desafiándola con la mirada.

—Solo es una mascota, un entretenimiento más, paso mucho tiempo encerrada —eso decía su voz, pero su mirada les mostraba algo muy diferente.

—¡Qué bien! Entonces si solo es un capricho para ti, será totalmente reemplazable ¿verdad? Daría igual que le corté esto de aquí —apretó más la daga al miembro ahora flácido del hombre que contenía el aire al sentir que su masculinidad pendía de un hilo.

—Sí, totalmente —dijo la Diosa mirando hacia otro lado como si le diera absolutamente igual. Pero Scailar había aprendido en los últimos días muchas cosas.

—¿Y si le rebanó mejor el cuello y fregó tus suelos con su sangre también dará igual? —dijo Scailar subiendo la daga a la garganta del hombre apretando tanto el filo contra la piel que hizo que este sangrara. Un poco solamente, pero era un comienzo.

Él apretó los dientes temiendo su final y Hera volvió a mirarlos hasta que se encontró con los ojos de él y por primera vez el miedo estaba presente en su cara.

—¡No por favor! Le amo —gritó la Diosa a la vez que se levantaba y exponía su cuerpo

desnudo frente a ellos— es el amor de mi vida, él me da todo lo que mi marido nunca me dio. Por favor no le hagas daño. Haré lo que quieras.

—No te preocupes entiendo perfectamente lo que es el amor verdadero ya que el hombre al que amo esta ahora mismo muriéndose en el frío suelo del inframundo por tu culpa y vas a poner remedio ahora mismo. Por qué te aseguro que si él muere tu amorcito le hará compañía en el más allá —dijo Scailar con mirada de asesina y la Diosa la creyó, sabía perfectamente que uno haría cualquier cosa por la persona a la que ama.

—De acuerdo, quitaré mi maldición y os podréis amar. Tampoco drenarás más sus poderes, podrá volver a ser inmortal a tu lado —prometió la Diosa a la vez que alargaba la mano para poder tocar a su alma gemela.

—No es suficiente, también quitaras la maldición a Artemisa —la Diosa fue a protestar y ella apretó más el cuchillo— no juegues conmigo Hera ya has jugado demasiado tiempo intentando que nos mataran durante todo el camino, has secuestrado a mi hermano y ahora esto, te aseguro que mi paciencia no es infinita y que yo también haría cualquier cosa por la gente que amo.

—De acuerdo lo haré, pero suéltalo —gimoteó la Diosa al ver la sangre correr por el cuello de su amado tenía que curarle pronto a moriría justo delante de ella sin poder hacer nada por él, ella no tenía el poder de resucitar a los muertos, y desde luego su marido no le haría ese favor.

—¡Ahora! No le queda mucho para desangrarse. Tú decides —dijo Scailar levantando el mentón para enfatizar sus palabras.

—Sí, pero por favor no le mates —rogó la Diosa antes de cerrar los ojos concentrándose y alzando la mano hizo que de el cuerpo de Artemisa saliera un humo negro como su oscuro corazón y llego hasta su mano, donde lo encerró y desapareció.

Scailar satisfecha soltó al humano que cayó a los pies de la Diosa y esta se arrodillo junto a él y puso la mano en su cuello para curarle. Cubrió su rostro de besos mientras lloraba por el miedo que había sentido al pensar que le perdería, el único ser en el mundo que le importaba y la cuidaba.

—Una cosa más Hera, si por algún casual se te ocurre vengarte, o volver a intentar contra la vida de Artemisa, Apolo, o cualquier otra persona a la que yo aprecie hablaré con tu marido, le contaré de tu idilio y estoy seguro de que perseguirá y encontrará al humano hasta matarlo y no quiero ni imaginar lo que te haría a ti —no le gustaba actuar de esa forma, le daba incluso pena verla así, podría ser ella acunando a Apolo, pero le había dicho la verdad cuando dijo que haría lo que fuera necesario para mantener a su gente a salvo.

—Tienes mi palabra. Y ahora por favor dejadnos —dijo la Diosa deseando la intimidad para

poder asegurarse de que el hombre que tenía entre los brazos estaba bien.

—Claro, si nos devuelves al infierno por favor —dijo Artemisa y la Diosa asintió— y por si te interesa, aunque tú nos odies desde que nacimos, yo no te guardo rencor.

Por algún motivo, aquello conmovió a la Diosa que había intentado que murieran desde el día de su nacimiento. Eran inocentes y su madre también, era su marido con él que tenía que haber rendido cuentas desde el principio.

—Y aunque ya no sirva de nada quiero que sepas que siento todo lo ocurrido, ni vuestra madre ni vosotros tenéis culpa de nada, fui contra las personas equivocadas, aquí el único que debía pagar por sus pecados era mi esposo. Lo siento —y con una luz amarilla cálida las envolvió para mandarlas de vuelta.

Ya en la sala del reino se encontraron a Molok y Akiles junto el cuerpo de Apolo y creyó lo peor. ¿Y si la Diosa no había cumplido su palabra? y ¿si solo las engañó para que se marcharan? De ser así el Olimpo conocería la ira de una Naga en todo su esplendor, si dejaba que Apolo muriera, arrasaría todo a su paso y la piedad que vivía en su corazón se iría con él.

Tenía miedo de acercarse, no podía comprobar que había perecido. Su hermana corrió a su lado y le abrazó, pero él seguía sin reaccionar.

—Scailar tienes que venir, respira, pero muy débilmente —dijo Molok mirándola con esos ojos dorados tan hermosos y bondadosos que poseía.

Sabía que tenía que ir, quizá despedirse por si no despertaba más, pero parecía que le habían puesto cemento en los pies y el miedo la paralizaba en el mismo sitio.

—Por favor —le rogó aquella mujer tan parecida a Apolo, tenían los mismos mágicos ojos.

Paso a paso se obligó a acercarse junto a ellos que la reclaman y cuando vio a aquella sombra de lo que había sido Apolo tan blanco y con la piel helada de la muerte sobre él empezó a llorar. No podían terminar así, él la amaba, la quería de verdad siempre había intentado que se alejara de él por culpa de la maldición, por protegerla como no iba a amarlo con toda su alma.

—¡Tú! Perro sarnoso, como te mueras removeré el cielo y la tierra para patearte ese bonito culo que tienes. No puedes dejarme, me has oído, no después de todo lo que hemos pasado. Solo tú puedes sacar lo peor y lo mejor de mí no me dejes por favor —explotó sentía rabia por que la quisiera abandonar después de que por fin podían estar juntos. Se tiró sobre su pecho y lloró por su mala suerte mientras su hermano le acariciaba la espalda para consolarla. Y eso que seguramente estaba deseando matarlo él mismo con sus propias manos por haber tocado más que un pelo de la cabeza de su hermana pequeña.

—Me insultas hasta cuando estoy moribundo ¡Eh chiguagua mía! —dijo Apolo con la voz ronca como si despertara de un largo letargo y se le hubieran secado las cuerdas vocales.

—¿Chiguagua? Sabes que pagarás por eso verdad —dijo Scailar llorando y riendo mientras se lanzaba sobre él para abrazarlo, no la había abandonado.

—¿Estos dos se quieren o se odian? No me ha quedado muy claro —dijo Artemisa llorando por la felicidad de ver a su hermano con vida.

—Es una larga historia —dijo riendo Molok— creo que es hora de que volváis a casa, esos ya se están haciendo arrumacos y no podría soportar ver el culo de mi primo.

—¿Y tú no vendrás? —preguntó Artemisa mirando a su primo, aunque ella seguía queriéndole como a un hermano.

—Creo que me quedaré algún tiempo por aquí, quiero conocer más a mi padre —dijo Molok mirando a su padre que se levantó del trono y anduvo con esa majestuosidad felina hasta su hijo y le rodeo con un brazo.

—Sí es lo que quieres... pero prométeme que vendrás a vernos, si no con quien me meteré —dijo Artemisa abrazando a Molok y sin poder contener todas las emociones que se debatían dentro de ella.

—Te lo prometo. Padre puedes mandarlos a casa, tienen que recuperarse de todo lo ocurrido y a los que tienes en los calabozos también —dijo levantando una ceja hacia su padre. No se le olvidaba todo lo que había hecho contra sus amigos y familia, pero entre su madre y él pasaba algo que esperaba averiguar y por su puesto conocer al que le había sido arrebatado durante todos esos años.

—Todo por mi hijo —dijo el Dios y cumplió su palabra.

Los días pasaron y no tenía nunca suficiente de Apolo, de su amor y de su cuerpo. Le observaba saciada junto a él en la cama. Se habían quedado en su casa en Grecia y aunque su hermano al principio no estuvo muy contento, Marius le convenció cuando se dio cuenta de lo mucho que la amaba.

Él empezó a besarla en el cuello y a ronronearle, -¡Por los Dioses! ese hombre era insaciable. Le miró con fingido enfado.

—¿Cómo puedes moverte después de que llevamos horas haciéndolo? —dijo ella sonriendo por las cosquillas que le hacía en el cuello.

—No, es que tenías algo de chocolate en el cuello y me he visto en la necesidad de limpiarte, aunque ahora que lo pienso también tienes algo por aquí —dijo Apolo mientras bajaba la mano y la

metía entre sus piernas y la humedad acudió a su llamada sin dilación.

—¡Oh eres incorregible! —gimió ella cuando sintió como jugueteaba con su clítoris.

—Por qué solo tú me haces perder la cabeza, eres todo lo que siempre quise tener y se me había negado —levantó la cabeza de su cuello y miró sus ojos azules verdosos que tanto amaba— Acabo de caer en algo, el oráculo tenía razón cuando dijo «Por un infierno tendrás que pasar para poderla hallar, pero solo la piedra te dará la auténtica felicidad» Tú mi ser de piedra, mi pequeña gárgola me has dado la auténtica felicidad. Te amo y por siempre lo haré.

Ella sonrió al darse cuenta de que el oráculo le había dicho que estaría con él y no se dio ni cuenta de ello, pero ahora lo único que importaba es que la pitonisa nunca se equivoca.

—Y yo a ti mi amor, más que a mi propia vida —dijo antes de hundirse de nuevo en sus labios y su pasión.

EPÍLOGO

Sárilan se había puesto de parto en mitad de la noche, todos como locos querían llevarla al hospital, incluso los serios de Cormand y Silas, pero ella se negó en rotundo así que llamaron al médico que usaban las gárgolas cuando salían heridos de alguna pelea contra los raptos. Entre él y Amanda la ayudarían a traer a sus sobrinos al mundo.

Axel quiso estar presente, pero ponía tan nerviosa a Sárilan cada vez que la invadía una contracción, que le tuvieron que echar de la habitación. Y ahora volvía a los demás locos a todos los demás que esperaban nervios en el salón el nacimiento de los pequeños.

—Si sigues dando vueltas a esa velocidad y en círculos Axel, voy a tener que renovar el suelo —dijo Akiles sentando junto a Artemisa que últimamente pasaba mucho tiempo por allí, esos dos seguro que tenían algo, aunque luego lo negaban delante de los demás.

—Yo te pagaré el maldito suelo, ahora déjame. ¿Y si le pasa algo a Sárilan o a los bebés? —preguntó desesperado buscando consuelo en su familia.

—Van a estar perfectamente los tres, estoy segura —le dijo Scailar que se levantó a abrazarle y aunque era alta, junto a todos esos guerreros con cara de asesinos se quedaba pequeña. Él le devolvió el abrazo, pero tan fuerte por los nervios, que pensó que la partiría por la mitad.

Apolo cuando sintió el crujir de los huesos de Scailar gruñó y ella le miró y le regañó con la mirada, Axel estaba muy nervioso.

—Ya están aquí —anunció Marius sonriendo de oreja a oreja— hermano son todos unos guerreros, la que os espera.

Axel sabía que su hermano había entrado en la mente de sus bebés nacidos, sonrió y se emocionó como solo un padre puede hacer. Salió corriendo escaleras arriba a recibir a sus pequeños y fue seguido por todos ellos que también estaban ansiosos por verlos. Axel entró el primero y los demás se peleaban por entrar primero por la puerta con todo lo grande que eran seguían siendo como niños.

Axel se acercó a su mujer que estaba sudando y cansada pero llena de felicidad mientras miraba al bebé que tenía entre sus brazos.

Se acercó a ella y la besó y cuando vio el pequeño ser que tenía apoyado en su pecho casi se le paró el corazón, era lo más bonito que había visto en su vida, era suyo y de su mujer. En ese momento salió Amanda del baño con otro bebé envuelto en una toalla blanca después de lavarlo.

Se lo entregó a un Axel que estaba tan nervioso que se tuvo que sentar junto a su esposa para poder cogerlo, le daba miedo sujetar algo tan pequeño entre sus grandes manos.

—¡Felicidades Papá! te presento a Amanda, tu primogénita —y en ese momento sintió un amor incondicional y a primera vista. Era preciosa como su madre, en su corazón no daba cabida a más dicha.

Una lagrima resbalo por su mejilla.

—Hija mía, te prometo que te defenderé con mi propia vida y si algún hombre intenta tan solo mirarte le mataré con mis propias manos —dijo Axel sin poder desviar los ojos de sus pequeños.

—Eso ha sido machista que lo sepas —Le recriminó su mujer sonriendo y besándole.

—Bueno dejaré que la toquen cuando cumpla los doscientos noventa y nueve, pero solo para que no se convierta en piedra —todos rieron ante las palabras de un felino cuidando de su manada.

—¿Y esto? —dijo Axel cuando vio en la espalda de su hija una mano negra a la altura de su corazón.

—Marius también la tiene, cuando di a luz desaparecieron de mi vientre —dijo preocupada y triste porque su momento dichoso hubiese terminado tan pronto.

—¿Y qué significará? —preguntó Apolo.

El médico que la atendió en el parto se acercó a ellos, también era un brujo, el que les había ayudado a intentar encontrar a Marius cuando este desapareció.

—Eso es una marca de maldición, la bruja que los marcó puede terminar con sus vidas cuando le plazca, por eso están a la altura de su corazón, puede aplastarlos como si fueran moscas —dijo el médico agachando la cabeza por tener que ser portador de tan malas noticias.

—Pues quítaselas, tú eres uno de los brujos más poderosos que conozco —dijo Axel rogándole que salvara a sus pequeños mientras con el brazo libre abrazaba a su mujer.

—Ojalá pudiera Axel, pero solo la bruja que lo hizo puede quitar la maldición, mientras tanto siempre estarán en peligro. Lo siento.

Los padres se miraron, ella con lágrimas en los ojos y él con la ira de que la vida de sus pequeños dependiera de aquella bruja.

—La encontraremos te lo prometo —le dijo su hermano Marius que daría su vida por sus sobrinos.

—Lo haremos —gritaron todos. Nadie dañaría a su familia.

FIN

Biografía

La autora Jess Dharma nació en Madrid en el año 1981. Ha escrito la saga Los guardianes de piedra

Desde pequeña le gustaba escribir historias fantásticas, pero no fue hasta el 2007 que escribió su primera novela El guardián de piedra. Una lectora empedernida sobre todo de los géneros de romántica y terror. A parte de ser una gran apasionada de la mitología.

Si quieres conocer más sobre ella o ponerte en contacto:

Facebook: <https://www.facebook.com/jessdharma.escritora.73>

Twitter:

<https://twitter.com/jessdharmaes>

Web:

<http://www.jessdharmaescritora.es/>

Obras de la autora



El guardián de piedra (2007)

Dos dioses enfrentados, provocaran una guerra en la tierra. Hades ha creado un ejército de Raptores. Ha resucitado a los más crueles asesinos para arrebatarse las almas humanas. Llamados raptores por alimentarse de las emociones humanas, hasta dejarlos sin un ápice de vida. Laya diosa protectora de los humanos, creara a las gárgolas seres mitad hombres, mitad bestia con poderes sobrenaturales, que lucharan contra los raptores por que los mortales sobrevivan. ¿Quién ganara esta guerra entre inmortales?

Sárilan y Amanda dos hermanas madrileñas deciden pasar sus vacaciones conociendo la hermosa Atenas. Lo que nunca imaginaron es que se encontrarían en medio de una lucha épica donde tendrán que sobrevivir y combatir por no perder su corazón.

Axel, guerrero de la hermandad de las gárgolas. Cuando cree que su corazón se ha convertido en piedra por toda la eternidad, conocerá a una pequeña humana que pondrá su mundo del revés. Tendrá que luchar contra sus sentimientos encontrados y peor aún, tiene que mantenerla con vida frente a los raptores que se han empeñado en acabar con ella.

Historia donde encontrarás acción, humor, pasión, y sobre todo mucho amor.

¿Te atreves a conocer a mis inmortales?

El guardián de la muerte



Dos dioses enfrentados, provocarán una guerra en la tierra.

Hades ha creado un ejército de Raptores. Ha resucitado a los más crueles asesinos para arrebatar las almas humanas. Llamados raptores por alimentarse de las emociones humanas, hasta dejarlos sin un ápice de vida. Laya, diosa protectora de los humanos, creará a las gárgolas seres mitad hombres, mitad bestias con poderes sobrenaturales, que lucharán contra los raptores para que los mortales sobrevivan. ¿Quién ganará esta guerra entre inmortales?

Él, ya no era un guerrero de la hermandad, había perdido su honor, pagaría por ello cada día de su miserable vida. Ahora cazaba y mataba a los raptores solo, viajaba allí donde oía que existían problemas, y eso haría hasta que los dioses decidieran quitarle esa vida que él no quería vivir. Esos eran los pensamientos de Marius camino de Nueva Orleans, ese era su nuevo destino. Una serie de asesinatos estaban asustando a la población, hablaban sobre ello en todos los noticiarios. Decían que se trataba de un asesino en serie y pensaban que usaba algún tipo de magia vudú ya que los cuerpos estaban secos, parecía que les habían robado el alma... Pero él sabía que se trataba de raptores.

Se hizo una promesa, les mataría o moriría en el intento; de las dos formas se cumpliría su deseo.